



THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL



ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

BUILDING USE ONLY

AP63
.C7
Ano 13
Tomo 37
1925

For No 513

[illegible]

CUBA CONTEMPORÁNEA



Digitized by the Internet Archive
in 2014

B110
JL
AP63
C7
año 13
tomo 37
1925

Cuba

Contemporánea

REVISTA MENSUAL

DIRECTOR:
MARIO GUIRAL MORENO

AÑO XIII

TOMO XXXVII
(ENERO A ABRIL, 1925)

DIRECCION Y ADMINISTRACION:
CUBA, 52
LA HABANA
CUBA

REDACTORES:

Carlos de Velasco.

(† 1º febrero 1923.)

Julio Villoldo.

(Jefe de Redacción.)

José S. de Sola.

(† 6 febrero 1916.)

Max Henríquez Ureña.

Ricardo Sarabasa.

Leopoldo F. de Sola.

Francisco G. del Valle.

Enrique Gay Calbó.

(Secretario de Redacción.)

Dulce M^a. Borrero de Luján.

Alfonso Hernández Catá.

Luis Rodríguez-Émbil.

José Antonio Ramos.

Bernardo G. Barros.

(† 20 mayo 1922.)

Emilio Roig de Leuchsenring.

José M^a. Chacón y Calvo.

Arturo Montori.

Carlos Loveira.

Cuba Contemporánea

AÑO XIII

Tomo XXXVII. La Habana, enero 1925. Núm. 145.

LA INVASION

(CONFERENCIA PRONUNCIADA, EL DÍA 26 DE DICIEMBRE DE 1924, POR EL DOCTOR JOSÉ MANUEL CARBONELL, COMO DELEGADO DE CUBA EN EL TERCER CONGRESO CIENTÍFICO PANAMERICANO, CELEBRADO EN LA CIUDAD DE LIMA, PERÚ.)

Señor Presidente; señores Delegados:



ENAZ en mi devoto culto por los acontecimientos trascendentales de la lucha separatista en que se agitaron sucesivamente los pueblos del Continente, durante una centuria alborotada y sangrienta, y, en consecuencia, por aquellos que tuvieron por escenario los campos de Cuba, donde se quebrantara definitivamente el podería de España en las postrimerías del pasado siglo, he escogido la campaña invasora de Máximo Gómez y Antonio Maceo, caudillos magnos de la emancipación de mi patria, como el más atractivo tema sobre que pudiera disertar ante este senado científico, cuya altísima significación está refrendada por sus actos.

Es la Invasión, indudablemente, el hecho culminante de la Historia de América, y uno de los contados que pueden rivalizar en el templo de la fama con los más grandiosos hechos realizados, en todos los tiempos y en todas las naciones, en la disciplina de las armas.

La empresa llevada a cabo por los hombres valerosos y sufridos que en la última decisiva contienda de Cuba contra España

pasearon triunfantes de un extremo a otro de la isla, erizada de bayonetas y sembrada de pasmosas dificultades naturales, la bandera de la libertad, es algo que desconcierta al sereno observador de los sucesos, porque en realidad no se concibe cómo una columna irregular, mal armada y peor alimentada, pudiera burlar y vencer al ejército más numeroso y mejor equipado que jamás mantuviera España en tierras americanas.

Durante la década gloriosa 1868-1878, en que Cuba guerreó contra España, agotando hasta el paroxismo la medida de lo heroico, fué preocupación de algunos jefes la necesidad de irrumpir en el Occidente de la isla, donde la guerra no había hallado repercusión alguna. Empero, la falta de unidad que caracterizó aquella guerra, donde los celos de localidad y las divergencias creadas entre los poderes legislativo y ejecutivo debilitaron con tenacidad creciente la causa común, paralizando iniciativas que hubieran contribuido eficazmente al desenvolvimiento progresivo de la lucha armada, hicieron retardar la decisión invasora, y cuando ya en las postrimerías de la acción insurrecta se pretendió por el Gobierno en armas invadir audazmente las provincias occidentales, era ya tarde. Acometida la empresa como la última medida agresiva del separatismo, los bravos soldados que la iniciaron convencieron de la imposibilidad, extenuados y desangrados por largos años de guerra desigual, de llevar al extremo opuesto de la isla sus pendones victoriosos, y contemplando los umbrales de la provincia de Matanzas, cayeron vencidos.

La guerra iniciada por Martí sobre la base de una firme centralización en el mando, rehuyendo precisamente las mal entendidas prácticas democráticas que anarquizaran la guerra precursora, no debía caer en modo alguno en los mismos errores señalados. El que pudo con la magia de su elocuencia y el imán poderoso de su corazón de justo, vencer descreimientos, volcar suspicacias, reducir impaciencias y levantar el monumento del Partido Revolucionario Cubano, por donde estalló al cabo el rompimiento libertador del 24 de febrero de 1895, cuyo desenlace fué la independencia de Cuba, tenía que mostrarse el hombre pujante que ya en los campos de Cuba en guerra, aprobaba en la Mejorana el 5 de mayo de 1895, en su carácter de director del movimiento separatista, el plan invasor acordado conjuntamente por

Máximo Gómez y Antonio Maceo, General en Jefe y Lugarteniente General, respectivamente, del Ejército Libertador. No tuvo la dicha inefable el grande hombre de ver iniciada siquiera aquella jornada magnífica que había de coronar la victoria, porque catorce días después del acuerdo de la Mejorana se desplomaba en Dos Ríos de su corcel de batalla para lucir desde entonces, más grande que nunca, en la Eternidad ilimitada; pero las candelas de su genio iluminaron constantemente el camino de la cabalgata libertadora y su fe inmarchitable era el hierro santo que tonificaba las arterias de los magníficos cruzados hacia la sagrada Jerusalén en que habían de arrancar a Cuba atormentada de las manos infieles.

Cuando Gómez y Maceo llegaron, separadamente, en el mes de abril de 1895, a los campos orientales, la guerra manteníase reducida al atrincheramiento defensivo. El jefe supremo de las fuerzas enemigas, general Arsenio Martínez Campos, que acababa de desembarcar en Santiago de Cuba con un contingente de cincuenta mil hombres, tan pronto conoció de la presencia de aquellos gloriosos caudillos, cuya capacidad militar había podido comprobar en la pasada campaña, desplegó sus actividades con el propósito único de cercarlos en aquella provincia, y dar allí golpe mortal al movimiento. Para que la revolución demostrase su vitalidad, era, pues, indispensable desmentir con los hechos el propósito exteriorizado por Martínez Campos de mantener pacificada la isla del Camagüey abajo. Por otra parte, era necesario demostrar el poderío de la revolución paralizando la zafra. La del año de 1895 prometía resultados fabulosos, y su factor económico debía necesariamente convertirse en balas para ametrallar a los rebeldes. Cuba armada no debía reincidir en el error de 1868, en que la condescendencia para con los grandes azucareros puso a éstos en condiciones de poder auxiliar al enemigo.

La invasión de Occidente iba a lograr con éxito feliz ambos propósitos. Para iniciarla era preciso que Máximo Gómez, al frente de un contingente insurrecto, ganase el Camagüey y obligase a Martínez Campos a dividir las enormes fuerzas de que disponía. Además, imponíase levantar fondos para mandarlos a los agentes de Cuba en el exterior a fin de que se enviasen expe-

diciones con buena cantidad de armamentos y de parque. En menos de dos meses Maceo había obtenido cerca de cien mil pesos en giros sobre plazas extranjeras como resultado de un impuesto forzoso, facilitando el envío de esas expediciones; a tiempo que combate sin descanso, penetrando triunfalmente en las poblaciones. Se bate con el enemigo en el Cristo, en Jobito, en Playue-las, en Peralejo, en Sao del Indio, venciendo asombrosamente a formidables columnas españolas; entretanto Máximo Gómez aparece en territorio camagüeyano, burlando los cercos puestos por Martínez Campos, que había inundado de tropas veteranas las zonas de Guantánamo, Santiago de Cuba, Holguín y Bayamo; que había puesto nutridas fuerzas vigilando toda la longitud del Cauto y que suponía tener cubierta la línea del río Jobabo, frontera divisoria entre Oriente y Camagüey. Resultado de la incursión de Gómez, es el envío a las Villas, la provincia central, de 25,000 hombres, lo que deja a Maceo en oportunidad de organizar la hueste invasora.

Ya en territorio camagüeyano Máximo Gómez, incorpórasele Salvador Cisneros Betancourt seguido de una juventud inflamada por el ideal, mientras desembarcan en las Villas, al frente de una nutrida expedición, los generales Carlos Roloff, José María Rodríguez y Serafín Sánchez, reforzando a las pequeñas partidas que allí operaban bajo la dirección de Joaquín Castillo y Juan Bruno Zayas.

En Jimaguayú, el 19 de septiembre de 1895, proclama la Asamblea Constituyente de la revolución la Carta Fundamental a la cual ha de ajustarse el Gobierno de la República, designando Presidente a Salvador Cisneros Betancourt y Vicepresidente a Bartolomé Masó, y siendo confirmados por el nuevo orden de cosas Máximo Gómez y Antonio Maceo en los dos cargos ejecutivos de la milicia.

Mientras la Asamblea Constituyente, defendida por Máximo Gómez del acecho de una columna de tres mil hombres que en vano pretendió paralizar su actividades, organizaba legalmente el nuevo Estado republicano, Antonio Maceo culminaba en Oriente sus preparativos invasores. El 22 de octubre inicia la marcha en Baraguá, en aquella inolvidable sabana donde él protestara heroicamente del Pacto con España en 1878, luego de una entre-

vista con el pacificador de la isla, general Arsenio Martínez Campos. Unida a él va la suprema representación civil del Gobierno, que expresamente ha ido a Baraguá para compartir con los soldados las vicisitudes de la campaña. Los más dudan del triunfo. Son muchas las dificultades que opone la Naturaleza y tan poderosas como las de la Naturaleza son las que opone el enemigo. Hay un ejército de tropa regular, que asciende a doscientas mil plazas, bajo la dirección de cuarenta y dos generales veteranos; y ese ejército está auxiliado por miles de voluntarios y guerrilleros. Para los gastos de la campaña durante el año dispone España de un crédito de cien millones de pesos. Las escasas vías férreas con que cuenta la isla están a su disposición. El elemento rico los apoya movido por el egoísmo. De los cubanos sólo una minoría está en armas. Un cálculo demasiado optimista podría hacerlos ascender a 25,000 en toda la isla. No tienen buen armamento. El soldado que cuenta con ocho tiros se considera fabulosamente pertrechado. Maceo tiene en cuenta todo esto y aun más, porque recarga las dificultades ya conocidas con las que habrán necesariamente de sorprenderle en el camino. Pero nada le arredra. Es su espíritu una fragua de fe. La columna con que debía iniciar la marcha esperábase que contase con dos mil plazas; pero como no hay armas la reduce considerablemente, ascendiendo en total, con el refuerzo de caballería obtenido a los nueve días de marcha en el campamento de Mala Noche, a 1,703 hombres, de los cuales sólo 1,400 están en disposición de combatir. El contingente es de las dos armas, aunque preferentemente de caballería, arma que cuenta con más de 1,100 plazas, entre oficiales y soldados. En ella se tienen puestas todas las esperanzas, pues que en los movimientos violentos que se preparan es secundario el papel de la infantería.

Es propósito del jefe invasor, en cumplimiento de orden superior y teniendo por finalidad la precisión de estar en diciembre en la provincia de Santa Clara, rehuir en principio los encuentros con el enemigo. Concordante con este propósito, el día 22 inicia la marcha por el camino de Holguín, sobre la margen derecha del Cauto, zona ésta la más desprovista de enemigos y la que más abrevia el paso al Camagüey. La primera marcha, de nueve leguas, a Júcaro, hízose bajo aguaceros torrenciales y por caminos

inundados a tal grado que los caballos se hundían hasta el pecho, y la infantería, que marchaba a retaguardia, tenía que sufrir penalidades sin cuento hundiéndose en las profundas huellas que la caballería dejaba al paso. Y no fué menos penosa la jornada del día 23, a Guayacán, distante seis leguas de Júcaro. Hasta el día 7 de noviembre, en que tiene el primer encuentro con el enemigo, en Lavado, territorio de Oriente, recorre la columna invasora sesenta y tres leguas con ligeras escalas en Sabanilla, Presistán, Tranqueras, Mala Noche, Río Abajo, Vista Alegre y Soledad. El día 8 surca el río Jobabo y penetra por Caridad en territorio camagüeyano. Desde este día hasta el 28 recorre próximamente sesenta y nueve leguas, atravesando velozmente Guamabo, Loreto, Yaya, La Matilde, San Andrés, Ciego Najasa, Consuegra, Antón, Las Guásimas, Divorcio, Hato Arriba, Ciego Escobar, Colmenar, Santo Tomás y Artemisa. El 29 atraviesa, a la vista de los fuertes enemigos, a cuyo fuego responden los invasores con vivas a Cuba y con las notas vibrantes del himno de Bayamo, la famosa Trocha de Júcaro a Morón. Era esta Trocha el orgullo militar del enemigo y tenía una longitud de diez y siete leguas, defendida por treinta y tres fuertes, protegidos cada uno por una estacada y un foso, y sin más eficacia real que la que con grave daño para su crédito le imprimían pomposamente los españoles, pues que los cubanos la burlaron en repetidas ocasiones sin que en ninguna experimentaran las consecuencias infernales continuamente anunciadas por España. Unas horas después, tras dos leguas de camino, se abrazaban Maceo y Máximo Gómez en lugar casi inmediato a la Trocha entre los vítores frenéticos de la tropa, que en aquel abrazo de los dos caudillos parecía rubricar su decisión de llevar hasta el extremo occidental sus banderas victoriosas. En Lázaro López acampan ese día. En la mañana del 30, Gómez revista las fuerzas y las arenga conminándolas a la consagración del Ayacucho cubano. En marcha en seguida, a las dos leguas de recorrido hacen alto en La Reforma. De nuevo en camino el 1º de diciembre, el 2 en Trilladeritas, distante tres leguas de La Reforma, no sin haber sostenido fuego en el camino con fuerzas del general Suárez Valdés, quien atacó la retaguardia, haciendo vivo fuego de fusil y de cañón, que no logró impedir la marcha y que apenas hizo blanco en las filas cubanas. Maceo se

limitó a hostilizar al enemigo con certeras descargas de fusilería protegiendo así el paso de su columna. De Trilladeritas partieron el 3, y en ese mismo día, a las tres leguas de marcha, estaban en La Campana, término de Sancti Spíritus, provincia de Santa Clara, no sin sostener el primer recio encuentro de la campaña invasora en Iguará. El fuego certero del enemigo fulminaba la altura donde el general Gómez luchaba al frente de la vanguardia, a tiempo que hacía blanco mortífero en la caballería desplegada por Maceo. Los cubanos eran terriblemente fusilados desde las magníficas posiciones ocupadas por los españoles; pero la pujanza de éstos, lejos de desmoralizar a los cubanos, les sirvió de poderoso acicate, y sin temor al fuego de fusilería conquistaron a la voz milagrosa de ¡al machete!, una de las trincheras, lo que sembró el desconcierto en los españoles, que en vano trataron de resistir, quedando la victoria por nuestras armas.

Así inician Gómez y Maceo su entrada en la provincia villareña, en la que se mantienen hasta el 19, recorriendo Ciego Potrero, Remates, Sabanilla, Las Pozas, Quemado Grande, Manacal, Quirro, Sigüanea, Guamá, Aguada de Flores, Amalia, Jagüey y Cabeza de Toro, sesenta y nueve leguas en total, y combatiendo vigorosamente, sin que nadie pueda estorbar su marcha progresiva, el 7 en Los Indios, el 11, el 12 y el 13 en Manicaragua, donde el enemigo agota sus esfuerzos por cerrar el paso occidental; el 15 en Mal Tiempo, acción estupenda en que al toque de degüello la caballería cubana irrumpe fieramente sobre los cuadros enemigos haciendo terrible carnicería; el 17 en Santa Isabel de las Lajas y el 20 en La Colmena.

Franqueado ya, como resultado de estas acciones, el paso a Matanzas, Martínez Campos, desesperado, cifra todas sus esperanzas en una fuerte resistencia en esta provincia que ponga a La Habana a salvo de los invasores y que evite el fracaso estrepitoso de su gestión militar y, como secuela, la caída de su Gobierno en medio del más lamentable descrédito.

El 20 de diciembre, en una jornada de doce leguas, llegan los invasores al término de Colón, deteniéndose en el Desquite, donde combaten el 21, arrojando 900 jinetes, divididos en dos secciones, sobre el grueso enemigo, que sufre numerosas bajas al arma blanca, emprendiendo la retirada. Anochecía ya cuando

los invasores, en el mismo colmenar español, muy cerca a las vías férreas, cumplían una audaz jornada de nueve leguas por el territorio de Colón, habiendo tenido la osadía de cruzar a dos kilómetros de Martínez Campos, que preparaba fuerzas abrumadoras para caer sobre ellos, cruzando la vía férrea de Colón a Cárdenas, donde se dividieron involuntariamente debido a la obscuridad de la noche, quedando separados y sin conocer ciertamente su situación los dos jefes insurrectos. Esa noche acampa Maceo en Santa Elena y Gómez en terrenos del ingenio *España*, lugares ambos situados en las entrañas del enemigo y cruzados de líneas ferrocarrileras que con toda urgencia podían hacer convergir allí fuerzas combinadas de Colón, de Cárdenas, de Jovellanos. El 22, sin saber de Gómez, inicia Maceo la marcha a las ocho de la mañana, estorbado por la impedimenta y por los heridos que llevaba, avanzando hacia Cárdenas con el propósito de incendiar los cañaverales por el Norte, para hostilizar la zafra y sembrar a la vez el pánico mediante un cauteloso alarde de fortaleza. A poco incendiaba el ingenio *España*, que acababa de abandonar Gómez, a quien las espirales de humo gigantescas señalan el derrotero de Maceo; y en seguida las llamaradas abrasaban los ingenios comarcanos. El general Gómez, por su parte, en marcha por el Sur de la línea férrea, daba también candela a las fincas azucareras situadas entre Jovellanos y Colón, asaltando por último al pueblo del Roque, mientras los españoles, abismados ante tanta osadía, contemplaban desde las poblaciones las luminarias de los incendios.

La casualidad fué ese día un factor de victoria para los rebeldes. De saberlos extraviados unos de otros, los españoles hubieran procurado a todo trance batir a una de las columnas, pero los incendios al Norte y al Sur les hicieron pensar ciertamente en una labor combinada de los insurrectos y suponiéndolos en posesión de recursos mayores de aquellos con que realmente contaban, aguardaron expectantes la acción inevitable. Gómez y Maceo, como si por prodigio telepático hubiéranse comunicado sus propósitos, culminaban su jornada en las puertas de Coliseo el día 23. Martínez Campos, al mismo tiempo, salía de Jovellanos, retardado por la destrucción de las líneas ferroviarias, que se ocupaba en reparar perdiendo oportunidades favorables. Las es

taciones voladas, los aparatos telegráficos destruidos, las alcantarillas ardiendo, los cañaverales devastados, los pacíficos presa de indecible pánico: tal era el cuadro que se ofrecía a Martínez Campos sobre el camino de Jovellanos. Todo aquello, impunemente realizado, denotaba la pujanza de la insurrección.

Intimidados los defensores de Coliseo sobre las tres de la tarde, para que se rindiesen, respondieron con fuego de fusilería, por lo que Maceo ordenó el ataque al poblado, operación que realizó la caballería oriental, entregando a las llamas gran parte de la población. A poco se anunciaba la presencia de Martínez Campos por dos formidables descargas de fusilería que hicieron trepidar los montes. Los cubanos salieron de la población, situando la caballería al lado izquierdo de aquélla, mientras la infantería se atrincheraba en cercas inmediatas. Cien soldados de la caballería cubana intentaron romper uno de los cuadros formados por la infantería española; pero el intento fué infructuoso y de resultados lamentables, cayendo heridos algunos oficiales bajo la tenaz granizada de plomo. Entretanto, una hábil maniobra de Gómez y Maceo ponía a resguardo la impedimenta, iniciándose así la retirada. La retaguardia cubana, que combatía con singular denuedo en el ingenio *Audaz* y que no había sentido el toque de retirada, recibió verbalmente la orden de cesar en su acción. Esto dió motivo a Martínez Campos a proclamar una victoria resonante como si pudiera llamarse victoria a quedar dueño de un terreno devastado por el incendio que de propósito se le cedió a sabiendas de que nada justificaba allí la prolongación de la lucha. De Santa Elena a Sumidero, donde hicieron alto después del combate de Coliseo, anduvieron los invasores trece leguas. Del 23 al 25 recorren veintidós leguas, acampando en Crimea, Navarrete y Sabanetón, incendiando trenes y paralizando dictatorialmente las actividades en los ingenios que suponiendo a Martínez Campos triunfador habían renovado las faenas de la zafra. Así respondían los invasores a las afirmaciones de Martínez Campos, que precipitadamente había salido para La Habana a proclamar su engañoso triunfo de Coliseo, dejando abandonado el teatro de la guerra en los precisos momentos en que Gómez y Maceo acampaban a las puertas mismas de las poblaciones. El 26 combaten en la Entrada del Caimito. El 27, como resultado de una hábil

combinación, retroceden a la provincia de Santa Clara, acampando en el Indio, zona de Cienfuegos, tras cinco leguas de recorrido. El 28 se precipitan de nuevo sobre el Occidente, acampando en término de Colón, y el 29 sostenían en Calimete una acción en la que, si bien no hubo vencedores ni vencidos, sufrieron grave daño los invasores perdiendo a oficiales valerosos y teniendo que atender a sus numerosos heridos, bajo la embestida de nuevas columnas enemigas de refuerzo, a las que hicieron heroica resistencia en Central *María* y en Caney. Catorce leguas había andado la tropa durante esos días acampando finalmente en Mostacilla.

Las condiciones en que la columna quedó después de la triple acción del día 29 no eran las más propicias al optimismo. No faltaba quien diese por fracasada la invasión. Los ayes de los moribundos hacían más tenebroso el cuadro. La fe de Gómez y Maceo, en cambio, no decae. Al romper el alba del día 30 estaban ya en marcha, y en seguida sostenían fuego en Cuevitas, acampando en el ingenio *Nueva Empresa* a las siete leguas de marcha. El 31, libre ya la columna de los heridos de Calimete, que fueron dejados en Manjuarí, al Sur de Matanzas, pudo moverse con mayor facilidad, encauzando la marcha occidental, circunstancialmente abandonada, y a las seis leguas de andar acampaba en El Estante, en los umbrales mismos de la provincia de La Habana. Las circunstancias variaron este día. El ánimo de las tropas se tonificó, a la vista de La Habana, y con las buenas nuevas de desembarcos de expediciones que habían traído a prestigiosos caudillos y facilitado parque y armas en abundancia, a más de refuerzos obtenidos en la zona invadida que habían venido a sustituir las lamentables bajas experimentadas en la marcha. La campaña del nuevo año se iniciaba con un contingente de 2,800 hombres, y se disponía de una magnífica caballería, que había sido repuesta en las incursiones por la provincia matancera. La salida de El Estante el día 1º de enero de 1896 para irrumpir en La Habana, fué anunciada por las notas marciales del himno invasor, compuesto en el fragor de la pelea por un compañero nuestro de delegación, el general Enrique Loynaz del Castillo. La marcha se inició bajo el fuego enemigo, al que se respondió con bravura. A las ocho leguas de avance, sin nuevas

agresiones, acampaban en Bagáez, cerca de Nueva Paz, provincia de La Habana. Los caballos invasores están ya sobre las márgenes del Almendares y una hoguera infernal cuyos resplandores se elevan hasta el cielo y refulgen en la Capital aterrada anuncia por doquier el triunfo insurrecto. Una de las columnas flanqueadoras penetra el día 2 en el pueblo de Vegas, ocupa armas y municiones, y rinde a la guarnición española, que pone más tarde en libertad. En la noche, acampados en una colonia del Central *Providencia*, oyen los insurrectos, a la distancia de una legua, el ir y venir de trenes militares. En el batey del ingenio hay acampada una columna enemiga. El día 3 está el General en Jefe con parte de la columna en una colonia del ingenio *Govín*, y Maceo con otra parte en Novo, a media legua de distancia. La de Gómez ataca este día a Melena del Sur, donde los voluntarios se le rinden, y ocupan armas y pertrechos en buen número. Unidos de nuevo el día 4, se lanzan a la toma de Güirra de Melena. El enemigo los recibe con nutrido fuego de fusilería. Maceo dirige la acción. Se lanza con ímpetu bravío sobre el pueblo, penetra en él, incendia casas, entretanto el machete hace terrible carnicería entre los defensores de la plaza, que al cabo se rinden al Lugarteniente, quien los pone a disposición de Gómez. Éste los congrega, y en arenga sobria les dice: "Españoles: si se invirtieran los papeles y ustedes fueran los vencedores, ni uno solo de nosotros quedaría con vida para contar el suceso; pero somos nosotros los cubanos los que triunfamos, y ni Antonio Maceo ni yo sabemos matar prisioneros de guerra. Ambos respetamos como se debe al enemigo vencido y éste es siempre más digno de consideración cuando como ustedes es valiente. Así, pues, españoles, quedan ustedes en completa libertad, a pesar de haber hecho derramar sangre nuestra, por una mal entendida defensa de sus intereses. Adviértanles a sus compañeros los comerciantes españoles que el gran Ejército Libertador cubano respetará en sus personas e intereses a los que acaten y respeten nuestra Revolución; pero que a los que le hagan frente los arrollará con sus briosos corceles y les cruzará por encima."

Los ataques a las poblaciones de La Habana en los primeros cuatro días de estancia en ella, han dejado en poder de los inva-

sores 350 rifles y 21,000 tiros; se han aprovisionado abundantemente de víveres; han paralizado dictatorialmente las faenas agrícolas; han destruído las vías ferroviarias y telegráficas, han hecho cientos de prisioneros, poniéndolos inmediatamente en libertad. Gómez se ha dirigido imperativamente a Martínez Campos en La Habana conminándole a promover la necesidad de que España transija con las aspiraciones cubanas antes de que el machete la obligue a transigir. Y todo esto se ha realizado en medio de un hervidero militar. Tres generales: Echagüe, Aldecoa y Luque, al frente de columnas que suman 15,000 hombres, van en su persecución. Las poblaciones todas están defendidas por numerosos voluntarios. La Habana, situada a pocas jornadas, es centro de numerosas fuerzas, y en ella está Martínez Campos, agotando disposiciones para evitar lo ya inevitable, el fracaso de su gobierno. En medio del desconcierto oficial, la juventud cubana comentaba con fervor, dispuesta a engrosar las filas insurrectas, las portentosas hazañas de Gómez y Maceo. La España colonial rugía imprecaciones. La Habana era un inmenso cuartel. Los bandos del Estado Mayor del Ejército denotaban el pánico producido por los invasores, cuya irrupción se esperaba de un momento a otro. El día 2 habían sido declaradas en estado de guerra las dos provincias occidentales.

Los invasores, por su parte, desde el 4 en que atacaron a Güira de Melena, hasta el 8 en que se baten en el Garro, penetran triunfalmente en Alquizar a los sones del himno bayamés, siendo recibido Maceo en medio de deslumbrante apoteosis popular, y más tarde en Ceiba del Agua, Vereda Nueva, Caimito, Punta Brava y Hoyo Colorado, realizando para ello marchas sorprendentes por las Lagunas del Ariguanabo. En una semana habían cruzado los invasores, de Este a Oeste, la provincia de La Habana.

El 7 de enero, en Hoyo Colorado, conferenciaron Máximo Gómez y Antonio Maceo acerca del avance sobre Pinar del Río. Resultado de esta entrevista fué la división de las fuerzas en dos contingentes, uno de 1,560 hombres, todos de caballería, que, al mando de Maceo, partió en seguida hacia la provincia de Pinar del Río, y otra de 2,300 hombres, que bajo la dirección de Gómez permanecería en La Habana haciendo recorridos hasta el límite divisorio de Santa Clara y Matanzas.

En catorce días, que señalan catorce jornadas, recorre Maceo setenta y cuatro leguas por territorio pinareño, dando con los hechos un mentís a los españoles y aun a muchos cubanos que dudaban de que se arriesgase a penetrar en esa parte, la más estrecha de la isla, cuya latitud es de 40 kilómetros, y en la que se decía y repetía a diario por los militares españoles que quedaría cercado, sin posibilidad ni medio de defensa, el caudillo cubano. El 10 penetra en Cabañas al toque de clarín. El enemigo, atrincherado en la iglesia y en el Ayuntamiento, le hace fuego de fusilería mientras una lancha artillada dispara cañonazos. A las dos horas de refriega, dispuestos ya los insurrectos a dar candela a los edificios desde los cuales hacían resistencia, bajo el pánico del vecindario que pedía clemencia, capitularon los españoles, quedando en poder de Maceo, a más de provisiones de todas clases, 200 fusiles y 15,000 cartuchos. En el mismo día se rinden a las armas cubanas los defensores de San Diego de Núñez, viéndose reforzada la columna con nutridos y valiosos elementos de Pinar del Río, que se alzaban al combate al paso de las huestes invasoras; más tarde penetran en Bahía Honda, a la que abandonan el 11 sosteniendo ligero tiroteo con tropas que desembarcaban en el muelle de *Gerardo*, ingenio éste cuyos cañaverales fueron incendiados y cuyas maquinarias fueron destruídas por haber solicitado el auxilio español; en seguida acampaban en Las Pozas, donde ocupan cien fusiles; en la mañana del 12 varias guerrillas incendian los embarcaderos de Río Blanco, La Mulata y Verracos, mientras el grueso de la columna se dirigía al pueblo de La Palma, en el que no penetra Maceo porque la súplica de una madre mueve su piedad; el día 13 acampaban en Laguna de Piedra, batiéndose con los voluntarios en las proximidades de Viñales; el 14 en Caiguanabo; en la noche del 15 en Pilotos; el 16 en Paso Viejo; el 17, el 18 y el 19 combate reciamente en Las Taironas; en la mañana del día 20 entraban en el pueblo de Guane, donde Maceo fué vitoreado por la multitud; y el 22 cumplía su ruta en Mantua, límite occidental de la isla, donde Maceo presidió sesión solemne del Ayuntamiento, confirmó en sus cargos a las autoridades, levantó el acta de constancia de que la invasión acababa de tocar en el extremo occidental de la isla, y fué recibido con honores de jefe supremo en los salones

del Casino local, que festejó con un gran baile el coronamiento feliz del plan de invasión. Era el 22 de enero de 1896. En noventa días había atravesado la columna invasora la isla entera recorriendo en total 424 leguas.

Mientras Maceo avanzaba sobre Pinar del Río, los españoles de La Habana y los de la Península abrumaban con sus censuras al general Martínez Campos. Éste comunicaba a Madrid el día 14 la marcha de los acontecimientos en forma que denotaba claramente la potencia de los insurrectos, de los que decía, glosando un parte del general Navarro, luego de notificar que los voluntarios se rendían a discreción, que inspiraban tal pánico que sólo viéndolo se podía concebir. El día 16, antes de cumplir Maceo su ruta invasora, había provocado la crisis del Gobierno, pues por cable se le ordenó al general Martínez Campos que entregase el mando al Teniente General Sabas Marín. El 19 era designado para sustituir a Martínez Campos el general Weyler. Maceo no sólo trastornó por completo los organismos españoles en la provincia de Pinar del Río, sino que provocó la caída del jefe máximo del Gobierno.

Luego de culminar tan gallardamente el plan de invasión, Maceo se mueve violentamente de un lado a otro de la provincia. El 26 de enero pelea en Santa Lucía, el 1º de febrero en Paso Real; el 5 y el 6 en Candelaria; el 7 en Río Hondo; el 9 en San Cristóbal y el 11 en Laborí. Se ha batido con seis columnas, y de ellas la que no ha sido seriamente quebrantada no ha podido, al menos, cerrarle el paso hacia La Habana, donde hace su aparición el día 13, atacando al enemigo en Güira de Melena. En esta provincia combate, desde este día al 18, en Quivicán, San Antonio de las Vegas y Jaruco, donde penetra triunfalmente y se le rinden los defensores. Después de esta acción se encuentran de nuevo Gómez y Maceo, y juntos combaten el 19 en Moralitys y Catalina de Güines, y el 20 en Loma del Gato.

Ya desde el 10 de febrero había desembarcado Weyler, sustituto de Martínez Campos, quien estableció, como primera disposición el famoso bando de la reconcentración, y se disponía a combatir a los insurrectos en una lucha sin misericordia y sin cuartel. El día 23 irumpía de nuevo Maceo en la provincia matancera, batiéndose rudamente el 25 en La Perla y el 26 en Iba-

rra. De nuevo en La Habana, guerreó el 28 en Baimoa, el 29 en Santa Cruz del Norte, el 2 de marzo en Nazareno, en Río Bayamo y en Dolores; el 6 está otra vez en Matanzas, batiéndose en Acana, el 7 lucha en Diana y el 8 en Río Auras. El general Gómez, entretanto, operaba por el Sur. En el Hanábana combatió dos veces, y en la colonia Algarrobo sostuvo con poca fortuna una sangrienta acción con el general Prats. Unido de nuevo a Maceo el 10 de marzo en Galeón, se separaron definitivamente, marchando Gómez hacia las Villas y retrocediendo Maceo hacia Pinar del Río, teatro de sus más portentosas hazañas. El día 11 se batió Maceo frente a Nueva Paz y el 13 atacaba a Batibán, provincia de La Habana. El 15 estaba ya en Pinar del Río, combatiendo en Neptuno, el 16 en Galope, el 18 en Laborí y Cayajabos, el 20 en El Rubí y el 29 en La Palma. En abril 9 se bate en San Claudio, y del 14 al 26 en Lomas de Tapia, donde se mantiene incommovible haciendo fracasar el tenaz propósito de Weyler de despojarlo de sus posiciones, ofreciendo a veces la resistencia con un número tan reducido de hombres y frente a columnas tan nutridas que dijéranse relatos fantásticos; el 29 se bate en Las Pozas y el 30 de abril y el 1º de mayo lucha formidablemente en Cacarájicara; el 5 en Vega Morales, el 6 en San Martín, el 22 en Caiguanabo, el 23 en Consolación del Sur y el 25 en Descanso. En junio 11 sostiene otra vez fuego en Lomas de Tapia, el 13 en San Gabriel de Lombillo; del 19 al 24 otra vez en Lomas de Tapia; el 24 de julio en América; el 3, el 16, 17 y 18 de agosto en Bacunagua; el 30 en Trocha de Viñales; el 2 de septiembre en Diana; el 6 en Los Arroyos; el 23 en Loma China; el 24 en Montezuelo; el 27 en Tumbas de Estorino y en La Manaja; el 3 de octubre en Isabel María; el 4 en Ceja del Negro; el 8 y el 9 en Calalón; el 22 en Artemisa; el 24 en So-roa; el 9 de noviembre en el Rosario, donde derrota al propio general Weyler; el 10 en El Rubí; el 26 en el Jobo y el 3 de diciembre en Bejarano. De vuelta de nuevo a La Habana, después de burlar por mar la trocha de Mariel a Majana, en una acción sin trascendencia, en Punta Brava, el 7 de diciembre, hallaba la muerte el caudillo invasor ostentando en su cuerpo prócer 26 cicatrices.

Cayó el audaz guerrero cuando ya la obra estupenda enco-

mentada a su genio militar no solamente había sido cumplida en el plazo sorprendente de noventa días, sino que había sido reforzada por la campaña brillantísima del 96, culminante en las acciones que en Pinar del Río consagraron definitivamente su personalidad heroica. Seguir minuciosamente sus hazañas en esta provincia, verlo coronar victorioso las erizadas cumbres de sus montes, que le sirvieron una y cien veces de formidables parapetos descendiendo al llano por entre vericuetos espantables, resistiendo con firmeza las inclemencias de la naturaleza; seguirlo en su vertiginosa movilidad y verlo combatir con éxito feliz en la proporción desventajosa de uno contra doscientos, es sentirse verdaderamente maravillado. En vano aprovechó el enemigo la esperada circunstancia de que se encontrase en la parte más estrecha de la isla para someterlo. Aquel hombre, con la fuerza de un alud que se despeña, irrumpía sobre sus cercos y los desbarataba, y cuando se le creía copado surgía victorioso por entre las columnas combinadas que ofrecían a sus huestes desconcertante círculo de bayonetas.

¿Cómo se explica que él y Gómez con un número tan exiguo de hombres y de recursos en relación con los de sus enemigos, pudiera realizar las incursiones fabulosas que he mostrado en rápido recorrido por el campo de sus hazañas inmortales? Tiene una explicación: el error pericial del enemigo que pretendía vencer a los rebeldes con columnas de miles de hombres, táctica ésta completamente opuesta a la que exigían las circunstancias, pues que los insurrectos combatían en guerrillas en forma tal que probaron hasta el exceso que 50 hombres podían mermar considerablemente una columna de 5,000 hombres. Claro está que aun empleando el mismo método insurrecto estaban los enemigos en situación de inferioridad—quedó probado cuando alguna vez lo ensayaron—y esto debíase al desconocimiento del terreno en que actuaban; pero aun así, otros hubieran sido los resultados de haberse atemperado a las necesidades. “El español, observaba el general Gómez, prefiere ir en rebaños de una a otra población, y así lo destruimos con mayor facilidad. Cuando yo encuentro una buena posición estratégica, les ofrezco batalla abierta y si no reciben refuerzos tienen que huir ante la embestida arrolladora del cubano.”

¡Qué resistencia la de aquellos hombres! Fueron de veras sobrenaturales. Ni las marchas continuas los fatigaron, ni el sol ni el agua debilitaron sus organismos, ni la falta de alimentos los desesperó. ¿Armas? El enemigo las tenía en abundancia, y a él se las arrancaron. La muerte no les arredró. Cuando partieron de Oriente los más sabían que no retornarían del campo occidental. A levantar el templo de la patria sobre el sacrificio de sus vidas iban y las ofrendaban con sublime arresto. Regimientos enteros quedaron en el camino, sembrado de cruces; pero el pendón libertador había flotado orgulloso de un extremo a otro de la isla.

Esa es la obra de Gómez y Maceo, digna de emular las hazañas portentosas de Aníbal en su irrupción por los Alpes y de Bolívar en su paso por los Andes; esa es la obra de Gómez y Maceo, caudillos portentosos, creadores de una disciplina militar que echó por tierra la disciplina de las Academias; hombres sobrenaturales, grandes por el corazón, magníficos en el valor, sublimes en su culto por la libertad, arrogantes, casi únicos en la fe, tenaces en el heroísmo, magnánimos en el triunfo y sufridos en la derrota; esa es la obra de Gómez y Maceo, nombres excelsos que la fama pregona a través de un Continente cuya libertad contribuyeron a afirmar definitivamente, y que el mundo colocará cuando sus hazañas, pregonadas por la Historia, se tornen universales, en el Olimpo en que viven vida inmortal los más grandes guerreros y donde acaso reparadora justicia divina les ciña la aureola que los consagre superiores, por su generoso desprendimiento, a los que emplearon su genialidad combativa en coronar empresas conquistadoras.

PAGINAS DE AYACUCHO

I

LA SANGRE ECUATORIANA



DESINTERESADA es la historia: como juez imparcial que desecha el influjo de premios y castigos, trabaja en bien de la humanidad, proporcionándola lecciones verídicas, pronunciando fallos que sirven de ejemplo a las generaciones. La historia nos convida a meditar en las conquistas que han costado sangre y lágrimas al mortal, siempre que ha querido obtener su libertad o avanzar un paso para hacer más luz en las conciencias.

Mas los insuperables esfuerzos nunca van perdidos, si la causa es santa.

Si tarda en germinar la semilla, si la lluvia de martirio demora en fecundar la tierra, al fin se levanta el árbol de libertad, alto y frondoso, para proteger con su sombra a los pueblos.

Las montañas de cadáveres, los torrentes de sangre, si proclaman el horror de las tragedias, son también elocuentísimo testimonio de que la virtud de algunos hombres no es planta estéril, por más que el océano de pasiones ruines y salobres ahogue empresas de salvación y sentimientos generosos que nos redimen de absolutos naufragios morales. El fracaso aniquila muchas buenas obras; pero unas pocas, tras porfiado empeño, al fin llegan a coronarse.

De éstas es la campaña libertadora que predicó Espejo, soñó Miranda y realizó Bolívar: después de lustros de sufrimiento y muerte, dió a la postre frutos de bendición en América.

Con caracteres de fuego—hoguera de patriotas y de libres—se ha grabado la batalla de Ayacucho entre las luminosas jornadas que prepararon el terreno para el perfeccionamiento humano, queriendo significar con esto la historia—la eternal maestra—que la esplendente alborada del 9 de diciembre de 1824, con la victoria de Sucre y sus ínclitos tenientes, despejó los horizontes de la política hispanoamericana y tomó otro rumbo internacional la suerte de un Continente nacido para la independencia.

Siguiendo las huellas del historiador inglés de cepa clásica, Edward Creasy, un opulento colombiano, Aníbal Galindo, ha incorporado entre los hechos de armas decisivos para la civilización universal, el de Ayacucho, tan grande como el de Maratón, de Atenas, contra las huestes de Darío, el poderoso rey de los persas y los medos.

El desfile de las batallas redentoras, Siracusa, Arbela, Waterloo, Pichincha, para no citar más épicas contiendas, es salutado por la libertad del orbe, que se alza alígera, sin cadenas ni grilletes.

Escuchad la voz del escritor que simbólicamente, por una de esas armonías del destino, nació en Salamina, fértil campo que se esconde en la “bellísima hondonada regada por el Coello, que separa las sabanas altas de Ibagué de las del Espinel”; escuchadle, porque por su boca parece que habla la unión internacional, sellada con la sangre de millares de patriotas:

Ayacucho—dice fundamentalmente—no es una batalla colombiana, ni una batalla peruana, sino la victoria final que coronó la guerra de la emancipación de la América Española, y a la cual concurrieron los esfuerzos y los sacrificios de todos, desde el Orinoco hasta el Plata.

Si se fatigó allí la vitalidad patriota de centenares de venezolanos, colombianos, hijos del Perú, Bolivia, Chile, Argentina y otros países de común aspiración, de un solo nexo revolucionario y una misma lengua, la historia está proclamando que a torrentes corrió sangre ecuatoriana, la de los héroes ignotos, la del montón popular, la que es nervio y pujanza; sangre de millares de combatientes de las aldeas de la sierra que atalayan el Imbabura, Cayambe, Cotopaxi, Tungurahua, Chimborazo, Azuay; sangre de las poblaciones del litoral que sombrean nuestros bosques

y riegan nuestros ríos como el Daule, Yaguachi, Babahoyo, Guayas; sangre preciosa de los habitantes regados en la vasta extensión del Carchi al Macará, en sus valles, en sus callejones interandinos y en las bajas latitudes que van a besar el océano.

Hasta de los pueblos más insignificantes de la que hoy es República del Ecuador se alistaban soldados que iban a ofrendar su vida por la libertad del Continente. Y junto con el sacrificio humano, el del dinero, víveres y materiales de guerra. Siguiendo la divisa de Bolívar, frenéticos repetían los pueblos la voz de guerra que era un sagrado juramento: libertados o muertos.

Bolívar, en célebre carta a Santander, dejaba constancia de que casi todo el Ejército que se alistó para marchar a Ayacucho era del Departamento del Sur, es decir, ecuatoriano. Guayaquil dió más de un millón de pesos para la libérrima empresa. De dicho puerto salieron los primeros contingentes de hombres. No sólo soldados, sino jefes y oficiales en gran número partieron al Perú, como los La Mar, los Elizalde, los Sáenz, los Pareja, los Avilés, los García, los Lavayen, los Vernaza y cien más. Llegó a tanto el fervor, que la leyenda ha consignado hasta los nombres de dos heroicas mujeres ecuatorianas, nuevas amazonas, que empuñaron las armas: Nicolasa Jurado e Inés Jiménez, lojana y ambateña, respectivamente. Los que por azares de la inquietud revolucionaria no nacieron en territorio ecuatoriano, fueron hijos de padres ecuatorianos, como el Coronel Manuel Guerrero García, que aunque vino al mundo en Barbacoas, sus ascendientes figuran como legítimos quiteños; se educó él en Quito, peleó en Pichincha, fué condecorado en Tarqui, cayó prisionero en Cuaspud, se distinguió como Ministro de la Corte Marcial y, por último, dejó notable descendencia en la Capital del Ecuador.

II

LA OBRA DEL LIBERTADOR

¿Quién, de no conocer el carácter de Bolívar y recordar su solemne juramento en el Monte Sacro, se hubiera imaginado al verle partir el 27 de agosto de 1812, que, lustros más tarde, habría de transformar políticamente un mundo? Cuando se hizo a

la vela en la goleta *Jesús, María y José*, desde la Guaira, iba abatido, meditabundo; pero fiel a su magno proyecto, aunque le faltaban armas, buques, voluntades y oro a manos llenas. De vez en cuando, cruzaba ideas con su tío José Félix Ribas acerca de la emancipación americana, su obsesión, como lo fué en Pativilca, siniestro lugar en el que ni la salud le acompañó. Loco le creyeron entonces; tan débil estaba y tanto había sufrido. Su genio potente jamás apagó al sol de la esperanza que renacía en su espíritu férreo, aun después de los más tristes fracasos y de los nubarrones de la adversidad: se diría que el "árbitro de la paz y de la guerra" los disipaba con el puño, como flores de espino, o, más propiamente, de un soplo. Ni vencedor ni vencido cejó en su dura y prolongada campaña, hasta coronar la empresa magna, que apagó la llama de su sér en hora prematura.

El resultado obtenido por el Libertador, en esta primera etapa—dice Rivas Vicuña—es superior a los medios de que dispuso y caracteriza su valor individual.

Luchó contra todo y contra todos: elementos y perfidia de los hombres; naturaleza bravía y voluntades rebeldes. Por fortuna, contó con tenientes abnegados y leales, entre los que brilla el virtuoso Sucre, vencedor en Pichincha y Ayacucho.

Su talento múltiple y la disciplina del carácter, condujeron al mártir de Berruecos de triunfo en triunfo. Los que a sus órdenes combatían estaban garantizados por la entereza espartana, la inquebrantable resolución y el valor temerario del Mariscal de Ayacucho, conocedor de la ciencia de la guerra y de la más difícil del corazón humano. Su exquisito dón de gentes no olvidaba el mínimo detalle para enfervorizar a sus soldados. Las sentencieras proclamas de Ayacucho son modelo de su agilidad de espíritu y de la fe en el buen éxito. A todos recuerda sus proezas y sus viejas insignias. A los batallones peruanos, les habla de victoria, de libertad y del afianzamiento de la independencia americana, estimulando su valor y subordinada conducta.

A sus compatriotas llaneros, les revive las escenas de bravura de "las lanzas del Diamante de Apure, las de Mucuritas, Querasas del Medio y Calabozo, las del Pantano de Vargas y Boyacá, las de Carabobo, las de Ibarra y Junín", lanzas que nadie

pudo resistir. Les invita, en seguida, a apoderarse de los bridones del enemigo, para dar refresco a sus fatigadas cabalgaduras. Caed sobre ellos, les ordena, como el rayo de la altura. Exalta la fiereza del guerrero, al par que su generosidad. "¡Lanza al que ose afrentaros! ¡Corazón de amigos y hermanos para los rendidos!", es su antitética máxima.

Al heroico Bogotá entusiasmo con sus pasadas glorias, sintetizando la apoteosis de Nariño y Ricaurte. Llor a las irresistibles bayonetas y a la bandera ensangrentada de Bomboná.

Bendice las cicatrices de los bravos del Caracas. Su patriotismo se enfervoriza y la elocuencia desbordante traza bellas imágenes a la rápida añoranza de la capital de Venezuela.

Ayer—les dice—asombrasteis al remoto Atlántico en Maracaibo y Coro; hoy los Andes del Perú se humillarán a vuestra intrepidez. Vuestro nombre os manda a todos ser héroes. Es el de la patria del Libertador, el de la ciudad sagrada que marcha con él al frente de la América.

Y así a todas las legiones de patriotas enardece con el recuento de su heroísmo y de sus prístinas grandezas, en la prolongada campaña libertadora.

Llega a lo sublime su oratoria militar cuando, iluminado por la visión del mañana, dirigiéndose desde la cumbre del genio, electriza a todos así: "¡Soldados! De los esfuerzos de hoy pende la suerte de la América del Sur!"

Como alud, la lucha se empeña, arrastrando con ímpetu obstáculos, peligros y existencias; ahogando todo en el ardor y patriotismo de los combatientes. Leones contra leones pelearon, haciendo gala de valentía y de generosidad, como si los reyes de la selva se hubieran dado cita para un hidalgo encuentro que no volverán a contemplar las centurias.

Fulge la inmensidad de la lid al meditar en la valía de los adversarios. ¡Mérito insuperable rendir a los gigantes, engrandecidos por las mil proezas, honra de la raza, que ha proclamado la historia desde las épocas remotas de Sagunto y Numancia!

III

SOL DE AYACUCHO

Ayacucho, excelsa cumbre: desde tu alba frente se levantó hasta el cenit el astro de resplandores eternos.

En lo más alto, la victoria, como la de Samotracia, abre sus alas para volar por la América, como heraldo de las conquistas de la civilización futura.

Los triunfales clarines de Ayacucho, anuncian al Continente Hispano que ya es libre, en la comunión de naciones que brotaron de la espada y del cerebro de Bolívar, San Martín, Morelos, Hidalgo, Artigas, Miranda, Nariño y cien redentores más, todos fieles a la justicia de su causa. En la falange sagrada, Sucre llenando está de normas estupendas las páginas inmortales de la contienda emancipadora, que epilógadas fueron en Ayacucho.

Allí, después de reñida brega de titanes, las bravas huestes españolas vuelven la espalda, cediendo como a un poder sobrehumano. Eran casi el doble de las americanas. Con todo, apagando los últimos fulgores del trágico incendio, se disponen a retirarse de la tierra que hollaron por siglos sus plantas. La memorable capitulación habla con más elocuencia que los cañones de allende los mares. Sucre disponía de uno solo, viejo y deficiente, como para hacer resaltar más la eficacia de la empresa, la gloria conquistada palmo a palmo. Comprendió que sólo faltaban los colores del iris de aquel día para la bandera autónoma que había de flotar orgullosa desde México a la Argentina, empuñada por los adalides generosos que robustecieron la savia de su espíritu en la vieja encina íbera, anticuada, caduca, empobrecida; pero siempre augusta. Pensando en ella, Ayacucho parecerá, de momento, división de hermanos para rectificar puntos trascendentales, reconocer centenarios errores, dirimir rancias dificultades y fanatismos, y reconciliarse después en el abrazo del idioma y de la raza.

Duras y prolongadas campañas, jornadas violentas y difíciles, insuperables ascensiones, campales batallas, prodigios inauditos, privación, sacrificio, hambre, sed, agonía, todo fué común, mo-

neda corriente en la Odisea emancipadora y en la Ilíada de nuestros mayores.

Faltaba únicamente Ayacucho, que fué el último reducto hispano, ya que, sin esta victoria, no se habría entregado el fuerte del Callao, ni se hubieran rendido los reducidos destacamentos esporádicos, como un mal de servidumbre, del Alto y Bajo Perú, las guarniciones del Cuzco, Puno, Arequipa.

¿Qué campo clarea por allá, en la limpidez del horizonte? En el confín se alzan, argentadas, las nieves de los Andes; a sus faldas, se repliega el ondulado terreno, por grietas profundas dividido. Un pueblecito se confunde a la distancia con el azul del cielo y el albor de las nubes: Quinua es la aldea que ha perpetuado su nombre, próxima al sugestivo "Rincón de muertos" o Ayacucho. ¿Qué picachos se descubren acá, en medio de la inmensidad del firmamento? Es el Condurcunca. Más allá, abre su boquete la sima espantable del Ayahuarcuna, que quiere decir *sitio donde se cuelgan cadáveres*.

La acción formidable se traba. Distribuidos en las famosas divisiones, mandadas por denodados generales, los españoles comienzan la sangrienta liza. Culminó a sublime altura su tradicional arrojo en Ayacucho. Jefes hubo que prefirieron morir antes que rendirse. Valdez quiere suicidarse. El Virrey La Serna herido está y a punto de ser ultimado. Prisioneros se encuentran el Teniente General Canterac, los Mariscales Valdez, Monet, Villalobos, los Generales Carratalá, Bedoya, Ferraz, Gamba, Somocurio, Cacho, Atero, Landázuri, Vigil, Pardo y Tur. Son incontables los demás jefes que se hallan en poder del Mariscal de Ayacucho. El Coronel Diego Pacheco huyendo está por las selvas, desnudo y hambriento, inflexible, terco en no firmar la capitulación. Es casi un espectro cuando llega a Puno y de Quilca se hace a la vela, soñando con las costas de su patria.

La grandeza moral de Sucre enriquece sus quilates en Ayacucho, donde su corazón de oro resplandece con los lampos de la magnanimidad y de la gentileza. Borra él, por inhumano, el viejo anatema del bárbaro ante Roma: "¡Ay de los vencidos!" El contrincante realista no fué humillado por el despótico orgullo de los que se ciegan con el triunfo.

La ecuanimidad de Sucre, la blancura de sus intenciones, compiten con las nieves eternas de Ayacucho.

Si la victoria es sublime, mayor es la exaltación moral, esta otra victoria difícil y sorprendente, que sólo alcanzan la virtud humanitaria, la prudencia y la nobleza encarnadas en el espíritu de Sucre, el soldado sin tacha, señor de Pichincha y Ayacucho, rendido únicamente por el plomo traidor y fratricida de Bermeos. Después de Bolívar, fué el primero, genio de la guerra y ejemplo de las almas generosas, que venciendo a los enemigos de la patria, saben dominarse a sí mismos; prendiendo el sol de la libertad humana, aclaran antes el de su conciencia sin mácula ni sombras.

IV

UNA FRASE ÉPICA

“Armas a discreción, de frente; paso de vencedores”, ordenó a sus soldados el Bayardo americano, el General José María Córdova.

¡Sublime mancebo! Artista preclaro de la epopeya, fatigaste las leyendas del desnudo. Entre la pólvora de los combates, las penalidades de la campaña, el polvo del camino, la humedad de las montañas, el fangal de los pantanos, jamás descuidaste la personal delicadeza de apuesto personaje, de simpático talante. Ameno filósofo, pensabas que al rendir la vida por la patria, había que hacerlo con elegancia, a la manera exquisita petroniana, o como un caballero de las justas medioevales.

Te asistió siempre la belleza del valor, aquilatada pulcramente por el valor de la belleza.

Alma juvenil a todas horas, enamorada de los grandes ideales, rebosando de las excelencias del patriotismo, poseíste el ensueño de la gloria como dulce poema de amor, hermozeado por la más gentil corrección hasta en los momentos difíciles, terriblemente patéticos de la pelea, cuando el martirio es ígneo volcán de republicanos, y el furor, huracán de los combatientes. Himno de eterna confianza en las empresas admirables, divisa de garbosos centauros invencibles, salutación a la radiosa esperanza es

tu gráfica proclama de Ayacucho, enaltecida por la coquetería del heroísmo: "Colombianos: armas a discreción; de frente, paso de vencedores."

Sólo la juventud, intrépida, generosa, poseída de los arranques del genio; sólo la juventud, que es sublimidad, efusión, manantial de sacrificio, fragua de afectos, deslumbradora antorcha de entusiasmo, pudo sintetizar así el porvenir, en trance tan supremo, riéndose, inspirada y poéticamente, de la muerte. La oración desafiadora, es reto de cumplidos paladines, al León augusto, domeador de las selvas del Nuevo Mundo, pasmo en los anales de oro.

"Colombianos: armas a discreción; de frente; paso de vencedores." ¿Imagináis más épica gallardía? El sentecioso y profético verbo, habría sido gárrula música en boca de vulgares campeones, palabrería para muchos, vanidad para no pocos, ridículo mandato invocado desaforadamente por la impotencia, desatino en los labios trémulos de la senectud calculadora, salida fanfarrona para otro militar que no fuese el General Córdova.

Eternizó la galantería oratoria en los escabrosos campos de batalla, jugándose, con juvenil donaire, el todo por el todo. Le asistían su arrojo temerario, la aureola de cien proezas, las fulguraciones de Pichincha, el fervor de su envidiable carrera bélica, la íntima convicción de su sagrada empresa, la fe en los suyos, luchadores formidables, y la incontenible pujanza, marcial divisa de sus actos; le asistían estas lozanas virtudes para hablar así.

"Colombianos: armas a discreción; de frente, paso de vencedores." ¿Quién habría osado la nítida sinceridad de esta frase clásica, irónica al brotar de otros pechos, si se atiende a la desnudez de la tropa americana, a su inferioridad numérica, al fantasma del hambre, a la pobreza de armamentos, al cansancio físico que discurría por las filas y a los tropiezos topográficos de Ayacucho?

Pero allí estuvo el inclito General José María Córdova a decidir de la victoria, según la confirmación de respetables historiadores. Nada es peligroso ni insuperable para su impetuosa pericia militar. Es un torrente que todo lo arrastra, una inaudita fuerza de voluntad que todo lo arrolla, un ciclón guerrero que

todo lo arrebató; es la férrea falange que empuja al enemigo; es la hercúlea y lozana personificación de la libertad que aniquila, que pulveriza a las porfiadas masas que se oponen a su paso triunfal por el Continente, absorto ante el tropel de centauros. Córdova al frente, a escape en el corcel de las batallas, corre a donde hay más encarnizamiento y es más inminente el riesgo.

En la campaña de Boyacá, Córdova se destaca como primer Ayudante del Estado Mayor General, junto a Bolívar que tuvo que multiplicarse para evitar fracasos, a causa de la disminución de las tropas diezmadas por el frío, al que no se acostumbraron los de tierra caliente. El Ejército que acampó en Socha era víctima de las enfermedades y no contaba siquiera con cabalgaduras. La actividad del Libertador suplió tantas deficiencias, supo utilizar el terreno, palpar las ventajas de la ofensiva, desalojar al enemigo de sus posiciones valiéndose de sabia estrategia, cortar en Tunja las comunicaciones contrarias, valerse del río Sogamoso como segura protección, fertilizar para su causa el fervor de los pueblos, ocultar sus maniobras frente a Loma-bonita y hasta sacar partido de los involuntarios errores de algunos jefes como Barreiro que había ocupado "una posición que dejaba descubiertas sus líneas de comunicación".

En la campaña del Perú, Córdova se muestra digno segundo de Sucre. Al ascender las faldas del Condorcunca, Córdova atiende a todo: formación de las filas, estímulo a los oficiales, aliento para los soldados, diligencia sorprendente, ya a pie ya a caballo, ya en persona asiendo del brazo a los retrasados, ya lanzando a los *Granaderos* de Colombia contra los temibles alabarderos, gala de la guardia del Virrey, ya persiguiendo su retirada, ya, en fin, tomando prisionero al respetable anciano La Serna que le entrega su espada flamígera.

El templo de la gloria, ornamentado deslumbradoramente, está de par en par: las coronas, los trofeos, las banderas, las grímpolas airosas, los cañones destrozados, representan allí el botín de guerra. Marte se ciñe fresca guirnalda, en medio de los laureles, que, como un bosque sacro, forman su comitiva. Se adelanta el vencedor, juvenil y apolíneo, radiante después de la refriega. ¿Quién es aquel feliz hijo del buen éxito? Un bizarro combatiente en la flor perfumada, en la estación más noble de la vida,

Se escuchan aires marciales, vítores atronadores, murmullos de alegría, sonos de clarines, redoble de timbales, repiqueteo de campanas, estrépito de armas. La interminable teoría de triunfales guerreros desfila majestuosa. Parece que los ecos de Ayacucho transportan las armonías del imperativo inaudito que estremeció las breñas de los Andes: "Colombianos: armas a discreción, de frente; paso de vencedores".

Ufano marcha Córdova, por entre arcos y festones, y penetra en el santuario de los inmortales, sonriendo como el genio aristocrático y elegante de la victoria, como la Gioconda de las batallas, que ha perpetuado su aterciopelada placidez en el divino cuadro del políartista apolíneo Leonardo.

Así las históricas telas, galanura y frescor del pincel, representarán a Córdova, cantando siempre la primavera helénica del General de pocos años que compenetró la gracia francesa de su maestro el Teniente Coronel Manuel de Roergas Serviez dentro de la tradicional caballería española y la lozanía americana, bella como su pródiga naturaleza, amplia como su tierra y de risueña diafanidad como su cielo.

Ayacucho, sin motejar a los vencidos ni adular a los vencedores, personificó la virtud en Sucre, la poesía juvenil en Córdova, la sabia serenidad en La Mar, el celo por la patria en uno y otro bando, el honor en los campamentos antitéticos, la generosidad en los americanos y el valor en todos.

ALEJANDRO ANDRADE COELLO.

Quito, Ecuador, 9 de diciembre de 1924.

NUESTRO UNIVERSO

ENSAYO DE UNA CONCEPCION SINTETICA



CUANDO contemplamos en noche serena el obscuro firmamento, nuestro corazón se deleita y conmueve ante el incomparable espectáculo de las rutilantes estrellas esparcidas por doquier, en tanto el pensamiento vuela a las alturas en un vano intento de abarcar el infinito.

Vano, aunque no estéril, pues llega a comprender la existencia eterna de un Gran Todo, en perenne movimiento, del que el mismo pensamiento es una tenue y efímera vibración.

Vuela atrevido nuestro pensamiento por el espacio sin límites, atravesando el éter sutil que lo llena, sin ofrecer resistencia; asiste a la condensación de la sustancia cósmica en gigantescos cúmulos que acaban por resolverse en esplendentes soles, fuentes de luz y vida; vaga por los mundos que giran alrededor de aquéllos, poblados quizás muchos de ellos de seres dotados como nosotros de conciencia y de inteligencia... Cuando fatigado, aunque no satisfecho, retorna a la tierra y lo reconcentramos en nosotros mismos, la sensación primera que experimentamos es de extraordinaria admiración. No hay maravilla comparable a la del Universo. Y ante ella, tras la admiración surge el anonadamiento, al comparar su inmensa grandeza con nuestra insignificante pequeñez. ¿Qué somos? ¿qué representamos? Casi nada: seres de vida efímera, de inteligencia limitada, moviéndonos en un pequeño mundo perdido en el infinito, mera unidad en el enjambre incontable de mundos.

El hombre primitivo, pobre de experiencias, hubo de formarse del Universo una idea simple. Lo reducía a la porción de tierra que habitaba o poco más. Ateniéndose a sus sentidos, creía

que el mundo era plano y el firmamento algo sólido que se apoyaba en los confines de aquél. Tomándose a sí mismo como objeto de comparación, personificaba todo cuanto veía a su alrededor.

A medida que acumulaba experiencias y hacía observaciones, iba ensanchando su visión del Universo, si bien considerando siempre la Tierra como su centro y suponiendo que Sol, planetas y estrellas giraban en torno de ella.

La concepción del Universo estelar, según la cual la Tierra es un planeta que gira alrededor del Sol y éste una de las innumerables estrellas que pueblan el espacio, ha sido el producto de estudios y observaciones milenarias, comprobados con instrumentos científicos gracias a los cuales podemos ver y analizar lo que está vedado a nuestros sentidos.

De la concepción de un mundo limitado a la de un Universo sin límites, ¡qué prodigioso vuelo el de la mente humana! Ya no hay barreras que la detengan, pero cuanto más avanza, más lejos ve la meta. El infinito se extiende siempre a su alrededor. ¿Abarcar el Universo? Vano empeño. Nuestra mente sólo puede aspirar a ensanchar incesantemente el radio de su atrevido vuelo...

Ya no se considera el hombre el rey de la creación, el sér privilegiado para quien fuera hecho el mundo. Si alienta aún el legítimo orgullo de ser la más perfecta de las criaturas terrestres, no ignora que este planeta que habita es un insignificante grano de arena perdido en el infinito, que son incontables los mundos que pueblan el Universo y que muchos de ellos, en su incesante evolución, pueden haber dado vida a seres mucho más perfectos.

A medida que el hombre ha obtenido una visión mayor del Universo, ha sentido empujarse su personalidad; pero, ¿no es preferible considerarse parte, por pequeña que sea, de un mundo infinito e increado, que rey y señor de un mundo perecedero e insignificante?

No hay sentimiento de religiosidad tan puro y desinteresado como el que experimenta el hombre cuando se siente parte del Gran Todo. Sentimiento más intenso y noble que el del creyente que en místico arrobamiento cree elevarse hasta la divinidad, impulsado por el anhelo egoísta de su personal salvación.

El concepto que nos formamos del Universo necesariamente

tiene que ser vago, impreciso, por lo mismo que es inabarcable para nuestra mente, y hemos de acudir a la hipótesis para suplir lo que ni la experiencia ni la observación pueden darnos a conocer.

Podemos suponer que el Universo, en su totalidad, es un conjunto imprecisable de sistemas estelares, cada uno de los cuales forma como un Universo particular. Nuestro Universo, o dicho en términos astronómicos, nuestro sistema galáctico, parece asumir la forma de un lente colosal, dentro del cual están comprendidos los grupos estelares, las nebulosas planetarias, las nebulosas difusas y los grupos globulares. Las nebulosas espirales se supone que forman otros sistemas galácticos.

Las dimensiones de nuestro sistema galáctico son tan extraordinariamente grandes, que difícilmente podemos formarnos idea de su extensión. Para medirlo, por aproximación, se ha tenido que prescindir de la unidad astronómica, equivalente a 93.000,000 de millas, adoptando como unidad el *año de luz*, esto es, la distancia que recorre la luz en un año, que representa una suma muy grande de kilómetros, teniendo en cuenta que la luz recorre 300,000 en un segundo.

La colosal magnitud de nuestro sistema ha impedido una medición exacta. Sin embargo, entre las distintas apreciaciones podemos escoger un mínimo y un máximo, que aun cuando difieren notablemente, sirven para que nos formemos una idea de la grandeza de nuestro Universo.

La magnitud mínima es la sostenida por la teoría de Curtis, que atribuye a nuestro sistema galáctico un diámetro de 30,000 años de luz y un espesor de 5,000 años. Supone que las nebulosas espirales forman otros Universos, separados del nuestro de 500,000 a 10.000,000 años de luz.

Según la teoría de Shapley, exponente de la magnitud máxima, mide 300,000 años de luz el diámetro del sistema galáctico, con 30,000 o más de espesor. Incluye en el sistema a los grupos globulares, estando el más distante a 220,000 años de luz. Supone, sin afirmarlo, que las nebulosas espirales no pertenecen a nuestro sistema.

Cualquiera que sea la magnitud atribuída a nuestro Universo, sólo representa el esfuerzo de la mente humana para obtener una vaga visión de aquél con relación a ella, visión de tan vasto

alcance, que inútilmente tratamos de abarcarla. Y si tenemos en cuenta que los Universos pueden ser innumerables, más imposible se nos hace intentar siquiera formarnos idea del infinito que nos envuelve.

En términos vulgares, nuestro sistema lo constituyen las estrellas visibles que forman las llamadas constelaciones, la faja ténue, vaporosa, conocida por la Vía Láctea, que en las noches serenas puede observarse, atravesando el firmamento en toda su extensión, constituida por millones de estrellas que el telescopio hace visibles individualmente, y los grupos estelares diseminados en los extremos. Las estrellas visibles forman parte de la Vía Láctea, así como nuestro sol, que con su séquito de planetas y planetoides ocupa en la misma una posición central.

Dentro del disco lentecular de nuestro sistema, las estrellas están repartidas de manera desigual, formando grupos irregulares, separados por grandes espacios. Cada grupo está compuesto de miles de astros. Los grupos mayores se subdividen en otros menores. La densidad de las estrellas disminuye hacia los límites del lente. En general, desde nuestro punto de vista terrestre, podemos considerar a las estrellas reunidas en dos grandes grupos, que se mueven en el espacio en dos opuestas direcciones, acercándose uno y alejándose otro de la región que ocupa nuestro sistema solar. Esos dos grandes movimientos generales no implican uniformidad, pues cada estrella está dotada de velocidad distinta. Se calcula su número en 150.000,000, siendo visibles con los telescopios unos 50.000,000.

Existe una evidente uniformidad en la forma de los astros, que asumen el aspecto de un elipsoide de rotación, lo que induce a suponer la uniformidad del medio cósmico en que están sumergidos. Escapan a la regla las nebulosas propiamente dichas, constituidas por materias gaseosas, que tanto pueden ser el germen de nuevos astros como los restos volatizados de los desaparecidos.

En general cada estrella se mueve independientemente, pero hay estrellas binarias que giran una en torno de otra, y grupos de dos, tres, cuatro y hasta seis estrellas que giran alrededor de una central. Otra de sus características es el color, presentando las diversas gradaciones del amarillo, verde, azul y púrpura,

Aparte de los astros brillantes, debemos considerar la existencia de los opacos, que siendo invisibles escapan a la observación, exceptuando los que girando alrededor de nuestro sol reflejan la luz de éste. Juzgando por nuestro sistema solar, hemos de suponer que infinidad de estrellas constituirán otros sistemas parecidos. El número de astros opacos será, por lo tanto, inmensamente mayor al de los visibles.

Ateniéndonos a la clasificación de Clemencia Royer, hay cinco categorías de astros. Figuran en la primera los radiantes, esto es, los soles que emiten luz y calor, cuya masa es bastante considerable para mantenerse, por el calor que desarrolla su misma presión, en estado ígneo y convertirse en centro de gravitación de astros más pequeños. En la segunda, los de masa cuya presión es insuficiente para liquidarse por completo, envolviéndolos una delgada corteza sólida y conservando una temperatura constante, debido a que la producción interna de calor compensa el que se pierde por irradiación. Tal es el estado de la Tierra.

La tercera categoría comprende los astros pequeños que no han podido conservar el equilibrio térmico, cuya costra sólida de gran espesor no ejerce presión sobre el reducido núcleo líquido central. Debido a su constitución casi exclusivamente sólida, uno de sus hemisferios es más pesado que el otro, presentándolo constantemente frente al astro alrededor del cual giran. Están en dicho caso los satélites, los planetoides y los planetas pequeños carentes de lunas, como Mercurio y Venus.

Quedan relegados a la cuarta categoría las estrellas errantes, los bólidos, los aerolitos y los cometas. La quinta está reservada a las nebulosas compuestas de gas luminoso muy diluido.

Debemos considerar eterna la substancia de que están formados los astros, pero éstos tienen una existencia temporal, sujetos al ciclo evolutivo de nacer, desarrollarse y morir. Salidos del medio etéreo, al mismo volverán cuando se disgreguen.

Pueril sería, con nuestros limitados medios de observación y efímera existencia, pretender asistir al nacimiento y fin de un astro cuya vida dura millones y millones de años. El telescopio presenta ante los maravillados ojos de los astrónomos, ciertas nebulosas irresolubles, cuya luz al ser descompuesta en el espectroscopio, acusa la existencia exclusiva de gases luminosos. ¿Se-

rán aglomeraciones gigantescas de materia cósmica, que condensándose y segmentándose paulatinamente, durante períodos incalculables, evolucionarán hasta convertirse en astros radiantes? Y los astros opacos, sólidos, rígidos, sin calor y sin vida, ¿representarán un estado de decaimiento, de decrepitud, indicador de un próximo fin?

Otra distinta hipótesis ha formulado la genial Clemencia Royer. Los astros surgen de la forma nebular y a ella vuelven. Los soles se alimentan atrayendo a su seno los aerolitos, bólidos y demás materias cósmicas que pueblan el espacio. Su volumen, en vez de disminuir, aumenta constantemente, compensando con creces lo que pierde por irradiación; su poder de atracción va en aumento, y llega a ser tan grande, que planetas, satélites y planetoides van acercándose cada vez más, hasta que acaban por precipitarse en el astro absorbente. Hay, sin embargo, un límite de crecimiento: el mismo exceso de calor que se desarrolla en el sol, debido a su volumen enorme, acaba por volatizarlo y toda su masa pasa de nuevo al estado de nebulosa.

Tal puede ser la evolución normal de los astros grandes, en su doble aspecto progresivo y regresivo; pero cabe considerar que muchos tendrán un fin trágico, debido a una conflagración o choque, que los divida en pedazos, los cuales vaguen por el espacio como pequeños cuerpos opacos y, en ciertos casos, vayan a engrosar un astro mayor o se conviertan en sus satélites.

Los astros, como agregados u organismos cósmicos, no sólo tienen una vida temporal sino que dependen en absoluto del medio que les contiene y al que deben la existencia. ¿De qué se compone ese medio que podemos considerar como la causa inmediata del Universo en sus múltiples formas? Para contestar hemos de recurrir a una fecunda hipótesis: la del éter universal, que llena el espacio y está en el interior de todos los cuerpos, de una densidad íntima, más que imponderable, *impesante*, y sin embargo ejerciendo presión por doquier.

El principal argumento en favor de la existencia del éter, es que sin éste no se explicaría la acción a distancia de los astros, los fenómenos de la luz, que se suponen vibraciones etéreas, y los de radioactividad que acompañan a la *desmaterialización* de la materia. A nuestro modo de ver hay otro argumento no menos

importante, y es que la existencia de los organismos cósmicos, sujetos a nacer, desarrollarse y perecer, sólo puede tener lugar en un medio apropiado, del cual extraigan lo que necesitan para subsistir y al cual puedan devolver lo que gastan en energías. Y ese medio tiene que ser de naturaleza más simple que el de los organismos que de él se forman y a él vuelven.

La hipótesis del éter universal llena esas condiciones y sirve para que nos formemos un concepto básico del Universo y nos expliquemos la evolución de la substancia, que de su estado etéreo puede en sucesivas mutaciones pasar al electrónico, iónico, atómico, sólido, líquido y gaseoso, y a la inversa, dando ocasión a las más variadas manifestaciones y formas, incluso las de la vida orgánica y psíquica.

Además, podemos atribuir a la acción directa del éter el fenómeno universal de la atracción, que rige tanto a los astros como a los átomos de la materia ponderable. Clemencia Royer afirma que el éter ejerce sobre la materia cierta presión que es causa de la gravitación astral. Supongamos dos astros, uno mayor que el otro. La masa del mayor ocupa un lugar, del que ha desalojado una parte considerable de éter. La masa del menor también desaloja éter, pero en menos cantidad. El equilibrio queda roto y como consecuencia el astro más pequeño se ve impulsado hacia el lugar de la menor presión, o sea hacia el astro mayor (1).

El fenómeno de la gravitación universal queda así explicado, dejando de ser una fuerza misteriosa atribuida a la materia, en contradicción con ciertos hechos, para convertirse en la propiedad de presión del éter.

Concebimos nuestro Universo como un océano de éter en el infinito, dentro del cual están sumergidos los astros, sucediéndose unos a otros en una perenne circulación de vida cósmica.

El éter, sustancia universal que llena el espacio, es la razón misma del espacio, y en sus mutaciones la razón del tiempo. De ella provienen mundos y humanidades y a ella volverán, para resurgir nuevamente, y así por los siglos de los siglos.

ADRIÁN DEL VALLE.

(1) Fernando Tarrida, en su obra *Problemas* (Ollendorff, París), lo demuestra matemáticamente.

PEDRO FORTOUL-HURTADO

PATRIOTA, LITERATO, FILÓLOGO Y POETA

In Memoriam.



MAESTRO, todavía no era el tiempo de partir! Tu misión de patriota no estaba llena, ni tu obra de civilizador estaba completa. Has partido dejando vacío tu puesto de gran luchador en las filas de los batalladores por la democracia y la civilización y has abandonado a tus discípulos, que eran numerosos, dejándolos en una orfandad llena de dolor... Sobre la tierra amontonada que cubre tu cuerpo aniquilado por la enfermedad desesperante que te alejó para siempre de este mundo de calamidades, caerán eternamente las lágrimas de tus amigos, que como aroma de recuerdo subirán al cielo donde mora hoy tu grande espíritu de sabio y de patriota!...

*

EL PATRIOTA

Nació Pedro Fortoul-Hurtado en Caracas el 1º de septiembre del año de 1860, en aquella época en que la historia de nuestra agitada vida pública señalaba un cambio en sus contiendas; en que la Federación, triunfante sobre la oligarquía secular, comenzaba a fragmentar su programa, y muchos de sus hombres conspiraban contra el credo liberal que habían proclamado y defendido al lado de los Generales Juan Crisóstomo Falcón y Ezequiel Zamora, y cuando Guzmán Blanco, esa figura aristocrática que por antonomasia se llamó Jefe del Partido Liberal, abría la fuente de las

reformas constitucionales, uno de los tantos abusos de que se han valido todos los déspotas venezolanos para adueñarse del poder. Nació, pues, Fortoul-Hurtado en un ambiente de despotismo y arbitrariedad, pero que no lo haría doblegar su espíritu fuerte, ante las amenazas de los que ocupaban los puestos públicos; luego creció bajo la opresión de la autocracia guzmaniaca y sufrió persecuciones cuando, casi un adolescente, comenzó a fustigar con su ironía y su pluma rebelde las injusticias cometidas en aquella época de desaciertos y errores. "La primera vez que fuí arrestado yo era un niño—me refirió un día—. En la escuela dibujé a hurtadillas del maestro una caricatura en la cual representaba a Guzmán burlando al pueblo; se la mostré al pulpero de la esquina de casa, quien al verla se rió y me la pidió prestada. Ignorando yo el fin que se proponía el pulpero, accedí a su deseo... En la tarde estaba yo preso *por político*".

Y mi amigo Fortoul al contarme esto rió con aquella risa franca y burlona que tenía para celebrar las cosas de nuestro país. Más tarde, cuando ese niño fué joven y su corazón, herido ya por las injusticias, sentía el amargor de los desengaños prematuros, en una reunión que se celebró en el Teatro de la Guayra y donde se habló de libertad—manjar demasiado dulce para el paladar de los mandarines—el joven Fortoul-Hurtado fué encerrado en la cárcel de aquella ciudad, con muchos otros de sus compañeros, pero por fortuna en aquella época la arbitrariedad tenía su límite y los presos apenas duraron pocos días en la prisión. Sin embargo, el despotismo imperante no podía tolerar la presencia de aquel joven ardoroso de ideas reaccionarias, y el Déspota lo echó de la Patria y lo dejó en el incierto vagar del ostracismo. Fué entonces cuando Fortoul-Hurtado vino aquí a los Estados Unidos, suelo hospitalario para los obreros y las mujeres, pero duro, muy duro, para los hombres que cultivan el arte o las letras. Poco tiempo después, y en virtud de cambios en el Gobierno venezolano, Fortoul se trasladó a Barcelona de España, con el carácter de Cónsul de Venezuela en aquella ciudad y allí contrajo matrimonio con la honorable dama Doña Concepción Mir, amante compañera que lo colmó de cariño y no lo abandonó hasta el postrer momento de su vida de gran luchador por las libertades de Venezuela. En esos días estaba frente del Gobierno venezolano, Rojas Paul,

patriota que reaccionó contra la política opresiva de Guzmán y proclamó el poder civil en Venezuela. Fortoul-Hurtado fué nombrado Cónsul General con residencia en Madrid. Allí fué objeto de numerosas manifestaciones de aprecio y simpatía, por parte de la Reina Regente y por varios centros literarios. La Reina Doña María Cristina lo distinguió con el título de Comendador Ordinario de la Real Orden de Isabel la Católica, entre otros méritos por el de la entusiástica campaña que emprendió en pro de las Repúblicas hispanoamericanas; el Ateneo de Madrid lo recibió en su seno como miembro de tan alto Cuerpo; la Sociedad Geográfica de Madrid lo hizo miembro de esa corporación, y la misma Sociedad de idéntica índole, en Lisboa, lo distinguió con igual honra. Muchos otros centros literarios lo recibieron con altos honores y la sociedad de Madrid le abrió sus salones, que frecuentó en compañía de su honorable esposa.

Mientras tanto hubo nuevos cambios en la política venezolana y un nuevo déspota se sentó en la silla presidencial. Cipriano Castro descendió de los desfiladeros andinos con un puñado de aventureros y llegó a Caracas, donde gobernó a su antojo.

Fortoul-Hurtado de regreso a la patria, con su bagaje literario repleto de un acervo jugoso y pleno de buenas y justas observaciones, volvió al periodismo, y revistas tales como *El Cojo Ilustrado* llenaron sus columnas con la prosa sencilla, pura y castiza de quien, enamorado de nuestra hermosa lengua, no cesaba en sus trabajos de investigación en el campo filológico, pero la política, que es una vorágine que atrae, y mucho más cuando se lleva en el alma, como Fortoul, la llama del patriotismo, volvió a agarrarlo en sus tentáculos, y a poco estaba envuelto en las luchas de los círculos políticos (no digo en las de los partidos, porque en Venezuela desde que el guzmancismo ahogó en sus garras ambiciosas al Partido Liberal, no hay más que círculos personalistas) y de allí habría ido a la cárcel como todos los que no aceptaban incondicionalmente los caprichos del Jefe del Poder Ejecutivo si no hubiera sido porque su patriotismo y su amor a la literatura lo animaron a escribir un librito que aunque de pocas páginas es de gran mérito por el fin que persigue y por el objeto que lo inspiró: el de instruir a nuestro pueblo en las prácticas del civismo, el de hacer ciudadanos, allá donde no los hay. *Páginas*

para el pueblo es una obrita de 110 páginas dividida en once capítulos que tratan, en prosa sencilla, clara y al alcance de todos, de la educación cívica del hombre del pueblo, de ese hombre obrero que en Venezuela vive la vida oscura del analfabetismo y siempre bajo el látigo de un capataz infame y criminal. Es una obra civilizadora, obra que podríamos llamar más bien *La Cartilla del Ciudadano*, porque su objeto es la de enseñar con la facilidad y sencillez que requieren las obras didácticas, al campesino, al obrero de fábrica, al jornalero, al agricultor, al criador, etc.; es obra de sociología tropical, diremos, mucho más útil que *Cesarismo Democrático* de Vallenilla Lanz, ese libro inmoral que preconiza la corruptora fórmula del Gendarme Necesario; mucho más sencilla también, porque carece del recargo abrumador y fastidioso de la erudición atonelada del libro de Vallenilla, y mucho más adaptable a la índole de nuestros hombres, porque va a decirle a nuestro pueblo la manera fácil de ejercer el derecho de ciudadanía. Libro escrito para ser leído por los mayordomos de hacienda, ante el peonaje por las noches, después de las labores del día y por los capataces en las aglomeraciones de obreros en las obras públicas.

Pero ese libro tan útil y civilizador no pudo ser publicado en la época en que fué escrito, sino muchos años después aquí en esta ciudad de Nueva York, lejos de la patria y de los déspotas, porque el General Cipriano Castro, Dictador en aquel entonces, cuando Fortoul-Hurtado le comunicó el proyecto y le leyó los originales, vió un gran peligro para su Gobierno en aquel opúsculo de una centena de páginas, y sin responder nada sobre el proyecto de Fortoul, hizo nombrar al autor, con el fin de retirarlo del país, Cónsul General de Venezuela en San Vicente y Granada. Así acalló el "*Restaurador de Venezuela*" aquella voz de civilización que venía a decirle al pueblo postrado: "Levántate y anda".

Fortoul-Hurtado quedó allí, en esas colonias inglesas, como un desterrado que se consume de nostalgia y en la inacción más completa, hasta que dos años más tarde fué transferido al Consulado de Barbada, donde también desempeñó, pero *ad honorem*, el Consulado del Ecuador, en virtud del nombramiento que le hizo el General Eloy Alfaro, creyendo que así correspondía a las

múltiples atenciones que en épocas anteriores le había hecho Fortoul-Hurtado.

Mientras tanto Castro, el Dictador de Venezuela, se agravó en sus dolencias físicas y decidió trasladarse a Europa, y a poco el Gobierno pasó a manos de Juan Vicente Gómez, cuya dictadura más fuerte que la anterior, provocó en el patriota Fortoul-Hurtado la indignación más furibunda, y desde entonces su pluma fustigadora no tuvo descanso para protestar contra los crímenes de Gómez, hasta que la muerte lo sorprendió con una sonrisa de desdén en los labios para los indiferentes y un gesto de odio y desprecio para los destructores de la honra nacional venezolana.

El ideal de patria fué para Fortoul-Hurtado el anhelo mayor de sus desvelos, y como el General José Manuel Hernández que luchó por el mismo ideal hasta caer vencido por la muerte en tierra extraña, él también cayó embriagado por ese amor divino que fué su primero y último amor, como exclama Verlaine en estos sentidos versos:

*L'amour de la Patrie est le premier amour
et le dernier amour après l'amour de Dieu*

EL LITERATO

Pedro Fortoul-Hurtado fué un trabajador incansable a quien jamás se le vió distraído en tertulias de cafés o en reuniones que le quitaran tiempo a su labor de literato. Amó el estudio de la literatura con pasión y a este trabajo edificante y laborioso le ofrendó su vida casi por entero.

Cuando la barbarocracia de Juan Vicente Gómez comenzó a destruir la civilización venezolana, Fortoul-Hurtado estaba en Barbada y de allí, con pocas esperanzas de que el pueblo de Venezuela se quitara el dogal que le oprimía el cuello, resolvió trasladarse a Nueva York, donde a poco de su llegada fué distinguido con el cargo de Redactor de la revista mensual *Las Américas*, a cuyas páginas dió brillo y amenidad la docta pluma del culto escritor venezolano; hasta que circunstancias en la vida comercial de la gran metrópoli norteamericana hicieron desaparecer aquella revista, representante de la colonia hispánica en los Estados Uni-

dos y verdadero exponente de la cultura literaria de la lengua española. Después, Fortoul-Hurtado, en la imposibilidad de trasladarse a otro centro más propicio a su condición de hombre de letras, pasó sus días en la dureza de la vida neoyorquina que sólo da para vivir muriendo en medio del ruido atronador de los millones que diariamente pasan por las casas bancarias de *Wall Street* y del ensordecedor de sus líneas ferroviarias, hasta que se colocó como simple empleado en la *Revista Dun*, publicación mensual dedicada única y exclusivamente al comercio y a las industrias norteamericanas.

Solamente la estrechez de la vida que los intelectuales hispanos llevan en esta ciudad de Nueva York, donde el músculo triunfa sobre el espíritu, obligó a Fortoul-Hurtado a aceptar un empleo tan opuesto a sus altos conocimientos y a su exquisita cultura literaria; pero la vida es así y mucho más hoy en que parece que los pueblos actuales piensan que la civilización consiste en el adelanto industrial y en las transacciones bursátiles, cada día más en aumento, mirando con indiferencia el desarrollo espiritual, fuente maravillosa que abreva el ansia del hombre culto y lo predispone a la verdadera civilización que es la del espíritu, al arte y a la literatura que son los verdaderos factores de la civilización en los pueblos y sin los cuales se vive en la obscuridad. *Une société sans lettres serait une société sans lumière, sans morale, sans sociabilité et même sans religion*, dice Alexandre Vinet, y es que una nación podrá vivir del comercio y de las industrias, podrá llegar a la cúspide del más grande adelanto material, como es el caso de los Estados Unidos, pero la obscuridad espiritual de que nos habla Vinet, la hará descender tarde o temprano al abismo en que caen los pueblos cuando no es la cultura del alma la que sostiene sus cimientos. Fortoul-Hurtado, espíritu selecto que necesitaba otro ambiente, otro escenario en que pudiera dejar correr su fantasía, su entusiasmo por el estudio, tuvo que someterse de por fuerza a ser un simple empleado en una revista de comercio, a confundirse allí, en las extensas oficinas de la casa Dun & Company, con el numeroso personal de hombres y mujeres que trabajan mecánicamente, que desempeñan sus puestos por necesidad y no por amor ni entusiasmo, sin más aliciente que el de ganar un salario y vivir modestamente en esta gran ciudad de tan-

tas exigencias. Para un hombre como Fortoul-Hurtado esa necesidad fué un martirio, una mortificación que llevó en el alma hasta los últimos momentos de su vida. El literato se convirtió en escribiente, la anonimia lo cubrió con el silencio de la oficina y el *número* con que designan a los empleados en las casas de comercio veló su ilustre nombre de gran escritor y de filólogo. Sus escritos aparecían en las columnas de la revista confundidos con artículos desaliñados o traducciones deficientes, ahogados en medio de aglomeraciones de anuncios o cálculos de reglas comerciales. Por fortuna al ser leídos, aunque aparecían sin firma, se notaba el estilo del escritor, el literato que no se malea ni aun en la festinación del periódico avisador. Sus artículos aparecían allí como flores raras, rosas de jardines extraños. A veces se sentía fatigado, más del espíritu que del cuerpo y en explosiones de protesta, exclamaba: "¡Hasta cuándo esta labor bruta, de obrero, mecánica, en que se conspira contra el idioma, en que se escribe como se habla en los talleres y se traduce nuestra hermosa lengua en bárbaros anglicismos? No, yo no puedo seguir en esto, porque al fin terminaré por escribir yo también barbaridades y desatinos!" Pero mi pobre amigo tenía que seguir; no había más remedio, había que ganar con decoro el pan de cada día, y con el mismo desagrado de siempre salía todos los días por la mañana, abatido, con el desaliento que produce todo aquello que hacemos obligados por la necesidad.

Fortoul-Hurtado como literato no cultivó ninguna escuela en particular y aunque clásico por convicción y por temperamento, tampoco se sometió, como pudiera creerse, a las estrechas exigencias de algunos preceptistas, ni a las intransigencias de los que blasonan de puristas; pero sí fué un ardiente defensor de nuestra bella lengua española para la cual recomendaba la fiel observancia de la sintaxis y la pureza y propiedad de las expresiones, porque creía con Vinet que *le respect de la langue c'est presque de la morale*, y pensaba con Stendhal: *Il faut quand on écrit trouver des formules de style si précises et si simples qu'il n'y ait rien a rebattre a la reflexion*; por eso Fortoul-Hurtado fué un estilista en la claridad y llaneza al exponer sus pensamientos, sin afectaciones ni rebuscamientos. El estilo lo hacen las ideas y las ideas forman el estilo, escribió Vacquerie. Fortoul formó su estilo con

ideas que *vistió siempre con traje limpio y decente*, como él mismo lo aconsejara en la Introducción de su obra *Dificultades de la Dicción Castellana* y jamás, ni como poeta ni como prosista, se dejó seducir por el brillo falso del decadentismo—"la mueca de la musa decadente que tantos y tan apreciados cerebros ha trastornado", como él mismo dijo en cierta ocasión—y mucho menos por ese pornografismo que han dado en llamar realismo. Lo que han llamado realismo en estos últimos tiempos—dice Emile Faguet—consiste en buscar la verdad en las partes más bajas, más repugnantes de la realidad, como si ella fuera la misma realidad. El arte realista—sigue diciendo—consiste en ver las cosas y los hombres tales como son y presentarlos asimismo.

Escritor sincero y de una moral pura y hasta candorosa, Fortoul-Hurtado se enfurecía—sin aspavientos de hipócrita simulación—cuando caía en sus manos algún libro de esos que sólo sirven para pervertir con su literatura pornográfica. Hacía como un discípulo de Verocchio, un tal Nami Grosso, que cuando se estaba muriendo le trajeron un crucifijo mal hecho y rehusándolo dijo que le trajeran uno de Donatello, porque si no moriría desesperado; tal era el desagrado que le causaba ver una obra de su arte mal ejecutada. Asimismo una obra de literatura no sólo será mala porque esté mal escrita, sino aun bien escrita y con pensamientos buenos en el fondo, pero expresados en lenguaje poco edificante para la sociedad que va a leerla. En alguna de sus obras escribió La Bruyere:

Quand une lecture vous élève l'esprit, et que elle vous inspire des sentiments nobles et courageux, ne cherchez pas une autre règle pour juger de l'ouvrage: il est bon et fait de main d'ouvrier.

Sin embargo, no fué Fortoul-Hurtado un enemigo irreconciliable de las escuelas que otros profesaran con entusiasmo, pues su tolerancia en materia de arte era ecuaníme, porque creía con Remy de Gourmont que el arte es libre con toda la libertad de la conciencia y por sí mismo juez y operador, y por ello no puede someterse a una expresión obligada de belleza ni admitir códigos que lo restrinjan.

La obra literaria de Fortoul-Hurtado está todavía por estudiarse. Su producción, aunque abundante, corre dispersa en re-

vistas y periódicos. Sólo nos deja dos obras impresas, una de las cuales basta por sí sola para consagrar su reputación de literato y demostrar sus grandes y profundos conocimientos en la filología, ciencia que amó con delirio y fué la fase más importante de su larga labor, y por la cual será juzgado por la crítica que dejará al poeta y al escritor para ocuparse del filólogo, obrero grande y meritorio en el extenso campo de las letras españolas.

EL FILÓLOGO

La filología, como ciencia de las lenguas, de la crítica y de la gramática, ha tenido pocos cultivadores en nuestros países tropicales. Andrés Bello, gloria venezolana que el egoísmo político arrebató a nuestra patria y llevó a Chile, su segunda patria y donde fulgió como un astro de primera magnitud fué, puede decirse, el primer filólogo que ilustró la lengua castellana en Venezuela; después, seguidores de sus huellas fueron: Don Rafael María Baralt, Don Felipe Tejera, Don Julio Calcaño y Don Manuel Marín Villalobos. En Colombia Don Rufino Cuervo, Don José Manuel Restrepo; en México Don Rafael Angel de la Peña, y uno que otro más en las otras repúblicas hispanas, pero su número no excede de una docena. Sin embargo, a pesar del reducido número de esos laboriosos obreros en esa obra de tanta importancia para el idioma castellano, la filología ha recibido un gran impulso de parte de muchos cultivadores de la hermosa lengua española y la bibliografía tropical se ha enriquecido con obras que merecen ser leídas por todos los que aspiran a ser buenos escritores, y sobre todo por españoles como Prudencio Iglesias, que ha dicho de nosotros los hispanos: (1)

La mentalidad americana es de una tremenda inferioridad. No me refiero solamente a esos americanos deportistas, brutos y vigorosos como caballos. [Supongo que hable de los americanos del Norte, porque los del Sur no somos deportistas, ni brutos y vigorosos como caballos]; hablo de los americanos distinguidos, de esos que en la alta sociedad europea llevan tras sí las miradas de las más envidiables mujeres, de esos poetas, de esos médicos, abogados y oradores que pasean su dejadez tropical por los grandes centros literarios extranjeros. Los

(1) *De mi museo.* Prudencio Iglesias,

poetas, los escritores americanos parecen como si sufrieran una gran debilidad cerebral, hablan y escriben como los amnésicos. Hacen creer en su incapacidad de pensar. Y esta enfermedad mental de América se demuestra en todos los órdenes. La inteligencia de los americanos está todavía en formación, se presenta en una cómica fase primitiva...

Y como ese Prudencio Iglesias hay muchos otros escritores de la Península ibérica que poco enterados del movimiento literario en los pueblos indoeuropeos llegan hasta decir que el idioma que se habla en aquellos países es otro que el español.

Entre los literatos tropicales que han dedicado su tiempo al estudio de la lengua española en estos últimos años está Pedro Fortoul-Hurtado, quien nos ha dejado una obra, digna por todos conceptos del ilustre literato que se entregó por completo a una paciente investigación en el poco explorado campo de la filología hispana, para dar por fin, como fruto sazonado de esa laboriosidad lenta y constante, una colección de ricas observaciones que el autor con su acostumbrada modestia llamaba: "Notas de mi Cartera", y que al fin publicó (a muchas intancias mías) en un tomo que intituló *Dificultades de la Dicción Castellana*. Esta publicación acabó de confirmar la fama de buen escritor y filólogo que ya tenía Fortoul-Hurtado, pero, sin embargo, no fué capaz para impedir que el desengaño que produce la indiferencia mortificara al autor hasta los últimos momentos de su vida meritoria. Esa indiferencia, empero, no debe extrañarnos, porque ¿cuándo no han sido recibidas con indiferencia las obras de los grandes autores?...

El silencio y la indiferencia de la crítica son tales—decía don Marcelino Menéndez Pelayo, con amarga resignación filosófica, con motivo de la publicación de su grandiosa obra *Historia de las Ideas Estéticas en España*—que si no nos alienta ni nos estimula, tampoco nos molesta ni nos perturba. Como apenas somos leídos, somos libres para dar a nuestras ideas el desarrollo y rumbo que tengamos por conveniente y quien tenga la fortaleza de ánimo necesaria para resignarse a este perpetuo monólogo podrá hacer su educación intelectual por el procedimiento más seguro: el de escribir un libro cuya elaboración dure años.

Esas amarguras también las sintió Fortoul-Hurtado cuando no sólo fué el silencio de algunos Profesores de español a quienes

envió su libro, sino el de muchos escritores que pagaron con ese mismo silencio el esfuerzo del maestro y la generosidad del escritor al enviarles con atenta dedicatoria la obra publicada.

Je serai compris vers 1880—decía Stendhal, con resignada tristeza, cuando la indiferencia acogió sus primeras publicaciones el año de 1830 y Carlyle, cuando después de cinco años de haber escrito su *Sartus Resortus* encontró, venciendo muchas dificultades, a un periodista que se la publicara como folletín en una revista, y el público cuando leyó las primeras columnas publicadas, le escribió a Traser el editor: “Sírvasse suspender el envío de su revista, a menos que usted deje de publicar ese tejido de locuras.” Y así pudiera citar muchos ingenios que han triunfado después de muertos. En cambio, las obras mediocres son recibidas con gran explosión, con alborotos que hacen de los autores grandes celebridades académicas algunas veces. Gœthe, refiriéndose a un autor de poca importancia, decía con profunda extrañeza: “Le Blanc es un hombre mediocre y sin embargo no es miembro de la Academia.”

“La recompensa más agradable que se puede recibir de las cosas que se han hecho es verlas conocidas, verlas acariciadas por un aplauso que os honre.” Esto decía Molière, y dijo una gran verdad, porque no hay fruición más exquisita, un gozo más agradable para un autor que el de ver publicada su obra, después de los largos días que pasó escribiéndola y de las noches de vigilia que quemaron sus ojos; pero también es otra verdad que cuando ese aplauso falta y es la indiferencia la que recibe en sus brazos helados la obra hecha, el escritor siente un gran desconsuelo, sobre todo cuando sabe que su libro es bueno, cuando tiene la convicción de que sus esfuerzos han sido en pro de la humanidad estudiosa, como es el caso del autor de la *Historia de las Ideas Estéticas en España*, cuya obra es hoy, después de muerto el escritor, un verdadero monumento de la literatura española, y como sucederá con el libro de Fortoul-Hurtado, quien no pudo saborear el triunfo de sus *Dificultades de la Dicción Castellana*, obra la más importante de toda su labor literaria, la contribución más eficaz y meritoria que hace el autor al florecimiento de la hermosa lengua de Cervantes y el esfuerzo más plausible de cuantos se han hecho en el estudio de la filología hispana. Obra utilísima que

dentro de poco será elogiada por los mismos que en vida del autor la recibieron con frialdad.

Fortoul-Hurtado deja inéditas otras obras de un inmenso valor filológico, tales como una Gramática de la Lengua Castellana y un Auxiliar Ortográfico, que no pudo publicar por la falta de recursos y por las grandes dificultades con que tropieza la mayoría de los escritores hispanoamericanos en las casas editoras españolas, que no aceptan originales sino después de que el autor es harto conocido...

¡Maestro!, descansa tranquilo, que tu nombre no acabará en la tumba. Tu obra literaria allí está, desafiando la maldad de los que te persiguieron porque eras bueno, y de los indiferentes que mañana, cuando el fuego de la pasión se extinga, serán los primeros en glorificar tu memoria de patriota, de literato y de gran filólogo.

EL POETA

Como todo hombre dotado de talento y de sensibilidad, Fortoul-Hurtado amó la poesía, fuente de inspiración en las almas sensibles, la cultivó de tiempo en tiempo pulsando la lira con entusiasmo y emoción y le arrancó versos vibrantes y siempre llenos de una sinceridad poco común. A los 20 años cantó al amor con el doble entusiasmo del joven y del patriota que se siente cohibido para expresar libremente sus ideas, cantó con la fogocidad de su espíritu rebelde y apasionado, con la ardorosa fantasía de su juventud que parecía mezclar el numen de su lira de enamorado al sentimiento herido de su patria esclavizada, cuando como en estos versos, de un ardor entusiasta y pasional ve sangre en sus propios labios:

Album Rojo

Hay besos que producen desvaríos
de amorosa pasión ardiente y loca;
tú los conoces bien, son besos míos
inventados por mí para tu boca.

Besos de llama que en la carne impresos
dejan los surcos de un amor vedado,
besos de tempestad, salvajes besos
que sólo nuestras bocas han probado.

Se juntan nuestros labios, y la vida
para su curso y su ansiedad sofoca,
y en éxtasis el alma sumergida,
gimiendo de placer, tiembla en la boca.

Son besos infinitos, y al amante
corazón que los prueba estremecido,
le dan una existencia en un instante
y un mundo de placer en un latido.

¿Te acuerdas del primero? Indefinible!
Cubrió tu faz de cárdenos sonrojos,
y en los espasmos de emoción terrible
se llenaron de lágrimas tus ojos.

¿Te acuerdas? Fué una tarde; en loco exceso
te ví celosa imaginando agravios;
te suspendí en mis brazos, vibró un beso,
¿Y qué viste después? Sangre en mis labios!

Yo te enseñé a besar; los besos fríos
son de insensible corazón de roca.
Yo te enseñé a besar con besos míos,
inventados por mí para tu boca.

Y así sigue escribiendo en bellas estrofas la pasión que como lámpara votiva arde en su corazón y como si hubiera querido embriagar su espíritu en la miel de la poesía se entrega a ella y canta a la mujer en todas las tonalidades de su lírica apasionada. Pero no le duraría mucho tiempo esa agradable labor, porque la política, vorágine que atrae como el abismo, lo agarró con sus fuertes tentáculos y lo tiró en el infierno de las pasiones. Y allí quedaría, como un insecto preso en el laberinto de esa tela infernal hasta que sucumbiera reclinado sobre el lecho mortuario, con su ideal por divisa y un verso sentimental en sus labios de poeta. El patriota absorbió al poeta, y las musas desdeñadas perdieron al cantor, que como un pájaro enfermo cantaría de tarde en tarde y solo, para expresar su dolor de proscrito y la ironía de sus desengaños, o "para civilizar y dominar monstruos", como dice Justo Sierra que los poetas deben servirse de sus lirás.

Ya en sus últimos años, el poeta está desencantado, fatigado, desengañado y escribe un *Miserere*, en que evoca las sombras de

nuestros libertadores, precedidas por Bolívar, para que recorran las calles de Caracas en procesión y vean el dolor que sangra los corazones, del cual copio estas estrofas:

—Fuimos la hueste sagrada
que con su sangre y su gloria,
consagró la magna historia
de América libertada;
hoy nuestra obra es hollada
y toda esperanza muere:

Miserere!...

—Por sacar esta nación
de una triste servidumbre,
llevamos de cumbre en cumbre
nuestro insigne pabellón;
y hoy la cínica abyección
de tanto esclavo nos hiere:

Miserere!...

—Los que quisimos trocar
el colono en ciudadano,
hemos hecho esfuerzo vano,
hemos arado en el mar.
Deja el pueblo nuestro altar
y la esclavitud prefiere:

Miserere!...

—No hay buena fe, no hay conciencia,
ni sanción, ni magistrados;
son papeles los tratados
y un tormento la existencia.
Logramos la independencia
y ya el pueblo no la quiere:

Miserere!...

—Señor! rebosa el abismo
en que se hunde esta nación,
y si no hay ya remisión,
manda, oh Dios, un cataclismo!
Que no medre el despotismo
ni la esclavitud prospere:

Miserere!...

¿No es el alma enferma del poeta que llora como patriota la muerte de la libertad en su patria? ¿No es la desesperación que colma esa alma adolorida y clama en el paroxismo de sus angustias por un *cataclismo* antes que el *despotismo* acabe con la nación tiranizada?... Y luego, cuando la nostalgia del destierro golpea en su alma fuerte y rebelde, y los desengaños colman su desesperación, siente la vida como cosa inútil y la rehabilitación de su patria como un imposible; siente el rubor del bochorno en su rostro y ya no quiere cantar sino exclamar con Baudelaire:

O Seigneur, dennez moi la force et le courage
De contempler mon corps et mon cœur sans dégoût

porque se cree culpable también de las desgracias que aquejan a su patria y piensa que no ha hecho lo suficiente para redimirla. ¡El pobre! ¿No sabía él que casi solo como estaba no podía hacer más de lo que hizo?

Una noche en que me hablaba de la versatilidad del pueblo que hoy aclama lo que desprecia mañana, en que parecía que por su mente acalorada pasaba la figura entristecida de nuestro Libertador en sus momentos postreros en Santa Marta, agarró la pluma y escribió estos versos que me dedicó, y que parecen contener la última gota de su poesía amarga de los últimos años.

EL PATRIOTA

Cerró el libro al volver la última hoja
y entusiasta exclamó:—¡Viva la idea!
*A luchar! A vencer!... y que recoja
triunfante el pueblo, en su bandera roja,
celeste y gualda, la inmortal presea!*

*Yo romperé las bárbaras cadenas
con que le oprime la ambición insana;
el bálsamo hallaré para sus penas;
hervor de tempestad pondré en sus venas
y alma luz en su frente soberana.*

*Seré su redentor: ¿qué mayor gloria?
Pueblo, seguidme! Pueblo, levantaos!...*

.

Le escucha el pueblo, alcanza la victoria,
y al sentirse feliz,—la eterna historia—:
da muerte al redentor y vuelve al caos!

¡Cómo se ve en esa poesía la forma más sensible del dolor producido por el desengaño! Dolor que no calmó ni el arte ni la esperanza, ni la fe católica que alumbró su espíritu hasta el último momento. “El arte es un narcótico que nos embriaga y nos hace olvidar las asperezas de la fea realidad”—dice González Blanco—, pero en Fortoul no pudo el arte borrar en su alma amortiguada las asperezas de esa fea realidad que tanto atormentó. Ha podido exclamar con Pérez Bonalde, aquel otro poeta desgraciado que vivió también en el ostracismo cantando la nostalgia en todos los tonos de su lira maravillosa:

Este dolor sin fin, inmensurable
Que no llega a calmar, ni tu misma
Doliente poesía—ni la fe del creyente—
Ni el bálsamo suave
De la sabia inmortal filosofía.

¿En qué consiste ese amargo destino de los que han venido al mundo con un poco de luz dentro del cráneo?—preguntaba Miguel Cané al hablar de los poetas. Y es que los poetas perseguidos por el egoísmo, mancha de la humanidad, como decía Martí, son víctimas de la fatalidad.

El poeta Fortoul-Hurtado ya en sus últimos días no quiere cantar más, las cuerdas de su lira enmudecen de dolor por la Patria enferma y aterido de frío como un pájaro en la estación invernal apenas modula notas salteadas que se pierden en el inmenso quebranto de sus penas. La idea de la muerte, lejos de acobardarlo lo anima, lo hace pensar con fruición en el más allá y de su corazón brota, como una floración de tubérculos que dormían bajo la tierra sin riego, la fe católica que lo hace buscar en el ambiente místico del catolicismo, consuelo para sus penas físicas y esperanza para su espíritu acongojado. “He aprendido mucho—me dijo un día—. Esta enfermedad, dragón infernal que me devora, ha purificado mi alma, me ha enseñado a ser bueno, ha morigerado mi carácter, me ha hecho pensar mucho en Dios... ¡Oh, qué cosa tan grande tengo aquí—me repetía, golpeándose la frente y clavando su mirada, aguda, viva, interrogativa, sobre mi rostro sorprendido ante aquella explosión de vida y esperanza—. Esto que está aquí es muy grande—volvía a decirme, repitiendo

las palmadas sobre su frente despejada, blanquísima como una caricia de la muerte—. Necesito mejorarme para escribir esto"... Y se quedaba mirándome, atónito, con sus ojos fijos en mí, como si quisiera arrancar de mi pensamiento la impresión que me hacían sus palabras...

¡Qué hermosa no habría sido esa última página del poeta moribundo, que veía a través de su espiritualismo filosófico, el más allá, envuelto en un tenue crepúsculo de esperanzas!...

Fortoul-Hurtado fué un poeta clásico que bebió en la fuente de la poesía castellana, sin que por eso, no obstante, quedara sujeto a la estrechez de sus reglas ni a la ridícula imitación que muchos cultivan. Creía con Jovellanos cuando aconsejaba a sus discípulos:

Sacudid de una vez las cadenas de la imitación, separaos del rebaño de los copiadoreos y atreveos a subir a la contemplación de la naturaleza. ¿Queréis ser grandes poetas?... Observad como Homero a los hombres en los importantes trances de la vida pública y privada, o estudiad con Eurípides el corazón humano en el tumulto y fluctuaciones de las pasiones, o contemplad como Teócrito y Virgilio las deliciosas situaciones de la vida rústica.

Fortoul-Hurtado no imitó de los clásicos sino lo que creyó que podía adaptarse a la vida de la literatura moderna y luego observó a los hombres y contempló a la naturaleza para arrancarle los secretos que guarda en la sublimidad de sus riquezas, de esos secretos que aguardan la venida del poeta para que los convierta en poemas, al pintor que los traslade al lienzo o al músico para que conciba armonías deleitables.

La literatura vive en la naturaleza con el pájaro que canta, con la flor que perfuma, con el viento que desflora la rama o la brisa que arrebatara aromas, por eso dijo Taine que la literatura es una psicología viviente, y Baudelaire cantó:

*Elle se repande dans ma vie
Comme un air perfume de sel
Et dans mon ame assoupie
Verse le gout de l'Eternelle.*

La poesía de Fortoul fué sencilla y simple como la naturaleza; su arte noble y expresivo, sus versos sin afectaciones, sin re-

cargos, sin rebuscamientos ni modernismos pesados, fueron armoniosos y apasionados, con el fuego de los trópicos y el alma de la raza hispana. Poesía más de verdad que de afectación porque creía con Boileau que nada es bello sino la verdad, aunque yo no creo que el concepto sea absoluto, puesto que hay cosas bellas sin ser reales y cosas feas aun siendo verdaderas; sin embargo, está más cerca de lo bello la verdad que la mentira, y el poeta todo lo mira a través del arte y de su inspiración y no necesita para comprender el lenguaje de la naturaleza—como dice Taine—“más que salir de las ciudades artificiales y de las culturas alineadas para poder ver y sentir las montañas inmóviles y amenazadoras, gigantes calvos o monstruos agachados; en las aguas que lucen y saltan criaturas locas, habladoras y rientes y vírgenes severas en los grandes pinos.”

Fortoul-Hurtado como Pérez Bonalde vivió en el destierro y cantó a su patria, si no con la entonación épica del autor de *La Vuelta a la Patria*, por cuyas estrofas pasa el dolor del proscrito y la loca impresión del ausente que regresa, sí con el numen del bardo desterrado que muere sin la dulce esperanza del retorno y con la ira del impotente que no puede acabar con la tiranía que destruye a la tierra amada. ¡Oh, poeta, si tus versos hubieran podido cortar cabezas, desde cuándo habría sido libre la patria que nos dió Bolívar!

Los últimos días del poeta fueron de una pasibilidad espiritual tan grande que lo hacía aparecer como un niño o como un San Francisco de Asís en la resignación de sus dolores. “Yo he cambiado mucho—me repitió otro día—: mi carácter se ha modificado, mis sentimientos hacia la humanidad se han hecho más compasivos, más tolerantes y más en armonía con el cristianismo. Lo que sí no puedo tolerar son las bestias, los animales, sobre todo los gatos. ¡Oh, que horror!... el gato es un animal repulsivo, dañino!”... Y los gestos de su cara pálida y descarnada, exteriorizaban la repulsión que sentía por ese animalito, casi inofensivo y nuestro compañero en el hogar que nos ayuda a limpiar la casa de sabandijas. ¿Por qué esa repulsión por los gatos?, me pregunté más de una vez, pero nunca quise interrogarle sobre lo que consideré luego como una obsesión fútil, más de su estado

morboso que de su cerebro claro y lúcido hasta los últimos momentos de su vida.

El sentimiento católico, obscurecido en los primeros años de su juventud, como sucede con harta frecuencia entre los que se dedican al cultivo de las letras, volvió a surgir, como el Fénix, en los años postreros y con más vigor, más entusiasmo y más energía alimentó su espíritu y lo convirtió casi en un místico que oía misa todos los domingos y se confesó varias veces antes de su eterna ausencia.

Nada mejor para concluir estas líneas y mostrar al hombre católico y al poeta sentimental que la hermosa y sentida composición que él mismo dedicara a su amigo Manuel Fombona Palacio:

IN MEMORIAM

Alma feliz! Dejada la envoltura
De frágil barro, en ángel transformada
Cruzó cantando la celeste altura.

Y ante el Juez de las orbes prosternada,
Con sencilla oración dejó rendida
La cuenta de su lúcida jornada.

—Señor, aquí estoy ya. Bajo la égida
De tu inmutable ley, vengo a tu seno
Fuente de luz y manantial de vida.

De culpas libre y de rencor ajeno,
Salí del triste mundo en que me viste
Compadecer al malo, amar al bueno.

Todos los altos bienes que me diste:
Nobleza, inspiración, inteligencia,
Los consagré al amor que me pediste.

Mi norma fué tu voluntad: la Ciencia,
Que amé como obra tuya y sol del alma,
No maculó el cristal de mi conciencia;

Y cuando avaras de mi dulce calma
Me acometieron dudas y pasiones,
Luché con ellas y alcancé la palma.

Planté un verjel de castas ilusiones,
Santuario del honor, donde resuena
Tu nombre entre plegarias y canciones.

Por Ti, Señor, lo abandoné sin pena,
Como holocausto del amor profundo
Que a tu trono de gloria me encadena.

También te ofrendo mi ideal fecundo,
Mi lira de poeta y estas flores
De bendición que recogí en el mundo;

Porque nada hay sin Ti. De los ardores
En que la ciega humanidad se inflama,
Sólo quedan tinieblas y dolores;

Y el Arte es himno que tu nombre aclama,
Sacra pasión que nos eleva al cielo
Para ser mariposa de tu llama.

Refugiado el poeta bajo el velo
De tu divina gracia, su albedrío
Pone al compás del celestial anhelo.

Tal es la cuenta que a tus plantas fío;
Recíbela a merced, alza tu mano
“Y hágase en mí tu voluntad, Dios mío.”

Poetas, bendecid a vuestro hermano!
Seguid a la fulgente mariposa
Rumbo a la luz del Eternal Arcano!

Son esos los que ciñen la gloriosa
Corona que los ángeles prefieren.
Son esos los que triunfan de la fosa!
Son esos los que nacen cuando mueren!

Sí, poeta, tú naces a la gloria hoy que mueres, al sol de los
muertos, como dijo Balzac.

¡Muerte! ¡Muerte generosa! ¡Muerte amiga!—exclamaba José
Martí—seno colosal donde todos los sublimes misterios se elabo-
ran, miedo de los débiles; placer de los valerosos. Simpático
misterio, quebrantador de hierros poderosos, nuncio de libertad...

JOSÉ HERIBERTO LÓPEZ.

REVISTAS EXTRANJERAS

LOS HOMBRES DEL SOVIET RUSO



ILLIAM Henry Chamberlain en el *Atlantic Monthly* de octubre último en un artículo titulado *Who's who in soviet Russia*, traza los retratos psicológicos y políticos de los jefes que componen el gobierno moscovita.

Comienza la galería con Trotzky, al que reconoce como la figura más saliente de la vida pública rusa. Ninguno puede rivalizar con él en magnetismo personal, en reputación y en capacidad para inspirar prolongadas ovaciones. Debe su fama a su actuación durante la guerra civil y a que ha sido el organizador del Ejército Rojo que con éxito defendió el poder del Soviet. Se han formado anécdotas ya legendarias sobre su valor personal y su indomable energía, y al terminar la guerra civil creyeron que se le destinaría a un puesto de mayor importancia en la administración que el de Comisario de la Guerra, pero ha pasado tiempo y sigue en el cargo; su actuación en él ha dado prominencia a un puesto que, aunque de importancia, no tiene la trascendencia que otros del gobierno. En el invierno pasado Trotzky abiertamente entró en conflicto con otros miembros de la Junta Central del Partido Comunista, tales como Stalin, Zinoviev y Bukharin. La Junta Central adoptó unánimemente una resolución prescribiendo ciertas reformas en la constitución y funcionamiento del Partido, publicando entonces Trotzky una carta abierta contra la resolución adoptada. La opinión sostenida por él fué condenada por la Conferencia del Partido Comunista celebrada en enero del año último y por el reciente Congreso de la Junta Central (mayo, 1924). Trotzky se sometió, privando a sus contrarios de la oportunidad

de acusarlo de falta de disciplina al Partido, de modo que la jefatura del mismo está en manos de sus adversarios, pero si sobreviniera alguna crisis política grave y que fuera suficiente para cambiar los procedimientos de la Junta Central, no sería extraño que llegara a ser Trotzky el sucesor de Lenine, en la jefatura suprema.

Georgian Djughashvili, más generalmente conocido por *Stalin*, es el secretario del Partido Comunista, y, aunque no ocupa posición oficial alguna, tiene en sus manos los hilos que hacen mover al gobierno revolucionario ruso. Como secretario del Partido está en condiciones de conocer los más íntimos secretos del organismo del Estado y ejerce una poderosa influencia política. Inevitable resultó que Stalin, que es el más firme sostenedor de la ortodoxia del Partido y de los principios del "leninismo", dejara de entrar en conflicto con Trotzky cuando éste publicó su carta llena toda de un espíritu crítico e innovador, y al conflicto le ha prestado interés el contraste que existe entre los dos hombres. Trotzky es un hombre de fuego, y Stalin es de hielo; Trotzky es un orador incansable y escritor prolífico, y Stalin no sale nunca de su reserva y sólo expresa sus opiniones en contadas circunstancias; Trotzky, que es un ex periodista, ha escogido la prensa como un vehículo para sus declaraciones y Stalin tiene la reputación de no haber celebrado nunca ninguna interview con los periodistas. Si Trotzky es una personalidad que puede adaptarse a cualquier revolución, Stalin es el símbolo y producto de la revolución bolchevista rusa, adepto de la disciplina de hierro y de la estricta subordinación individual al Partido. Por esta última razón será siempre una fuerza en el Partido Comunista ruso mientras éste exista en su forma actual.

Zinoviev también es una prominente figura en los consejos del Partido. Esta preeminencia no es fácil de considerar a primera vista, pues no posee el magnetismo personal de Trotzky ni la tenaz energía de Stalin. Su nombre no está asociado a ninguna de las grandes actuaciones militares de la revolución, y tomó poca parte en la obra administrativa del período reconstructivo, pero en cambio está dotado de la facultad de excitar y explotar hasta el último grado las pasiones de las masas populares, el fanatismo, el odio al burgués y a cualquier otro grupo que represente hostili-

dad o tibieza al Partido Comunista y a la Revolución. Agréguese a esto su gran habilidad en la manipulación política del Partido y el prestigio personal derivado de su amistad íntima con Lenine en los años prerrevolucionarios, y se comprenderán las causas de su preponderancia.

Kamenev, que forma con Zinoviev y Stalin el triunvirato de jefes del Partido Comunista, es cuñado de Trotzky, pero esta circunstancia en nada influyó para no desautorizalo cuando su conflicto con la Junta Central. Es un hombre de mediana estatura y de aspecto de profesor más bien que de jefe revolucionario y da la impresión de ser una personalidad conciliadora y discreta, como lo demostró durante las relaciones que se establecieron entre el gobierno soviét y la *Comisión americana de Auxilio* en la época del hambre, Comisión que era considerada por el gobierno como de tendencias conservadoras y profundamente antibolchevistas.

Otra de las principales figuras del Soviet es Félix Dzerzhinsky. Estuvo sufriendo los horrores de las prisiones siberianas en los días anteriores a la revolución, y a la caída del czarismo recobró la libertad, llegando a ser uno de los hombres más activos del régimen soviético. Como organizador de la *Chekha* o Comisión extraordinaria, famosa organización de espionaje gubernativo, contribuyó a la victoria del bolchevismo. La *Chekha* descubrió e hizo fracasar todos los complots de los Aliados contra el Soviet incipiente y con medidas despiadadas y sangrientas hizo que reinara el orden en los grandes centros de población, protegiendo las líneas de comunicaciones y la retaguardia del Ejército Rojo, mientras éste derrotaba a sus contrarios. Desde la muerte de Lenine ocupa el puesto de Jefe del Supremo Consejo Económico, que es el departamento al que incumbe la administración de las industrias del Estado. En este cargo asume el hercúleo trabajo de levantar las industrias nacionales sin tener que recurrir a los capitales extranjeros. Dzerzhinsky nunca toma parte en las controversias del Partido, pues está entregado en cuerpo y alma a sus labores y no tiene tiempo que dedicar a la política, pero ninguno es más respetado por sus correligionarios, y hasta los que no son comunistas y lo miran con horror como jefe de la terrible

Chekha, no dejan de alabar su carácter, aun reconociendo su fanatismo sectario.

Rykov, que ha sucedido a Lenine como Jefe supremo del gobierno ruso, siempre figuró como un perito en Economía más bien que como *leader* popular; nunca ha podido tener acción sobre las multitudes proletarias como otros que son notables oradores. Su salud no es buena, y poco tiempo después de su exaltación al puesto supremo, se ha visto obligado a viajar de incógnito y a residir en Alemania, donde está sometido a un tratamiento médico. Rykov tiene la reputación de ser un moderado entre los comunistas, y su elección como *Premier* es garantía de que no intentará entorpecer la nueva política económica adoptada por el gobierno soviét en 1921, como una especie de transacción entre los principios revolucionarios y las realidades positivas.

Nikolai Bukharin es el director del *Pravda*, periódico oficial comunista y es coautor con Eugeny Preobrashensky del *A. B. C. del comunismo*, libro de texto para el pueblo, explicativo de la doctrina bolchevista. Además de ser director del *Pravda*, Bukharin ha sido una figura de importancia en los consejos de la Tercera Internacional y forma parte del poderoso *Bureau político*, comité privado de siete miembros que dirige y regula las deliberaciones de la Junta Central del Partido; los otros seis miembros son Stalin, Zinoviev, Kamenev, Trotzky, Rykov y Tomsy.

El único de los Comunistas que posee conocimientos previos como administrador, es Leonid Borisovitch Krassin, que desempeña el cargo de Comisario del Comercio Extranjero. Es un antiguo revolucionario, y su conexión con el partido bolchevista data desde la fracasada revolución de 1905. Después de este año, en lugar de dedicarse a trabajos revolucionarios, aceptó un cargo de ingeniero en la conocida casa alemana de Siemens-Schneckert, que dejó al estallar la revolución de noviembre, uniéndose a los comunistas. En su cargo de Comisario del Comercio Extranjero, Krassin ha logrado por sus gestiones que el capital del exterior haya contribuido a la reconstrucción económica de Rusia. Su influencia política y su prestigio han aumentado considerablemente por el éxito de su actuación.

George Chicherin, Comisario en los Negocios Extranjeros, es un ejemplo típico del aristócrata convertido en revolucionario.

Nacido de familia noble se educó en la escuela diplomática del antiguo régimen, y puede considerársele como el Ministro de Negocios Extranjeros de mayor cultura en la Europa contemporánea. Habla una multitud de idiomas con facilidad asombrosa; su conocimiento de la lengua inglesa es tan completo como pueda serlo el de un erudito de Inglaterra. Su actividad es enorme; casi puede decirse que no descansa. En su departamento se trabaja hasta los domingos y días de fiesta; la única vez que se le ha visto en algún sitio que no fuera su oficina fué en el pasado invierno en el Teatro de la Ópera asistiendo a las audiciones del célebre compositor Scriabine. El que habla una vez con Chicherin no puede menos de notar en él cierta actitud de distracción; al dejarlo lleva uno la idea de que una parte de su pensamiento, durante la conversación, ha estado ocupada en alguno de los complicados problemas diplomáticos del Soviet.

Los hombres cuyas semblanzas anteceden tienen entre sus manos los hilos conductores tanto del Partido Comunista, como del Estado que lo representa. Ellos regulan el movimiento económico ruso, lo mismo que las relaciones políticas y comerciales con otros países; pero además de estos jefes mayores, hay otras personalidades que ocupan puestos importantes. Entre éstos se cuenta a Kalinin, Presidente del Comité Ejecutivo de la Unión de los Soviets, que es una típica figura de aldeano ruso. La antesala de su oficina está siempre ocupada por campesinos de toda la nación que acuden ante él a exponer sus quejas; en la maquinaria administrativa del Soviet sirve de lazo de unión entre el gobierno y las masas del pueblo. Otro personaje de oculta influencia es Tomsy que tomó parte importante en la Conferencia de Londres y desempeña el cargo de Presidente de la Unión de trabajadores. Entre los hombres que se han distinguido en la obra militar de la revolución bolchevista, deben mencionarse a Mikhail Vasilevich Frunza y al general de caballería Budenny. El primero es un veterano bolchevista, que durante la guerra civil mostró gran habilidad en el frente del Sur y llegó a ser Comisario de la guerra en Ucrania. En cuanto a Budenny, es un campesino ucraniano que en tiempo del czarismo era sargento mayor, distinguiéndose después en el Ejército Rojo al derrotar a Denikin, general

del Ejército Blanco, rechazándolo desde Kiew hasta las mismas puertas de Varsovia.

Los dos auxiliares de Chicherin en los Negocios extranjeros son para el Occidente, Litvinov, y para el Oriente, Karakhan. Litvinov ha representado a Rusia en varias conferencias y fué expulsado de Inglaterra por Lloyd George, que lo acusó de hacer propaganda comunista; de modo que debe haber experimentado gran satisfacción al volver recientemente a Londres como miembro prominente de la delegación rusa. Karakhan, que es armenio, es una figura oriental característica, ha figurado en varias tortuosas negociaciones entre Rusia, China y Japón, y está reputado como uno de los más hábiles auxiliares de Chicherin. Otro diplomático de importancia es Christian Rakowsky, médico búlgaro muy culto, que en la actualidad es el representante de Rusia en Inglaterra. Rakowsky es un extranjero que por completo se ha identificado con el Partido Comunista ruso. Durante algún tiempo fué Jefe del gobierno de Ucrania, puesto que dejó para representar a Rusia en Londres.

El viejo refrán, *nadie es profeta en su patria*, puede aplicarse a Anatole Lunacharsky, Comisario de la Instrucción Pública, pues es una personalidad que tiene muchos admiradores en el extranjero, donde lo consideran como un gran pedagogo, y en Rusia es muy censurado; algunos críticos en su país han hecho notar que la instrucción pública estaría a mayor altura si Lunacharsky en vez de dedicarse a estudiar nuevas formas de bailes y a pronunciar conferencias sobre alta filosofía, hubiera dedicado mayor atención al mejoramiento de las escuelas y de los maestros rurales. Mucha de la obra pedagógica del Soviet ha sido hecha, sin ostentación ni aparato, por Nadyeska Konstantinovna Krupskaya, viuda de Lenine. Esta mujer, que es una personalidad ya clásica en el mundo comunista ruso, se la encuentra con frecuencia en las más pequeñas poblaciones, dedicada a la tarea de animar a los maestros y en inducir a los campesinos a que asistan a las escuelas. Krupskaya poco después de la muerte de su marido dirigiéndose al pueblo, dijo: "No gasten dinero en erigirle a Lenine un pomposo monumento que él hubiera despreciado; mejor es gastarlo en la creación de escuelas, orfelinatos y hospitales."

LUCIANO DE ACEVEDO.

BIBLIOGRAFIA (*)

Mariano Azuela. MALA YERBA. Novela de costumbres nacionales. México. Imprenta y Encuadernación de Rosendo Terrazas. 1924. 12º, 170 p.

En realidad, cuanto pudiera decirse de este libro está casi dicho en el título: es una novelita de costumbres mexicanas, en la cual se describen tipos y modos de vivir propios de las grandes haciendas rurales del país.

Dentro de esta condición, naturalmente limitadora de una amplia aspiración literaria, hay en esta novela algunos aspectos apreciables.

Escrita con sobrio estilo, demasiado comprimido en ciertos pasajes, en rigor, no se le puede imputar con relación a su factura externa más que algún exceso en la aglomeración de vocablos y modismos locales, circunstancia disculpable al fin, dentro de un criterio de rigor naturalista.

La trama novelesca se ajusta bien, por su vulgaridad, al propósito fundamental del libro, limitado a la exposición de las costumbres de un grupo de seres humanos amoldados a determinadas condiciones de medio, raza y jerarquía social fuertemente cristalizadas por la acción coordinada del tiempo y todas las fuerzas físicas y morales resultantes de su actividad.

En un libro de alcance tan modesto y tan alejado de las tendencias inspiradoras de la literatura actual, el valor literario no puede alcanzar una alta estimación y el interés del lector medianamente culto no llega a despertarse en un intenso grado de viveza.

Pero tampoco puede decirse que su lectura sea enojosa, pues el autor despliega aptitudes naturales en la descripción y en la complicación dramática de los incidentes, que bastan para incitar la curiosidad y el

(*) En esta sección serán siempre analizadas aquellas obras de las cuales recibamos dos ejemplares remitidos por los autores, libreros o editores. De las que se nos envíe un ejemplar, sólo tendrá derecho el remitente a que se haga la correspondiente inscripción bibliográfica. CUBA CONTEMPORÁNEA se reserva el derecho de emitir opinión acerca de toda obra, nacional o extranjera, que por su importancia merezca ser criticada.

gusto del lector, llevándolo sin gran esfuerzo hasta la solución de los conflictos planteados en la actividad de los personajes puestos en acción.

ARTURO MONTORI.

Luis Fernández Marcané. *CONTRIBUCIÓN AL ESTUDIO DE LA DOBLE NACIONALIDAD DE LOS HIJOS DE ESPAÑOLES NACIDOS EN AMÉRICA*. Imprenta "El Siglo XX". La Habana. 1924. 8º, 206 p.

Más de una vez se ha hecho notar la escasez con que se producen en Cuba los estudios jurídicos. Pudiera suponerse que la larga preparación y el rigorismo científico que son necesarios para acometer con acierto las especulaciones del Derecho, son opuestos a nuestra voluble condición y el estudio de problemas reales.

En otra oportunidad dijimos: "nuestro medio se hace cada día más ingrato a la labor de pura especulación. Ello se debe entre otras causas, a la acentuación del carácter materialista que entre nosotros ha revestido la abogacía, debido a la inevitable influencia de un pueblo práctico por antonomasia, al lucro fabuloso y fácil en nuestra breve y pasada prosperidad, y a la labor desorientadora de nuestro superior Centro de cultura que, apegado a planes y procedimientos desechados en todas las naciones cultas, y sin un concepto claro y definido de su misión, no forma, ni jurisperitos conocedores profundos de la ciencia del Derecho, llamados a emprender la necesaria reforma integral de nuestra legislación, ni profesionales de la Ley compenetrados del derecho positivo y de su práctica y aplicación."

De vez en cuando un esfuerzo notable parece querer romper lanzas contra este estado de cosas, viniendo a proyectar necesaria luz sobre problemas de nuestro ordenamiento jurídico, que, o han sido resueltos impensadamente por nuestros más altos Tribunales, o permanecen intocados, como si ante ellos los juristas y los jueces se detuvieran, poseídos del serio temor de penetrar en su médula.

El Sr. Fernández Marcané, harto conocido por su brillante labor en el foro, aborda con notable acierto un interesante problema de nacionalidad. A pesar de lo sugestivo del tema y de su importancia para las Repúblicas hispanoamericanas, no había sido, entre nosotros, hasta ahora, tratado de modo tan detenido.

No queremos decir con esto que creamos completa la labor del jurista oriental, aun siendo en verdad notable. Quizás, si apremios imperiosos de otras actividades, impidieronle detenerse en la entraña misma del asunto.

Sobresale en el trabajo del Sr. Fernández Marcané el mérito histórico y de simple información, sobre el verdaderamente jurídico. Durante gran parte del estudio (hasta el capítulo noveno), se trata con

acuciosidad y brillantez el proceso del problema, desde su nacimiento hasta su resolución, casi en nuestros días. Revela esta parte del libro que criticamos, una muy notable laboriosidad y un pleno conocimiento del momento histórico-jurídico, en la oportunidad de resolverse, con la victoria de las colonias españolas de América, el sangriento conflicto de sus luchas prolongadas por la emancipación.

Con claridad y sentido histórico se ocupa el autor en las fases presentadas por la oposición de la Metrópoli para reconocer, como naciones libres a las que habían sido sus colonias: desde las manifestaciones plenas de rencor de Zea Bermúdez en 1825, según las cuales "el Rey no consentiría jamás en reconocer los nuevos Estados de América Española, y no dejaría jamás de emplear sus armas contra sus súbditos rebeldes", hasta 1836, en que la fuerza de las cosas hace que, con la concertación de Tratados de Paz y Amistad con los nuevos Estados americanos, se reconozca su independencia.

Más adelante, se refiere el Sr. Fernández Marcané a la pugna entre el propósito de España por mantener en tierras de América la nacionalidad de los hijos de sus súbditos nacidos en el Nuevo Mundo y el natural interés de los nuevos Estados, de darles naturaleza americana. En el fondo de esta lucha se agitaban problemas vitales para los países iberoamericanos y ella no fué más que una fase, si bien interesantísima, de la batalla, planteada de antiguo en el seno del Derecho Internacional Privado, entre el sistema del domicilio y el opuesto de la nacionalidad o personalidad de las leyes. Las afirmaciones puramente doctrinales de Sperson y de Mancini, de una parte, de Foelix, de Story, de Warton, de otra, cobran, frente al problema americano, nuevo sentido y nueva trascendencia.

Salvo errores aislados (el Tratado hispano-boliviano en 1847, el hispano-dominicano de 1855) las nuevas repúblicas miran de continuo su propio interés de pueblos nuevos, aceptando, e imponiendo a veces, el "jus soli".

Es perfectamente explicable que los pueblos del viejo Continente pugnarán durante todo el siglo diez y nueve por hacer aplicable en las tierras del Continente nuevo, el principio del "jus sanguinis"; poseía la antigua Metrópoli, el lógico deseo de mantener con los descendientes de sus súbditos que pasaban a América un vínculo efectivo de sujeción que contribuyera a robustecerla en sus menguadas fuerzas. Por el contrario, países para los cuales la inmigración europea es fuente de bienestar y de grandeza, luchaban las nuevas repúblicas indolatinas, por vincular a su suelo y a su vida, al que de Europa viniera a brindarles su trabajo o su cultura propendiendo a la fusión, en su sociedad política, de los hijos de españoles nacidos en su seno. Ciertamente, que acontecimientos políticos, a veces lamentables, se opusieron a que los Estados indoespañoles hicieran realidad este an-

helo y que hombres de la significación del autor insigne de *Las Bases*, mantuvieron y aplicaron (1857) el opuesto principio.

Comprueba el Sr. Fernández Marcané, con estudio paciente y acopio de preciosos datos, cómo a partir de 1863 van imponiendo las nuevas nacionalidades el principio que a sus intereses conviene, llegándose por España a reconocimientos tan palmarios de la realidad americana como el que se transparenta en el dictamen, en verdad admirable, emitido por el Consejo de Estado en 13 de febrero de 1863. En lo adelante (Tratado con la Argentina, de 1863; Ley Española de 1864; Tratado con la República del Salvador, 1865; con Uruguay, 1870; con Colombia, 1894) se reconoce lo que el autor llama con notoria impropiedad sistema de la doble nacionalidad.

Los Congresos internacionales de Montevideo (1888), de Lisboa (1889), y Madrid (1900), reconocen con alteza de miras y también con pleno conocimiento de la realidad, la ley del domicilio y en consecuencia el sistema por el cual la racionalidad de los hijos de extranjeros en las Repúblicas de América ha de resolverse, en todo caso, por la legislación vigente en el país en que el problema haya de solucionarse. Por último, se refiere el autor en un documento resumen a lo que pudiéramos llamar el problema cubano, determinando en la legislación cubana y española posteriores al Tratado de París, el reconocimiento del mismo principio del domicilio, especialmente en la interesantísima Instrucción Consular de 27 de mayo de 1907.

Un solo reparo nos atrevemos a hacer al Dr. Fernández Marcané en el estudio analizado: la impropiedad en la denominación del tema. ¿Por qué causa titula a su obra *Contribución al estudio de la doble nacionalidad de los hijos de españoles nacidos en América*? ¿Por qué, cuando se resuelve la contienda jurídica entre España y sus antiguas colonias, aplicándose en América y en España el derecho del lugar en que el conflicto ha de resolverse, afirma el autor de esta monografía que se ha aplicado el sistema de la doble nacionalidad?

El proceso a que dedica su ilustrada atención el autor, tiene sin duda, dos fases: en la primera, España aspira a infundirle efectos extraterritoriales a un inciso del artículo primero de su Constitución, pretendiendo que los hijos de españoles nacidos en el nuevo Continente sigan indefectiblemente la nacionalidad de sus padres, en virtud del derecho de la sangre, a espaldas de la *lex loci*. En la segunda etapa del proceso, la Metrópoli, curada de su proverbial altanería por golpes en verdad durísimos, transige, conviniendo con los nuevos Estados que el problema se resuelva, de acuerdo con las leyes del país en donde surja. A esta última solución llama el autor sistema de la doble nacionalidad. No acertamos a ver esa doble nacionalidad, ni en una ni es otra hipótesis, ya que en cada caso queda ésta determinada, bien por la *lex personal*, bien por la *lex domicilio*.

Téngase en cuenta que no producimos este reparo por mero capricho

esco'ástico. Lejos de ello, estimamos que, en el caso presente, la denominación de lo estudiado puede traer consigo una lamentable confusión. No ignoran los dedicados a estos estudios—y mucho menos el ilustrado autor del trabajo que nos ocupa—la importancia suma que durante la gran guerra, y por la condición de *indeleble*, dada a la nacionalidad por ciertas disposiciones alemanas, tuvieron los problemas de doble nacionalidad *real*, es decir del conflicto que en el Derecho Internacional se planteaba cuando un individuo que ostentaba la ciudadanía norteamericana era reclamado, no obstante, por Alemania para la cual nunca había dejado de ser su súbdito. Por ello, la denominación de este estudio suscita el recuerdo de ese problema.

Impresionados por el título dado por el Sr. Fernández Marcané a su estudio, confesamos sinceramente que presumíamos muy otro su contenido. Imaginábamos que en él abordaba el autor la solución de los casos en que pudieran surgir conflictos, entre nuestras disposiciones y las del derecho español, pudiéndose atribuir en ciertas oportunidades, doble nacionalidad al hijo de español nacido en suelo americano.

Hecho este reparo, que nada afecta a lo esencial de la labor realizada, fáltanos sólo, recomendarla a nuestros estudiosos, seguro de que en ella encontrarán placer y enseñanza.

JUAN MARINEL-LO.

Luis Felipe Rodríguez. *LA CONJURA DE LA CIÉNAGA*. Novela cubana. Madrid. V. H. Sanz Calleja. Editores e Impresores... [1923] 8º, 224 ps. Con retrato del autor.

La conjura de La Ciénaga es fundamentalmente una novela cubana. Y es además una novela con todas las características del género: hay personajes, pasión, trama, situaciones que despiertan interés. Luis Felipe Rodríguez demostró ya en *Cómo opinaba Damián Paredes* qué clase de talento hay en él. Su silencio posterior acaso hizo pensar a muchos que había matado al novelista, seguro de su inutilidad en nuestro país. Pero viene ahora *La conjura de La Ciénaga* a dar noticia del escritor, y a ofrecer la certeza de que en lo sucesivo aparecerán otras novelas igualmente cubanas, hasta vividas de puro observadas en la realidad, y en las que sonará a hueco, a falso y postizo, lo extraño y visto en otras literaturas.

Santiago Hermida piensa escribir una novela nacionalista y patriótica en la que estarán condensadas las ilusiones y las torturas de nuestro pueblo, una "visión integral" de la Patria. Desde la capital de la República, en donde vive, ha ido a la ciudad natal, a Tontópolis, para encontrar tipos netamente criollos, ambiente, sucesos. Su amigo de la infancia, Vicente Aldana, lo convence de que deben ir a La Ciénaga,

lugar en donde él hará el censo de la población. Allí podrá Santiago dar principio y fin a la pensada novela: "Ser novelista, ¡qué cosa tan divinamente humana! Un novelista es como un Dios, que casi siempre de nada fabrica al hombre y la mujer, y también la tierra donde estas humildes criaturas hacen mil cosas que no están bien. Pero como Dios los cría..." Así se exalta Vicente ante su camarada infantil. Y parten para La Ciénaga el que va en busca de ciudadanos que empadronar, muy junto a las cosas de la tierra, y el que bucea en las sombras de la idealidad.

La vida de los pueblos pequeños no es tan monótona si son tenidos en cuenta los detalles. En todos hay manera de disfrutar a menudo de bailes y reuniones, bautizos, paseos y exhibiciones cinematográficas. En La Ciénaga tenían además los viajeros el incentivo picante del centro espiritista de Muelaquieta, atracción semanal irresistible.

Ya instalados en la casa patriarcal de don Venancio La O, agricultor rico y libertador de la tierra cutana, tenemos al enumerador del censo y al novelista incorporados al tranquilo vivir diario de La Ciénaga. Al llegar, bordeando la ciénaga que da nombre al pueblo, gran charca, enorme y sombría, "de un limo verduzco, amarillento y turbia, como la pupila enferma de aquel paraje imponente y solitario", encontraron a Conchita Fundora, la hija de otro terrateniente y patriota de todas las rebeliones nacionales. Era Conchita Fundora una verdadera beldad campesina que tenía "una boca ardiente con labios sensuales de un dibujo preciso, por donde asomaban los dientes firmes y de una blancura deslumbradora."

Ya están presentados los dos seres que quiere el novelista hacer amar y sufrir como figuras centrales de la obra. Juventud, anhelos sensuales, fuerte sentido del placer: todo lo tienen para constituir una pareja más de enamorados que dan ocasión al poema, al idilio, a la égloga.

Pero son ellos en verdad, de los protagonistas, los trazados con menos firmeza. Conchita Fundora es la personificación de la feminidad. Santiago Hermida representa al joven irresoluto, lleno de ambiciones sin base, divertido, buen mozo, inteligente y enamorado. Son buenos comparsas en la gran tragedia a los que el autor reserva el papel de gozadores y el final de víctimas. Los personajes mejor pintados son aquel *Fengue* Camacho, a'calde y director electoral, y *Mongo* Paneque, galán desdeñado por Conchita, furioso con su amor frustrado, con sus zapatos escandalosamente amarillos y su cabeza siempre llena de sudor y de pomada. Ellos son los que dan tonalidad recia al agreste cuadro de *La conjura de La Ciénaga*.

Santiago y Conchita se aman de modo extra legal en las inmediaciones del gran pantano, gracias a la complicidad de la noche campesina, profundamente solitaria y llena de rumores. Pero La Ciénaga tiene ojos innumerables, y al fin ve la unión sin recatos. *Mongo Pa-*

neque es el más ofendido, aunque todos los demás muchachos del pueblo pretendieron uno tras otro la gloria de llamar suya a Conchita Fundora. *Mongo* asume con toda precaución el carácter de director de una conjura contra el *habanero* que se atreve "a robar gallinas en otros patios". Preparó el acecho con cautela traidora, y un día, después de hacer tomar muchas copas de ron a sus amigos también despechados y de aumentar su encono hábilmente hasta la rabia agresiva, los llevó a la ciénaga en donde sorprendió solo a Santiago. Fué breve la lucha. Cinco adversarios contra uno, pronto lo vencieron.

En el fragor del combate desigual, *Mongo* Paneque mismo, de un empujón, lanzó al vencido sobre el cristal fangoso y traidor de la charca. Y allí quedó, en el pantano horrible, en la ciénaga, el infeliz Santiago Hermida, mientras sus enemigos, atemorizados, echaron a correr sin decidirse noblemente a librarlo de las fauces de la tembladera.

A pesar de traslucirse en algunos pasajes la rapidez del trabajo del novelista, hay en *La conjura de La Ciénaga* ponderación bastante para que nada sobre. La armazón es fuerte y sencilla, el relato es lógico, las criaturas son humanas. El lector querría más desarrollo en algunos capítulos, como el del *centro* espiritista, en que ve entrar y salir a las gentes y no presencia el espectáculo siempre curioso de una sesión en que generalmente la muchedumbre se deja explotar por un ladino embaucador. El novelista no debió quedarse en el portal con Santiago Hermida. Otro momento digno del observador es aquel en que Vicente Aldana se interna por el campo, hacia Las Caobas, y sufre las consecuencias del aguacero refugiado en un pequeño bohío, del que sale a media noche para recorrer caminos convertidos en torrentes. Caído en un pantano, pierde la cabalgadura y regresa a su cuarto penosamente, hambriento y enfangado. También pudo escribir el autor algunas páginas más desarrollando las peripecias que ha esbozado en este capítulo.

No es *La conjura de La Ciénaga* un ensayo. Luis Felipe Rodríguez ha traspasado la época de los tanteos. En plena madurez, joven, culto, si logra sobreponerse a la indiferencia nacional y seguir su carrera de novelista, dejará en nuestra literatura notables e intensos cuadros de la vida cubana.

ENRIQUE GAY CALBÓ.

Marcelino Domingo. ALAS Y GARRAS. Editorial "Mundo Latino". Madrid. [1924]. 12º, 235 p.

Ventura García Calderón. LA VENGANZA DEL CÓNDOR. (Cuentos). 1924. Editorial "Mundo Latino". Madrid. 12º, 211 p.

Guido da Verona. EL LOCO DE CANDALAOR. (Novela). Traducción de A. Sapela. Editorial "Mundo Latino". Madrid. [1924]. 12º, 301 p.

Guido da Verona. ¡INMORTALICEMOS LA VIDA! (Novela). Traducción de A. Sapela. Editorial "Mundo Latino". Madrid. [1924]. 12º, 285 p.

Manuel Machado. DEDICATORIAS. Obras completas. (Vol. V.). Editorial "Mundo Latino". Madrid. [1924]. 12º, 178 p.

Marius André. BOLÍVAR ET LA DÉMOCRATIE.. Editions Excelsior. Boulevard Raspail, 42, Paris. 1924. 8º, 300 p.

Cosme de la Torriente. LABOR INTERNACIONAL. Discursos. La Habana. Imprenta y Papelería de Rambla, Bouza y Compª Pí y Margall, núms. 33 y 35. 1924. 12º, 248 p. Con prólogo de Enrique José Varona.

Pedro Prado. UN JUEZ RURAL. Nascimento. Santiago. Chile. 1924. 12º, 258 p.

Luis da Camara Cascudo. JOIO. (Paginas de litteratura e critica). Natal. Off. Graph d'á Imprensa. 1924. 12º, 176 p.

Luis da Camara Cascudo. HISTORIAS QUE OTEMPO LEVA... (Da historia do Rio G. do Norte). 1924. Monteiro Lobato & Co. Rua Victoria, 47. Sao Paulo. 12º, 231 p. Con notas.

Andrés Avelino Colina Sacra. PEQUEÑA ANTOLOGÍA POSTUMISTA (Con notas al margen por el compilador) Imp. La Cuna de América. Santo Domingo. R. D. 1924. 16º, 30 p.

Fernando Ortiz. GLOSARIO DE AFRONEGRISMOS. La Habana. Imprenta "El Siglo XX". Rep. del Brasil, 27. 1924. 8º, XXVIII-554 p. Con un prólogo por Juan M. Dihigo, Catedrático de Filología y Lingüística de la Universidad de La Habana.

- Carlos Reyles. EL EMBRUJO DE SEVILLA. Novela. (Octavo millar). Madrid. Sociedad General Española de Librería. Ferraz, 21. 1922. 12º, 305 p.
- Jaime Torres Bodet. POEMAS. México. 1924. 12º, 237 p.
- Bernando González Arrili. LA VENUS CALCHAQUÍ. Novela. Ediciones de "Nuestra América". Buenos Aires. 1924. 12º, 148 p.
- José Heriberto López. AL MARGEN DE UN LIBRO. "La Revoltosa", Ave. de Italia. La Habana. [1924] 16º, 22 p.
- Vicente Blanco Ibáñez. LA TIERRA DE TODOS. (Novela). Prometeo. Germanías, 33. Valencia. [1923] 12º, 356 p.
- Luis de Val. AVES SIN NIDO (segunda edición). Editorial Cervantes. Barcelona. [1923] 12º, 319 p.
- A. P. Chejov. EL LOCO.. (Traducción directa del ruso por R. J. Slaby). Editorial Cervantes. Rambla de Cataluña, 72. Barcelona. [1923]. 16º, 224 p.
- Carlos Dickens y W. Collins. EL ABISMO. (Traducción directa del inglés por Carlos de Ayarza. Editorial Cervantes. Rambla de Cataluña, 72. Barcelona. [1923] 16º, 302 p.
- Alfredo S. Clulow. TRES ENSAYOS. MONTEVIDEO. 1924. Montevideo. 1924. 12º, XII-45 p. Con prólogo por Ernesto Quesada.
- B. Sánchez Alonso. CRÓNICA DEL OBISPO DON PELAYO. Madrid. Imprenta de los Sucesores de Hernando. Calle de Quintana, núm. 33. 1924. 12º, 92 p.
- Fernando Sánchez de Fuentes, Professeur a l'Université de la Havane, Membre de l'Institut Américain de Droit International. LA LEGISLATION OUVRIÈRE INTERNATIONALE, Principalement

au point de vue Américain. Conferance fait le 17 décembre 1923 a la Faculté de Droit de Paris, sous les auspices de l'Institut des Hautes Études Internationales. Paris. Casa Editorial Franco-Ibero-Americana. 222, Boulevard Saint-Germain. 8º, 30 p.

NOTAS EDITORIALES

EL MOVIMIENTO MILITAR CHILENO

Con civismo digno del mayor aplauso y demostrando poseer un patriotismo exaltado, que casi nunca suele manifestarse con valentía bajo las dictaduras y los regímenes militares, los distinguidos escritores chilenos Agustín Castelblanco P. y Emilio Courbet, Directores de la importante revista *Rodó*, de Santiago de Chile, han escrito y hecho circular por toda la América un importante manifiesto, en el que exponen y analizan los antecedentes del movimiento revolucionario que desplazó de su alto cargo al actual Presidente de aquella República—el Sr. Arturo Alessandri, expatriado en Europa—, y que ha sido un mentís a quienes creen que el régimen parlamentario es la panacea solucionadora de todos los conflictos internos en los pueblos de nuestro origen y de nuestra raza.

Por considerarlo de singular interés transcribimos a continuación, íntegramente, la copia del citado manifiesto que nos han remitido sus autores. Dice así:

Como Directores de una Revista que ha propiciado por sobre todo la integridad de América y ya que las revoluciones y su efecto inmediato, las dictaduras y Gobiernos absolutos, no son más que un carácter de la desmembración continental, repudiamos el movimiento militar del 5 de septiembre que hoy impera en el Gobierno de Chile.

Pasada ya la hora de los entusiasmos peculiares de estos levantamientos,—porque son aún muchos los militaristas que tenemos—es preciso analizar los factores que condujeron a la revolución y examinar si se justifica ante la opinión pública en los momentos actuales.

Nosotros, que no tenemos ningún vínculo con el pasado,—fuera del de los afectos a los valores positivos del espíritu—y que sólo luchamos y batallamos por un futuro mejor, estamos en situación de hacer

una crítica severa y sin contemplaciones, sobre la actuación de los hombres que ya pertenecen a la historia.

Sin intereses creados con el régimen caído, pero resguardadores de la libertad siempre, no aplaudimos y combatimos el actual Gobierno, inconsecuente ya, pasada la hora necesaria de su exaltación.

Defendemos más de cien años de vida libre y tranquilidad histórica.

Con una orientación precisa de los destinos del Continente y sabedores de la unidad racial que impera en lo más íntimo de nuestro ser, oponemos toda la fuerza de nuestra vida a un Gobierno de dictadura neta, y hacemos saber a la América que Chile en poder de los militares, significa una regresión histórica en el presente y un peligro para todas las naciones en lo porvenir.

Como queremos legar a las generaciones venideras una Patria libre y fuerte; exenta de malos ejemplos e inmaculada de odios, rencores y rivalidades, convocamos a la juventud de América, a los intelectuales, diarios y revistas, a que cooperen a nuestra obra de defensa nacional.

Hacemos un llamado de fraternidad ya que somos una sola Patria, grande y única, y confiamos a la serenidad y el espíritu generoso de todos y cada uno de los americanos, la paz de Chile.

La República democrática había tenido en Chile una evolución sistemática y gradual. Nuestras instituciones políticas descansaban sobre una base de prestigio y simpatía. Éramos una Nación bien constituida en el concepto extranjero y más de una vez fuimos citados como modelo de paz y tranquilidad en el turbulento desarrollo de la vida libre de América.

Una cordura diplomática a toda prueba y una administración interna asombrosa, habían prevenido cualquier desavenencia internacional y la vida del terruño se desenvolvía próspera y fácil.

Nuestros hombres de acción, políticos y gobernantes, sanos en sus ideas, eran dignos poseedores del Gobierno de este pueblo joven. Pasada la revolución del 91 es la hora del espíritu cívico, de la educación política y de la adquisición completa de nuestras libertades públicas y ciudadanas.

Teníamos un Gobierno democrático, dentro de la Democracia que es posible sustentar y propagar en América dada la suma de cultura que poseen las masas.

Los Poderes Públicos ejercían plenamente sus facultades y aunque su elección no era la expresión viva y tangible de los anhelos del pueblo, en estos ensayos de vida política, habíamos adquirido el hábito de la libertad.

Un Gobierno autoritario, de régimen absoluto, no era posible ya. Había pasado el tiempo de las asonadas militares y los cuartelazos concluían en la horca o el fusilamiento.

Así la marcha de la vida pública de Chile.

Agregad ahora, una organización militar a la prusiana. Körner, conformó de tal manera nuestro Ejército, que hizo de él una fuerza y una autoridad; pero una fuerza y una autoridad conscientes, tolerantes, no ciega e intransigente; selectos y elegidos, no los fracasados de los Liceos que más tarde iban a formar la Escuela Militar.

Los Oficiales de Ejército, faltos de una orientación definida, con una cultura parcial y mínima, iban nada más que a engrosar el Presupuesto de la Nación. Incapaces de dignificarse, no poseían un sentido americanista, pongamos por caso, y en su altanería patriótica sólo cuidaban de endiosar las glorias de Chile en desmedro de las demás del Continente.

Criterio unilateral que dificulta en primer término el desenvolvimiento armónico de un Gobierno que anhele la paz y la tranquilidad y obstaculiza la vinculación internacional.

Otra fuerza poderosa, dentro del Estado; en lucha constante y diaria por ganarse hombres, ideas y conciencias, era la Iglesia.

En su afán ilimitado de allegarse adeptos, recurría a una prédica sin descanso, para terminar por manifestarse como un imperio tan formidable, que hoy, en todas las clases sociales de Chile, se siente la obra de la Iglesia.

Hay en nuestro país fanatismo, y una causa no muy lejana del movimiento del 5 de septiembre, hay que buscarla en la lucha religiosa que fué bandera de uno de nuestros partidos políticos.

La vida interna de Chile es una brega encontrada de ideas, principios y programas políticos. Todos creen representar el alma popular y dentro de estos antagonismos políticos, religiosos y sociales, está fermentando el odio y la distancia que hace tomar posiciones a partidarios y enemigos del régimen militar.

Para una mayor comprensión bosquejemos nuestro estado político en los últimos años.

Partidos numerosos que el país no necesitaba, ya que la opinión pública no delinea más que dos corrientes: conservadores y demócratas y las que con atenuantes o avanzadas forman otros cauces; partidos políticos que más servían intereses de hombres y sectas y que sólo eran instrumentos en las luchas electorales, contribuyeron a la anarquía parlamentaria, causa la más poderosa, según los militares, del golpe del 5 de septiembre.

Un Poder Ejecutivo con una suma de atribuciones y en lucha constante con una de las ramas del Congreso; interviniendo de manera audaz en las campañas electorales; aprisionado por ambiciones de caudillos insaciables, aceleró el fatal momento de la pérdida de la Constitución.

Bajo la presión de las armas, el Congreso recién elegido (1924-1927), aprobó los proyectos que el Ministerio presidido por el General Luis A'tamirano, presentó a las Cámaras.

No hubo discusiones; sin preámbulos de ninguna índole se promulgaron como leyes de la República, con efectos desastrosos, es lógico, porque momentos después había que aclarar artículos, reformar disposiciones bajo el amparo de los famosos decreto-leyes.

Vacante la Presidencia de la República y disuelto el Congreso Nacional el 11 de noviembre, imperaba el régimen de dictadura disfrazada en el país, con una Junta de Gobierno compuesta de dos militares y un marino y asesorada por un Comité Militar, que era el árbitro de la situación.

Los militares, dueños del país, empezaban su obra de reconstrucción nacional.

Aferrados a la disciplina y a la obediencia, no admitían oposiciones de ninguna índole y la libertad había perecido en el naufragio trágico de la revolución.

La prensa fué censurada; no era posible una crítica abierta y amplia; hasta se desterró a un hombre de ideas por no compartir la actitud del Gobierno.

Y en tanto, los desaciertos legislativos, propios del apresuramiento y falta de experiencia pública, van creando hondas perturbaciones.

Se deroga una ley que protege a los empleados particulares; un conflicto con los ferroviarios hace delicada la situación y por último, una ley electoral con fines al parecer preconcebidos, crean la desconfianza en el Ejército.

Es el primer síntoma de rebelión pasiva. Ya hay en el ambiente un signo de desconfianza; está fermentando el distanciamiento al Gobierno de facto y pesa sobre nosotros una hora tremenda y lúgubre.

Antofagasta en un paro general, uniforme, y compacto, ha asumido una actitud de beligerancia.

Son hechos parciales, simples, aislados; ejemplos fáciles de seguir; normas elocuentes que, poco a poco, irán formando la ola de un nuevo sentimiento nacional.

Las masas obreras desorientadas; sin saber qué actitud tomar; los políticos del pasado régimen bien guarecidos en sus casas, viven como azorados y falta el guía que ordene y haga efectiva la energía de estas fuerzas.

Los escritores y artistas, de quienes se esperaba en esta hora trascendental la palabra vital y libre, lanzaron un manifiesto: triste documento sin mayor alcance.

Su opinión no la compartimos; pero es saludable ver una reacción.

Ya, uno de sus firmantes, se ha puesto de frente al Gobierno Mili-

tar y como Presidente de la Federación de Estudiantes de Chile, ha iniciado una campaña en defensa de la libertad.

Un error de perspectiva ideológica y una falta completa de sentido público para apreciar los acontecimientos en el terreno de la realidad, han hecho incurrir a los escritores en la inconsecuencia de lanzar un manifiesto.

Como no han sentido de cerca la marcha de nuestras instituciones republicanas y han permanecido alejados de las luchas cívicas, desconocen las aspiraciones del pueblo y sus apreciaciones ceden ante la fuerza de los hechos.

Por lo demás, esta actitud no tiene mayor importancia.

Llevar ya los militares cuatro meses en el Gobierno y no han despachado ninguna de las leyes que prometieron al pueblo.

La convocación de una Asamblea Constituyente, que debiera haberse hecho a una brevedad posible y la renovación total de nuestras Cámaras, tienen largo plazo aun para efectuarse.

Y este es el mal incalculable: la permanencia por más tiempo de las fuerzas armadas en el Gobierno de la República.

Su misión ya debiera estar terminada antes que divergencias graves y fatales cambien el curso de los acontecimientos.

Pos desgracia, tienden a persistir y la utilidad transitoria que de este movimiento se habría podido obtener, se destruye en el afán pernicioso de continuar gobernando.

Chile tiene ahora un dilema sin ambages que resolver.

Abandonan el Gobierno los militares dentro de un plazo perentorio o vamos a la revolución.

Examinados los antecedentes y vista la situación actual, lo primero no es posible.

Nos queda la revolución.

Hagámosla entonces y junto con salvar a Chile, habremos salvado a América con una lección dura para el futuro.

La juventud chilena está en marcha. Hay un signo de heroísmo sobre nuestras cabezas y la hora de prueba será para nosotros el triunfo de la cultura y las ideas sobre la fuerza destructora y el afán inconsciente de las mediocridades.

Es todo un problema el que nos queda para el futuro.

¿Cómo anularemos el peligro inminente que representa el Ejército para nuestras instituciones públicas?

¿Cómo conseguiremos que el funesto golpe del 5 de septiembre no sirva de ejemplo en lo sucesivo?

Es este un precedente morboso que acaso tienda a repetirse con ciertos intervalos y por influencia sugestiva tenga imitadores en otras naciones del Continente.

Las dictaduras y los golpes de Estado de estos últimos años han

repercutido hondamente en América, y Chile, país educado en normas de disciplina militar, no pudo menos que ser un fiel intérprete de erradas ambiciones que, desoyendo las lecciones de la historia, ya llegan a un ocaso fatal y trágico.

Nadie puede constituirse en augur de los destinos de nuestra patria. Cualquiera que sea su suerte tenemos la esperanza de una franca reacción. Está fermentando un descontento general, y un rumor sordo y anunciador creen escuchar los que viven hondamente la hora actual.

El Gobierno, careciendo de preparación práctica para afrontar los grandes problemas sociales y económicos que tenemos; falto de experiencia legislativa y confuso ante la serie de dificultades que significa un Gobierno de imposición, está fatalmente acelerando su caída.

No es posible desentenderse ni permanecer indiferente cuando los acontecimientos reclaman el concurso de todos.

Tenemos un deber imperativo de actuar. Los que creen en el militarismo que defiendan su último baluarte. Nosotros nos rebelamos en defensa de un legado humano y porque creemos que la libertad no puede mancillarse con el imperio de la fuerza y la brutalidad.

Pero, hay además, un alto designio que induce a combatir el Gobierno militar.

No somos un pueblo aislado sin vinculaciones históricas ni precedentes que puedan darnos pie para vivir incomunicados.

Hay veinte naciones que comparten idénticas aspiraciones e iguales destinos y viven para un futuro que dará la fórmula de unificación continental.

Tenemos el deber de sanear las Patrias locales para efectuar el conglomerado de pueblos que formarán la América vasta y grande.

Los regímenes autoritarios e impuestos por la fuerza, conducen a la desintegración y llevan ya en sí un germen de oposición y distanciamiento.

Nos queda la cultura y la libertad que, por encima de las fronteras, harán realidad la ilusión de hoy: América enarbolando la bandera de la civilización humana en un estrechamiento máximo y vital.

Santiago de Chile, 1º de diciembre de 1924.

AGUSTÍN CASTELBLANCO P., EMILIO COURBET, Directores de *Rodó*.

CUBA CONTEMPORÁNEA, que cuenta en el número de sus colaboradores a uno de los firmantes del preinserto documento, se complace en contribuir a su mayor divulgación, y espera que el alto ejemplo, patriótico y cívico, que han dado los ilustres Directores de *Rodó*, habrá de encontrar eco y repercusión en todos los

pueblos que actualmente gimen bajo el militarismo y la dictadura; y brinda sus páginas, "abiertas a todas las orientaciones del espíritu moderno" según reza su programa, a los intelectuales españoles residentes en España, para que, con igual valentía, serenidad de criterio y espíritu de sacrificio, levanten su voz y den a conocer en todo el orbe la verdadera situación de su patria, actualmente sometida a un régimen militar que, so pretexto de una regeneración nacional apenas insinuada en sus resoluciones, ha suspendido el orden constitucional y la vida política en nuestra ex Metrópoli, para concentrar todas sus actividades en el cada vez más pavoroso e insoluble problema de Marruecos, que absorbe y consume casi por completo las fuerzas vitales y económicas del infortunado pueblo hispano.

IMPORTANTE CERTAMEN SOBRE HISTORIA DE CUBA

Nuestra Academia de la Historia, que preside en la actualidad el ilustre Dr. Enrique José Varona y de la cual es Secretario el Dr. Juan Miguel Dihigo, ha abierto un nuevo concurso sobre Historia de Cuba con arreglo a las siguientes bases:

1º El tema de este certamen es: *Historia documentada de la villa de San Cristóbal de La Habana desde el año 1647—gobierno de Diego de Villalba y Toledo—hasta el año 1717, fin del gobierno de Vicente de Raja.*

2º Las obras se presentarán escritas a máquina, deberán estar redactadas en castellano, y serán originales e inéditas. No se fija extensión determinada, sino que se deja ésta a juicio de los concursantes.

3º Cada autor marcará su obra con un lema y la acompañará de un sobre cerrado y lacrado, que contendrá su nombre y dirección, y que tendrá escrito por fuera el lema y primer renglón de la obra.

4º Las obras serán entregadas, o enviadas por correo, en paquete certificado, al Secretario de la Academia, Cuba 24, quien en cada caso otorgará recibo, haciendo constar en el mismo el sobre-escrito del sobre cerrado y lacrado.

5º El plazo para la presentación de obras vencerá a las 12 m. del día 1º de agosto de 1926.

6ª No se admitirá obra alguna a la cual se acompañe oficio, carta o papel de cualquier clase por el que pudiera averiguarse el nombre del autor.

7ª No se devolverá ninguna de las obras que se presenten: todas ellas se conservarán en el archivo de la Academia.

8ª Las personas que concurran a este certamen se conducirán con la discreción necesaria para que no se sepa, antes de conocerse el laudo de la Academia, cuáles son las obras presentadas por ellas. Si por indiscreción de un autor se supiera su nombre, quedará fuera del concurso.

9ª Se discernirán un premio y un accésit. El premio consistirá en un diploma, trescientos pesos en moneda oficial y cien ejemplares de la edición que la Academia haga de la obra premiada; y el accésit consistirá en un diploma y en cien ejemplares de la edición que la Academia imprima de la obra que merezca esta recompensa.

10ª El mérito relativo de las obras que se presenten no les dará derecho al premio ni al accésit; para alcanzarlos han de tener, por su fondo y por su forma, valor que de semejantes recompensas las haga dignas en concepto de la Academia.

11ª Las obras que resulten premiadas se publicarán por la Academia, a sus expensas, en ediciones de seiscientos ejemplares cada una, y estas ediciones serán propiedad de la Academia. La propiedad de estas obras pasará a sus autores a los seis meses de haber sido publicadas por la Academia, no pudiendo mientras tanto imprimirlas ellos.

12ª Si a juicio de la Academia hubiere, además de las obras premiadas, otra u otras que merecieren los honores de la publicación, se hará ésta por el orden y forma que se acuerde.

13ª La Academia en pleno acordará la adjudicación del premio y del accésit, y en la sesión solemne y pública que se efectuará el día 10 de octubre de 1926, se abrirán los sobres correspondientes a las obras agraciadas, incluso la premiada en la forma que indica la base 12ª, se darán a conocer los nombres de los autores respectivos y se entregarán a éstos las recompensas, en los casos que procedan, según la base 11ª. Los sobres que contengan los nombres de los trabajos no premiados, se destruirán en el acto.

14ª Después de entregadas las recompensas, los autores de las obras no premiadas adquirirán la propiedad de las mismas.

15ª A este certamen podrán concurrir cuantas personas lo deseen ya sean ciudadanos cubanos o extranjeros, residan o no en el territorio de la República, con la única excepción de los individuos de número de esta Academia y sus empleados subalternos, a quienes el Re-

glamento prohíbe tomar parte, como aspirantes a premios, en los concursos que la misma celebre.

CUBA CONTEMPORÁNEA inserta gustosamente en sus páginas las bases de este importante certamen, y espera que a él concurren, prestándole la atención que el asunto merece, cuantos en Cuba se dedican a los estudios históricos.

Cuba Contemporánea

AÑO XIII

Tomo XXXVII. La Habana, febrero 1925. Núm. 146.

GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA: SU VIDA Y SU OBRA

(CONFERENCIA LEÍDA EN LA SORBONA, POR LA SEÑORA EMILIA BERNAL, EL DÍA 12 DE DICIEMBRE DE 1923, BAJO LOS AUSPICIOS DE LA SOCIEDAD PARA LA PROPAGACIÓN DE LENGUAS EXTRANJERAS.)

Señoras y señores:



A mujer sin paralelo literario en los tiempos contemporáneos, Gertrudis Gómez de Avellaneda, nació en Cuba, en la ciudad de Camagüey, el 25 de marzo de 1814.

La predestinación de su vida se anuncia desde los inicios de ella. No culmina su niñez en hechos extraordinarios como aquel de Teresa de Cepeda y Ahumada, que se escapa del hogar paterno, camino de Jerusalén, a buscar el martirio; pero en toda su actitud espiritual se asoma una tendencia *sui géneris*, que en constante progreso se afirma, hasta la consolidación de su genio extraordinario, enfermo de megalomanía.

Es fama que la región camagüeyana produce entes como bloques de acero, cuadrados, macizos, cuyos edros escasos e irregulares son como ideas absolutas; tan concisas y expresas, tan intensas y contumaces, cual corresponde a la sencillez prístina de su forma.

Esa es la Avellaneda. Los que no la entienden es porque no conocen su tierra. Allí el que sale bloque, encarna con toda

virilidad su aspecto. No hay complacencias ni contaminaciones en el ciego espíritu de un genio. A ella le señaló Dios la cumbre del arte, y allá se fué derecho sin vacilación. Ella no era ella; sino el instrumento en que se manifestó la manera de ser de su pueblo: el medio puro, la herencia sociológica, el ímpetu, que animó hasta el más leve soplo de su aliento.

Era su padre un militar español, hijo de Andalucía, que fué destinado, en quehaceres de su oficio, al Camagüey, allá por el año de 1809. Su madre, una criolla del más puro abolengo: Don Manuel Gómez de Avellaneda y Doña Francisca Arteaga y de Agüero.

La Avellaneda, rica por nacimiento y criada en aquel ambiente, en que, junto a las más preciadas costumbres domésticas se adquiere una noción, vaga en detalles; pero profunda en síntesis de la alta misión de la vida, con su naturaleza, mezcla de dos sangres fuertes, la española y la cubana, consolidó la alta dirección de sus principios.

Ella se enorgullecía, desde que tuvo uso de razón, de las altas prendas morales de su padre y de la nobiliaria alcurnia materna, y era bastante perspicaz para sentirse superior al común de las gentes, entre cuya sociedad no encontraba aliciente bastante para considerarse feliz.

De aquí viene inmediatamente la disociación entre lo consuetudinario y lo selecto: ella se distingue por sus aficiones peculiares y su aislamiento, a que el disgusto la obliga, y una especie de aureola de *superhombre* que la hace pesante y reversa.

Se aficiona a los libros, pues que el alma, a veces, huye de estar sola. Devoraba a la luz de la vela románticas historias y libros de caballería, y fraguaba para su encanto no se qué raras composiciones de héroes con los caracteres de los protagonistas de las obras que leía.

En la soledad infantil que se creara, sólo tiene por amigas a las Carmona: pequeñas extranjeras que vivían en su vecindario.

La adversidad pronto vino a herirla. A los nueve años de edad sufre con la prematura muerte de su padre el primero de sus más intensos dolores.

La madre, joven, respetada y rica, encuentra muy pronto un

nuevo compañero en el también militar español Don Gaspar Escalada, con quien contrajo nupcias, apenas muerto su primer esposo.

Los años pasaron, y ya eran los diez y siete en que Gertrudis fué una señorita.

Era tal el prurito de raza en aquella legendaria y orgullosa villa, que, por miedo a la innobleza del extranjero y a mezclar con sangre espuria la sangre de la familia, contrataban desde la más tierna infancia de los allegados, matrimonios entre ellos, y así, fué un proyecto halagüeño el casarla con un primo.

Gertrudis tenía algo de María Stuardo: eso que se llama *un gran corazón*, que puede querer a un tiempo mismo a Darnley y a Rizzio. Ella se sentía halagada a las próximas bodas con el pariente rico, guapo y bien nacido, y con la amistad o amor platónico de un joven Loynaz, al que consideraba como el Romeo tardíamente encontrado. (Romeo, porque los Arteaga y los Loynaz hacía largos años que estaban divididos por un odio de abuelengo.)

Mas, las cosas aclarándose, resultó que el noviazgo con el primo vino a menos, y que, al fin, el compromiso fué roto. Entre tanto, la pequeña Carmona, la única amiga de la infancia, le llevaba a Loynaz entre sus hechizos...

Y sin el uno y sin el otro, de lo cual no guardaba sentimiento porque a ninguno de los dos pudo ser constante su turbulento espíritu, ambicioso de Amadises, a lo que, ni remotamente ellos se acercaban, conservó un recuerdo amargo de los disgustos familiares que le acarreó, con el primero, la ruptura de bodas, y con el segundo, la conducta de la amiga...

La Avellaneda entonces empieza a elucubrar sobre la manera de partir de aquella patria que no creía suya, porque no le era propicia.

Su padre, cuando le sorprendió la muerte, tenía el propósito de trasplantarse con su familia a Andalucía, temeroso de que las aspiraciones políticas de los pueblos americanos dieran al traste, con la nacionalidad española, al orden de cosas sociales.

La independencia de los pueblos de Sur América, la pérdida de Santo Domingo, las hazañas de Tousaint Louverture, hicieron temer al padre por el porvenir de los suyos, si seguían perma-

neciendo en Cuba. Así, al morir advirtió seriamente a su esposa la necesidad de llevar al Viejo Mundo la tienda hogarina.

Las segundas nupcias de la Señora Arteaga y los tempranos años de la hija, durmieron este deseo último del padre; mas, cuando a ella le aguijoneó el dolor de su tierra, vino a su recuerdo, como una liberación, realizar el anhelo del padre extinto.

Disgustos familiares de Escalada con el venerable abuelo de Gertrudis, hicieron que el militar astuto pensara también en separar al padre de la hija. Y en este solo punto coincidieron ambos, laborando por decidir a la fornida camagüeyana a dejar el viejo solar de sus antepasados, y al fin lo consiguieron.

Entonces *Tula* Avellaneda, como familiarmente se la llamaba, tenía veintidós abríles y ya pudo exclamar al abandono de las costas de su isla milagrosa...

¡Perla del mar! ¡Estrella de Occidente!
¡Hermosa Cuba! Tu brillante cielo
La noche cubre con su opaco velo,
Como cubre el dolor mi triste frente.

¡Voy a partir! La chusma diligente
para arrancarme del nativo suelo
Las velas iza, y pronta a su desvelo
La brisa acude de tu zona ardiente.

¡Adiós, patria feliz, edén querido!
Doquiera el hado con furor me impela
Tu dulce nombre halagará mi oído!

¡Adiós!... Ya cruje la turgente vela...
El ancla se alza... El buque estremecido
las olas corta y silencioso vuela!...

Más que este soneto, tan motejado por los cubanos que dicen: "Gertrudis Gómez de Avellaneda, al abandonar su patria, no tuvo para ella más ternura que la encerrada en un soneto descriptivo", expresa un párrafo de la biografía íntima escrita por ella para Don Ignacio de Cepeda y Alcalde, en que, aludiendo a la despedida de su país, exclama:

¡Perdone usted! ¡mis lágrimas manchan este papel! no puedo re-

cordar sin emoción aquella noche memorable en que vi por última vez la tierra de Cuba.

De un salto sobre el mar, la encontramos ahora en tierra de Burdeos, desde donde se trasladó a Galicia, lugar nativo de su padraastro.

Cosa que va muy en contra de la hidalguía española, resultó desde el arribo. Ella cuenta:

Mi padraastro se había manejado bien con nosotros hasta entonces: entonces se desenmascaró. Estaba en su país y con su familia, nosotros lo habíamos abandonado todo. Su alma mezquina abusó de esas ventajas.

La aristocrática criolla caía mal en la familia gallega. *La doctora* la llamaban, así como en su pueblo de origen la apellidaron *La filósofa*. Su manera de hablar naturalmente pulida, y sus ideas originales le granjeaban en ambos mundos el interdicto de la gente, que cuando menos, la calificaba de *rara*, y por lo común de *sospechosa*... Ella era un candidato de manicomio...

Las penas familiares rompieron el hogar. El hermano paterno emigró. Su corazón fué empeñado en el afecto de un joven y distinguido militar español de apellido Ricafort.

Mas, su carácter inconstante, su positivo horror al matrimonio, viendo el desconcierto de su casa, y algo de natural orgullo que le impedía contraer nupcias sin contar con hacienda, pues que la suya, administrada por su padraastro, no ofrecía pingües rentas, la decidió, primero, a aplazar la boda, y luego, a romper su compromiso, de una manera poco gentil, por cierto: se ausentó de Galicia y no hizo saber nunca más noticias suyas al enamorado Ricafort.

Deseosa de paz emprendió un viaje por Andalucía, acompañada de su único hermano paterno Don Manuel Gómez de Avellaneda, deteniéndose, antes, algunos meses en Lisboa. Iba deseosa de conocer a la familia de su padre domiciliada en Sevilla, de la que tantas ilusiones se hacía.

En Sevilla le aguardaban nuevos desengaños, así como sus primeros triunfos literarios.

El hermano no fué con ellas todo lo cordial que correspondía a su situación de abandonada a él como único pariente; su familia de Avellaneda no estaba a la altura del concepto halagüeño que de ella se había formado.

Los amores pasajeros a que se entregó sucesivamente, como pasatiempo y desquite de sus inquietudes morales, sólo lograron acarrearle nuevos y más fuertes disgustos.

Entre tanto su fama de extravagante y voluble se afianzaba. A estas alturas conoció al sin par caballero andaluz, del cual enamorada hizo una especie de semidiós y el que escudado en un temperamento asaz tozudo y displicente hacia todo, y en particular hacia ella, fué, sin duda, el sér que más ascendiente ejerció sobre su cabeza alumbrada de fantasmagorías.

Y digo su cabeza alumbrada de fantasmagorías, porque pienso que los amores de la Avellaneda con el famoso caballero andaluz, no fueron tales amores, lozanos, ingenuos, románticos, abandonados a sí mismos y saturándose de ese no sé qué de vital y espontánea dulcedumbre; sino que en ellos sólo entró el intelectual acaloramiento de una mujer cuyo cerebro era capaz de concebir todas las grandezas y que las anhelaba alcanzar; de un espíritu complejo por idiosincrasia y por la fuerza de los veinticinco años a que había llegado. Que en ellos no puso nada su corazón, donde el sentimiento había sido anulado por el predominio intelectual. Intelectualidad que mezclada un poco, como yo pienso, o un mucho, como otros quieren con el instinto sexual, dió a estas relaciones los caracteres de una pasión, que se acrecentaba más, cuanto más él se mantenía remiso y alejado de ella.

Ciega, se obstinó en que fuese un sér superior el hombre que creía amar. El único capaz de comprenderla y estimarla, por la gran superioridad que le atribuía.

Atribuyó esta superioridad a las características de hermetismo y contumacia en sus propósitos de aislamiento social, y de ella muy especialmente, lo que, acaso era sólo el resultado de una inferioridad: la apatía, y el miedo de absorción que ella, con su espíritu más completo que el suyo le causaba. De este error surgió el empeño en que dejó su alma desgarrada y por vez única vencida.

No hubo, pues, en estas relaciones más que la lucha de dos espíritus igualmente tercos, en la cual, el que además de ser terco era poderosamente cauto, fué el vencedor.

Adiós, querido mío: sacuda usted esa melancolía que me aflige. Créame usted, para ser dichoso modere la elevación de su alma y procure nivelar su existencia a la sociedad en que debe vivir—decía ella...

Este párrafo que sentimos tanto más inocente cuanto más presume de profundo saber mundanal, arranca una sonrisa entre compasiva y burlona... La conformidad, que ella no percata, entre la conducta del caballero y la admonición, es de un efecto al par que cómico, desgarrador. Aconseja *morigerar efectos nobles de alma* a quien se porta con ella como un zorro, y *adaptación a la vida*, a quien sabe sortearla con tanta habilidad. ¡Pobre ilusa que se empeña en ver en los otros lo que sólo está en ella misma!

Pero volvamos a sus éxitos artísticos. Durante una corta permanencia en Cádiz había publicado en un periódico de la ciudad algunas poesías líricas, bajo el seudónimo de *La Peregrina*. Domiciliada en Sevilla continuó produciendo obras literarias de diversos géneros, en los cuales ya venía iniciándose desde su permanencia en Cuba.

Antes, en Lisboa, comenzó a escribir como ella cuenta, sólo "por distraer momentos de ocio y melancolía," su novela *Sab*, de asunto cubano, que terminó en Sevilla y que luego publicó en Madrid.

En Sevilla también escribió su drama titulado *Leoncia*, que fué representado con éxito en Cádiz, Málaga y Granada.

No fueron éstas, como muchos autores repiten, su primer novela y obra teatral, pues que, casi en la niñez, al mismo tiempo que escribía versos líricos, compuso una novela que tituló *El gigante de cien cabezas*, y mucho más tarde el drama *Hernán Cortés*.

Pero ni las unas ni los otros fueron nunca considerados seriamente por la Avellaneda, que los excluyó de sus obras completas, llevando a más su rigor con el drama *Leoncia*, que nunca llegó a imprimirse.

Estos eran los triunfos que le guardaba su tierra de Andalucía, tan completos y satisfactorios cuanto agobiadores eran sus fracasos íntimos.

A fines del año 1840 se trasladó a Madrid, donde fué definitivamente consagrada como poetisa lírica en las veladas del Liceo Literario de los Duques de Villahermosa, donde conoció, entre otros grandes literatos, a Alberto Lista, a Manuel J. Quintana, a Nicomedes Pastor Díaz y a Juan Nicasio Gallego, el que fué su consejero artístico y quien prologó su primer libro de versos.

Pareció consagrarse de 1841 a 1842, especialmente a la escritura de novelas, pues entonces produjo casi todas las de su colección: *Dos Mujeres*, *Espatolino*, *Guatimozin* y *La Baronesa de Youx*.

Del año 1844 al 1849, un desfile de obras teatrales, unas verdaderamente notables, obras maestras otras, cruzaron por los teatros españoles como su más alta producción intelectual: la tragedia clásica *Alfonso Munio*, en 1844, e inmediatamente después la tragedia bíblica *Saúl*, *El Príncipe de Viana* y *Egilona*, en 1845 y *Baltasar*, en 1849.

Durante ese tiempo, en 1846, contrajo nupcias a los treinta y tres años de edad, con el valenciano Don Pedro Sabater, hombre de alta representación social y política, cuyo talento y superioridad moral eran proverbiales.

La Avellaneda vió turbados sus cortos meses de matrimonio por desconsoladoras penas, pues afectado el esposo de enfermedad ruda fué decayendo día por día, hasta morir cuando apenas contaba un año de realizada la boda.

Durante este tiempo abandonó por completo sus aficiones artísticas y a la muerte de aquél se retiró por algún tiempo al convento de Nuestra Señora de Loreto, en Burdeos.

Vuelta de nuevo al mundo se obstinó en un largo silencio, hasta que roto éste produjo nuevas obras, si bien menos brillantes que las de su primera época, más equilibradas, más castizas en lenguaje, más acabadas en prendas de detalle y corrección: *Los Oráculos de Talía*, *La Hija de las Flores*, *Recaredo*, *Tres Amores*, *La verdad vence apariencias*, *La Hija del Rey René*, *El Millonario* y *la maleta*...

En 1853 contrajo segundas nupcias con el coronel de artillería y diputado a Cortes, Don Domingo Verdugo. La boda, que fué apadrinada por los reyes de España, auguraba todo género de felicidades; mas, no fué así desgraciadamente.

Su esposo, del partido liberal, al dirigirse al Congreso un día de abril de 1858, fué herido gravemente.

Salvado de la muerte; pero maltrecho, emprendió en unión de su esposa un viaje por Europa en busca de salud.

Sólo produjo entonces la Avellaneda, algunas leyendas, como *La ondina del lago azul*, *La velada del helecho*, año de 1858, y algunas otras.

En el año de 1859, los reyes enviaron al coronel Verdugo a Cuba, en compañía del general Don Emilio Serrano, con la esperanza de que en esa tierra del trópico encontraran alivio sus dolencias físicas.

La Habana recibió a la poetisa con grandes honores, siendo coronada en el teatro de Tacón, después de haberse representado su obra *La Hija del Rey René*, acto que fué presidido por el excelentísimo señor Duque de la Torre, Capitán General de la Isla de Cuba.

Su pueblo, el de Camagüey, le otorgó igual honor, siendo ésta la tercera vez que su gloria literaria llegó a tanta exaltación, pues ya antes, en su primera juventud, el infante Don Francisco de Borbón la había coronado, en el Liceo Artístico de Madrid, el año de 1845, cuando, en un certamen celebrado por el mismo, obtuvo el primer premio y el *accesit* para dos odas suyas, la primera firmada con su nombre y la segunda con el de su hermano materno Felipe Escalada.

No restablecido su esposo, anduvo de pueblo en pueblo buscando mejoría, y al fin, murió en Pinar del Río, dejando a la Avellaneda en nueva viudedad, el año de 1863.

En Cuba, año de 1861, escribió ella sus últimas novelas: *El artista barquero* y *Dolores*; fundó una revista literaria, *El álbum de lo bueno y de lo bello*, que vivió muy corto tiempo, y compuso algunas poesías líricas, ya un tanto decadentes.

En 1864, partió, de nuevo, a España. Pasó por los Estados Unidos de Norte América, donde visitó el Niágara, produciendo

la oda que lleva ese nombre, la cual sólo es digna de mención por llevar su firma.

Después de una corta residencia en Madrid pasó a Francia y luego a Sevilla.

Inquieta y torturada por el pasado de su turbulenta vida y llena del temor de la eternidad, andaba de pueblo en pueblo sin hallar reposo ni consuelo en parte alguna.

Volvió, pues, a Madrid, y atormentada siempre, buscando alivio en la religión, padece devaneos místicos. Entonces consagra sus cantos a Dios y publica en 1866 su *Devocionario poético*.

Su último drama, *Catilina*, famosa traducción, es tan abstruso que no pudo ser llevado a la escena.

Así murió, en época turbulenta de revoluciones civiles en España, el 12 de febrero de 1873.

Cuando todos sus amigos de arte y de gloria andaban desperdigados, un camagüeyano, en nombre de su tierra natal, vino a envolverle la mortaja: Don José Ramón Betancourt.

*

La obra de la Avellaneda; amplia y variada, se puede clasificar en cuatro géneros: cuentos legendarios, novela, teatro y poesía lírica.

En cuanto a los primeros, son profusos y de todos sus tiempos, pues fueron éstos de sus primeras producciones, y a través de la serie de sus ruidosos triunfos continuó dedicando los ratos de vagar a componerlos, hasta escribirlos tardíamente.

En realidad, la Avellaneda trató soberanamente bien el cuento legendario. Su característica literaria, lo maravilloso, era la nota que mejor daba el espíritu de la máxima escritora. El romanticismo había puesto de moda esa clase de producciones donde el principal personaje era el azar, y lo fortuito el agente que resolvía todas las situaciones. Teniendo la Avellaneda una poderosa imaginación, sólo comparable, en el poderío, a su ceguera de realismo, halló en la leyenda amplio campo donde desarrollar sus facultades.

Todo el volumen V de sus Obras Completas lo constituyen estos cuentos amenos: *La ondina del lago azul*, *La bella toda*, *La*

montaña maldita, *El aura blanca*, de asunto netamente camagüeyano, *Una escena de la vida de Cortés*, excluido de sus Obras Completas, *La baronesa de Youx*, *La velada del helecho*...

El calificativo de amenas, antes aplicado, es el que mejor les cuadra. El lenguaje castizo, propio, sonoro, artístico; la riqueza de imaginación, que trasciende en colorido, brío en la expresión y artificio, llevan al lector divertidamente, desde la lectura de las primeras líneas de cada uno, hasta los finales sorprendentes. Asombra lo bien que sabe la escritora enredar y desenredar los elementos, con lo que se auxilió poderosamente, no sólo en las leyendas, sino en las novelas y en el teatro, para conquistar gran parte de sus éxitos.

La novela, obra de más largo aliento que la leyenda, sólo por su extensión merece el nombre de tal, pues, en realidad no son sino leyendas alargadas y ensanchadas hasta dar un abundante contenido; mas, de fondo, continúan siendo tan falsas y descabelladas, tan simples e ingenuas, que hasta en sus puntos culminantes arrancan sonrisas, lejos de conseguir su objeto de conquistar el terror o la piedad, por la contradicción entre lo que debiera realmente resultar del desenvolvimiento de las acciones, y lo que ella saca; o por la desproporción entre las causas y los efectos, entre el continente y el contenido, entre la forma exigua y el fondo hinchado hasta reventar, lo que los da una apariencia de parodias, sin que lleguen a ser humorísticas o divinamente líricas.

Mas, no puede negárseles el dictado de artísticas; aunque muchas veces degeneren en artificiosas.

El gusto de Walter Scott, que tanto daño hizo al realismo español, pasado a nuestra literatura, de la francesa, por traducciones hechas de este autor, o por las obras de Hugo y de Dumas, fué el que la inspiró desde sus primeros tanteos en el género: *Sab*.

Sus empolvadas leyendas y anécdotas históricas, sacadas a relucir en cuentos y novelas; sus caracteres, entidades abstractas; sus tipos, que no son tipos humanos ni filosóficos; sino entes extraordinarios, a veces, y casi siempre entecos y flojos, como todo lo que se sustenta fuera de la realidad; su método de exposición; su forma, donde lo exterior es el más bello galardón, donde la

figura retórica y la palabra brillante, quieren encubrir lo vacío de la tesis, son los del novelista escocés.

Hoy, que la novela ha alcanzado un desarrollo eminentemente psicológico y realista, que se estudia la vida en la vida misma, compleja y sintética, del individuo social, la novela de la Avellaneda no satisface, *sin que sea lo bastante antigua para que guste por su sabor arcaico*, como muy bien apunta Don Marcelino Menéndez y Pelayo en su *Historia de la Poesía Hispanoamericana*.

Además, el gran brillo con que lució la Avellaneda en la lírica y en el teatro quitó esplendor a su novela, y si a eso se añade que este género fué el que ella cultivó con menos esmero, que sólo tomaba como pasatiempo, y donde ella misma reconocía su inferioridad, si se comparaba con Jorge Sand, a quien alguna vez quiso imitar, no obstante la originalidad de su temperamento creador, e inferior a la misma Fernán Caballero; a pesar de su defecto tan grande de sermonear, se explicará perfectamente el desequilibrio que existe entre ésta y las demás partes de su obra.

No pasan de seis las novelas que escribió y de tres las que legó a la posteridad. *Sab*, *Guatimozín* y *Dos mujeres*, las expurgó de sus Obras Completas. *El artista barquero*, *Espatolino* y *Dolores*, constituyen el tomo IV de las mismas.

De ellas, *Sab* es un frío cuadro de costumbres. Frío, porque le falta en absoluto el color local, que ella pretende imprimirle, sólo con el vocabulario, pues emplea frecuentemente *cubanismos*. De ambiente falso, desfigurado por su fantasía. Y de acción inverosímil. No obstante, es, acaso, lo mejor de todo. Gallego dijo de esta novela: "Son los primeros pasos de un gigante."

Si la Avellaneda hubiese perseverado en este género de costumbres, tratando de contrabalancear su temperamento fantástico con el sentido crítico, y sus débiles facultades de observación con el estudio de los medios, su novela hubiera sido un anticipo al realismo contemporáneo y hoy tendría el mérito de precursora; mas, lejos de anticiparse, en todo fué un retrasado.

Si esta mujer, con su grandeza temperamental, hubiera sido un rebelde, ¡cuánto de nuevo y bueno hubiera traído al mundo con su labor intelectual! Mas, no fué así; ortodoxa consumada, esclava de prejuicios sociales, dominó siempre los poderosos mo-

dos de su espíritu, y empequeñecida, no da más que lo que da su tiempo; pero lo da con fuerza y empuje tal que sobrepasa en concepción a todos los que encarnan su siglo.

Su obra dramática es otra cosa...

Hay que echar una ojeada al tiempo en que Gertrudis Gómez de Avellaneda arribó a Madrid en 1840.

Era la época en que España se inflamaba en delirios de libertad romántica. De libertad en todos los órdenes, artística, civil, política... El momento en que los emigrantes españoles de gran cultura, al volver a su país, trajeron el movimiento de la nueva escuela exótica.

Larra, hijo de un médico español que el napoleonismo llevó a Francia, al regresar a su patria de origen, inicia el romanticismo con sus artículos de costumbres y de crítica de arte. Él que se había empapado allende los Pirineos, en la nueva escuela, la trasplanta a su país con la prosa y constituye en éste, por entonces, la sólo manifestación de este género.

Martínez de la Rosa, que hallándose desterrado en Francia, había escrito originariamente en francés *La Conjuración de Venecia*, y la había hecho representar en París, en 1829, de regreso a Madrid la tradujo y la hizo representar en castellano en 1834.

Larra, crítico de teatro, formuló elogios hiperbólicos de la obra, dictados por un sincero entusiasmo. Para explicarse este calor de Larra, basta sólo pensar que España en el siglo XIX se liga al XVII y XVIII por medio de las nuevas ideas artísticas. Lo que hubo en España de clásico en lo anterior al siglo XIX fué importado de Francia y ajeno a su espíritu propio.

La escuela romántica tuvo con Lope, Calderón y Tirso de Molina su raigambre nacional en España, así como, con Shakespeare en Inglaterra. Francia tuvo sus Racine y Corneille, en la copia de Grecia. Lo que en Francia era romper con su pasado glorioso, era en España reanudarlo. Larra, al ponerse a tono con las innovaciones teatrales de Martínez de la Rosa y España con aplaudirlas no hicieron más que volver a tomar su camino, tan extraviado por la pésima influencia neoclásica, pues que en virtud de ella, los autores nacionales de abolengo habían caído en el más lamentable olvido y menosprecio.

Esta francofilia tenía amordazada la producción escénica española. No había alientos para crear en los autores contemporáneos. Sus producciones originales se cotizaban a tan bajo precio, que se pagaba por una pieza inédita lo mismo que por una traducida. Así se explica que Ventura de la Vega, antes de producir su mejor obra original, *El hombre de mundo*, hubiera traducido *setenta* piezas del teatro francés.

Y la acción de Larra no se quedó sólo en el caluroso aplauso; sino que inmediatamente después del estreno de *La conjuración de Venecia*, en octubre de 1834, pone en escena su *Macías*, en cuatro actos, donde el verso y los asuntos nacionales vuelven a las tablas.

Después de estas representaciones, de 1834 a 1836, se suceden los éxitos románticos en el teatro español: Angel Saavedra, Duque de Riva, lanza *Don Alvaro*; Antonio García Gutiérrez, *El Trovador*, y por último, Hartzenbuch, en 1837, empata la tradicional escuela al presente aquel, con el asunto que Lope de Vega, Calderón, Rey de Artieda, Tirso de Molina y Montalván habían tan brillantemente tratado en las distintas hechuras de *Los Amantes de Teruel*.

En este estado las cosas, se presenta la Avellaneda con *Alfonso Munio*, declarando su intento de probar "que la Edad Media, tan desdeñada por los clásicos, ofrece tipos tan propios para la tragedia, como la edad de los griegos y romanos, desmintiendo la vulgar opinión de que ésta había caído para no levantarse."

Alfonso Munio marca su primer éxito serio en el teatro y de todos modos su consagración en Madrid como dramaturgo excelso. Triunfo que tenía tanto más mérito cuanto que la obra con que lo conquistó contradecía, en la forma, las ideas en boga resucitando la tragedia.

Esta obra, escrita en varios días, con todos sus defectos orgánicos, así y todo más meritoria que después de su calamitosa refundición, fué un folpe de genio.

Esto es lo que casi siempre hace en literatura un español o un hispanoamericano. Nunca sus aciertos son debidos a madurez del pensar o labor virtuosa. Salen frescos y briosos de la im-

pemeditación y del sentimiento. Altísima cualidad que personaliza su carácter distinguiéndolo del germano, reflexivo, del francés, cincelador, del inglés, equilibrado... Un español, si crea, hace una obra de genio o un mamarracho. Los otros fabrican agradables medianías, salvo excepciones.

Tal como Fernando de Rojas escribió *La Celestina* en quince días de vacaciones, Gertrudis Gómez de Avellaneda salió con *Alfonso Munio* en ocho días. Cosa que después no fué muy rara en ella, pues más tarde pudo vanagloriarse alguna vez con la frase de Lope de Vega, hablando de sus piezas escénicas:

En horas veinticuatro
Pasaron de mi mente hasta el teatro.

Que el asunto era poco para cuatro actos y que por esto se ofrece demasiado diluído en ellos; que tenía incongruencias; escenas violentas, que la unidad no estaba bien consolidada... Digan lo que quieran los críticos, lo cierto es que, por lo menos, si no creó, dió su propia consistencia y descomunal brío, con todas las características de raza y de época, al décimo Alcayde de Toledo, conocido en las crónicas con el nombre de Nuño Alfonso, *aquel que se ofendía hasta de los rayos del sol si llegaban a cosas de su honra.*

¿Quién ha expresado mejor la valentía, el fervor religioso, el sentimiento del honor y la lealtad monárquica, cualidades que constituían el alma española de la época de Munio Alfonso, como la Avellaneda en su legendario personaje?...

El valor de aquel, que como el de Vivar, pelea sin descanso, noche y día, en ausencia de su feudo y sus amores, contra los enemigos de su patria; el fervor religioso, manteniendo contumaz lucha contra los infieles; el sentimiento del honor exagerado y violento, tal cual se albergaba en aquellas almas de diamante y hierro, que llega al parricidio, antes que consentir su desdoro; la lealtad monárquica, que deja vivo al rey, porque es su rey quien lo deshonor, y no duda sacrificar a su hija...

¿Dónde ha sido expresada más sobria y brutalmente esta lucha entre el vasallo y el señor; el vasallo que ve en la majestad la representación de Dios, ante el cual depone todo, hasta lo

único, lo que constituye su patrimonio, en absoluto inalienable: su honor?...

Ni en García del Castañar ni en Sancho Ortiz de la Roelas, ni en nada de lo que hasta ahora tengo leído como símil a Alfonso Munio, el conflicto llega a tan alto punto dramático, ni es la concepción de estos sentimientos tan cabal, como en la obra de la Avellaneda.

Y sin teatralería, sin falsos recursos escénicos, sin alardes de lenguaje, sin gritos, sin muecas... Todo, por efecto de la grandiosidad misma de la acción y del sujeto.

La Avellaneda creó una obra nacional, tan grande y completa como *El alcalde de Zalamea*, y sin embargo, a la Avellaneda no se la ha hecho, por ello, justicia. Acaso sea por el prejuicio español contra la literatura femenina.

En vida, ella debió ocupar el puesto que dejó en la Academia, al morir, su amigo y primer director artístico, Juan Nicasio Gallego. Lo solicitó en 1860, y ésta, sentó, como cuestión previa, *que no admitiría nunca mujeres en su seno*.

Medio siglo hace que ha muerto la ilustre escritora y nada se hace en su memoria, ni un busto ni una rima, ni su nombre escrito con letras de oro en un telón de teatro. Acaso permanezca desconocida su obra hasta de los literatos, si se exceptúan los eruditos y los compiladores nacionales.

Mas, volvamos a *Alfonso Munio*. Yo veo en esto de que esa tragedia le saliese a la Avellaneda tan cabal, una cuestión íntima. La piedra angular del espíritu de esta mujer era el orgullo. Un orgullo sin límites; pero noble y audaz, que la transportaba de la realidad a lo incommensurable, en ideología.

Una vez halló, trasteando en la biblioteca de su hermano paterno, un manuscrito que decía:

Testamento de Munio Alfonso... en el nombre de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, etc... Yo, Munio Alfonso, Alcayde de Toledo, temiéndome de la muerte que a todo sér sobreviene, hago mi testamento y declaro mi última voluntad, etc...

Continúa leyendo, que:

Después de ofrecer su alma a Dios, dispone el lugar de su en-

terramiento con *la su bandera y seña*, y ordena sufragios por Alfonso VI, por su propia alma, por la de su mujer y antepasados, y manda a decir doscientas misas por la desdichada de mi hija Fronilde, que yo maté...

Y cuando la Avellaneda llega aquí, el alma se le azora y se le exalta, y continúa, no ya leyendo, sino devorando el manuscrito con todas sus potencias y sentidos... Y cuando da con que Munio Alfonso era *un su antepasado*... Ya no respira... vértigo ancestral la prende... y ya no es dueña sino de escribir la historia del inmortal parricida...

¡Ah! ¡He aquí por qué yo me sentía grande!... ¡Yo presentía en el arder de mi sangre, y en el batallar de mi genio que había héroes descomunales en mi estirpe!... Y Alfonso Munio es ella misma... Lo siente. Palpita con su sangre, se para con sus huesos y vibra el acero reivindicador con el mismo coraje con que él lo vibrara cuando atravesó el cuerpo de Fronilde...

He aquí por qué, aunque digan lo que quieran, la Avellaneda no volvió a escribir nada semejante; a pesar de *Saúl* y *Baltasar*, que tanto elogia la crítica.

En suma, de esto trata el soberbio drama: Munio Alfonso está en guerra defendiendo a su Señor. Su hija única, Fronilde, queda en la corte al amparo de la reina de Aragón. Sancho, príncipe heredero y Blanca, princesa de Navarra, deben contraer próximas bodas; pero Sancho y la hija del guerrero se aman apasionadamente.

ACTO I.—Escena II.

FRONILDE. ¡Munio, mi padre

Vencedor vuelve, y conturbada tiemblo,

Pareciéndome oír una amenaza

En cada Víctor que me trae el viento!

De la insana pasión que me devora

Tal es el triste y vergonzoso efecto!

Ella me representa juez terrible,

Al que siempre encontré protector tierno.

Se acercan...

- SANCHO. ¡Con qué gozo,
Bien de mi vida, a saludarte llego,
Mientras aclama multitud ferviente
De tu padre feliz el nombre egregio!
Pero... ¿Qué miro? Pálida... Turbada,
La luz me niegas de tus ojos bellos?
- FRONILDE. ¡Ah, Príncipe!...
- SANCHO. ¿Qué tienes, mi Fronilde?
¡Dílo presto, por Dios! ¿Qué tienes?
- FRONILDE. ¡Miedo!
¡Miedo de que mi padre en mis miradas
Del corazón descubra los secretos!
¡Miedo de que mi falta sepa el hombre
Que siempre ha sido de virtud modelo!
- SANCHO. ¡Tu falta! ¿Qué pronuncias? ¿No eres pura
Como esa luz, Fronilde? ¿Mi respeto
No se iguala a mi amor? ¿No sabes cuánto
Tu honor, tu dicha, a mi existir prefiero?
¿De qué te acusas, pues? ¿De que conoces
De mi pasión fogosa los tormentos
Y tras de larga resistencia, al cabo
Dulce y tierna piedad me das por premio?
- FRONILDE. ¡Ah, no, Príncipe, no! Buscar disculpas
Queréis en vano para mí; primero
Debí morir, que confesar insana
Que era sensible a vuestro amor funesto...

Fronilde, a su vez, es amada por el Conde, que pide su mano al padre de ésta, el día que retorna vencedor, la cual le es concedida a petición de la reina.

ACTO II.—Escena IV.

- SANCHO. Sé solamente
Que con el Conde de casarte tratan,
Y a mi presencia misma, a mis oídos,
Por ello rindes a mi madre gracias.
Sé que esquivando mi dolor, la ruegas
Te permita dejar el regio alcázar...
- FRONILDE. Fuera, señor, delirio, fuera crimen
Pábulo dar a la pasión insana,
Cuando deshecha como el humo miro
La que soñásteis ¡ay! loca esperanza.
Sabe la reina, sí, nuestro secreto;
Mas, sólo piensa en levantar muralla
Que para siempre nos separe,

SANCHO. ¡Cómo!

FRONILDE. Ella un esposo recibir me manda...

También mi padre... ¡Oh Dios! ¿Qué resistencia

Les pudiera oponer, hija y vasalla?

Fuerza es doblar a la coyunda el cuello,

Si con la muerte el cielo no me salva...

El nudo se aprieta al descubrir Blanca la pasión de su amante por la hija de Munio y al negar el Príncipe la mano de Fronilde, al Conde.

Acude a ver a Fronilde el príncipe Sancho, con objeto de explicarle cómo ha resuelto el conflicto, destruyendo las bodas de entrambos y cómo ha conciliado la de ellos dos, cuando su padre, que vuelve, la sorprende en *conversación de amores*, y *celoso hasta de los rayos del sol en tocando a punto de su honra*, no pudiendo lavarla con la sangre real del ofensor, la lava con la suya propia sacrificando a su hija.

Alfonso Munio, sin ningún género de duda, es una obra surgida de lo más hondo de la personal pasión de la Avellaneda. En esa tragedia, la artista vivió y exaltó a toda su raza familiar y vivió y se exaltó ella misma. Los trozos de más calor y brío y arranque poético en ésta, son aquellos en que enaltece la stirpe de Munio Alfonso, y por ende, la suya.

Pone en boca del príncipe, al dirigirse a Fronilde, conceptos que se dirigen a ella. A ella, que en realidad, se había visto ya coronada por manos reales. ¡Qué formidable orgullo este que declara merecerlo todo en reconocimiento de su ilustre ancestro!

ACTO I.—*Escena II.*

FRONILDE. Sí, señor, morir debía,
Y no olvidar en mi delirio ciego
La gran distancia que el destino plugo
Poner entre los dos...

SANCHO. Eso no es cierto.
¡Hija de Munio Alfonso! Si su frente
Sólo se adorna del laurel eterno,
Regias coronas a sus plantas postra,
Y otras sostiene con su invicto acero.
¿Qué Augusta stirpe dedeñar podría
A la del héroe que dilata imperios,
Y abate pueblos de su gloria al soplo?
¿Quién más digna que tú del solio excelso?...

Cuenta la Avellaneda de *Saúl*, parecida historia a la que de *Alfonso Munio*: que no se proponía representarlo. El caso es que ella dudaba de su éxito teatral, por lo aplastante del asunto.

En pezquisa de opinión lo leyó al Liceo de Madrid, el año de 1846, y no fué representado hasta 1849.

Un párrafo que copio del prólogo, prueba, hasta cuánto las entidades suelen desconocerse a sí mismas:

En efecto, el orgullo, que había cerrado las puertas de la gloria a una inteligencia celeste; el orgullo, que había abierto la de los dominios del hombre, a la muerte; el orgullo, era aquel espíritu maligno posesionado del alma de Saúl y ninguna pasión me parece más fuerte, más infausta, más capaz de excitar los efectos de terror y piedad que exige la tragedia.

¡Cómo lamenta ella los resultados de un sentimiento que era el solo inspirador de su genio! ¡Cómo se lamentaba y no se conocía!

Las mejores expresiones de su vida y de su obra las sacó siempre de este orgullo rebelde, porque era ese el sentimiento que la dominaba, porque era en ella congénito, inseparable de su naturaleza, y tanto, que la hace contradictoria muchas veces. Por ejemplo, véase con qué maestría se revela en las escenas siguientes de *Saúl*, al poder de Dios, aun cuando sea para realzarlo luego, ella que era ortodoxa con toda la fe de su época y su raza:

ACTO IV.—*Escena VII.*

- PITONISA. Sólo es una
 La gran cadena de los seres; toca
 Un extremo en la nada, y la otra punta
 Se pierde en lo infinito, y allá sólo
 Se inspira todo el que verdad pronuncia.
 ¿Quién del gran Sér, principio sin principio,
 La voz remeda omnipotente y única,
 O quien a su presencia soberana
 La posesión del porvenir usurpa?
- SAÚL. *Poco me importa ya que el cielo sea,
 O el abismo, quien oiga mi consulta.
 Hay un poder contrario a mi enemigo,
 A él se asocia Saúl...*

(Y no sé por qué teratología la Avellaneda gusta de que los padres maten injustamente a sus hijos, porque Saúl, como Munio, se convierte en el asesino del suyo.)

ACTO IV.—*Escena XIV.*

- DAVID. El enemigo cede y se retira,
Supersticioso al escuchar mi nombre.
- ACHIMELECH. ¡David!...
- ABNER. ¡Qué asombro!
- ACHIMELECH. ¡La infinita
Misericordia alabo!
- SAÚL. ¿No es un sueño?
¡David!
- DAVID. Que espera humilde que el rey diga
Si aún le juzga traidor...
- SAÚL. Mas, quién ha sido
La víctima infeliz? ¿La espada mía
Qué sangre derramó?
- MICOL. ¡Mísero padre!
Has muerto a Jonathás.
- SAÚL. ¡Ah!
- ACHIMELECH. ¡Parricida!
Contra el poder de Dios te rebelaste,
Y el poder infernal ahora te abisma.
- SAÚL. ¡Que el cielo y el infierno juntamente
Vengan a disputarse mis cenizas!...

Esta tragedia, como la anterior, fué un *tour de force* de la Avellaneda, en cuanto a su tendencia. Resucitar temas sagrados en una clase de obras dramáticas demasiado serias y pesadas para el público de entonces, que sólo gustaba de lo espiritualmente aéreo y de lo movido y fugaz en la escena; pero como siempre, su talento y su voluntad triunfaron, aunque nadie siguió el ejemplo.

En 1848 aparece *Baltasar*, cuyo propósito es completamente contrario a su obra primera: armonizar la escuela romántica con la clásica, de la que nadie se acordaba ya. Es decir, implantar en la escena un producto híbrido. Una tragedia pseudoclásica y pseudorromántica. Bien es verdad que el esfuerzo por su misma magnitud y talento con que se hizo brillar, merecía todo elogio;

pero ese no era el gusto del público, que se concretó a aplaudir la obra, y los autores a no imitarla, como pasó con *Saúl*.

Baltasar, no es un personaje byroniano, Sardanápalo disfrazado, como muchos han querido hacer ver; por más que la poetisa frecuentase la obra del lírico inglés, de cuyo *Werner* sacó sin duda, *La verdad vence apariencias*; sino un sujeto de la misma marca que Munio y Saúl. Era el eterno tipo de la Avellaneda. Era ella misma. El atormentado por la rebeldía. Estas rotundas redondillas lo representan tal cual era. Sujeto sin fin en la tierra porque no encuentra, como la autora, nada digno de su alta concepción de la vida:

ACTO II.—*Escena IV.*

Si quieres vencer
Este infinito fastidio
Con el cual en vano lidio
Porque se encarna en mí sér,
¡Muéstrame un bien soberano
Que el alma deba admirar
Y que no puede alcanzar
Con sólo extender la mano!...
¡Dame, no importa a qué precio
Alguna grande pasión
Que llene un gran corazón
Que sólo abriga desprecio!
¡Enciende en él un deseo
De amor... o de odio y venganza;
Pero dame una esperanza
De toda mi fuerza empleo!
Dame un poder que rendir...
Crímenes que cometer,
Venturas que merecer
O tormentos que sufrir!
¡Dame un placer o un pesar
Digno de esta alma infinita
Que su ambición no limita
A sólo ver y gozar!
¡Dame, en fin, cual lo soñó
Mi mente en su afán profundo,
Algo más grande que el mundo,
Algo más grande que yo!

Abunda *Baltasar* en rasgos de profunda intuición, que sorprenden en un espíritu tan formalmente exterior como el de la Avellaneda, tales los versos siguientes que trasuntan pensamientos teológicos del místico inglés Blake:

ACTO II.—*Escena VII.*

BALTASAR. ¡Ya lo ves! Ese Dios justo,
Que todo lo ordenó con su sapiencia,
Y del que debo ser remedo augusto,
Hizo mostrando su alta providencia,
Que presa del león fuese el cordero,
Del águila el milano, del milano
La paloma indefensa. El mundo entero,
¡Obra estupenda de su excelsa mano!
Doquier la ley nos muestra inexorable
Que hace que al débil lo debore el fuerte,
Al chico el grande, el rico al miserable...

La Avellaneda declaró que había tomado por modelos las piezas teatrales de Alfieri y Soumet para escribir su *Baltasar* ecléctico; pero su genio lírico puso en él lo que a los modelos faltaba, y esto fué lo que le dió un caluroso triunfo en el teatro madrileño *Novedades*, la noche de su estreno.

Con el elogio de esta trilogía, huelga todo otro encomio sobre el resto de su obra teatral.

No creo que sea la poesía lírica de la Avellaneda su obra mejor, sino su teatro; pero siendo aquélla subjetiva y ésta impersonal, forzoso es que gane en importancia psicológica lo que pierde en grandiosidad artística.

En general, los aspectos de ésta son: trabajos de imitación o traducción; composiciones ocasionales, con motivo de fiestas públicas, certámenes, etc.; versos dedicados a cantar el arte literario; poesías religiosas y versos eróticos.

Descontando los primeros, entre los que sobresale su *Canto a Napoleón*, de Lamartine, notablemente mejorado en la traducción, y los segundos, todos quintanescos, su lirismo queda en los otros.

La originalidad de la Avellaneda rechaza cualquier comparación. Se quiere encontrar en ella la influencia de Tassara por-

que juntos compusieron algunos versos, o de Espronceda, por la similitud que hay entre algunas expresiones de ambos. Por ejemplo, en su oda *Al mar* ella dice:

¡Suspende, mar, suspende tu eterno movimiento!...

Y Espronceda en su oda *Al Sol*, comienza:

¡Párate, y óyeme, oh sol!...

Eso es todo...

Se ha dicho que la Avellaneda tuvo por primer modelo a Heredia, lo cual no parece ser cierto, pues en toda su producción no hay ningún rasgo que acuse esta semejanza. Marcelino Menéndez y Pelayo confiesa que el solo punto común entre ambos poetas cubanos está en haber seguido los dos a Quintana, en ciertos géneros poéticos como la oda y el canto ditirámico.

No veo tampoco esta filiación porque ambos expresaran en ellos el estilo afectado y declamatorio que usaba el poeta español, pues estas características no eran exclusivas suyas, sino de toda una época y escuela: la época neoclásica y la escuela salamantina, de la cual pudieron sufrir la influencia la Avellaneda y Heredia como al mismo tiempo la siguió y encarnó con mayor brío Quintana.

En cuanto a la hermandad de los dos poetas cubanos aludidos, la Avellaneda gira en otro plano menos elevado que Heredia. Éste era más completo, sin duda, en cantos como *Al Teocalli*, en que una síntesis maravillosa y una más amplia visión filosófica se encierra. Aquella era más pintoresca y movida, más concreta y nerviosa. Compárese, por ejemplo *Al Teocalli*, del primero, y el *Canto de Altabiskar*, de la segunda, que es en mi concepto lo mejor que tiene en ese género.

Y no puede comparárseles en las dos únicas composiciones similares que tienen al Niágara, porque cuando la Avellaneda lo visitó y lo cantó fué en el período de su decadencia, en tanto que Heredia, al contrario, en la flor de su edad.

Nadie, no obstante, los enlaza en sus poesías subjetivas, donde son semejantes por el igual lirismo que ponen en ellas. Las siguientes estrofas de la Avellaneda son de esas en que un poe-

ta está de lleno. Sirvan para dar una idea general del modo de la poetisa:

¡Felicidad! Mi pecho devorado
De una necesidad fatigadora,
Convulso, triste, con afán ardiente
Tu nombre canta y tu favor implora.
Mira inclinarse mi marchita frente,
Cual flor que agosta el ardoroso estío,
Al mirar de pavor estremecida,
Este inmenso vacío
Que el alma siente en plenitud de vida.
¿Será que siempre tras tu sombra vana,
Con ilusión insana,
Con necio afán y con inútil brío,
He de correr en vértigo incesante,
Sin que su fuerza al corazón quebrante
En tanto y tanto desengaño impío?...

En cuanto a la poesía religiosa de su mocedad, ésta es lo menos tiernamente fervoroso que se ha rimado en castellano. La Avellaneda, en su *Canto a la Cruz*, dice la redención del género humano, encaramándose en una tarima y aludiendo a la filosofía de la historia. Siempre que se manifiesta en versos religiosos es como persona que canta el poder de Dios al que, humilde, pide misericordia y protección. Sólo en su ancianidad, cuando ha sufrido y espera de él consuelos que le ha negado el mundo, es que aspira a fundirse con la divinidad, en unas estrofas de poesía dulce y ardiente, cercanas al misticismo. Y esto pasa en una composición que no se tiene por devota; sino como inspirada por el amor que sentía a su arte:

Y tú, que este anhelar del alma entiendes,
Y en quien su alta misión reposo alcanza,
Hoy que en sublime fe mi pecho enciendes
Préstale alas de fuego a mi esperanza!
¡Pueda tus huellas adorar de hinojos,
Pueda entrever las orlas de tu manto...
Y un rayo hiera de tu luz mis ojos,
Y un soplo aspire de tu aliento santo!...

Un juicio de Gallego la enaltece sin límites en el prólogo de sus poesías publicadas en 1841. Otro, muy alabado, de Juan Va-

lera, que debió preceder a las Obras Completas de la Avellaneda, y que, por remiso el escritor en componerlo, se publicó separadamente de ellas, primero, y luego, en las Obras Completas del autor de *Pepita Jiménez*, le hace una crítica completa.

Mas, todavía me parece corto en lo que dice de ésta con respecto a la poesía donde no conoce rival: la poesía erótica.

La poetisa del orgullo había de encontrar por ventura su desventura. Quiero decir, que, hallando por premio de su amor, el desvío; por recompensa de su pasión la glacial tiesura de un corazón indiferente, dió con la piedra de toque donde habrían de troquelarse sus mejores versos.

Ya en sus juveniles años escribió quintillas a un *él fantástico* que presentía, las cuales asoman sus inquietudes de efecto, quintillas que no pueden compararse a los versos que, más tarde, con el mismo título compuso, después de fracasos del corazón.

¿Qué es esto, que en ellas, ofende y acaricia, maltrata y cura... y dice primero *tirano*, y lame y besa luego la mano que la oprime?... ¡El ángel del amor, luchando con el ángel del orgullo!...

Y ella que tan valiente puso en las manos de los padres las espadas para matar a sus hijos y en la mano de la madre la tea que incendiara a Babilonia, tiene miedo de poner en sus labios la confesión más ingenua que pueden formular labios femeninos: *que ama a un hombre y que éste la desdeña*, y lo pone en boca de María...

La ortodoxia social ahogó su voz de verdad y la hizo farsaria en su mejor franqueza! Y yo, al dolerme, desde la cumbre de esta lejanía, de ese su gran pecado contra la sinceridad, maldigo de toda ortodoxia, que ahoga el corazón y mata el espíritu!... Y he aquí, que todo fué inútil, porque el mundo sabe y el mundo repite que la que se lamenta y ruge en *Amor y orgullo* es aquella que se consideraba el último vástago de Alfonso Munio, al que se tenía por último familiar de la mística santa avilense...

¡Salga del pecho requemando el labio
El caro nombre de mi orgullo agravio
De mi dolor sustento!...
¿Escrito no lo véis en las estrellas
Y en la luna apacible que con ellas
Alumbra el firmamento?...

¿No le oyes de las auras al murmullo?
¿No le pronuncia en gemidor arrullo
La tórtola amorosa?...
¿No resuena en los árboles que el viento
Halaga con pausado movimiento
En esta selva hojosa?...

¿De aquella fuente entre las claras linfas
No le articulan invisibles ninfas
Con eco lisonjero?...
¿Por qué callar el nombre que te inflama?
¿Si hasta el silencio tiene voz que aclama
Este nombre que quiero!...

Nombre que un alma lleva por despojo...
Nombre que excita con placer enojo
Y con ira ternura.
Nombre más dulce que el primer cariño
De joven madre al inocente niño
Copia de su hermosura!...

Y más amargo que el adiós postrero
Que al suelo damos, donde el sol primero
Alumbró nuestra vida.
Nombre que halaga y halagando mata,
Nombre que hiere como sierpe ingrata
Al pecho que la anida!

¡No! ¡No le envíes, corazón, al labio!...
¡Guarda tu mengua con silencio sabio!...
¡Guarda, guarda tu mengua!
¡Callad también vosotras, auras, fuentes,
Trémulas hojas, tórtola doliente,
Como calla mi lengua!...

MARTÍ EN DARÍO



DARÍO escribió un artículo sobre José Martí y lo incluyó en la segunda edición de *Los raros*. Dice él en el prólogo de esa segunda edición, fechado en enero de 1905:

Fuera de las notas sobre Mauclair y Adam, todo lo contenido en este libro fué escrito hace doce años en Buenos Aires, cuando en Francia estaba el simbolismo en pleno desarrollo.

Quiere decir que la primera edición salió en 1893. Según otras fuentes, en 1892. Y por tanto, el artículo *José Martí* tampoco pudo figurar en esa primera edición, porque lo originó la muerte del memorado, ocurrida el 19 de mayo de 1895.

Darío traza en él algunos párrafos en torno a Martí prosista, a Martí orador; y hace el recuento de su obra poética en estas palabras:

...aquel fuerte cazador, hacía versos, y casi siempre versos pequeños, versos sencillos—¿no se llamaba así un librito de ellos?—versos de tristezas patrióticas, de duelos de amor, ricos de rima o armonizados siempre con tacto; una primera y rara colección está dedicada a un hijo a quien adoró y a quien perdió por siempre: *Ismaelillo*.

Los *Versos sencillos*, publicados en Nueva York, en linda edición, en forma de eucologio, tienen verdaderas joyas. Otros versos hay, y entre los más bellos *Los zapaticos de Rosa*...

Recordemos algunas rimas del infortunado:

Y a continuación inserta ocho composiciones, a saber: seis, numeradas consecutivamente, del mismo tono todas que las de

los *Versos sencillos*; un “juguete”; y como haciendo de broche del artículo, la inmarcesible redondilla:

Yo quiero cuando me muera...

Y tras algunos conceptos referentes a la publicación de las obras del Maestro, añade:

Queda un periódico único en su género,—los pocos números de un periódico que redactó especialmente para los niños. Hay en uno de ellos un retrato de San Martín que es obra maestra...

La rememoración es tan premiosa que ni el nombre, *La edad de oro*, logra salir de la pluma. Los bellos versos *Los zapaticos de Rosa*, aparecieron justamente en uno de los números de *La edad de oro*.

Ninguna de las seis composiciones numeradas figura en *Versos sencillos*, colección a la que pertenecen por señalado parentesco lírico. Si quedaron fuera de la colección es de entenderse que fué por la voluntad del autor. Obsérvese que ninguna de las seis responde a un estado subjetivo del poeta, como casi todas las de los *Versos sencillos* (1), aun cuando la marcada con el número III tiene cierto carácter patriótico, al igual que muchas de las del libro, bien que las de éste son patriótico-subjetivas (2). De cualquier modo, como Darío no declara que hasta allí eran inéditas, debe presumirse que las tomó de alguna publicación. El “juguete”, por otra parte, tiene su asiento natural en *La edad de oro*, mas no salió en ella. Y la famosa redondilla ¿de dónde la tomó?

De esas composiciones reproduje en *La lira cubana* (3) las marcadas con los números II, III y VI; el “juguete” y la redondilla; y más tarde, en el *Sábado literario* del periódico *El Nacionalista* (4), correspondiente al 18 de mayo de 1918, publiqué las

(1) Aunque no es posible hallar a Martí fuera de sus versos, por impersonales que sean, son excepciones a la observación hecha, los parlamentos marcados con los números XIII, XVI, XVIII, XXVIII, XXIX, XXX, XXXVI y XLII en el libro.

(2) Modelo de poesía patriótico-objetiva es *El adiós del polaco*, de Julián del Casal.

(3) Compilación de cantos populares cubanos, de autores antiguos y modernos. Imprenta, papelería y librería *La Imperial*, Guantánamo, 1913 (primera edición).

(4) Drigí esa página desde 1917 hasta 1920.

señaladas con los números I, III, IV y VI y el "juguete", precedidas de la nota que con el rótulo *Martí que no está en Martí*, es como sigue:

El bello artículo que con el título *José Martí* insertó Rubén Darío en su libro *Los raros*, lo recogió Gonzalo de Quesada para ponerlo, junto con otros, al frente de los materiales que contiene el volumen IV de las obras del Maestro.

Algunas de las composiciones que incrustó Darío en su mencionado trabajo las reproducimos hoy bajo estas líneas. Parecía natural que en el volumen *Versos*, doce de los del Maestro, hubieran tenido cabida, cosa que tal vez por descuido no se hizo; lo que les da más valor por ser poco conocidos, aunque aparecen en *La lira cubana*, y ser a la postre algo de Martí que no está en Martí.

*

Darío escribió en otras ocasiones acerca de Martí.

Las referencias literarias que hace de él en la *Vida* son en lo principal, éstas:

He de manifestar que es en este periódico [*La Nación*] donde comprendí a mi manera el manejo del estilo y que en ese momento fueron mis maestros de prosa dos hombres muy diferentes: Paul Grous-sac y Santiago Estrada, además de José Martí. Seguramente en uno y otro existía espíritu de Francia. Pero de un modo decidido, Grous-sac fué para mí el verdadero conductor intelectual. [p. 77, ed. Maucci.]

Yo admiraba altamente el vigor genial [5] de aquel escritor único, a quien había conocido por aquellas formidables y líricas correspondencias que enviaba a los diarios hispanoamericanos, como *La Opinión Nacional* de Caracas, *El Partido Liberal* de México y, sobre todo, a *La Nación* de Buenos Aires. Escribía una prosa profusa, llena de vitalidad y de color, de plasticidad y de música. Se transparentaba el cultivo de los clásicos y el conocimiento de todas las literaturas antiguas y modernas; y, sobre todo, el espíritu de un alto y maravilloso poeta. [pág. 142 id.]

Repito algunos conceptos de su artículo *José Martí*; y no añado nada sobre el conocimiento de la obra poética del Maestro.

En la *Historia* de sus libros, Darío no hace ninguna mención de Martí.

[5] General, dice el texto, con visible error.

La publicación de los cuatro artículos que Darío escribió en 1913 sobre José Martí, poeta, confirma que él no conoció antes la obra poética total del autor de *Versos sencillos*. Dice en el primero de esos artículos:

Cuando al saberse la noticia de su muerte, en el campo de batalla, escribí en *La Nación* su necrología—que forma parte de mi libro *Los raros*—yo no conocía sino muy escasos trabajos poéticos de Martí. Por eso fué mi juicio somero y casi negativo en cuanto a aquellas relevantes [6] facultades.

Esos cuatro artículos, lo más detenido que Darío hizo sobre el poeta José Martí, constituyen en el fondo un elogio, una ampliación más bien de su juicio primicial contenido en el artículo de *Los raros*, sin que añada grandes cosas nuevas a las entonces expresadas, y en parte repetidas en la *Vida*. He aquí lo esencial del juicio revisado de Darío:

Acerca de *Ismaelillo*:

Martí adoraba a su hijo Ismael, *Ismaelillo*, y para él escribió este minúsculo devocionario lírico, un Arte de ser Padre, lleno de gracias sentimentales y de juegos poéticos. Diríase en veces el rey famoso que ha sido pintado con sus hijos a horcajadas. [Art. II]

Acerca de *Versos sencillos*:

La sencillez de Martí es de las cosas más difíciles, pues a ella no se llega sin potente dominio del verbo y muchos conocimientos. ¡Con decir que en determinados poemas el verso menor privado del consonante se ha creído en Francia recientemente invención y originalidad de tal notorio *unanimista*! El capricho del gran cubano, en rima y ordenación, es de lo más ordenado y de base clásica, y en señalados puntos, reminiscencia de sus relaciones con el parnaso inglés. Un profano,—profano ilustrado, que los hay—, confundiría tales redondillas con la manera de Campoamor, pongo por ejemplo; pero la personalidad se descubre en seguida por la comparación, por el inesperado adjetivo, por un hervor de tierra cálida y un relámpago que en seguida se revelan. [Art. II]

Este americano singular había frecuentado a los cíclicos orientales

[6] Relativas, dice el texto, con visible error también, *La Lucha*, 12 de octubre de 1913; *Repertorio Americano*, 15 de abril de 1921,

y a todos los grandes poetas de la tierra. Por eso las palabras, las frases, los símbolos, toman en él en cuanto los expresa, un sentido de universalidad. [Art. II]

Es de una concisión, de un vigor, de una potencia poética en verdad admirables. El idioma se flexibiliza en la facilidad expresiva. Era aquel un lírico natural, y si su prosa contiene muy a menudo versos, por sus versos corren cristalinas y fluyentes linfas de prosa armoniosa. Y por todo, un estremecedor aliento romántico que anima doblemente lo real de la visión o del recuerdo. [Art. III]

El juicio acerca de *Versos libres*, tiene la novedad de ser prísino, porque habiendo quedado inéditos hasta 1913 no tuvo Darío sino llegada esa sazón oportunidad de conocerlos. Véase lo principal:

Y ahora entran los *Versos libres*,—en el cual título creo que Martí quiso jugar con el vocablo. Versos libres, es decir, los versos blancos castellanos, sin consonancia, que generalmente se han prestado a bizarrias clásicas, en los Moratines, en los Núñez de Arce, o en los Menéndez Pelayo,—para hablar de los mayores,—y versos libres, es decir, versos de un hombre de libertad, versos del cubano que ha luchado, que ha vivido, que ha pensado, que debía morir por la libertad. [7] [Art. III]

“Amo las sonoridades difíciles, y la sinceridad.” ¿No se diría un precursor del movimiento que me tocara iniciar años después? Estos *Versos libres* fueron escritos en 1882, y han permanecido inéditos hasta ahora. Versos de sufrimiento y de anhelo patriótico, versos de fuego y de vergüenza, versos de quien debía caer en una hora futura de la guerra, dando sangre y vida por el ideal de la estrella solitaria. Versos de martirio, de recuerdos amargos. ¿No había llevado el Apóstol cadena de presidiario en lo florido de su juventud? Y canta en el verso libre clásico, harto conocido para su cultura, en un verso libre impecable de cesuras y lleno de gallardías y bazarrias; mas un verso libre renovado, con savias nuevas, con las novedades y audacias de vocabulario, de adjetivación, de metáfora, que resaltan en la rítmica y soberbia prosa martiana. [Art IV]

Pero la impresión que Martí le produjo de antiguo a Darío, está traducida en los siguientes renglones del artículo de *Los raros*:

Otra verdad aún, aunque pese más al asombro sonriente: eso que se llama el genio, fruto tan solamente de árboles centenarios, ese ma-

[7] Repite el concepto con otras palabras en el art. IV.

jestuoso fenómeno del intelecto elevado a su mayor potencia, alta maravilla creadora, el Genio, en fin, que no ha tenido aún nacimiento en nuestras repúblicas, ha intentado aparecer dos veces en América; la primera en un hombre ilustre de esta tierra, la segunda en José Martí.

Ello no obstante, nada tan notable como la huella de Martí que se descubre en algunos versos de Darío, incluídos en *Sol del domingo*. Ese libro es un puñado de poesías, casi todas inéditas, que muestra el estro del bardo humillado por la imaginación, cabalgando a la jineta por los más intrincados atajos y precipicios. Obra, a mi juicio, de loco, de atáxico, de aturdido, no debió jamás ser publicada porque esa fué la intención del poeta que, débil, no supo a tiempo realizarla, destruyendo lo hecho (8).

Leído el volumen once de las obras de Martí—el glosador no hace méritos del siguiente—quedó de momento impresa la garra martiana en el sensorio de Darío. Con ella imbíbida y bajo alguna de esas catástrofes que asolaban su frente apolínea, dejó caer versos contaminados de la misma savia que vigorizó los de Martí:

Anda errante un silfo extraño
que llena mi alma invasora
con las perlas de la aurora
y los diamantes del año.

Yo al silfo lo he visto. Y es
todo perlas y brillantes.
Las perlas se llaman antes
y los brillantes después.

Amor (R. D.)

Está ardiendo mi incensario,
en una copa de Ofir.
“Navegar es necesario”,
y es necesario vivir.

Cantares andaluces (R. D.)

(8) Este particular y algún otro del presente artículo fueron tratados antes por mí en mi otro artículo titulado *Sol del domingo*. Véase *Universal Magazine*, La Habana, octubre de 1918.

Si ves un monte de espuma
es mi verso lo que ves;
mi verso es un monte: y es
un abanico de plumas.

Versos sencillos. V.

Estoy en el baile extraño
de polaina y casaquín
que dan, del año hacia el fin,
los cazadores del año.

Id. XXII.

*

La cuestión parecía oclusa. Mas he aquí que en *El salmo de la pluma*, volumen quinto de la detestable edición de las obras completas de Rubén Darío (*bis in idem*) que ordenaron Andrés González-Blanco (9) y Alberto Ghiraldo, hay una composición ocasional que es aquí y allí martiana pura.

Darío habla en su *Vida* del suceso que la originó:

A mi llegada a Nicaragua, permanecí algunos días en la ciudad de León. Hice todo lo posible por ver si el gobierno me pagaba allí más de medio año de sueldos que me adeudaba; pero, por más que hice, vi que era preciso que fuese yo mismo a la capital, cosa que quería evitar por más de un motivo.

Estando en León, se celebraron funerales en memoria de un ilustre político que había muerto en París, don Vicente Navas. Se me rogó que tomase parte en la velada, que se daría en honor del personaje fallecido, y escribí unos versos en tal ocasión. [p. 137 ed. Maucci]

Leyendo tales versos, que en *El salmo de la pluma* tienen por título *Elogio a Don Vicente Navas*, recibió Darío un telegrama de San Salvador, anuncio embozado de la muerte de su esposa Rafaela Contreras, por lo que no los terminó de leer, retirándose del acto.

Si necesario fuera, podría saber la fecha exacta del homenaje. Pero no urge. Los *Versos sencillos* salieron en 1891. En el 92, radicado Darío en Costa Rica de regreso de Chile, en don-

(9) Falleció en Madrid el 21 de octubre de 1924.

de escribió poco antes de salir su primera correspondencia para *La Nación*, con fecha 3 de febrero de 1889, se le notició que el gobierno de Nicaragua, presidido por el Dr. Roberto Sacasa, lo había nombrado miembro—Secretario—de la Delegación que en viaba a España aquella república con motivo de las fiestas conmemorativas del cuarto centenario del descubrimiento de América, en 1892. Implica esto que el horizonte de sus relaciones literarias no era nada restringido. Y que pudo con facilidad conocer, aunque fragmentariamente, pero temprano, la labor del poeta José Martí.

En julio de ese año 1892, de paso para España, llegó Darío a La Habana; y de regreso, en noviembre. Arribaría a León a fines del mencionado o a comienzos de 1893. Mes más o menos, siempre será el *Elogio* posterior a los *Versos sencillos*. De esa composición volandera, son estos rasgos, que acusan la presencia de Martí:

Tejo mi corona, llévola,
para honrar al ciudadano
que hubiera puesto su mano
sobre las brasas de Scévola.

Joyas brillantes
Dios da al humano tesoro:
los talentos son de oro;
los caracteres, diamantes.

Loor, pues, a quien fué noble,
honrado, viril, sin tacha.
El leñador movió el hacha:
cayó el varón como un roble.

Así como en *Sol del domingo* las reminiscencias están crudas, en el *Elogio* aparecen depuradas. La filiación directa se aleja. No podría señalarse para éstos, en *Versos sencillos*, pensamientos aproximados. Hay rasgos lejanos, que nada revelan como superposición ni como origen, en las composiciones XI, XXVIII y XLV.

*

Dicho como queda por boca del propio Darío que él no leyó totalmente al poeta Martí hasta 1913, podría aventurarse el jui-

cio de que Darío hizo poesía martiana sin conocer, en la amplitud del término, al poeta José Martí. Darío pudo llegar al fondo de la poética de Martí leyendo a la diablo algunas de sus composiciones y descubrir en ellas lo que había de singular en el poeta. A la visión aquilina y fuerza asimiladora de Darío bastaban algunos aspectos para desentrañar el conjunto. A su temperamento artístico, a su talento poético, y por tanto sintético-analítico, se aviene a la perfección ese proceso psicológico. Recuérdese el caso de José Asunción Silva, relatado por Baldomero Sanín Cano (10), sobre la construcción de la figura de Zaratustra y del hedonismo amparado en conocimientos mútilos del héroe de Nietzsche y de la tendencia filosófica.

Entiendo, por tanto, que la paternidad del *Elogio* arranca de Martí. Martí quedó en el alma de Darío en aquellos días antecesores de su labor argentina, cuando lo conoció inconexamente, pero cuando su sensibilidad era como una esponja tentacular que a la vez que se embebía todo cuanto caudal llegaba a ella, tendía sobre la emoción visitadora las arquitecturas ideológicas y verbales de su propia sensibilidad, más ritmos y fulgores que sentimientos e ideas.

Por otra parte, destruirían la presunción contraria las composiciones *Amor* y *Cantares andaluces* que están delatando la proximidad del Martí de 1913. Son esas composiciones unos versos tan desnaturalizados que según mis noticias Darío no los publicó en revistas ni periódicos, ni recogió en ninguno de los volúmenes de la *Biblioteca Corona* (11). Quedaron—retales ellos mismos—entre los retales de su estro, ocultos a las miradas de letrados y zafios, hasta que en 1917 una mano torpe los indizó en *Sol del domingo*.

En contra de esa presunción, por último, votaría el propio trabajo *José Martí, poeta*. Él nos dice que en 1913 se agranda el radio de la admiración rubendariana por Martí. Pero esa admiración no arranca un juicio nuevo, no descubre una faceta distinta en el poeta conocido de antaño, no registra una vibración des-

(10) *La muerte*, artículo, al final de las *Poesías* de J. A. S., ed. Michaud.

(11) *Canto a la Argentina* y otros poemas, y vols. I, II y IV de su *Obra poética*, que conozco.

conocida. No hay allí más que la renovación de un antiguo conocimiento, manos que aplauden y pluma que copia. Darío se solaza en reproducir, tomándolo de aquí y de allá, y con desorden,—el desorden propio del entusiasmo—lo que él llama arte poética de Martí; y se entrega en definitiva al placer admirativo de leerle en alta voz a un oidor lejano, al poeta Martí; y para ello copia grandes tiradas de sus versos, de aquellos que llevan la ternura del padre preocupado por el porvenir de su primogénito; de los que—todo ensueños—conocen de tristeza y combate entre “los cazadores del año”, “las penas sin nombre” y la “muceta de doctor”; de los que saben, en el torrente de su libertad—oh versos libres!—de amor y de dolor, despeñándose como una estrella sobre un yugo, elevándose como un “águila blanca”, o crugiendo de tumultuosa resignación, a la manera del pecho oprimido y anhelante del esclavo, como una “copa con alas”!

REGINO E. BOTI.

Guantánamo, Cuba, 10 enero 1925.

*

LOS VERSOS DE MARTÍ DEL ARTÍCULO DE LOS RAROS (12)

RIMAS (13)

I

¡Oh, mi vida que en la cumbre
del Ajusco hogar buscó,
y tan fría se moría
que en la cumbre halló calor!
¡Oh los ojos de la virgen
que me vieron una vez,
y mi vida estremecida
en la cumbre volvió a arder!

(12) No figuran en los volúmenes XI y XII de la edición de Gonzalo de Quesada, ni en el III (*Cauce poético*) de la edición de *La Prensa*, 1918. Tampoco en la excelente selección *Versos*, de la Colección Ariel, San José de Costa Rica, 1914; ni en la de igual título de las Ediciones Mínimas, Buenos Aires, 1919. No se explica que conociendo el colector de las obras del Maestro, y sus auxiliares, el artículo de Darío, pues se reproduce al frente del vol. IV, *En los Estados Unidos*, 1905, quedaran estos versos excluidos del vol. XII, que salió en 1913. Mucho más notable es aún su omisión en el vol. III, citado, de la edición de *La Prensa*. No conozco ninguna otra selección poética sería de Martí.

(13) Se conserva el título de Rubén Darío.

II

Entró la niña en el bosque
del brazo de su galán,
y se oyó un beso, otro beso,
y no se oyó nada más.

Una hora en el bosque estuvo,
salió al fin sin su galán:
se oyó un sollozo; un sollozo,
y después no se oyó más.

III

En la falda del Turquino
la esmeralda del camino
los incita a descansar;
el amante campesino
en la falda del Turquino
canta bien y sabe amar.

Guajirilla ruborosa,
la mejilla tinta en rosa
bien pudiera denunciar,
que en la plática sabrosa
guajirilla ruborosa,
callar fué mejor que hablar.

IV

Allá en la sombría,
solemne alameda,
un ruido que pasa,
una hoja que rueda,
parece al malvado
gigante que alzado
el brazo le estruja,
la mano le oprime,
el cuello le estrecha,
y el alma le pide,
y es ruido que pasa
y es hoja que rueda;
allá en la sombría,
callada, vacía,
solemne alameda...

V

—¡Un beso!

—¡Espera!

Aquel día

al despedirse se amaron.

¡Un beso!

—¡Toma!

Aquel día

al despedirse lloraron.

VI

La del pañuelo de rosa,
la de los ojos muy negros,
no hay negro como tus ojos
ni rosa cual tu pañuelo.

La de promesa vendida, (14)
la de los ojos tan negros,
más negros son que tus ojos
las promesas de tu pecho.

JUGUETE (15)

De tela blanca y rosada
tiene Rosa un delantal,
y a la margen de la puerta,
casi, casi en el umbral,
un rosal de rosas blancas
y de rojas un rosal.

(14) "Vendida", dicen los dos textos que he consultado. Parece una errata. Y mientras no se pueda cotejar el de *La Nación* con el primero impreso—¿se tienen noticias del manuscrito?—lo indicado es no promover juicios. Sin embargo, si Martí quiso decir que "la del pañuelo de rosa" faltó "a la fe, confianza o amistad" que debía a otro (4ª acepción de vender, según el diccionario de la Academia Española), no lo dijo. Porque en ese caso no se puede prescindir del determinante y componer: la de la promesa vendida. Más bien me inclino a opinar que él escribió: "la de promesa vestida." Es decir, la que lleva cierto hábito, como "expresión de la voluntad de dar a uno o hacer por él una cosa". (Dic. citado.) Al menos, esta lección resuelve el pensamiento capital de la rima—un rondel imperfecto—y el particular de la segunda redondilla, la que el poeta embellece con una figura de dicción por combinación, oponiendo dos palabras homógrafas: promesa (hábito, vestido) y promesa (ofrecimiento, esperanzas).

(15) Se conserva el título de Rubén Darío.


Una hermana tiene Rosa
que tres años besó abril,
y le piden rojas flores
y la niña va al pensil,
y al rosal de rosas blancas
blancas rosas va a pedir.

Y esta hermana caprichosa
que a las rosas nunca va,
cuando Rosa juega y vuelve
en el juego el delantal,
si ve el blanco abraza a Rosa,
sí ve el rojo da en llorar.

Y si pasa caprichosa
por delante del rosal
flores blancas pone a Rosa
en el blanco delantal.

¿QUE COSA ES UN PERIODICO? (*)

TRADUCCIÓN DEL SR. JOSÉ CAMINERO.

66 ERIODISTAS mendaces", "Directores de la opinión pública", "Prensa subvencionada", "Órganos de la ilustración", "Periódicos mercantilizados"; éstas son algunas de las denominaciones que se aplican a mi profesión. No hay ninguna otra que dé origen a tantas controversias. Ninguna otra genera tanto ardor. Los periódicos son los objetos más familiares del día actual. Los periodistas son los hombres más misteriosos.

¿Por qué? En cuanto a los hombres, puede decirse que son como cualesquiera otros y vienen de todas partes, del país, viviendo de la manera que les permiten sus sueldos, reclutados por esa combinación de circunstancias y cualidades especiales por las cuales encuentra cada hombre su trabajo; son los servidores de su ocupación, y no sus amos, esclavos de la lámpara eléctrica y no dioses salidos de la máquina, *eux machina*.

Si un pasajero de un tren de ferrocarril viaja a razón de sesenta millas por hora o un aviador recorre en ese período de tiempo cien millas, su máquina y no el hombre es la causante de la velocidad.

Y lo mismo pasa con el periodista. La máquina es la parte importante de la combinación. Yo he pedido a unos cuantos amigos

(*) Conferencia pronunciada a fines del año último, en la ciudad de Chicago, por el notable periodista norteamericano Robert R. Mc. Cormick, editor de *The Chicago Tribune*, y publicada en un folleto que ha interesado vivamente a la opinión pública en los Estados Unidos. CUBA CONTEMPORÁNEA agradece al distinguido escritor Sr. José Caminero el envío de este excelente trabajo, vertido por él del inglés al castellano.

que me contesten inmediatamente la siguiente pregunta: ¿Cuál es la mayor de todas las invenciones y el mayor de todos los descubrimientos? La mayoría ha dicho que la máquina de vapor o dos de sus manifestaciones, la embarcación al vapor y la locomotora al vapor. Unos cuantos eruditos han mencionado el telescopio y la brújula. Un *yachtsman* sugirió que el invento más grande era la embarcación de vela que atraviesa el océano y que hizo posible el descubrimiento del Nuevo Mundo. También la pólvora ha tenido mención honorífica. Pero, señores, más grandes que todas estas cosas, más poderosa que el vapor, más explosiva que la pólvora, más abarcadora del mundo que el mismo vapor o la embarcación de vela, ha sido la invención de la prensa de imprimir, creadora de una época en la historia.

Walter Scott, escribiendo en los momentos en que la imprenta había realizado sus más grandes revoluciones, puso estas palabras en boca del mago Geolitti del siglo XIII.

Cuando reflexiono y veo con cuanta lentitud y de qué manera más limitada ha descendido el torrente de la ciencia sobre nosotros, tan difícil de que alcance a aquellos que con más ardor la buscan, tan segura de ser desdeñada por todos los que sólo piensan en su holgura, tan propensa a ser desviada o secada por completo por las invasiones de la barbarie, ¿qué mucho que yo contemple con asombro y verdadera estupefacción la suerte venidera de una generación sucesiva sobre la cual descenderán los conocimientos como la primera y segunda lluvia, sin interrupción, sin atenuación, ilimitada, fertilizando algunos terrenos e inundando a otros, cambiando toda la forma de la vida social, estableciendo y derrocando religiones, erigiendo y destruyendo genios?

No será una digresión si en esta conferencia observo que las condiciones contra las cuales se dirigió la Reforma habían existido durante largo tiempo. La prensa de imprimir permitió que la protesta se movilizase con una fuerza que no había sido posible cuando la comunicación se limitaba a la palabra hablada y escrita.

Fué la imprenta la que trajo la Reforma y la contra-Reforma, arrastrando en pos, la guerra de los 30 años, en que se comprometieron todas las naciones, desde el círculo Ártico hasta la Costa de África.

No es de mi incumbencia en estos momentos comentar los méritos de la enorme controversia que produjo la más grande convulsión que la Europa haya conocido. Es esencial, sin embargo, indicar el efecto detonante que la imprenta produjo en un antagonismo que desde hacía tiempo se había suprimido.

Debo añadir que después de haber encontrado la controversia religiosa un estado de relativa tolerancia, los jefes de ejército creados durante la guerra, persistieron en las hostilidades por motivos personales más que nacionales. Las guerras resultantes no eran guerras de prensa de imprimir. No se invocaba el sentimiento popular y por muy hábiles que hayan sido los jefes, por muy disciplinadas que estuviesen las tropas, ni se libraban de manera tan feroz las batallas, ni se defendían las causas con tanta tenacidad como las anteriores.

Durante este período de tiempo la imprenta estaba preparando una nueva conflagración. Los agravios contra el gobierno civil hallaron expresión en la letra de molde. Locke, Voltaire, Montesquieu, Paine, Samuel Adams, Patrick Henry, y eventualmente Jefferson, ocuparon sus lugares en las listas literarias que en un siglo anterior habían sido llenadas por los contendientes religiosos. En Inglaterra, como muy bien sabemos, las cuestiones constitucionales, lo mismo que las religiosas, se dilucidaban por medio de la guerra civil. En la revolución americana, poco faltó para que desapareciese la religión como tema a discutir, y al extenderse la llama de la revolución política al través del océano hasta dentro de Francia, predominaron la economía política y los derechos del hombre.

Nuevamente fué la imprenta la que actuó como el fósforo aplicado a un polvorín. En las cuestiones de orden interior, como antes en el antagonismo religioso, condujo a la guerra y a la revolución. Lo mismo que sucedió con el conflicto religioso, siguió un dictador militar que obscureció en gran parte la verdadera historia de la catástrofe. Muchos hombres no paran mientes en los más grandes movimientos que la raza humana ha emprendido, siendo esto consecuencia de las maniobras de unos cuantos prestidigitadores militares que subieron al poder durante esas luchas.

Pasando por alto las conquistas de Napoleón y las guerras menores de agresión que siguieron a ellas, venimos a otra guerra de grandes proporciones en que la prensa de imprimir fué la causa inmediata. Sabemos cómo de generación en generación y desde Jefferson hasta Lincoln, todos los estadistas trataron de llegar a una transacción o componenda en lo relativo al problema de la esclavitud. En los mismos momentos en que se estaban movilizando los ejércitos, Lincoln se manifestó dispuesto a mantener el país medio esclavo y medio libre. Pero de generación en generación la cuestión fué sobreponiéndose. El Congreso declaró que era ilegal presentar siquiera una petición para la abolición de la esclavitud, pero no por eso cesó la agitación y la prensa de imprimir dió origen a disensiones en escala siempre creciente, hasta que los pueblos opuestos se lanzaron a la guerra.

Por primera vez en la incubación de la guerra, la prensa trabajó en parte por medio de los periódicos. La guerra civil es única entre las grandes guerras que ha parecido inevitable en el progreso de la humanidad por cuanto no fué seguida por ninguna otra guerra sin relación con el movimiento popular.

No sucedió así, sin embargo, con la tampoco popular guerra con España, declarada únicamente porque la opinión americana se había enfurecido con motivo de las relaciones que se publicaban sobre la crueldad de los españoles en Cuba. Esta guerra, como todos sabemos, nos llevó a la conquista de las Filipinas, y, como próximo paso a la salida de un ejército americano para entrar en Pekin, China, movimiento que no estaba más de acuerdo con el espíritu que libertó a Cuba, que la toma por Napoleón de Zaragoza en el siglo anterior estaba de acuerdo con la revolución contra el despotismo.

Yo tengo la seguridad de que la Gran Guerra que recientemente ha concluído, jamás hubiera estallado si todas las imprentas del mundo hubiesen sido destruídas en el año 1900. El descontento de los pueblos subyugados de Europa nunca hubiera podido recrudecerse sin esta maquinaria. Los Cancilleres y Primeros Ministros hubieran conciliado sus distintos puntos de vista antes y quizás después de los asesinatos de Sarajevo, si no se hubiesen visto obligados a obedecer a la opinión pública bien informada

de sus respectivos países. Ni hubiera sido la democracia intolerante para la aristocracia, y la autocracia desdeñosa de la democracia si sus divergentes puntos de vista no se hubieran desplegado constantemente en letras de molde.

Esta guerra fué una continuación de la guerra civil de Inglaterra, de las revoluciones americana y francesa, guerras anteriores debidas a la imprenta. La prueba de este hecho es que el resultado principal de la guerra ha sido la caída de los gobiernos monárquicos. Quizás el ateísmo y la persecución de la religión en Rusia es un capítulo posterior de la guerra de los treinta años. No quiero que se entienda que estoy en estos momentos defendiendo las grandes guerras a que he aludido. Sus méritos no tienen para qué figurar en esta conferencia. Si he estado hablando de guerras y de derramamiento de sangre ha sido para indicar que sean cuales fueren los motivos del conflicto, la causa inmediata de todas las grandes guerras desde los tiempos en que el Duque de Alba invadió los Países Bajos hasta la paz de Versailles, ha sido la prensa de imprimir.

Los hombres que manejan esta clase de maquinaria son los que conducen los automóviles a lo largo de las calles de la ciudad o quizás sean más parecidos a los que trabajan en una fábrica de dinamita. Pueden muy bien ser la causa o las víctimas de una catástrofe que no pueden prever. El descubrimiento de las posibilidades incendiarias de la prensa no es obra original mía. Sólo es poco menos viejo que la invención de la misma máquina. Desde la época de Guttenberg, todas las clases de gobierno conocidas han tratado de dominarla y se puede apreciar, después de una debida reflexión, que ya para esta época todas las formas conocidas o propuestas de gobierno se han ensayado en una u otra parte del mundo. Hemos tenido el gobierno de los Papas, el gobierno de los reyes, el gobierno militar, el gobierno parlamentario, el gobierno teocrático, en Massachusetts; el régimen de Mahoma, el régimen oligárquico, y ahora, en el país más grande del globo tenemos lo que pretende ser un gobierno comunista. Cada una de estas formas de gobierno ha tratado de dominar la Prensa. Muchos de ellos están tratando de dominarla ahora, y aun en este mismo país, donde los beneficios de la educación se

han extendido más y en donde las antiguas ilusorias teorías de gobierno se reconocieron antes que en ningún otro, no solamente tenemos leyes que pretenden regular la Prensa, sino una constante agitación para que se vuelva a promulgar una legislación análoga a la ya arcaica.

Todos los esfuerzos han resultado inútiles. La Prensa es la fuente de la civilización moderna. Las tentativas que se realizan para dominarla no hacen más que inducir a sus operadores a resguardarse en el anónimo. Consiguen únicamente sustituir al responsable por el irresponsable.

La prensa, como desde luego habréis de reconocer, posee varios atributos perfectamente inocuos e indispensables. Imprime las tarjetas de equipaje, las envolturas para la mantequilla y las bandas para los sombreros, los problemas geométricos y los gergolíficos de palabras transversales; labores que pueden o no dar por resultado una controversia; novelas, historias, libros de escuela, tratados de medicina, obras científicas, revistas de todas clases, incluso las más díscolas y rencorosas.

Queda en pie, sin embargo, el hecho de que la mayor parte de las airadas controversias giran en torno del periódico. Esto podría parecer extraño, porque ningún periódico, que yo sepa, llega a tantos extremos como muchos libros y revistas. Cualquiera hombre en este país está en libertad para escribir un folleto, un libro y publicar los mismos a expensas propias o si puede encontrar un editor. Todas las sectas religiosas tienen sus propias publicaciones, lo mismo que todos los grupos políticos. Este privilegio no satisface a aquellos que creen que tienen una misión que cumplir en el país. Estas personas insisten con gran energía en dictar lo que debe imprimirse y lo que debe omitirse en un periódico, colocándose en el punto de vista de aquellos que quisieran imponer sobre la ley su personal criterio, a los que tratan de dominar por medio de críticas frecuentemente expresadas con violencia que trasciende más allá de la que pudiera emplearse en cualquiera publicación ofensiva.

Tal parece que la cualidad explosiva de la imprenta ha recaído sobre el periódico de información.

Si me he tardado mucho en abordar el asunto del periódico pro-

piamente dicho, o sea el periódico de noticias o de información, considerándole aislado de otras formas de publicación, es para hacer resaltar la evidencia de que el periódico de noticias de información, tal como lo voy a definir, no es un nuevo monstruo creado por unos cuantos hombres dedicados a la profesión periodística, sino el heredero de la mayor parte de los fenómenos explosivos de la prensa de imprimir.

Habiendo seguido los aspectos de controversia del periódico de información desde su fuente, hora es ya de definir ese periódico. Un periódico de información diaria que se maneja con la ganancia que produce.

Considero que el hecho de que prevalezca el telégrafo, de que subsistan el sindicato periodístico y el correo rápido, significa que ha quedado relegado el semanario al dominio del *magazine* o revista periódica. Las mismas agencias han llevado al periódico de noticias a convertirse primordialmente en una fuente de información sobre los acontecimientos más recientes de interés público. En esta asamblea espero encontrar a muchos que se sentirán sorprendidos ante aquella parte de mi definición que exige que la publicación se dirija con fines lucrativos para que pueda merecer el calificativo de periódico de noticias. Queda el hecho señalado de que si un periódico no se dirige para fines lucrativos no constituye una unidad por sí sólo, sino parte de alguna otra cosa.

La *National City Co.*, de New York, publica con regularidad ciertos folletos o memorias. Es parte de la *National City Co. The Christian Science Monitor* es una publicación diaria que forma parte de la Iglesia de la Ciencia Cristiana.

Lo mismo es, o mejor dicho era cierto, con aplicación a los antiguos órganos de partido, y también puede decirse lo mismo de cualquiera publicación que pretenda ser un periódico de noticias, ya sea secretamente o en público para la defensa de una causa especial.

Un periódico no puede ser independiente si no tiene vida propia. Un periódico dirigido para fines de lucro tiene que existir frente a la competencia no sólo de otras publicaciones iguales a él, sino también a aquellas que son subvencionadas por alguna

otra institución creadora o recaudadora de dinero. De esto resulta el más alto grado de eficiencia, una complejidad de organización de la maquinaria y del personal tan intrincada que apenas puede definirse.

Yo recomiendo que todos los que me oyen y que deseen entender algo de lo que significa un periódico de noticias visiten nuestra planta. Se podrán formar una idea de nuestra tarea por el hecho de que en una edición ordinaria dominical aparecen siete millones doscientas cincuenta mil letras de molde, aproximadamente, que en ejemplares del periódico resultante se imprimen y distribuyen. Cada letra fué escrita una o más veces a mano y en máquina de escribir, parada en una máquina de linotipo, fundida luego en un molde, estampada en una matriz, transformada luego en una plancha, conducida después por maquinaria al cuarto de la prensa y colocada en la misma. Casi novecientas toneladas de papel que corren sobre las prensas se liaron en 68,000 bultos separados de varios tamaños y fueron transportados por carretón, carro motor, carro eléctrico, ferrocarril, vapor, aeroplano, a 38,000 destinos separados, en muchos de los cuales fueron desatados los bultos y divididos nuevamente para su distribución final. Cien mil cuerdas de leña fueron cortadas por nuestra organización el año pasado en los bosques situados a doscientas millas al norte del golfo de San Lorenzo, bajaron por los ríos, se aserraron en cuatro lagos distintos, se pusieron a bordo de los barcos, se transportaron por una distancia de 2,000 millas hasta nuestra fábrica cerca de *Niágara Falls*, donde con el uso de la electricidad, el carbón, la cal, el azufre y los tintes anilinos, se fabricaron y convirtieron en papel, que vino desde el piso de la fábrica, por una distancia de 500 millas hasta la puerta del cuarto de la prensa.

Las noticias de nuestro periódico se recogieron por los muchos corresponsales y las prensas unidas del servicio de noticias de Ullstine, de Europa, del *Daily Telegraph*, de Londres; por los reporters del *New York News* y del *Chicago Tribune* y por 29 corresponsales especiales en partes extranjerías; por trescientos corresponsales en América para no mencionar los incontables periodistas que comprenden el valor de una información y la en-

vían dependiendo de nuestra reputación como entidad que sabe apreciar, aceptar y pagar por las noticias.

De no menor importancia es el gran servicio que prestan los cultos e incansables traductores de los despachos que el cable trasmite en lengua distinta de la del país en que se publica el periódico, labor intensa, ardua e ingente, que sólo pueden desempeñar personas preparadas por su cultura y experiencia para comprender las distintas fases, los varios matices del progreso universal y que por lo tanto merecen y reciben una retribución adecuada cuando se trata de periódicos de primera importancia y que saben apreciar, alentar y premiar a esos eficaces colaboradores.

La noticia es la base del periódico moderno, pero no puede vivir sólo de la noticia; debe también divertir y servir. Hay columnas humorísticas, hay crónicas teatrales y biográficas, hay columnas de consejos sobre la salud, sobre la inversión del dinero, de radio, de la ley, del amor, los afeites, los corsets, el arte culinario, los buenos modales. Todos los asuntos, en suma, que interesan al público en general. También tenemos campañas de circulación, y nuestro intrincado sistema de repartición.

Por todas estas cosas hay que pagar. Necesario es cobrar un precio por el periódico y los anuncios que cubran todos estos gastos y más, dada la ley comercial de que lo que no se aumenta disminuye y finalmente desaparece.

Los anuncios periodísticos se han desarrollado tanto en la última década y crecen todavía con tanta rapidez que necesitan una conferencia tan larga como ésta para tratar de explicar su alcance y su manipulación. Todo lo que puede decirse en estos momentos es que el aspecto de los anuncios en un periódico ha llegado a ser indispensable para la moderna civilización industrial. Su importancia varía en diferentes periódicos. En algunos ocupa menos de la mitad del espacio total y produce menos que la mitad de la renta total. En otros ocupa más de la mitad del espacio y produce más de la mitad de los ingresos. Yo creo que es un hecho que ningún periódico moderno gana lo bastante ni con su circulación ni con sus anuncios únicamente para sufragar el costo de la publicación del periódico. Es también un hecho que el público compra también un periódico por las noticias y

los alicientes que ofrece y después escudriña los anuncios, pero ni regalada quiere una publicación que se componga exclusivamente de anuncios.

Individualmente, la mayor parte de las personas atacan a los periódicos de hoy; colectivamente, no tolerarían ninguna otra clase de publicación.

Debemos saber cómo nos podemos acomodar a nuestro ambiente, o de lo contrario desapareceremos como el pájaro Dodo.

Recibimos muchos comentarios, en gran parte desfavorables, sobre la selección de las noticias para su publicación, hechas por nuestros redactores. La acusación principal, desde luego es que nos inclinamos al "sensacionalismo." La acusación es perfectamente fundada; pero si el "sensacionalismo" por sí sólo es reprochable, ¿hasta qué punto podrá escapar la literatura a esta imputación?

Los redactores de los periódicos proceden de las filas de las personas normalmente educadas. La mentalidad de los primeros periodistas fué amoldada por la educación que entonces prevalecía. Los periódicos de noticias no han alterado esta norma. Nuestra primera instrucción, ya sea religiosa o no, está repleta de maravillas. Yo confío en que nadie interpretará mal lo que voy a decir si llamo la atención hacia aquellos datos de la Biblia, por poco o mucho que haya leído las Santas escrituras: la Creación; el Diluvio; la embriaguez de Noé; la Plaga; la muerte de Absalon; David y Bathsheba; las mil mujeres de Salomón; la Inmaculada Concepción; los Milagros; la Crucifixión; las Aventuras de San Pablo.

Penetrando en la esfera de los grandes problemas, ¿qué cosa hay más sensacional que *El Paraíso Perdido* y *El Infierno* de Dante? Pasando a la literatura laica o profana, ¿cuáles son las obras de Shakespeare que os vienen primeramente a la memoria? *Hamlet*, *Macbeth*, *Enrique IV*, *El Rey Lear*, *Julio César*. ¿Y qué diremos de Homero y Cicerón? ¿No eran sensacionales las tragedias griegas? En todas partes pasa lo mismo. La literatura que no es científica ni literatura económica, se funda en la sensación, y ¿qué cosa hay más sensacional que la aviación y el radio, o la redención de la humanidad mediante la emi-

sión de la moneda de plata? No fueron los periodistas los que convirtieron en una sensación los áridos tomos de Darwin.

La otra acusación que oís es la mendacidad, palabra bastante agria, porque combina dos vocablos en su significación: "veracidad" y "honradez". Si me decís que los periódicos son inexactos, yo contestaré "Amén". Si me decís que no son honrados, contestaré que su honradez está en proporción de once por cada doce. Pretender que haya una proporción mayor es insensato.

La exactitud es un don raro y poco asequible. El año pasado yo fui uno de los cinco testigos oculares de un accidente automovilístico. Ninguno de los testigos tenía interés personal en el caso. Ninguno intentaba engañar a nadie. Sus versiones variaban, sin embargo, considerablemente y todos estaban de acuerdo en un solo punto: la esquina en que ocurrió el accidente. Aconteció que todos estaban equivocados respecto de este mismo punto y al ser reinterrogados, todos se dieron cuenta de ello y confesaron su error.

Cuarenta mil personas presenciaron el primer juego de polo entre Inglaterra y Norte América. Todas vieron la caída de un jugador americano. Discutiendo el accidente un poco después hallé una gran divergencia de opiniones acerca de lo ocurrido. Algunos decían que el caballo había tropezado; otros, que cayó a tierra; algunos aseguraban que el caballo se cruzó de piernas al dar la vuelta; varios, que otro jinete se había abalanzado sobre él. Yo tomé seis distintas versiones de otros tantos distintos espectadores. El mismo jugador contó la cosa de una manera enteramente distinta.

Estos fueron dos ejemplos en que ni el prejuicio ni la creencia anularon la precepción. ¿Quién no ha visto un juego de Base Ball y contemplado la escena que dan los jugadores al denunciar la decisión de un *umpire*?

Su prejuicio no cede frente al fallo del *umpire*. ¿Quién no los ha visto más indignados todavía al proclamar *strike* contra un bateador favorito?

El prejuicio, más que la creencia de que su bateador no hubiera dejado pasar una buena bola, ha sido causa de estas airadas protestas.

Yo fuí uno de los que presenciaron la pelea Dempsey-Firpo. Junto con muchos otros ví a Dempsey después del primer contacto permanecer temporalmente de rodillas, agarrando los brazos de su adversario. Imbuído en la creencia de que Dempsey era superior, presumí, lo mismo que todos los *reporters*, que había resbalado. Él confesó después que había sido derribado. Una opinión preconcebida no cedía ante la evidencia de los ojos.

El repórter que presencia cualquier suceso no tiene más que dos ojos situados en cierta posición. Ciertamente es que los ojos están educados y que su posición, por lo general, es excelente para la observación. Pero puede cometer un error y otros tal vez sean de distinta opinión de la suya. No es necesario errar para ser desmentido.

La mayoría de los acontecimientos de que se da cuenta en los periódicos no ocurren a la vista de los *reporters*, quienes se ven obligados a aceptar lo que dicen otros, y, a escudriñarlo sin el derecho de llamar testigos y tomarles juramento. Desde luego que en la profesión de repórter entran hombres mentirosos, lo mismo que hombres indignos se afilian a otras profesiones. Pero ellos mismos se eliminan. Cuando estalló la guerra europea, el periodismo norteamericano no estaba preparado, mientras los gobiernos y generales rivales oponían toda clase de obstáculos a la labor periodística. Recuerdo muy bien aquel brote de corresponsales improvisados que surgió en toda la Europa, aprovechándose de la ignorancia de los periodistas americanos, desconocedores de las condiciones europeas y de la guerra. Esa fué la época en que prosperaban las sensaciones y las narraciones emocionantes de "testigos oculares"; pero como quiera que todas estas narraciones, una tras otra, dieron por resultado que sus autores quedasen como mentirosos, fueron despedidos y desprestigiados por la profesión contra la cual habían cometido tamañas ofensas.

Y sin embargo, los que escriben en los periódicos son "cuentistas", sujetos a la tentación a que se halla expuesta toda esta clase de gente. Quizás porque son naturalmente incrédulos; tal vez les parezca que conviene a sus intereses ser crédulos. El creer y el querer creer tienen cierta afinidad. Contra esta tendencia hemos erigido recientemente una defensa, la Escuela del

Periodismo. Las escuelas del periodismo se están organizando en todo el país. Están enseñando una técnica especial y están creando un código de moral. Son llamados a dar conferencias en sus clases los redactores experimentados, quienes se complacen en describir su ocupación y después se sienten obligados a ser fieles a su descripción.

Otra acusación contra los periódicos es que están dominados por sus anunciantes. Acusación que es apoyada por los periodistas fracasados y que halla eco entre todos los que desean debilitar la reputación y la influencia de los periódicos. Esto es tan absurdo como las varias falsas aseveraciones que gracias a una continua reiteración llegan a ser creídas. En un ejemplar del *Chicago Tribune* a que ya he aludido, y que se publicó ayer, había doce mil trescientos seis anuncios separados, pagados por personas de todos los credos religiosos y todos los partidos políticos. El anunciante mayor en este periódico produjo el 2.1% de rentas por concepto de anuncios. Suponiendo que el anunciante esté dispuesto a gastar su dinero para obtener apoyo político antes que para fines mercantiles, y admitiendo que haya cierta codicia por parte del propietario del periódico, ¿cuántos anunciantes con idénticos intereses o de la misma opinión política se necesitarían para justificar que un propietario hiciese caso omiso de sus clientes anunciadores, y esto sin mencionar a sus lectores, de quienes, lo mismo que de sus anunciantes, depende para vivir? ¿Aludiré a la acusación de que las noticias son tergiversadas para fines ulteriores? ¿Qué fines ulteriores podréis vosotros imaginar que tenga un periódico que sea bastante fuerza para inducirlo a alterar el artículo que vende? ¿Es de esperar que una Compañía lechera, con millones de pesos invertidos en un sistema de recaudación y distribución adultere su leche mezclándola con ipecacuana o ácido prúsico? Esto equivaldría a esperar que nuestra vasta organización envenene nuestras noticias.

Fijaos en que la acusación no es de que aguamos nuestras noticias, sino de que las envenenemos, y la noticia es el artículo con el cual traficamos.

Queda la política editorial del periódico. Esta política varía mucho y hasta cierto punto sigue la opinión pública del país en

que circula el periódico. Sería absurdo, desde luego, tratar de dirigir una página editorial republicana en Charleston, Carolina del Sur, aunque ciertos periódicos del Sur defienden una alta tarifa y sin embargo se llaman demócratas. Los periódicos son instituciones laicas. Abordan las cuestiones públicas desde el punto de vista constitucional y no religioso. La historia del gobierno civil es larga, está llena de precedentes y tal vez sea interesante decir de pasada que su origen se encuentra en Roma y en Inglaterra, no en la Palestina ni en el Egipto. Un periódico es una entidad, y no un miembro de una organización mayor. Sus editoriales son productos de la organización antes que de la labor de un individuo. Una persona sola hallaría la dirección de una moderna página editorial demasiado compleja.

Hay desde luego gacetilleros que cubren todo el campo de las noticias con comentarios graciosos, pero no de una manera útil. La página editorial, sin embargo, debe ser el trabajo de la organización. En nuestro propio caso ésta consiste de los Redactores, tres editorialistas, dos caricaturistas políticos, bibliotecario y taquígrafos. Todo el personal del periódico está disponible para la investigación y las pesquisas. De los escritores de editoriales, uno es abogado, otro fué repórter político y otro es ingeniero. De los caricaturistas, uno fué en un tiempo *pitcher* profesional. La organización editorial permite la deliberación y la discusión y da amplio tiempo para escribir, consistiendo por término medio la labor diaria de un escritor, de 700 palabras, pequeña tarea para un literato profesional. Seis días a la semana hay una conferencia editorial que dura de una a tres horas. La decisión de abrazar una u otra causa o de decidir sobre cualquier asunto que haya asumido nuevos aspectos llega después de muchas consideraciones y debates y cuando parece establecida la exactitud del punto de vista

Una página editorial, por lo tanto, goza del beneficio de una gran cantidad de información, que apenas puede encontrarse en otras partes. Unidad que se contiene a sí misma, expresa su propia opinión, no la de un partido, grupo, iglesia o clase. Por lo tanto, tiene frecuentemente que estar en desacuerdo con todos

los partidos, grupos, iglesias y clases, porque éstas, de tiempo en tiempo, o todo el tiempo, están en desacuerdo unas con otras.

De aquí que Dawes la llame demagógica, La Follete aristocrática, los agricultores capitalística, y los eclesiásticos de estrecha mentalidad, pecaminosa.

La mayor importancia del periódico se deriva de una función que ha correspondido a él, función no mencionada en la constitución y sin la cual la constitución no podría seguir funcionando. Esta es la revelación y la denuncia de las prácticas corruptas y del peculado en el gobierno.

Los partidos ven con alarma todo lo que la oposición hace, y señalan con orgullo, o si es necesario ocultan, todos sus propios actos. Los "bloques" forman una alianza con cualquier partido, grupo o individuo que apoye su particular caballo de batalla, con empedernido desdén de la honradez común, que conmueve hasta a los mismos endurecidos políticos de barrio.

Afortunadamente, la corrupción constituye una información importante; un periódico que deja de publicar estas noticias por motivos de afinidad política u otros, está seriamente estorbando su propio desarrollo en su lucha por la existencia.

Ahora me veo llevado como de la mano a la definición final del periódico de noticias o de información:

El periódico de noticias o de información es una institución que la moderna civilización ha desarrollado para presentar las noticias del día, para promover el comercio y la industria mediante anuncios que circulan extensamente, y para suministrar ese freno contra el gobierno que ninguna constitución ha podido jamás ofrecernos.

ROBERT R. MC. CORMICK.

SEMBLANZA DE DON JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN



ERÍA difícil hallar en la historia de las letras uruguayas un escritor que mejor represente su espíritu y que más haya contribuido a difundirlo por el vasto mundo que Don Juan Zorrilla de San Martín. Lo que fué Guido Spano en la Argentina, lo que Sienkiewicz en Polonia, Carducci en Italia y Tennyson en Inglaterra, lo es para el país hermano, Juan Zorrilla de San Martín: un patriarca de las letras y un poeta que simboliza el vigor, la nobleza y la altura espiritual de su nacionalidad.

Se ha visto aclamado por sus contemporáneos de aquende y allende el océano como el genio literario más completo que haya producido el Uruguay desde sus comienzos.

Procede del romanticismo español, y es rico en el léxico que utiliza en sus sueltas y espontáneas locuciones. Perteneció por temperamento, a esa generación de escritores castizos, tan distinguidos como austeros, que tuvo entre sus gloriosos representantes, a Menéndez y Pelayo, Pereda, y otros que supieron dar notable ejemplo de fe religiosa, unida a la disciplina severa del estudio.

Mucho antes que Rodó surgiera, allá en 1898, y ocupara un puesto soberano en las letras de Ibero-América, conquistando para ellas un sitio predilecto en el corazón de España, Juan Zorrilla de San Martín había sido su portavoz elocuentísimo, su embajador espiritual—si he de emplear una expresión socorrida—, ante

los españoles, con motivo de la celebración del cuarto Centenario del descubrimiento de América.

Nació Zorrilla con el don de animar sus ideas, con el dinamismo y colorido de la oratoria sonora y pulcra, matizada esta última con la intervención de los recuerdos personales del artista.

Cualquier tema que se le proponga a este virtuoso del verbo lo espacia en párrafos que tienen la vivacidad de la pintura y la dulcedumbre de la música. Describe grandes panoramas murales; sabe mover los héroes y las multitudes, a quienes impulsa el ansia de libertad, la fantasía creadora o el amor de la justicia.

Este conjunto de cualidades constituyen—a mi juicio—la facultad, que diría dominante, del maestro que ha venido a regalarnos con su don apolíneo. No se le pida a su paleta o a su pentagrama, lo crudo o lo áspero, sino el predominio de lo poético, de lo ideal sobre lo desgarrado y malicioso.

Aunque todavía joven de corazón, el maestro es ya viejo en el arte que cultiva con tanta felicidad en el verso, con tanto acierto en la crítica estética y tanta intuición en el investigar histórico.

Echemos una rápida ojeada resumen a la obra de este cincelador de metáforas. Las Musas le agraciaron con la brillantez de la palabra y los variantes matices de un sentimentalismo encantador. Divídese su labor en dos períodos: en el primero predomina más el poeta, mientras que en el segundo se afirma mayormente el pensador patriota. Abre su carrera el poeta con *La Leyenda Patria*, inflamado canto, donde son evocados por el hechizo de un amor acendrado, los héroes y estadistas, que por libertarla del yugo extranjero, supieron sacrificar todos los goces de un apacible existir.

Años más tarde, publicó en voluminoso tomo, las conferencias y discursos con que saludara la potencia espiritual, el ánimo valeroso, la intrepidez inimitable de la recia e inflexible raza española en la conquista de América. La vibración dramática y la ejecución artística de estas arengas impresionaron tan vivamente al público, que su nombre fué hermanado con el de Castelar, en ese entonces príncipe de oradores.

En el *Tabaré* aborda Zorrilla el más difícil de los géneros poé-

ticos: la epopeya de una raza fuerte, que se ve desalojada de sus nativas colinas y sus ríos silenciosos. Salvo Alonso de Ercilla, poeta alguno del Continente se había incautado de todo el elemento dramático que encerraba el choque de dos estados de cultura en estas tierras vírgenes. En este poema, la tragedia historiada de una sociedad primitiva, agostada en los comienzos de su desarrollo, hace en cierto modo la apología del indio, de lanza, flechas y habitante de la selva cerrada. Lo que no pudo hacer el aborígen guaraní contra la avasalladora civilización que vino a quitarle sus fueros, lo hace el poeta con su penetrante y original lirismo. A fin de despojar a la raza impetuosa de todo lo que pudiera parecer brutal, crea esa genial figura de mestizo, de azules ojos y tierno corazón, que con el nombre de *Tabaré* se ha impuesto como uno de los símbolos poéticos más originales de la literatura latinoamericana.

El alma dolorida y delicada de la madre del indio bueno, da origen al soplo de enternecido lirismo que campea en el poema, y sirve también para hacer resaltar la actitud del europeo ante la majestad de la naturaleza, despojada de toda mejora humana. Ha querido el poeta, y lo ha conseguido, dar al conflicto de pasiones, sabor selvático, sensibilidad guaraní y hasta vitalizarlo con dejos lengüísticos, elementos estos últimos de profunda intuición, que constituirán siempre excelencias, que colocaran esta epopeya de los guaraníes entre las llamadas biblias de la humanidad.

Cuando fué Ministro Plenipotenciario en París, dió a luz *Resonancias del Camino*, libro de íntimos recuerdos, hecho de gracia juvenil y elegíaca en que el viandante relata a su adorada esposa las andanzas y accidentes de un viaje que hiciera por el centro de Europa.

El *Huerto Cerrado*, su siguiente obra, trasunta la lírica fe del creyente que subraya las frescas bellezas del *Cantar de los Cantares*, idilio de perenne inspiración amoratoria.

La obra magna del otoño de la vida de Zorrilla, es *La Epopeya de Artigas*, donde campea un poderoso espíritu crítico y una versación impresionante en cuanto concierne al caótico período de la independencia oriental. Muy poseído de la verdad y tras-

cendencia de la necesidad imperiosa de un héroe fundador e inspirador de la nacionalidad, encuentra en el tan discutido caudillo aquellos rasgos, que por su excelencia ideal le vuelven un padre de la patria.

Jamás escritor alguno, ante las desdichas de las guerras civiles y desunión política de los uruguayos, ha empeñado más su saber, su fuerza dialéctica y sus antecedentes cívicos para cimentar en el amor de una figura representativa, los más arraigados sentimientos nacionalistas. Este libro es un llamamiento conmovido a todos sus conciudadanos para que busquen en una unión sagrada la perennidad y progreso de la patria.

La motivación histórica de estos libros copiosamente documentados, fué el procurar fuentes de estudio al escultor que había de erigir la estatua ecuestre del Jefe de los Orientales.

Entre las obras citadas, han aparecido libros de versos, donde el fino talento poético de Zorrilla ha consignado dolorosos sucesos de su vida familiar, vida trabajada a menudo por sinsabores que agriarían a un hombre menos ejercitado que nuestro poeta en el ejercicio de la soberana virtud de la humildad y de la cristiana resignación.

El Sermón de la Paz, última producción de este espíritu fecundo, es, como su bellissimo nombre lo indica, una moderna evocación de aquellos augustos momentos de gran penetración psicológica, en que Cristo resolvía por la paz del alma y la serenidad del corazón, los grandes e inevitables infortunios de la vida.

Largo sería enumerar los preciosos servicios que ha prestado el ciudadano como diputado, diplomático, profesor universitario, agente financiero y periodista de sesuda envergadura.

Tal es Don Juan Zorrilla de San Martín: él encarna desde sus años mozos en el escenario artístico del Uruguay, como tal vez ningún otro escritor de su tiempo, el carácter y las maneras de su pueblo, tanto en sus cualidades como en sus defectos.

Ninguno posee más que este poeta el incontenible amor de su tierra, de su solar charrua, de su lejano atalaya montañés. Lleva consigo a todas partes el alma de su patria, la saudade casi patológica del suelo natal, de la casona donde se mueve una cuantiosa familia, del lugarcito de Montevideo antiguo que le vió na-

cer, donde se embebió del espíritu nacional y amó tierna, románticamente.

¡Tierra del Uruguay! ¡Viril y ruda tierra! He ahí a su más genuino representante en los artes de lo bello y en ese patriotismo puro que es una de las fuerzas más poderosas de una nación y uno de sus más profundos encantos.

ALBERTO NIN FRÍAS.

Buenos Aires, 28 octubre 1924.

EL TÍSICO (*)

(CUENTO)

I



RABAJABA como un buey: a las ocho entraba a la oficina de la casa comercial de J. H. y Compañía, se sentaba al escritorio y, a las seis y media de la tarde, regresaba al hogar, fatigado, muerto de hambre.

Él tenía derecho, como los demás empleados, a suspender el trabajo a las doce, irse y volver a las dos; pero no lo hacía así: deseaba hacer méritos con Don Julio, principal de la casa, ascender, ganar dinero y, por lo mismo, se sacrificaba pensando en el premio que por su celo esperaba merecer.

—Pablo—le dijo por novena vez la compañera—, vé a hablar con Don Juan, quizás él te dé colocación mejor.

—Mira, Luisa, más vale un amigo viejo que un amigo nuevo. Don Juan me pagaría tan mal como Don Julio; y con éste ya tengo la ventaja de que me conoce y aprecia.

—Ése no es amigo sino de su dinero.

—Así son todos los comerciantes.

Debido a la mala alimentación, Don Pablo sufría de dolores de cabeza; y una fría mañana de invierno, al salir a la calle mal abrigado, se pescó un catarro. Todo el día se lo pasaba tosiendo y escupiendo. Tosía tanto, que llegó a molestar a los compañeros de oficina. El mismo Don Julio tuvo que suplicarle tosiera menos.

(*) Del libro en prensa *Cuentos Antillanos*, que en breve será editado en Madrid.

—Necesito reposar un par de meses, Don Julio.

—Pero ahora es imposible concederle licencia. Tenemos la zafra comenzada!

—Yo dejaría en mi puesto a mi hijo Julio que es buen tene-dor de libros.

—No se engañe, mi amigo, su hijo no sirve para nada.

Cada vez que a Don Pablo le venían ganas de toser, hacía todo lo posible por evitarlo: se llevaba el pañuelo a la boca, se ponía colorado como un tomate, los ojos se le llenaban de agua, pero todo esfuerzo resultaba inútil y tosía y escupía, ruidosamente.

Nunca se le vió tan atento al reloj como ahora; pues apenas sonaban las doce, levantábase, cogía el sombrero y se marchaba a la casa tosiendo a sus anchas, libre de la censura del principal.

Llegada la noche, Don Pablo se acostaba a las nueve; y desde esa hora hasta las tres o las cuatro de la madrugada, tosía desesperadamente.

Doña Luisa le daba remedios caseros que a veces lo aliviaban.

Desde el catre de tijeras, Julio le ofrecía un poco de leche caliente con mantequilla.

—Pásame un cigarrillo,—respondía Don Pablo.

—No se lo pases,—aconsejaba Consuelo.

—Ese tanto fumar te hace daño,—advertía Violeta.

Pero Don Pablo se levantaba de puntillas, cogía el pitillo, se lo fumaba, y seguía tosiendo.

II

Advertido el principal de que ya Don Pablo no se quedaba trabajando en las horas del mediodía, se le acercó y, con voz muy suave, le dijo:

—¿Qué es eso, mi amigo, ya no quiere usted ayudarnos?

—No puedo, Don Julio. Las fuerzas me van faltando: ¡este maldito catarro!

—Trabajando es la manera como yo me curo los catarros.

—¡Si pudiera lograr dos meses de descanso!...

—Ya le he dicho que ahora es imposible. Cuando termine la zafra hablaremos.

Al mes, no sólo tosía, sino que también se quejaba de dolores en el pecho.

Vino el médico, analizó los esputos, llamó aparte a la familia y aconsejó separar a Don Pablo porque estaba tuberculoso.

Consuelo se llevó las manos a la cabeza y exclamó:

—¡Ampáranos, Virgen Milagrosa!

Violeta sollozó entre los brazos de Doña Luisa; la madre derramó una lágrima, y Julito, un tanto afligido, dijo:

Si Dios nos lo quita, ¡yo sabré llenar su puesto!

—Bueno, hijos míos, escúchenme un consejo: a nadie enteren de la enfermedad de Pablo. Todo el mundo ve con pavor a los tísicos; y nunca, como en estos momentos, tendremos la necesidad de los amigos.

Esa tarde se marcaron con lacre los cacharros del enfermo.

En la noche, llegaron los novios de Consuelo y Violeta, Pedro y Arturo, que al punto preguntaron por Don Pablo.

—Papá está mejorcito; lo que tiene es un fuerte garrotazo.

—¿Por qué no llaman al Doctor Gautier?—aconsejó Pedro.

—Eso sería ofender al Doctor Pozo,—respondió Consuelo.

—Además,—dijo Violeta—, el Doctor Pozo no nos cobra un solo centavo.

III

Paso entre paso, como cuerpo sin alma, dirigíase a la oficina todas las mañanas el pobre Don Pablo. Se sentaba a la mesa; cogía la pluma, maquinalmente; abría el Mayor, examinaba el Jornal, el Diario... y delante de las columnas de números rojos y negros, se quedaba pensando sin dar comienzo al trabajo. Don Julio lo advirtió y, de muy mal humor, le dijo:

—Hace días le veo llegar con pocas ganas para el trabajo, mi amigo. Así no podemos continuar.

—Don Julio, necesito descansar! Es la primera vez, en quince años de trabajar con usted, que solicito licencia.

—Bueno, mi amigo, el cajero se entenderá con usted esta tarde.

Contento se sentó el pobre viejo a la mesa de trabajo. ¡Al

fin se le iba a conceder lo que tanto deseaba! Si se hubiera llevado de Luisa le habrían salido las cosas mal. Las mujeres no saben, no conocen las triquiñuelas de la vida. Les falta mundología. Así cavilando llegó la tarde, la hora de partir hacia la casa. Acercóse al cajero y éste le entregó una carta de Don Julio que Don Pablo leyó con sorpresa. Se le daban las gracias por sus servicios, y se le endosaba un cheque por dos meses de sueldo.

“¡Despedido!”...—exclamó con los ojos tristes, la boca abierta, asombrado, conmovido. Despidióse de los compañeros y salió de la oficina con el alma destrozada.

Apenas hubo salido, el Cajero comentó:

—Don Julio es un caballero. Lo despide, pero le unta la mano y le escribe una carta atenta. Así no procedió conmigo Don Juan.

—Después de todo es lo mejor que ha podido hacer Don Julio. Ya ese viejo no se podía tolerar con esa tos. ¡Que vaya a toserle al diablo!,—dijo el Corresponsal.

IV

Dos meses transcurrieron sin que el enfermo diera señales de mejoría. Sesenta días de llanto, de rezos y promesas a la Milagrosa.

¡Qué familia tan ejemplar! La esclavitud que se había impuesto era digna de loa. Consuelo friccionaba las piernas de Don Pablo; Violeta le pintaba de yodo las espaldas; Doña Luisa le lavaba la ropa y Julito le leía el *Listín Diario*. Para hacerlo dormir, le administraban fuertes dosis de cloral.

Don Pablo cerraba los ojos, dormía un poco, despertaba sudado, inquieto, y se quejaba de frío. Un frío intenso que le penetraba los huesos, el alma. Los ojos vidriosos, insomnes, los clavaba en un Crucifijo como pidiéndole misericordia; luego, se fijaba en la esposa y le preguntaba, con voz cavernosa:

—¿Qué hora es?

—Las nueve. Haz lo posible por dormir un poco más.

El tísico trataba de hacerlo; pero la tos se lo impedía, una tos que se difundía por todas las piezas de la casa. Arturo y Pe-

dro la escuchaban y se sentían sobrecogidos de miedo mientras esperaban a las novias, en la sala.

A las diez llegó el médico, le puso el termómetro: marcaba 40°. Pozo meneó la cabeza y miró con tristeza al enfermo.

—Esos pulmones han trabajado demasiado. El escritorio, el cigarrillo, la alimentación deficiente... Señora, sólo un milagro de lo Alto puede salvarlo!—, dijo a Doña Luisa y a Julio, al despedirse.

Los novios ya empezaban a recelar. No se trataba de un catarro.

—Compai, ¿en qué parará todo esto?

—La cosa es seria. Pozo habló en secreto con Doña Luisa.

—Para mí lo que tiene el viejo es tisis,—dijo Arturo.

—Cállate, que ahí viene Violeta.

—¿Contra quien es la murmuración?—dijo ella sonreída.

—Contra nadie. Hablábamos de política,—respondió Pedro.

A poco vino a hacerles compañía Julio. Sentóse callado, preocupado.

—¿En que piensa, cuñado?,—le preguntó Arturo.

—Pienso en que ya papá no tiene remedio. ¡Se morirá!

—¿Qué dijo Pozo?

—Que es un caso perdido. ¡Tuberculosis galopante!

—¿Pero no decían que era el garrotazo?

—¿Garrotazo?... ¡Tisis galopante!,—respondió Julio, enterrecido.

Violeta le hizo repetidas señas al hermano, pero éste, olvidado de las advertencias de la madre habló hasta por los codos, y dijo la verdad.

—¡Pobre, Don Pablo!,—exclamaron Arturo y Pedro, mientras pensaban en las tazas de café que se habían tomado en aquella casa llena de microbios; en los vasos de leche, en los dulces con que las novias los obsequiaban... ¡Estaban aterrorizados! Y cuando se despidieron, ya en la calle, Arturo dijo a Pedro:

—Compai, hay que buscarle un desenlace a este nudo. Por esas chivitas yo no seguiré exponiéndome a contraer una tuberculosis.

—No seas exagerado, la tuberculosis no se pega fácilmente. El bacilo sólo se encuentra en el esputo.

—Yo no creo en teorías. La tisis se adquiere de muchos modos. Además, yo la heredo.

—Y yo también. Mi abuelo murió tísico.

—¡Pues defendámanos! Aun es tiempo.

—¿Y qué hacemos?

—No volver a la casa, bajo cualquier pretexto.

—Eso sería una descortesía. Se trata de dos señoritas.

—Mira, pasado mañana comienzan las fiestas de Nuestra Señora del Pilar, en Baní. Vámonos para allá. Nos estamos allí un mes. Don Pablo se habrá muerto para entonces y así nos libraremos no sólo de los petardos de Julio, sino de los gastos del entierro.

—Me gusta el plan. Dilo esta noche a Violeta.

Cuando las muchachas se enteraron del proyecto, Violeta contestó a Arturo:

—¡Muy bien! ¡Papá agonizando y tú de fiestas!

Consuelo agregó:

—¡Qué dirá mamá! Pero tú puedes hacer lo que te dé gana. Conmigo no hay compromiso, donde las dan las toman!

Y se puso a cantar:

Delia, no ves la paloma...

La madre salió del aposento del enfermo y amonestó a Consuelo:

—¡Por Dios, Consuelo! ¡Tu padre duerme!

—Se me había olvidado, mamá.

V

Eran tres caracteres distintos: Consuelo no se preocupaba en serio por nada. Ligera de cascos, frívola, y egoísta. Fuera de su persona, muy pocas cosas llegaban a interesarle. Dejar un novio por otro, no era cosa que la ponía a meditar. Violeta era menos tonta. Quería a los suyos y sentíase realmente enamorada de Arturo. Velaba porque él hiciera las cosas bien. Ella

sufría cuando aquél daba lugar a murmuraciones. Conocía sus defectos y trataba de corregirlos con suaves amonestaciones. Julio era algo parecido a Consuelo, no pesaba las cosas, no reflexionaba, y era impresionable. Haragán, nunca había tratado de ayudar a la familia, y cuando la madre le citaba ejemplos de buenos hijos que a su edad trabajaban y contribuían en los gastos de la casa, sólo se le ocurría pedir prestado a los amigos y poner un par de pesos en las manos de la madre.

Durante la enfermedad de Don Pablo había utilizado a todas las amistades de la casa empezando por los novios de las hermanas a quienes les pedía hasta centavos para cigarrillos.

Violeta vivía avergonzada con las cosas del hermano; pero Consuelo las encontraba bien hechas, y citaba, para justificarlo, ejemplos análogos.

Como sucede siempre con los enfermos que hacen largo lecho, la familia de Don Pablo se había acostumbrado a verlo tendido en la cama. A oírlo toser, escupir sangre, bajarle y subirle la fiebre, sudar, morir de frío... La alarma de los dos primeros meses, las oraciones de la esposa de hinojos ante la Divina Imagen de la Milagrosa, las quejas de Violeta, todo, todo se había esfumado, maquinalmente. Ni los quejidos ni las hemorragias lograban inquietarlos. Las niñas, con el consentimiento de la madre, íbanse al parque *Colón* a pasearse con los novios y a oír la retreta de los domingos; Julio pasábase la prima en el café *Fausto* hablando necedades y pidiendo pesetas que no devolvía nunca; y Doña Luisa compartía la noche entre la ventana y el aposento del enfermo.

Don Pablo, mientras tanto, era una débil vela que poco a poco se consumía! Se había enflaquecido tanto, que las vértebras podía contarlas un ciego con los dedos; la sangre se le veía ir y venir por los canales, y todo él era un esqueleto. Ya la tos perdía sus viejos bríos, y la respiración cansada, sin fuerzas, daba la impresión del sonido que produce el aire al escaparse de una vejiguilla de goma.

Una noche, quiso fumar; pero la atenta esposa trató de impedirlo; él se echó fuera de la cama e hizo ademán de alcanzar el cigarrillo que tenía a la vista invitándole a pecar.

—¡Per Dios, Pablo, que vas a hacer?—Y lo agarró por la cintura y con palabras afectuosas lo condujo a la cama.

—¡Déjame! ¡Quiero fumar!

—¡Pues no vas a hacerlo!

—¡Pues sí voy a hacerlo!

En la disputa casi se desmayó en los brazos de la compañera. Pero en ese momento llegaban del parque las niñas y Doña Luisa las llamó en su auxilio:

—El frasco de éter, Consuelo.

—Violeta, mamá pide el éter.

—Aquí está,—respondió la hija atenta.

—¿Qué otra cosa quieres, mamá?

—A Consuelo que hable bajo, que su padre está mal.

Don Pablo volvió en sí y dijo:

—¡No ha sido nada!

Los novios y las hijas se acercaron a la cama.

—¿Cómo te sientes, ahora?—preguntó Violeta.

—Sí; ¿cómo te sientes?—repitió Consuelo.

—Pablo, tus hijas te preguntan ¿cómo te hallas?

—¡Déjenme tranquilo y no me fastidien!

Todos salieron del cuarto. Arturo y Pedro se hicieron la señal de la partida, y a poco se despidieron.

—Esto se complica, compai.

—Toca a su fin.

—A estas horas debíamos estar en Baní.

—Tú tienes la culpa.

—Me parecía demasiado violento irnos precisamente cuando más mal se encontraba el viejo.

Bueno, ahora está mejorcito, aprovechemos la mejoría y marchémonos mañana, en la prima.

—Convenido.

VI

La tisis de Don Pablo llegó a fastidiar, a aburrir a la familia, como sucede generalmente con los enfermos que hacen largo lecho.

A pesar de que apenas se le oía toser, la familia se quejaba de no poder dormir, pues Don Pablo las despertaba veces seguidas en la noche.

Tanto la amante esposa, como los atentos hijos, decíanle al tísico en tono imperativo:

Doña Luisa:

—Pero Pablo, pon de tu parte y trata de quedarte tranquilo.

Julio:

—¡No se puede dormir en esta maldita casa!

Consuelo:

—¡Cualquiera se larga a un hotel!

Violeta:

—¡Pobre papá! Él no tiene la culpa.

Don Pablo respondía con flaca voz:

No se apuren, mis hijos, que ya es poco lo que me falta para marcharme al otro mundo.

—Si nadie te está diciendo eso,—respondía la amante esposa.

—Déjalo, mamá, tú sabes que papá toma siempre el rábano por las hojas.

¡Cinco meses de lecho! ¡Cinco meses tosiendo, espectorando, doliéndose de todo! ¡Cinco meses sin pegar los ojos: de horribles insomnios! ¡Oh, sí! ¡Él deseaba morir, acabar de una vez!

Ya no era ni la sombra de su cuerpo. Una semana después de la protesta de la esposa y los hijos, no se veía sobre el lecho, sino unas barbas blancas y un par de ojos abiertos de par en par, fijos en el Santo Crucificado que día y noche le servía de compañía en el trance doloroso de su vida. Ya no intranquilizaba a la familia; ya no tosía; ya no se quejaba: todos dormían tranquilos y felices. Tal estado de aniquilamiento lo interpretaba la familia como signo inequívoco de mejoramiento. Doña Luisa leía, sin ser interrumpida, las novelas de Dumas, padre; Consuelo rizábale los cabellos; Violeta pensaba en lo porvenir y Julio, en escribir papelitos a los amigos pidiéndoles algo “para atender a papá”.

Cada dos horas Doña Luisa se acercaba a Don Pablo y le daba sus alimentos: dos o tres cucharaditas de leche aguada, un vasito de agua mineral!...

—Te sientes mejor, ¿verdad Pablo?

El enfermo respondía con un signo negativo de la cabeza.

—Pues yo te encuentro mejor!—insistía la esposa.

El físico no contestaba esta vez y se quedaba mirando dulcemente al Santo Crucifijo.

En eso llegó Consuelo, con la cara llena de cosméticos:

—Mamá, los muchachos llegan mañana de Baní; y como papá está mejor pensamos ir al baile del Casino en honor de Mr. Taylor.

—Allá veremos, mi hija.

En la noche, Don Pablo se puso malo.

—¿Ya ves, Consuelo? Es enfermedad traidora la que padece tu padre.

—Pero eso no quiere decir que no podamos asistir al baile. Esos ataques los viene sufriendo papá hace más de cinco meses.

—Violeta, tráeme las botellas de agua caliente. ¡Mira como se estremece de frío! ¡Pobrecito! ¡Ha sufrido demasiado!

Vencido el acceso, la madre y las hijas fuéronse a la sala a hablar sobre la situación espantosa que atravesaban.

La muerte del viejo era la única resolución del problema que confrontaban. No había otro camino de liberación. Y en los hijos, lo mismo que en la esposa, bullía este pensamiento: “¿Por qué no se acaba de morir?” Pero ninguno se atrevía a expresarlo francamente. Todos lo decían con rodeos:

Doña Luisa:

—¡Para verlo sufrir tanto!...

Consuelo:

—¡Es verdad, para verlo así!...

Violeta:

—¡Es tremendo lo que nos pasa!

Julio:

—¡Y lo que cuesta! Se le debe a todo el mundo. La lavandera dice que si no le dan algo a cuenta no sigue lavando la ropa de papá. La botica dice que no está en condiciones de seguir despachando las medicinas al crédito. Alardo, amenaza con mandarnos por los alquileres vencidos. Ya no tenemos nada que llevar a la casa de empeño de Alejandro. Y el carnicero, y el panadero, y el pulpero de la esquina, todos nos cierran las puertas!

Todo se había empeñado: el anillo de matrimonio de Doña Luisa, las cadenitas, los relojitos, todas las joyas que las niñas le habían pedido a la media docena de novios que habían tenido. Gracias al vecino, Don Pablo podía tomarse diariamente un vasito de leche y otro de agua mineral.

¡Pobre familia: no sabía qué hacerse con enfermo tan difícil de morirse!

VII

Al acostarse, las niñas conversaban y se contaban sus proyectos. A Consuelo no la ocupaba sino la manera cómo iba a arreglárselas para el luto del papá.

—Ya sé, hermana, como voy a hacerlo. Mira, la falda de tafetán azul la tiño de negro; el sombrero de paja, lo pinto también de negro y le ato un crespón terminado en forma de lazo; y cualquiera de las blusas de color la tiño, después de quitarle los adornos. Y tú ¿cómo vas a hacerlo?

—Hermana, no hablemos de esas cosas.

VIII

De Baní llegaron los novios sin ver cumplidos sus deseos. En la noche estuvieron un rato de pies en la puerta, y bajo fútil pretexto se excusaron de entrar.

Cuando se retiraron, las hermanas se quedaron perplejas, pero Consuelo, a quien las cosas no le hacían gran impresión, dijo a Violeta:

—Si no quiere volver, me da un bledo. Hay muchos hombres en Santo Domingo y yo no soy de las más feas.

Violeta se quedó pensativa, triste y no hizo comentarios, pero se explicaba bien la frialdad de Pedro y Arturo. Todo el mundo huía de las casas donde había enfermos del pulmón.

A la noche siguiente volvieron y bajo el pretexto de tener que hacer trabajos extraordinarios en los ministerios donde estaban empleados se retiraron a la media hora.

Y en ese mismo momento, al estrechar Pedro y Arturo las ma-

nos de sus novias, Julio vino a interrumpirlos dándoles la noticia de la gravedad de Don Pablo, que había perdido el conocimiento:

—Hay que ir por el médico, inmediatamente.

Arturo se ofreció a hacerlo, pero cuando Pozo llegó, el pobre-viejo estaba agonizando.

Una hora más tarde, entregó el alma a Dios.

Doña Luisa se abrazó al cadáver dando gritos desgarradores; Consuelo y Violeta gritaban también. A los gritos acudieron los vecinos; y en presencia de los vecinos, los gritos aumentaron de volumen.

En medio del concierto de llantos y de gritos, se escuchaban estas melopeas:

—“¿Cómo nos haremos sin él?”—“Mi papá querido, ya sí es verdad que no volveré a verte”.—“Tanto que le gustaba el chocolate con pan tostado untado de mantequilla!”—“¡Pobre papacito!”—“¿Quién pagará ahora la casa?”—“¡Guay! ¡guay! ¡guay!”... En menos de una hora le dieron cuatro ataques a la viuda. A Consuelo hubo que aflojarle el corset y desabrocharle la falda porque se asfixiaba. De Violeta se hizo cargo el novio que la consolaba con besos y apretones. Sólo Julio se mantuvo sereno. Descolgó de las paredes de la sala los cuadros, las cortinas, y puso las sillas en ringla. Fuese a la esquina y ablandó el corazón del pulpero para que acreditara lo necesario para el velorio: queso, pan, café, azúcar, ron, cigarros y pitillos. Luego solicitó del vecindario las sillas, encargando a los novios de hacer las invitaciones para el velorio y el entierro. Arturo fuese al parque de *Colón* y a todos los amigos y conocidos les dijo:

—Ha muerto Don Pablo. Esta noche lo velan y la cosa va a estar de rechupete; no dejen de ir. Hay de todo: hasta ron Jaca.

Pedro hizo las invitaciones para el entierro. Julio corrió a la Logia para que se hiciera cargo de los gastos, “porque su padre no había dejado ni un solo centavo, y la familia tampoco tenía nada”.

Una comisión de masones se trasladó inmediatamente a la casa mortuoria; vistieron de etiqueta al muerto, le pusieron el

barboquejo de rigor para mantenerle la boca cerrada, y del pecho le colgaron las insignias de Venerable Maestro.

Por orden de la viuda se tejieron dos coronas de flores blancas con palmitas verdes atadas por sendos lazos de cinta lila con estas inscripciones: "A mi querido esposo"—"A nuestro inolvidable padre".

Largos cortinajes de satén negro cubrieron las paredes del aposento del difunto. Toda la casa se roció con ácido fénico.

IX

De lejos llegaban los ecos de una *charanga*, o los acentos de un piano, o de un aprendiz de saxofón. La casa se iba llenando de gente. Cada vez que llegaba un pariente o un amigo, los gritos de la viuda acrecían.

Los jóvenes y las muchachas formaban grupos en el patio, en el comedor, en la cocina, en el cuarto de baño y en los aposentos. En la sala se reunía la gente seria y de menos confianza, en su mayoría curiosos, abonados a todos los velorios. Todos conversaban animadamente: en este grupo se hacía un cuento de color subido; en ése se desacreditaba a una niña que llevaba relaciones amorosas con un hombre casado; en aquél se murmuraba del difunto y de la viuda. Los novios, ajenos a las murmuraciones, pelaban la pava de lo lindo. La viuda y las hijas permanecían sentadas al margen del cadáver que custodiaban dos masones, de pie, espada en mano.

Julio no perdía tiempo. Con palabra fácil convencía a un sastre amigo para que le acreditara el terno de luto.

Como a la una, los viejos empezaron a bostezar; pero a la una y media todos sonreían y comían con apetito de la segunda tanda de galletas de soda, queso, café, pan acabado de sacar del horno. Muchos jóvenes se aprovechaban y llenaban los bolsillos de la americana y el pantalón de tabacos y cigarrillos.

A las dos sólo quedaban en la casa Arturo, Pedro, los masones, una vieja beata y un empleadillo de la casa comercial de J. H. y Compañía.

Arturo se acercó a Violeta y le ofreció un vaso de leche; Pe-

dro hizo lo mismo con Consuelo; la viuda no necesitaba la instaran a comer porque jamás perdía el apetito, por serio que fuera el trance.

Mientras Violeta bebía la leche sorbo a sorbo, conversaba en voz baja con Arturo:

—¡Ahora si es verdad que no me olvidarás nunca Tutucito!

—¡No te olvidaré nunca, Chichicita!

A las cuatro todos dormían, menos los novios y Julio que en la cocina escanciaban las últimas botellas de ron.

X

A las tres y media de la tarde empezó a llegar la gente para el entierro. Ya el templo de Nuestra Señora de las Mercedes había dado el segundo doble:

Tin, tin, tin, tin
Ton!...

A las cuatro entró el sacerdote, acompañado de los sochantres, a la casa en duelo. Los masones clavetearon la tapa de la caja. La viuda y los hijos rompieron a llorar. A la viuda le dió el sexto ataque! Consuelo gritaba:—"¡Déjenmelo ver por la vez última!". Violeta:—"¡Se lo llevan para siempre!". Julio:—"¡Mi papá querido, cómo nos dejas!".

El sacerdote, hisopo en mano, rociaba la caja y rezaba sus latines. Doña Luisa exclamaba:—"¡Qué sola me dejas, Pablo! ¡Qué sola!", mientras se abrazaba al ataúd, sueltos los cabellos canos, pálido el semblante, ojerosos los párpados, desabrochada la blusa... Hubo que desprenderla a la fuerza. Después... terminados los oficios religiosos, lo condujeron al campo santo donde Julio, con voz trémula, despidió el cortejo.

MANUEL CESTERO.

REVISTAS EXTRANJERAS

ANATOLE FRANCE



NUMERABLES han sido los artículos que se han publicado en las principales revistas de Europa y América referentes a Anatole France con motivo de su muerte. Entre estos trabajos son dignos de mención los de Nicolás Segur (*Revue Mondiale*, 15 de noviembre), W. L. George (*Fortnightly Review*, noviembre), Samuel C. Chew (*North American Review*, diciembre) y Georges Chatterton-Hill (*Contemporary Review*, diciembre).

Para Nicolás Segur, Anatole France encarnaba el espíritu del siglo XVIII y el del XIX. Por la claridad del estilo, por la atracción que las cosas de la inteligencia ejercían sobre él y por la ausencia de toda superstición, era un discípulo de Voltaire, un producto de la Enciclopedia. Como el autor de *Cándido*, Anatole France fijaba su mirada lúcida y penetrante en el mundo sensible, desechando los fantasmas que las creencias y los terrores han amontonado sobre el universo, y osó analizar hasta lo más profundo la miseria y la estupidez humanas. Por otra parte, la ciencia del siglo XIX y el acento humanitario de un Michelet, un Hugo, un Dickens, lo han impregnado, dando a su palabra, y a su pensamiento, un calor emotivo y una profundidad que pocos han poseído. Desde los comienzos de su carrera literaria halló un asunto que trató de modo superior: la extraña crisis que el alma humana experimentó en la época de Marco Aurelio y Juliano cuando se enfrentó con dos ideales contrarios. El sereno y sonriente ideal pagano, lleno de alegría y claridad;

y el de los judíos, sombrío, ascético, el ideal cristiano, triste e inclinado a la contrición y al sacrificio. A este período de su vida literaria debemos *Thaïs* y la mayor parte de sus novelas cortas.

En el *Crime de Sylvestre Bonnard*, su primera obra importante, aparece su actitud negativa, pero sonriente, y, ya en lo sucesivo, "entregado a las silenciosas orgías de la meditación", el maestro nos dará en sus cuentos y novelas lo mismo que en sus artículos de crítica, el fruto de tantos estudios literarios, de tantas reflexiones sobre la antigüedad, de tantas exploraciones en el dominio de las pasiones humanas. Inclinado sobre el hombre y los libros, lo veremos ser sucesivamente monje egipcio, ciudadano de Florencia o amigo de Pilatos; será también discípulo del abate Coignard, compañero de Juana de Arco y sombrío revolucionario de 1793 convencido de la necesidad de hacer correr sangre humana, de la que están sedientos los Dioses. Ningún contemporáneo suyo ha tenido como él lo que puede llamarse la facultad de abolir el tiempo, y estar en todas partes y en todas épocas; como Pitágoras parece haber gozado de varias vidas, habiéndolo visto y comprendido todo.

El asunto Dreyfus, y los combates que suscitó, iniciaron una nueva fase, menos ordenada, pero más activa, en la evolución de Anatole France. Del pasado, y de cuestiones puramente literarias, el escritor se trasladó a las luchas sociales del comienzo del siglo XX, se interesó en la política y se dedicó a pintar, no el mundo griego y latino y los de los otros siglos, sino el de su época. Amigo de la verdad y de la justicia, fué uno de los campeones de la inocencia de Dreyfus, y, al mismo tiempo, se apasionó por el socialismo. A este período combativo y ardiente en el que Anatole France, venciendo su timidez, su indolencia y su horror por las multitudes, pronunció discursos y presidió comités, debemos los cuatro volúmenes de su *Histoire Contemporaine* (*L'orme du mail*, *Le mannequin d'osier*, *L'anneau d'améthyste* y *Monsieur Bergeret à Paris*), en la que brillan tantas páginas notables, y *Crainquebille*, que es una de sus obras maestras. Hacia 1910, la vejez y los pesares, sin hacerlo cambiar de ideas, lo impulsaron a evocar amorosamente sus recuerdos de infancia, y los volúme-

nes que a ella dedicó, en los que el anciano describe sus pasos vacilantes de niño y sus primeras ilusiones, siempre se considerarán como las páginas más equilibradas, apacibles y armoniosas de sus obras.

France ha visto como nadie las mentiras sociales y ha mostrado que la historia de la humanidad es un tejido de injusticias y la vida un juguete de fuerzas inconscientes y de fatalidades hereditarias. Pero su clarividencia siempre está acompañada por la ironía y la compasión; irónicamente contempla al hombre y sus puerilidades, devaneos y pasiones, pero lo hace con piedad. La magia del estilo envuelve su obra de pensador, y ésta aparece siempre clara, sustancial e iluminada por una sonrisa de epicúreo enamorado de la vida y abierto a la ternura.

Anatole France quedará como uno de los escritores más grandes del siglo XIX por su arte, por su estilo, en el que todo se une para deleitarnos: la belleza del sentido, la poesía de las evocaciones y la música de las palabras. Era purista y parnasiano, clásico y romántico, raciniano y volteriano, y por su sensibilidad, discípulo de Renan y Dickens; siendo aristócrata en sus gustos, fué republicano y hasta socialista.

Su muerte ha dejado un inmenso vacío. Ha entrado en la tumba llevándose el recuerdo de una época brillante, original, de crítica y libertad, amiga de la ciencia y del progreso, pero también guardiana de las tradiciones del pasado.

W. L. George en la *Fortnightly Review* de noviembre, considera a France como el más grande de los satíricos de nuestro tiempo y comparándolo con los autores de sátiras inglesas, expresa que la ironía de éstos es más cáustica que la del escritor francés, pues éste no insiste con tanta saña en las heridas que produce; no tiene la rudeza de Swift. Su sátira es siempre ligera; no apoya, sino se desliza. La ironía de los libros satíricos de Anatole France no es fácil que sea entendida en Inglaterra, excepto quizás la que encierra *L'île des Pingouins*, pues aunque esta obra quiere representar la historia de Francia, lo mismo puede aplicarse a cualquier otro país, así es que en un sentido también representa la historia de la Gran Bretaña. En este libro vemos al hombre dominado por las supersticiones pri-

mitivas, asistimos al nacimiento del pudor debido a la invención del traje, y al de la guerra originado por la invención de la propiedad. Es una obra terrible, no porque se vea sufrir al pueblo, sino porque se comprende que siempre ha de sufrir.

Cuando trataba de la religión, la ironía de France era más sangrienta todavía. Como a todos los agnósticos, le interesaban mucho los asuntos religiosos, pero consideraba a las religiones positivas como una eterna comedia; veía la fe como una cobardía, como el grito angustioso del hombre que teme morir y odia la verdad, entregándose a la superstición. El Cristianismo le entretenía, le agradaban sus ceremonias y su culto; lo que hacía era rebajar lo sublime religioso a proporciones más pequeñas, pero se enfurecía con el ascetismo, derivado de la doctrina cristiana. Cuando en *Thais* pinta a Paphnucio roído por los remordimientos por amar a una cortesana, considera al monje con lástima y lo compadece por haber abandonado el misterioso culto de Hermes y el sonriente de Afrodita, para convertirse en hórrido penitente. La idea de este libro se repite en *La révolte des anges*, cuando éstos abandonan el Paraíso, e incidentalmente France en esta obra expresa sus ideas semianarquistas al considerar que Satán se rebeló por temor a que la autoridad lo fuera a convertir en un ser como Jehovah, dogmático, intolerante, enemigo de las novedades.

Para Anatole France, la belleza superaba a todas las cualidades morales, y si creía en la bondad, en la verdad, en la compasión, no era por razones de ética, sino porque tales cualidades son bellas, claras; en fin, cosas sanas y armoniosas.

El profesor de literatura inglesa en el *Bryn Mawr College*, Samuel C. Chew, dedica al gran escritor francés un estudio de mérito en la *North American Review* de diciembre. Para el profesor norteamericano, el autor de *Thais* fué un escritor lleno de contrastes. Era un completo escéptico y, sin embargo, estaba muy versado en todas las sutilezas de la polémica teológica; era anticlerical, y pintó con gran fidelidad, y hasta afecto, a multitud de eclesiásticos; consideraba la historia como un registro de los crímenes, errores y locuras de la humanidad, y se sentía atraído por ella; era un epicúreo y un voluptuoso, y se hallaba dominado por el más profundo sentimiento de la justicia y fácilmente se

rendía a la compasión; era esencialmente crítico y, al mismo tiempo artista creador; era cínico y simental, cruel y bondadoso. Aunque típica y esencialmente francés, era un escritor europeo. Su arte se destaca con agudo relieve en el vasto campo del pensamiento contemporáneo. Las últimas décadas del siglo XIX se caracterizaron por una tristeza filosófica que la prosperidad material antes que aliviar, hacía más intensa. Los pocos escritores de reconocida eminencia europea entonaban una nota común de pesimismo. El *glad confident morning* del optimismo de Browning cedió el lugar a una nebulosa tarde, presagidora de una noche tormentosa, y el vigoroso naturalismo de Meredith casi era anacrónico. La rebelión, la crítica, la negación sistemática reinaban. En medio de esta fermentación de ideas, la voz de Anatole France se hizo oír traspasando los límites de Francia, y no hay un solo aspecto de la tormenta que no se refleje en sus escritos.

El escritor moderno europeo con quien France presenta más analogía es el inglés Walter Pater, y esta similitud, aun siendo tan marcada, no se ha señalado por los críticos. La fama de Anatole France ha sido mayor que la de Pater y su influencia más trascendental, pero ambos consideran la vida desde el mismo punto de vista. Pater con preceptos, y France con ejemplos, buscan la rehabilitación de las ideas epicúreas; ambos consideran el momento presente como "un instante entre dos eternidades", y la única cosa cierta en un mundo hipotético, y profesan que esos fugaces instantes deben vivirse con intensidad, no ciertamente con la satisfacción de los más bajos placeres sensuales, sino con la de los goces artísticos y estéticos. La comparación entre los dos escritores pudiera llevarse más lejos. La moral es similar: para ellos no es más que un sistema de ejemplos y preceptos convencionales que regulan las relaciones sociales y su crítica es la misma, personal, impresionista, ecléctica.

La última fase de la vida de Renan tuvo gran influencia sobre la edad madura de Anatole France. La guerra con Prusia, el advenimiento de la Tercera República y la vitalidad todavía activa de la Iglesia Católica, tres cosas que contradecían sus más arraigadas convicciones, hicieron que el autor de la *Vida de Jesús* se atrincherara en una sola creencia, la de que no hay programa,

doctrina, ni sistema preconcebido que pueda encerrar la verdad. Este escepticismo de *dilettante* erudito, es el motivo que desarrolla en sus dramas y diálogos filosóficos, y que puede resumirse en la doctrina de la relatividad e inestabilidad de toda certidumbre. La doctrina impresionó intensamente a Anatole France, que la ha formulado con esta frase: *Estoy seguro de muy pocas cosas en este mundo* (1).

Una filosofía de desilución y de pesimismo como la de Anatole France no hubiera tenido popularidad si no estuviera expresada en términos bellos. El esqueleto de sus divagaciones está revestido de finas telas y coronado de flores; la celeste alquimia de su estilo dora las pálidas nubes de su pensamiento. Las cualidades de France son esencialmente de perfección formal; su imaginación creadora es de clase inferior. Ninguno de sus libros, a excepción quizás de *Thais*, está bien construido, y siendo en ellos deficiente la acción, ésta se mueve generalmente por medio de períodos inarticulados, pero su arte es supremo en los paisajes, en los diálogos epigramáticos, en la ironía oculta que todo lo envuelve de una atmósfera llena de gracia lúcida y elegante. Nunca es pomposo o confuso, ni oscuro o vacío. Su estilo es la más perfecta expresión del genio de la lengua francesa; posee el colorido del Renacimiento, la dignidad del siglo de Luis XIV y la claridad de Voltaire.

Es notable también el estudio que a Anatole France dedica el Dr. Georges Chatterton-Hill en la *Contemporary Review* de diciembre. Para este escritor, el autor de *Thais* posee las cualidades de equilibrio, armonía de proporciones y lucidez que forman los típicos rasgos del pensamiento clásico, expresando que el mayor y más duradero servicio que prestó a la literatura francesa, fué el haber permanecido fiel a la tradición nacional en medio del inextricable caos engendrado por el romanticismo, el naturalismo, el simbolismo, el renacimiento místico, y otras manifestaciones de una época de turbación y desorden intelectuales. Esta tradición clásica se caracteriza por la disciplina, ya del es-

(1) El mismo France refiriéndose a Jules Lemaitre ha dicho lo siguiente que puede aplicarse a él mismo: "*Il conçoit que sur toutes choses il y a beaucoup de vérités, sans qu'une seule de ces vérités soit la Vérité.*"

tilo o del pensamiento, y por la profundidad del análisis psicológico, y también implica la creación de tipos universales. Después de la verbosidad del romanticismo y de las nebulosidades del simbolismo, France representa una afirmación de los derechos de la razón contra la anarquía del sentimentalismo desbordado. Lo que caracteriza a sus personajes es la normalidad; no hay nada en ellos que los asemeje a monstruos perversos, ni a seres angelicales.

Una parte de la generación joven posterior a la guerra, entusiasta por la acción y convencida adoradora de los dogmas, se proclamó anti-intelectualista y enemiga del arte desinteresado, y, como lógico corolario, partidaria de la novela de *acción* en contra de la novela de *análisis*, y nada atacó tanto como el pesimismo de *Le Jardin d'Épicure* y de *L'île des pingouins*, como asimismo la filosofía del abate Coignard y la actitud de escepticismo finamente irónico respecto al Cristianismo que resalta en *Sur la pierre blanche*, transformada más tarde en invectiva volteriana en *La Révolte des anges*. El problema psico-fisiológico del amor tratado por France en *Le Lys rouge*, tampoco podía ser del agrado de una generación que hace alarde de haber recuperado la fe de sus antepasados. En donde más se distingue la antítesis entre Anatole France y esa parte de la juventud intelectual, es en el modo de apreciar los tiempos pasados. El autor de *Le Jardin d'Épicure* venera profundamente a la antigüedad, admira el luminoso esplendor del paganismo, pero su actitud siempre fué puramente contemplativa; era la actitud del *dilettante* que admira y la del filósofo movido por insaciable curiosidad.

Desde la altura donde Anatole France contempla el espectáculo del mundo, éste aparece a su vista como un grano de arena girando en el espacio ilimitado, y todos los credos humanos ha de juzgarlos risibles al compararlos con la inmensidad del universo; esta observación del mundo, desprovista de dogmatismo estrecho, le permite comprender con mayor amplitud la inevitable tragedia de la vida. De aquí que su sátira no sea cruel y esté invariablemente suavizada por la compasión.

Los que siguen las dos tendencias surgidas después de la Gran Guerra, la tendencia tradicionalista y la ultrapositivista, no

pueden estar conformes con las ideas de France, ni con su modo de expresarlas; los primeros, cuyo horizonte está limitado por las creencias dogmáticas, no comprenden la lección de tolerancia que se desprende de la obra del gran escritor, y, los segundos, atentos solamente a la reconstrucción material, no aprecian el aroma voluptuoso que exhala el vino que este epicúreo acostumbraba ofrecer a sus contemporáneos en la época que precedió a la terrible contienda.

LUCIANO DE ACEVEDO.

NOTAS EDITORIALES

EL FALLECIMIENTO DE SANGUILY

El día 23 de enero último, tras prolongada enfermedad, dejó de existir, en esta ciudad, uno de los más ilustres hijos de Cuba, el señor Manuel Sanguily y Garritt, patriota fervoroso, ciudadano integérrimo y hombre de letras eximio, cuya desaparición representa una gran pérdida para nuestra patria, a la que prestó durante su vida extraordinarios e inolvidables servicios.

CUBA CONTEMPORÁNEA se asocia íntimamente a la profunda pena que su muerte ha producido en toda la República; envía el más sentido pésame a los familiares del ilustre extinto, y, como un homenaje merecido a sus altos merecimientos, se propone dedicarle el próximo número, publicando un notable trabajo inédito suyo, y varias de sus mejores producciones entre aquellas que, por distintas circunstancias, son menos conocidas por la actual generación.

UN GRAN HOMENAJE A HERNANDEZ CATA, EN MADRID

Con motivo del notabilísimo éxito alcanzado por la representación de la obra teatral *Don Luis Mejía*, escrita en colaboración por el notable dramaturgo Eduardo Marquina y nuestro muy estimado compañero de Redacción Alfonso Hernández Catá, un grupo integrado por los más ilustres representantes de la intelectualidad española contemporánea ha tomado la iniciativa de ofrecer a ambos autores un homenaje, consistente en un banquete señalado para el día 7 del actual mes de febrero, en el *Palace Hotel*, de Madrid, y al que han sido invitados los admiradores de ambos eminentes literatos, por medio de una expresiva circular de cuyo texto copiamos estos párrafos:

No era preciso el estreno de *Don Luis Mejía* para que Eduardo

Marquina y Alfonso Hernández Catá mereciesen un homenaje. Eduardo Marquina y Alfonso Hernández Catá son bien conocidos en la república de las letras. Poeta el uno y novelista el otro, sus obras son inmensa floresta en que se abren las rosas espirituales más puras.

Por igual en la escena y en la novela triunfaron uno y otro autores. Eduardo Marquina, el poeta dramático de *En Flandes se ha puesto el Sol*, contribuyó a la novelística en narraciones tan primorosas como *El beso en la herida*. Alfonso Hernández Catá, en cuya obra tiene preponderancia la novela supo hacer, junto a magníficas narraciones como las que forman *Los frutos ácidos*, comedias bellísimas cual *La casa deshecha*, y poesías líricas excelentes.

.

El triunfo que Hernández Catá y Marquina han alcanzado con *Don Luis Mejía* es uno de los más grandes que recuerda la historia del teatro contemporáneo. Por eso nosotros, amigos y admiradores de los dos ilustres literatos, proponemos a todos los amantes de las bellas letras el reunirnos con ellos en un banquete, moderna forma insustituible de homenaje, al cual procuremos darle el sentido platónico que la obra realizada merece.

No dudamos que recibiremos inmediatamente su adhesión, y con tan grato motivo nos ofrecemos sus atentos seguros servidores,

María Guerrero.—Condesa de San Luis.—Gabriel Alomar.—Serafín y Joaquín Álvarez Quintero.—Luis Araquistain.—Jacinto Benavente.—Fernando Díaz de Mendoza y Guerrero.—Enrique Díez Canedo.—Juan Fernández Rodríguez. (Presidente del Círculo de Bellas Artes).—*José Francos Rodríguez.* (Presidente de la Asociación de la Prensa).—*Manuel Linares Rivas.* (Presidente de la Sociedad de Autores Españoles).—*Dr. Gregorio Marañón.—Gregorio Martínez Sierra.—José L. Mayral.—Ramón Menéndez Pidal.* (Presidente del Centro de Estudios Históricos).—*Miguel Muñoz.* (Presidente de la Sociedad de Actores).—*Eugenio D'Ors.—Ramón Pérez de Ayala.—Dr. Gustavo Pittaluga.* (Presidente del Ateneo de Madrid).—*Luis de Zulueta.—Carlos Fernández Cuenca.* (Secretario de la Comisión).

CUBA CONTEMPORÁNEA transcribe gustosamente en sus páginas los preinsertos párrafos, que, por la muy alta representación que tiene cada uno de sus firmantes, significan para los autores de *Don Luis Mejía* un triunfo mayor aun que el obtenido con la mencionada obra, y felicita cordialmente al autor de *La Muerte Nueva*, nuestro muy estimado compañero de Redacción el señor Alfonso Hernández Catá, por el homenaje de que ha sido objeto.

Cuba Contemporánea

AÑO XIII

Tomo XXXVII. La Habana, marzo 1925. Núm. 147.

MANUEL SANGUILY Y GARRITT



LOS 76 años de edad, agotadas físicamente las fuerzas y energías corporales de una vida que espiritualmente no tuvo jamás un solo instante de agobio, falleció en esta ciudad, el 23 de enero del año en curso, el señor Manuel Sanguily y Garritt, cuya existencia había comenzado el 26 de marzo de 1849.

Patriota sincero y a veces exaltado; amante fervoroso de Cuba; ciudadano insigne; caballero intachable, de carácter íntegro; hombre probo e incorruptible; orador notabilísimo; conferenciante conceptuoso y atildado en la forma de exposición; verdadero literato en la acepción exacta de este vocablo; escritor elegante y correctísimo; polemista formidable; crítico severo y en ocasiones exageradamente duro, aunque siempre concienzudo y bienintencionado; conjunto, en fin, de grandes virtudes y excelsas cualidades, fué Manuel Sanguily uno de los cubanos ilustres, de mayor relieve, entre los que formaron la brillante pléyades de compatriotas nuestros cuya actuación en la vida pública sobresalió en la segunda mitad del pasado siglo y en el primer cuarto de la actual centuria.

Coronel en la guerra de 1868 y Licenciado en Derecho, permaneció alejado de la Administración, sin ocupar cargo público alguno, mientras fué Cuba una colonia de España. Obtenida la independencia de la antigua metrópoli, fué sucesivamente Director del Instituto de Segunda Enseñanza de esta capital, Delegado a la Convención Constituyente por la provincia de La Habana, Se-

nador por la Provincia de Matanzas, Presidente de la Alta Cámara, Delegado a la Segunda Conferencia Internacional de la Paz, en 1907, Secretario de Estado de la República, durante la administración del general José Miguel Gómez, e Inspector General de las Fuerzas Armadas en el primer período de gobierno del general Mario G. Menocal, cargo que renunció en 1917, retirándose desde entonces a la vida privada, dedicado casi por completo a sus labores de historiador y literato, para las que contaba con un archivo y una biblioteca valiosísimos, de importancia y mérito excepcionales.

Fué colaborador de varios periódicos, redactor de la *Revista Cubana*, fundador y director de la revista *Hojas Literarias*, que publicó en esta ciudad durante los años de 1893 y 1894. Aparte de numerosísimos trabajos, todos ellos notables, que aparecen diseminados en distintas publicaciones (1), fué autor de las siguientes obras: *Discursos a la emigración cubana* (New York, 1877); *Los Caribes de las Islas* (La Habana, 1884); *Un insurrección cubano en la Corte* (La Habana, 1888); *El dualismo moral y político en Cuba* (La Habana, 1889), *José de la Luz y Caballero* (La Habana, 1890); *El descubrimiento de América* (La Habana, 1892); *Céspedes y Martí* (New York, 1895); *Cuba y la furia española* (New York, 1895); *La Revolución de Cuba y las Repúblicas Americanas* (New York, 1896); *José Martí y la Revolución Cubana* (New York, 1896); *La anarquía española y el sacrificio de los cubanos* (New York, 1896); *Victoria de las Tunas—Bosquejo del asalto y toma de las Tunas de Bayamo en Agosto de 1897* (New York, 1897); *Discurso pronunciado en la fiesta celebrada por el Ateneo de La Habana en honor del doctor Antonio Zambrana* (La Habana, 1907); *Discursos y Conferencias* (La Habana, 1918), y *Literatura Universal—Páginas de crítica* (Madrid, 1919).

En cuanto a la significación y al valor intrínseco de su obra

(1) Las obras completas de Sanguily, que se calcula formarán unos doce o catorce volúmenes de 300 páginas cada uno, serán editadas por sus familiares, estando ya en prensa el primer tomo. En ellos aparecerán no solamente todos los trabajos ya publicados, sino también la mayor parte de los que dejó inéditos al morir, algunos de los cuales son de mérito e importancia extraordinarios, a juicio de las muy contadas personas que han tenido la oportunidad de conocerlos manuscritos.

política y literaria, son tan exactos y expresivos los juicios emitidos por dos cubanos ilustres, Enrique José Varona y Rafael Montoro, militante el primero en el mismo bando que aquél—el separatista—, y en el opuesto al suyo el segundo—el de la política evolucionista—, lo que realza y avalora ambos juicios, que creemos oportuno recogerlos en estas páginas, transcribiéndolos del número de la revista *Social*, correspondiente al mes de febrero último, donde fueron publicados, con motivo de la muerte del prócer.

Dice Varona, la alta cumbre de la intelectualidad cubana contemporánea, que

El arte más difícil es el de la vida. Los más de los hombres no logran aprenderlo. Pero hay algunos privilegiados, los cuales han sabido dar tal unidad a su existencia, que han hecho de ella una obra completa. El cubano insigne que acaba de dejarnos, Manuel Sanguily, por su carácter y por sus actos, nos da ejemplo de cómo puede llegarse a tanta eminencia.

Poseyó los más variados talentos y la amplia ilustración que podía utilizarlos y realzarlos. Tuvo, prenda rara, firmeza de ánimo; y poseyó, como don natural, elocuencia flexible que sabía revestirse de todas las galas de la imaginación. Se mantuvo siempre erguido, sin que lo abatiera la adversidad, ni la prosperidad lo desvaneciera. Fué un hombre. Tuvo un alto ideal, y se dirigió sin vacilaciones por la ruta que le señalaba. Esa orientación nació de su patriotismo, núcleo fecundo de cuanto realizó como soldado, como orador, como literato, como político y como iluminador de conciencias.

Y por su parte, consigna Montoro, el que fué verbo elocuente del Partido Autonomista y conceptuado como uno de los más notables oradores de habla castellana, que

El mérito indiscutible, y la superioridad intelectual y moral de Manuel Sanguily, fueron siempre reconocidos y ensalzados, no sólo por sus amigos, sino por los adversarios dignos de serlo, aun en los días de mayor exacerbación de las pasiones políticas.

La elevación de su pensamiento y de su carácter atraíanle el respeto de cuantos le conocían, y el cariño de todos los que, con alguna intimidad, le trataban. Personificación eminente de los ideales que le llevaron, en los albores de su juventud, a la insurrección de 1868, nunca se avino a transacción alguna, cuando la vió honrosamente vencida. Mantúvose tan firme contra las exhortaciones que se le dirigían, como

contra sus amargos desengaños y el pesimismo que solía invadirlo. Fué el órgano vivo de la protesta y de la rebeldía, hasta en los momentos en que la pública opinión le era más desfavorable, mostrándose más inclinado a la política de atracción y de evolución pacífica y constitucional que sosteníamos los autonomistas. La austera consecuencia con que sustentaba íntegros sus ideales no arrastró nunca a Manuel Sanguily a esas ciegas animosidades, a esos odios irreflexivos contra las personas de sus adversarios, sólo por serlo, en que buscan sus estímulos e inspiraciones las inteligencias extraviadas o vulgares.

Orador elocuentísimo, de fascinadora brillantez, resplandeciente de imágenes, y palpitante de patriótica y avasalladora emoción, era, a la vez, razonador y crítico, realzando y ennobleciendo la energía del tribuno con la profundidad doctrinal del pensador. Polemista de formidable dialéctica, de múltiples y variados recursos, la ironía más punzante e intencionada aunábase en él a la argumentación más reñida y a la erudición siempre amena, que de tiempo en tiempo dejaban penetrar en el discurso las seducciones de la poesía. Como escritor, pocos le igualaron, sin que ninguno le superase. Dedicóse, con empeño, a los estudios históricos y literarios, y sus producciones sobre historia americana antigua y moderna y sobre literatura le conquistaron envidiable nombradía entre las personas competentes, dentro y fuera del país.

Como miembro de la Convención Constituyente y del Senado demostró una honrosa asiduidad y se elevó frecuentemente a las mayores alturas de la elocuencia. En el desempeño de las Secretarías de Estado y de Gobernación, interinamente en ésta, por largo tiempo en aquélla, reveló altas dotes de hombre de gobierno y de diplomático, marcando una huella memorable en los anales de la República. Íntegro y severo como pocos, distinguióse siempre, no obstante, por su urbanidad y cortesía, así como por la finura y elegancia de su porte. En la conversación, arte difícil, revelador de una superior cultura social, hízose famoso, y era solicitado por personas de todas edades y opiniones, con verdadera avidez. En suma, fué para mí, uno de esos hombres extraordinarios, templados en la caldeada atmósfera de las revoluciones y en la ardiente lucha de los partidos, pero formados en la meditación y en el estudio para las grandes obras del pensamiento y de la acción, en quienes se unen y conciertan las más variadas y aun opuestas aptitudes; personalidades múltiples y complejas que sólo aparecen en los grandes períodos de transformación social y recuerdan los días eternamente luminosos del Renacimiento y de la antigua Grecia.

CUBA CONTEMPORÁNEA, como un homenaje a la memoria del extinto, le consagra íntegramente este número, publicando un muy interesante artículo inédito suyo, y una selección de varios de



Manuel Sanguay

1849-1925

sus mejores trabajos entre aquellos que, por su relativa corta extensión, han sido preferidos con el fin de que, fuera de Cuba, puedan juzgar, quienes no las conozcan, el valor de sus producciones, proteicas en el fondo y de mérito casi igualado en la forma, ora se trate de discursos y conferencias, ora de cartas y artículos de periódicos, ora de estudios críticos y polémicas literarias.

La lectura de esos trabajos suyos, saturados de patriotismo los unos, concienzudos y serenos los otros, e impregnados todos de un gran amor a Cuba, nos hará admirar siempre a aquel que, además de ser un eximio cultivador de las letras, fué también un gran ciudadano, virtuoso, honrado y digno, pues como ha dicho acertadamente, con su estilo terso y elegante, otro de los pináculos de la mentalidad cubana, Antonio S. de Bustamante, refiriéndose a Sanguily en una cuartilla escrita con motivo de su fallecimiento,

demostró sin vacilaciones ni eclipses que en él tenía la firmeza de una roca, la más grande y más difícil de todas las virtudes republicanas, la probidad personal, con la que un hombre puede actuar en la vida pública sin que lo enfanguen directa o indirectamente epítetos y codicias, de que muchos no deben o no quieren librarse. Es una causa más para que todos veneren su memoria como un ejemplo y como un honor para la patria cubana.

MARIO GUIRAL MORENO.

OBSERVACIONES A LOS MAESTROS (*)



O pudiendo excusarme de decir, acerca de esta obra, algunas palabras que a guisa de prefacio me piden con insistencia su editor y su ordenador, haciéndome con ello mucha honra, me ha parecido de más utilidad —pues que ya conoce nuestro público a su erudito autor por otros trabajos de más alcance—, dirigirlas a los maestros que la usaren como pauta de sus lecciones, y reduciéndome a recomendarles la consulta o lectura de aquellos libros o publicaciones principales en que las materias de éste se tratan más al pormenor o dándoles mayor desenvolvimiento y donde encontrarán informes valiosos y noticias interesantes; así como apuntar también,

(*) Este trabajo fué escrito para servir de introducción al libro de Vidal Morales y Morales *Nociones de Historia de Cuba*, y aunque llegó a imprimirse, no apareció al frente de dicha obra porque su editor, el Sr. José López Rodríguez, pidió a Sanguily que modificara o suprimiera varios párrafos, y al negarse a ello el autor, manifestándole que de publicarse habría de ser tal cual lo había escrito, el impresor optó por no insertarlo como prefacio del libro. Enterado de este hecho, por habérselo oído referir a Sanguily un sábado del mes de enero de 1920, en una de las tertulias que se celebraban semanalmente en la casa del Sr. Domingo Figarola-Caneda, le pedí con insistencia al autor que me facilitara el original y la prueba de imprenta del mencionado trabajo, a lo que éste accedió, entregándome una semana después ambos documentos; y así pude sacar una copia del original, escrito de puño y letra de Sanguily, y marcar en él lo que el editor había suprimido en la prueba de imprenta. Al devolver al autor el original y la prueba, el día 24 de enero del mismo año, anunciándole el propósito de publicar dicho trabajo en CUBA CONTEMPORÁNEA, me pidió que no lo hiciera entonces, dejándolo para más adelante. Respetando este deseo, no fué publicado en vida del autor este trabajo, que conservé en mi poder con gran aprecio, esperando que llegara la oportunidad de darlo a conocer con su consentimiento; mas ahora, que la muerte ha segado la vida del insigne patricio e inolvidable amigo a quien todos lloramos, y como un homenaje póstumo al esclarecido escritor desaparecido, doy a la publicidad en las páginas de CUBA CONTEMPORÁNEA este excelente estudio de erudición y crítica, todavía inédito, habiendo señalado en el texto con letras cursiva la parte del mismo que el editor suprimió del original manuscrito, causa determinante de que no apareciera como proemio del libro para el cual fué escrito.—FRANCISCO G. DEL VALLE.

aunque no más que de pasada, otras indicaciones que acaso no huelguen. Como tal vez otra ninguna disciplina, ofrece la enseñanza de la historia patria, siquiera se dé a los niños que concurren a las escuelas primarias, ancho campo al ejercicio y cultivo de la inteligencia, al mismo tiempo que a la *elevación* moral de los alumnos. Una clase de esta especie, por elemental que fuere, se contrae a las cosas sociales—como la moral pública y privada, la agricultura, las leyes, los idiomas, los sentimientos y las pasiones, las razas, los edificios o construcciones de toda clase—, a cuanto, en una palabra, caracteriza a los grupos humanos organizados de alguna manera, que se llaman “sociedades”, distinguiéndolas unas de otras y promoviendo sus mudanzas respectivas, o sus cambios particualres y exclusivos, en la sucesión de los tiempos, que es lo que se conoce con el nombre de “historia”.

Y como tales modificaciones necesariamente obedecen, de igual modo que cuanto solicita o provoca la humana reflexión, a causas eficientes, toda sociedad cambia, lo mismo de ideas y sentimientos que de aspecto y organización, a virtud de leyes que determinan sus variaciones y destino en cada época de su vida.

Sostenía un gran pensador, con referencia al incontable número de las revoluciones de Italia, que todos los pueblos tienen “su filosofía de la historia” y entre otros sentidos que consiente, puede esa frase significar también que cada pueblo o país, si bien subordinado a las leyes generales que rigen la marcha o el desenvolvimiento de la humanidad, tiene un carácter suyo y un destino suyo en razón a las condiciones que le son peculiares; es decir, según su situación geográfica, su clima y producciones naturales, su comercio y otras mil circunstancias que en él concurren para determinarlo o ir modificando, a ocasiones sin sacudidas ni sangre, o entre convulsiones dolorosas, y siempre con esfuerzos y entre conflictos internos o exteriores, ora sordos y prolongados, ora violentos y breves, para decaer o mejorar, para su miseria o su fortuna.

Por lo mismo que en la Isla de Cuba han sobrevenido tantas y tan trascendentales vicisitudes para la raza humana—los indios, los africanos y los europeos de distintas cepas—, tiene ella su propia historia; quiere decir, que en ella han actuado, transformán-

dola sucesivamente, causas diferentes que al decidir de su desenvolvimiento, de su aspecto y condición, en épocas distintas, son al mismo tiempo la explicación de su vario destino.

Concordando sin duda con estas ideas enumera el autor de este libro en la *Introducción* las que llama "principales cuestiones", que—a su juicio—debe resolver una Historia de Cuba, y declara, en consecuencia, que ha de ser su objeto "la narración de los *sucesos más notables* ocurridos en esta isla, desde su descubrimiento hasta nuestros días, y *que fueron modificando la sociedad primitiva, y las nuevas sociedades, hasta alcanzar la organización actual.*" No me atrevería a sostener que haya dado cumplido remate a este juicioso propósito, ni soy yo, y menos en este lugar, el llamado propiamente a dilucidar este punto. Los "sucesos más notables" han sido, desde luego, consignados en las páginas de su libro, y hasta otros muchos que para el caso no había por qué haber registrado; pero la larga reseña, por lo mismo que es tan rica y tan nutrida, pudiera parecer y tal vez sea, a trechos, áspera, en razón a sus muchos incidentes, y por lo general demasiado descarnada. El maestro tiene delante, pues, una armazón de datos más o menos bien escogidos y ligados entre sí; algo semejante a los esqueletos cuyos huesos se sujetan con alambres para estudiar en ellos la estructura fundamental de animales o de hombres; y el niño, a su vez, tendrá a la vista una nomenclatura, quizás con exceso prolija y artificial; un tratado abundante en divisiones, subdivisiones, nombres y fechas, como si dijéramos la "anatomía", de la historia cubana. Para que el texto tal como está le sirva de auxiliar conveniente y útil, cúmplesle al Maestro resolver cuáles materiales del rico acervo debe confiar, según los casos, a la memoria de cada discípulo, y de qué otros le es dable prescindir con ventaja, a fin de economizarle tiempo y esfuerzo. Sobre todo ha de poner carne y sangre en la exposición, hacerla vivir y funcionar, animarla a punto que la árida nomenclatura se convierta en amena e instructiva *explicación*. Ocasiones le sobran a porrillo de introducir algo así como el *cuento*, la narración sencilla y animada, en que a par del relieve de los hechos por medio de sus circunstancias determinantes y características, procure que se desprendan por sí mismas las nociones

claras de las causas que los ocasionaron o produjeron; por donde serán las suyas verdaderas lecciones de "historia de Cuba", en toda la propiedad del concepto. Quien no interese y deleite a niños de diez a doce años al referirles debidamente la vida de Colón, sus ideas y sus planes, los conocimientos geográficos del tiempo, el estado de la España de los Reyes Católicos, los peligros de la navegación al través del océano, si es maestro poca tiene que ser su habilidad o ninguna su fortuna; y no domina como es necesario la materia quien en una lección, o en varias lecciones, sobre los siboneyes, *verbi gratia*, no encuentra modo apropiado para levantar con habilidad o maña el entendimiento de sus ávidos oyentes a una concepción suficiente de la etnografía, de las formas primordiales de las sociedades humanas y aún de la esencia o naturaleza general de la vida social; como, en caso contrario, para hacerles comprender las diversas formas que aquélla reviste en el espacio y en el tiempo, y así también los signos y los motivos de la superioridad de unos pueblos o razas sobre otros, le bastará comparar lo que eran en las distintas manifestaciones de su vida monótona los indios de estas Antillas con lo que eran los europeos cuando con ellos tropezaron al término del primer viaje de Colón. Con esto sólo que se les hiciera percibir con claridad, se darían cuenta de la fácil conquista y el exterminio de los aborígenes, de la actitud de un Las Casas y un Montesino, de las "encomiendas" y "repartimientos" y de la introducción de esclavos africanos; y así, poco a poco, por medios análogos, se les haría ver en definitiva, de qué modo causas conocidas, y que casi pueden tocarse con el dedo, hicieron a Cuba lo que fué durante la dominación española; pero que las fuerzas que más activamente decidieron sus mayores transformaciones, conjuntamente con su situación geográfica, su clima y la naturaleza de su suelo, fueron las condiciones de España y el *carácter* de sus hijos que a la larga ocasionaron la diversidad de *intereses*, comunes al principio y andando los tiempos encontrados, de la Metrópoli y la Colonia; por lo que si hubo cubanos que por fidelidad a aquélla hubieran sido capaces en 1763 de soñar en los crímenes más tremendos con tal de librarse de los ingleses conquistadores, a pesar de haber sido el breve gobierno de éstos más liberal y des-

ahogado que el de los vencidos y de incalculables beneficios para la general prosperidad de la tierra; ya, en cambio, desde 1850, apenas pasado un siglo, fué mucho mayor el número de los que preferían la extraña a la propia tradicional bandera, los que estuvieron resueltos a todo con tal de no seguir siendo súbditos de España y tras porfiadas y terribles luchas realizaron al fin sus tenaces anhelos.

Todo ello se encuentra compendiado en el texto que a veces, por noticia de más, resulta nimio y, por razones de menos, resulta obscuro; porque en el deseo de no excluir nada se ha conservado lo que sobraba impidiendo algunas explanaciones que eran convenientes u oportunas. *Así por ejemplo en la página 118, bajo el título de "Calamidades públicas" se recargará innecesariamente la memoria de los niños con la noticia de ciertos accidentes y desgracias ocasionales. Pudo a lo que entiendo mencionarse el terremoto ocurrido el año 1766 en Santiago de Cuba siquiera porque resultó herido su Gobernador, y ya que el mismo Tácito cuenta el derrumbe de una cueva por haber corrido serio peligro el emperador Tiberio; bien que para no dificultar la narración, en cuanto a lo principal, bastaba en una historia rápida como debe serlo ésta con haber consignado el hecho en una nota; mas no me es fácil comprender qué ventajas se alcanzan con decir en el texto mismo que el huracán de "Santa Teresa" causó grandes pérdidas en La Habana el día 15 del mes de agosto del año 1768; por que es de suponerse que en un país situado como lo está el nuestro en la zona de los ciclones tropicales, tienen que ser más o menos frecuentes semejantes fenómenos, y por ser como característicos o constitutivos era más oportuno referirse a ellos a tiempo de describir, antes de comenzar la narración de los acontecimientos, el escenario de nuestra historia, evitando por este medio el empedrar a cada momento con menudencias insignificantes el relato robándole la afluencia y la amenidad, sin que por ello sea menos difícil de comprender la sucesión de los hechos significativos, los únicos—a mi juicio—que con la debida trabazón deben exponerse en obras de la índole de ésta.*

En cambio, cualquier otro ejemplo evidencia el caso en que, por falta de espacio, ha tenido que decirse lo menos posible acer-

ca de importantes acaecimientos, como respecto a la "Expulsión de los jesuitas", pues que se advierte tan sólo que fué el Gobernador Bucarely el encargado de cumplir el Decreto en que dispuso Carlos III aquella medida sin que sepa el alumno por qué motivos la dictaron los Reyes y consintieron los mismos Papas o—lo que es lo mismo—quiénes eran, qué se proponían y qué daños causaron los jesuitas para merecer tales persecuciones y anatemas, y qué concepción acerca de la política y del gobierno había inspirado aquellas resoluciones supremas que no muy tarde hubieron de modificarse, aunque dejando tras sí fermentos de continuas luchas mezclados con gérmenes de mejor vida

Sin que entre en mi ánimo ni por asomos la intención de tildar y mucho menos de censurar, he de decir con franqueza que no me parece que sientan en lecciones como se contienen en este libro los calificativos de personas, que por ser más o menos exajeradas se prestan a la contradicción o la provocan; por lo que, aun con referencia a Don Luis de las Casas, me disuena que se diga que "sintió quebrantarse su salud preciosa" (pág. 131); y no encuentro procedente que a los comienzos del mando de Tacón ya se tenga a Saco por "gran estadista" (pág. 154) ni que tan a secas se diga, en un texto escrito para ciudadanos de una república, que "el General Vives dispuso una "prudente" protección a las Letras" (pág. 152). Y cito este caso, porque revela sin ninguna duda el prurito que he señalado de encerrar muchas cosas en poco espacio aun a trueque de sacrificar el interés de la narración y la claridad de las ideas. La frase es de Guiteras; pero en el texto de este escritor tiene justificación y sentido, pues que dice que "cuando Vives asumió la autoridad absoluta, sin embargo de los cuidados que le había dado en 1823 la libertad de la prensa", dispuso una "prudente" protección a las letras"... (Historia, tomo II, p. 315).

Y por si parecieren muy nimios estos reparos, he de decir que me he detenido en ellos para fundar mi recomendación de que han de ir con tiento los maestros como quieran emplear con provecho un libro en que por fuerza, siendo como es un extracto o compendio, ocurren frases análogas a las apuntadas, por haberse tomado de algún

otro texto suprimiendo los conceptos complementarios, esto es, alterándolas y oscureciéndolas.

No está de más, el advertir, ya que son indispensables en una obra escrita para niños, que hacen falta algunas notas donde se explique, en los lugares correspondientes, la significación de algunas palabras por necesidad empleadas y aun repetidas en el texto,—como bula, capitulaciones, Real Decreto y Real Cédula, la Trata, los Asientos, compañías y privilegios, monopolio y contrabando, juicios de residencia—, para que el Maestro supla en cada ocasión esta deficiencia que no se notara a no aparecer en las primeras páginas varias notas oportunas e interesantes de persona ilustrada y competente.

No obstante, hay que declarar no sólo que tales lunares no disminuyen el valor y la utilidad de este manual cronológicamente ordenado, y en que se coleccionan cuantos hechos puede el profesor aprovechar en su clase, sino que procede en justicia declarar también que una parte considerable de él—la que está comprendida desde el capítulo X hasta el final, y muy en especial los capítulos XII y XIV—es tan interesante como completa y nueva; y que sorprende agradablemente que en asuntos tan poco estudiados y conocidos, como son los referentes a interioridades de nuestras dos grandes guerras, si se percibe alguna equivocación carece siempre de importancia, aun comparándolas con otras, también mínimas, pero aún menos excusables por ocurrir en materias o períodos de mayor notoriedad. Considero, en efecto, de muy poca monta el asegurar que Céspedes, reorganizadas sus fuerzas después del encuentro casual de Yara, volvió a este poblado antes de acometer a Bayamo (p. 187),—cuando probablemente se quiso decir que estuvo en Barrancas, como es lo cierto,—y que aquel caudillo *ordenó* (p. 191) el incendio de Bayamo, ya que lo que hizo fué *consentirlo*. Sin ser tampoco de entidad, sería menos disculpable la aseveración de que el General Serrano “organizó los funerales” de D. José de la Luz Caballero (p. 177), siendo así que cuanto hizo el Capitán General fué tolerar la gran manifestación de duelo que se efectuó y enviar a un ayudante a que le representara durante las ceremonias del entierro; y es otro error de los que sin tener importancia, pudieron evitarse, el consignar en

párrafo especial, que siguieron a D. Domingo Del Monte, en la crítica literaria "hasta 1868" (p. 182), Enrique Piñeyro y Rafael M. Merchán; porque hasta aquella fecha no era Merchán conocido sino como redactor de *El Siglo*, de La Habana, donde sus artículos aparecían sin firma. Su primer opúsculo vino a la luz en Nueva York durante la guerra y era, como casi cuanto por entonces se escribía, de carácter político. Luego, sobre todo establecido ya en Colombia, empezó a dar a la stampa las correctísimas y notables críticas que coleccionó en valioso tomo, y otras más sucesivamente que circularon en folletos de mayor o menor volumen.

Pueden los maestros preferir, si les conviene, las divisiones adoptadas por otros historiadores de Cuba, ya que cabe asumir puntos de vista diferentes. Así dividen algunos su narración, según los mandos sucesivos de los Gobernadores y Capitanes Generales, de que no se ha desentendido el autor de este libro. Otros toman en cuenta—a más de las grandes épocas de descubrimiento y exploraciones, de conquista y colonización,—la primera organización, por los años de 1512 a 1513, del trabajo y de la propiedad territorial—corrales, haciendas comuneras, realengos, &c.;—las ordenanzas que fijaban la condición de los indios; la creación de las encomiendas y de la mita; el régimen administrativo y económico de las *villas*; el establecimiento de los municipios y sus vicisitudes; la introducción de esclavos africanos; los primeros ingenios de azúcar, y el origen y las atribuciones de la Capitanía General, hasta adquirir el carácter absoluto de 1825.

Como los maestros deben conocer con profundidad las materias que enseñan, y al respecto de la historia de Cuba formarse sus propios juicios con criterio independiente, para lo cual necesitan leer muchos libros, yo les recomendaría los que tengo por indispensables, ya como historias generales, ya como monografías, por diversos motivos y circunstancias. Por lo que hace a Cristóbal Colón y el descubrimiento, dejando a un lado los documentos publicados en algunas colecciones más o menos raras, y particularmente la de Navarrete que es fácil de encontrar a mano, saben los maestros que hay una biblioteca inmensa en que espigar; pero yo creo bastante con la *Historia del Nuevo Mundo* de Don Juan B.

Muñoz, entre los libros que pudiera llamar sin violencia antiguos, juntamente con la del Padre Las Casas; a condición, por de contado, de consultar los diversos trabajos de H. HARRISSE, como fuere posible; pero particularmente tres obras suyas,—*La vida de Colón* en dos tomos en francés, que tengo por fundamental y a que no han faltado plagiarios y bibliopiratas en España; el resumen crítico de 1892, también en francés, titulado *Cristóbal Colón ante la Historia*, y la más general que sacó a luz en inglés aquel mismo año, con el título de *El Descubrimiento de la América septentrional*, en que, entre multitud de curiosidades, se inserta la cronología de cien viajes al Oeste, concebidos, propuestos o realizados entre 1431 y 1504. En la misma fecha y coincidiendo con HARRISSE en muchos puntos publicó un libro muy sabio y de fácil lectura, Mr. JUSTIN WINSOR, Bibliotecario de la Universidad de Haward, y editor de la admirable colección en inglés que bajo el título de *Historia Narrativa y Crítica de América* contiene el más abundante caudal de noticias de todo género sobre este Continente, en ocho volúmenes, el II de los cuales se consagra a las exploraciones y establecimientos de los españoles hasta el siglo XVII, y el VIII contiene dos capítulos muy extensos y luminosos sobre las posesiones y colonias americanas de España. Es muy curioso el juicio que le merecen las fuentes para la historia de esta Isla, y más curiosa la sorprendente nota 4 de la página 272, en que se inserta aquél, porque en ella se pone de manifiesto la diligencia con que el autor se informa de cuanto se refiere a su asunto; sin embargo de que aparece mal escrito el nombre de Ambrosio Valiente. Y es muy recomendable el resumen o disgesto de la cronología de América que está al final del tomo y abraza un período que empieza en el siglo X antes de Cristo con las ideas geográficas de Homero y concluye en 1883 y 1887 en que se asienta la aparición de tomos de los historiadores Bancroft y Mc. Master y el anuncio de supuestos hallazgos prehistóricos en el Río Delaware, con lo que ya se colige la originalidad de esta lista cronológica, acaso única en su especie.

Antes de proseguir,—y previniendo que escribo de prisa, lejos de mis pocos libros y sin poder levantar la pluma a fin de consultar los ajenos, pues que el editor me da prisa para que acabe—,

conviene celebrar la discreción con que en este libro se hace referencia al lugar disputado en que yazgan las cenizas o restos de Colón, sobre lo cual se han escrito innumerables monografías. Puedo asegurar que las he leído todas, menos una, (el trabajo del francés Pinard, que nunca pude encontrar y de que supe por una nota¹ de uno de los libros de Bancroft, en que este eminente historiador se declara convencido por su lectura de que lo que queda de Cristóbal Colón está enterrado en la Catedral de Santo Domingo, como pretenden también los escritores de este país. No obstante, y aun cuando hubo un momento en que también lo creí, me han quedado profundas dudas. Acerca de este asunto entre tantos artículos y opúsculos como se han publicado, descuellan aún sobre los del mismo HARRISSE los dos de Don Emiliano Tejera, dominicano, y los dos de López Prieto, a quien siguió Don Manuel Colmeiro en su Informe a la Academia. Ambos autores citados representan las dos opiniones contrarias—que son las cenizas de Colón las encontradas en Santo Domingo el año de 1877; y que los verdaderos y auténticos restos son los que en 1795 se recogieron en una salvilla (que HARRISSE en alguna parte traduce “servilleta”) y trajo Aristizábal de Santo Domingo a La Habana para ser de nuevo casi un siglo después traspasadas a España. HARRISSE, a quien siguió Don José Güell y Renté,—o mejor, con cuyas conclusiones coincide el opúsculo de este distinguido cubano—adopta una posición intermedia, y sin embargo muy radical,—que no se sabe ni acaso se sepa nunca dónde reposan los despojos de Colón, y que ni puede probarse que fueron los traídos a La Habana ni tampoco los encontrados en Santo Domingo; como si fuera destino póstumo del Descubridor haber dejado tan grande huella de su alma en la historia y tan confusas memorias de su vida en el mundo!

En la necesidad de contener la pluma, he de ceñirme a recomendar algunas obras sobre asuntos especiales. En cuanto a los indios americanos bastan el tomo I de la colección de Winsor, y la obra en francés del Marqués de Nadaillac, *La América Prehistórica*, que no es más que una ampliación de otra suya más general de arqueología y paleontología, para saber lo suficiente sobre este asunto enredado y confuso de suyo. La nota de esta his-

toria que está a la página 30 y firma el autorizado Dr. C. de la Torre es un resumen de lo que puede hoy aceptarse acerca de este asunto, mientras nuevos datos no la contradigan. Todo parece inclinar el ánimo a la creencia de que en Cuba desembarcaban los *caribes*, de otra raza más fuerte que los siboneyes, y que probablemente procedían de la Tierra Firme; aunque no ha faltado quien los hiciera originarios de la Florida. Creo recordar que el historiador Milne Edwards es quien ha recogido esta versión. El nombre de *tainos* que se aplica a los siboneyes en la nota de la página 29, me parece que fué usada por primera vez como sinónimo de *manso* en la relación que, si no me engaña la memoria hubo de hacer para clasificar a los indios, por orden del rey, como si dijéramos el censo de los aborígenes, un licenciado Figueroa, de cuyo nombre ahora no me acuerdo, allá por los años de 1520; y en casi todos los libros extranjeros he visto la palabra *aruaco* escrita *arrawak*, como nombre probablemente de una rama de la familia a que pertencían los caribes isleños, que Hamy u otro antropólogo denomina *tupi-guarani*, o sea (salvo error) los indios *tupinangas* y *tupinamburos* tal vez, y los indios *guaranies*, nacidos todos ellos del mismo tronco plantado en época remota a orillas del Orinoco.

Hay muchos libros que consultar con provecho, o necesariamente, hasta el Gobierno de Tacón; pero, dejando a un lado el *Ensayo* de Humboldt (del cual no dijo Luz Caballero—como se sostiene en la página 134—que fué *un segundo descubridor de la Isla*; sino “*otro descubridor del Nuevo Mundo*”) y las crónicas de Arrate, de Valdés, y de Urrutia (a quienes llaman los “primitivos” historiadores, así como la obra interesante e instructiva que publicó en Madrid por el año 1876 Don Miguel Rodríguez Ferrer con el pomposo título de *Naturaleza y Civilización de la grandiosa Isla de Cuba*, el tomo I de la cual es lo más ordenado que haya aparecido hasta ahora sobre la geología, las antigüedades, la flora y la fauna de nuestro país, los libros que deben leer, y que sin duda leerán los maestros día y noche con tanto provecho como gusto, son, en primer lugar, la *Historia de la Isla de Cuba*, en cuatro volúmenes, por Don Jacobo de la Pezuela,—la mejor de todas—y la que en dos tomos imprimió en Nueva York en 1866

el sobrio Don Pedro J. Guiteras; pudiendo hacerlo, asimismo, con la *abreviada Historia* que el Dr. Emilio Blanchet hizo imprimir en Matanzas en 1902, y que tengo por tan copiosa de noticias como entretenida. Después, los materiales aparecen esparcidos.

Sobre los diferentes sucesos, o períodos posteriores a Tacón, abundan los folletos y las monografías. El Sr. Trelles, de Matanzas, ha publicado una relación de esas publicaciones en que creo que están las principales. De nuestras agitaciones políticas y guerreras hay muchas, suscritas por extranjeros y españoles (1).

Entre las de cubanos, bien por sus datos u otras condiciones, son las de más nota: los *Estudios Políticos*, Madrid, 1872, y *Cuba desde 1850 a 1873*, Madrid, 1873, de D. Carlos de Sedano, muy valiosos por sus datos y noticias; *Desde Yara hasta el Zanjón*, Habana, 1893, y *Cuba Independiente*, Habana 1900, de D. Enrique Collazo, y *A pie y descalzo*, creo que de 1893, de D. Ramón Roa, en que se refieren episodios o se narran rápidamente los sucesos culminantes de nuestras guerras, la primera y la última, con despejo en las unas y graciosa corrección en la otra; y la vida de Carlos Manuel de Céspedes por su hijo, realizada por numerosas cartas del gran rebelde. Otros actores prominentes en los sucesos de 1868 y 1895 han publicado asimismo apreciables opúsculos y documentos, como algunos folletos y el opúsculo *Convenio del Zanjón* del General Máximo Gómez, y el de Antonio Zambrana *La República Cubana*, que hasta el presente es lo único que da luz sobre los primeros pasos de los insurrectos de 1868 hasta el establecimiento de la República en Guáimaro. De todos estos ensayos los únicos, sin embargo, de subido valor literario, por su ordenación y estilo, son los que se deben a la pluma elegante

(1) De éstos, el primero que escribió fué Don Justo Zaragoza; pero su obra en dos tomos sobre las *Revoluciones de Cuba*, si bien obedece a un plan ordenado, no es digna de confianza por su apasionamiento y su estrecho y atrasado espíritu. Por el mismo estilo y muy inferior desde luego es el libro *Cuba contra España*, escrito teniendo al Camagüey como punto de vista, por Don Vicente García Verdugo. Aparte algunas memorias de Capitanes Generales, que se deben consultar con desconfianza y algunas de las cuales se publicaron para contradecir o desacreditar al antecesor en el mando,—deben mencionarse para que no se lean la torre de recortes sin sínéresis pegados unos tras otros que componen los enormes folios de Don Eleuterio Llofríu y Sagra y otros dos volúmenes del mismo jaez de un Sr. Soulere. Por el contraste merece consideración la obra publicada poco antes de morir por D. Antonio Pirala, en que se contienen datos de sumo precio, pero que sólo pueden quilatar en su exacto valor los que estén al cabo de las intimidades de nuestras revoluciones.

de D. Enrique Piñeyro, el uno, *Morales Lemus y la Revolución de Cuba*, Nueva York, 1871, pequeña obra maestra, donde se narran a veces con amarga ironía las famosas negociaciones del Secretario de Estado Norteamericano, Mr. Hamilton Fish con España por concertar la independencia de Cuba, y el otro, *Vida y escritos de Juan Clemente Zenea*, París, 1901, admirable composición en que la amistad apasionada se esfuerza en vindicar la triste memoria del poeta infortunado. D. José I. Rodríguez ha publicado las dos biografías de D. José de la Luz y del Padre Varela de verdadero mérito (2).

Respecto al período encerrado entre las dos grandes guerras, es el estudio más completo el que titulado *Desde el Zanjón hasta Baire* publicó en esta ciudad el año 1899, D. Luis Estévez y Romero, hoy Vicepresidente de la República. Con posterioridad han dado a la estampa el Sr. Fernando Figueredo, sus conferencias de Cayo Hueso sobre la revolución, algunas de ellas muy notables y dignas de crédito, y, con corta anterioridad el Dr. Vidal Morales y Morales su volumen acerca de los *Precursores y Primeros Mártires de la Revolución Cubana*, que es un venero donde a manos llenas pueden recogerse preciosísimas noticias y muy nutrida información. Ya su diligencia había prestado valiosos servicios a nuestra historia, a más de los que prestara continuamente a nuestras letras, con la publicación de los dos tomos de las *Obras de Don Francisco Arango y Parreño*, la impresión en 1893, en La Habana, del volumen de documentos sobre *Historia de la Esclavitud*, de José Antonio Saco, libros éstos que con los *Papeles sobre Cuba*, y la *Colección Póstuma* en que puso también mano el Dr. Vidal Morales, constituyen un verdadero tesoro de

(2) Recientemente ha aparecido otro libro suyo muy curioso que es como la historia de las ideas y proyectos de *Anexión* de Cuba a los Estados Unidos; aunque a este respecto hay dos libros americanos también recientes, el uno de Mr. J. H. Latané (*Relaciones diplomáticas de los Estados Unidos con Hispano-América*), y el otro de Mr. Morton Callahan (*Cuba y Relaciones internacionales*) muy completos, sobre todo el último, abundantísimo de datos del mayor interés. Sobre la guerra entre España y los Estados Unidos, son muy numerosas las obras publicadas por americanos, y por españoles muy escasas, y ninguna de ellas general; excepción de la compilación detestable de un tal Guerrero; aunque merecen consultarse los folletos de Concas y de Müller, los documentos justificativos de Cervera, los cinco tomos de Don Severo Gómez Núñez, y el estudio del Sr. Corzo, abogado de esta ciudad que se ensaña, a lo que le han objetado, contra el pobre Almirante, todos sobre el encuentro naval de Santiago de Cuba.

noticias y que nadie puede leer sin adquirir en ellos instrucción y sólida doctrina.

Si el General Miró y Argenter quisiera o pudiera reanudar pronto su interrumpida historia de las campañas de Maceo, y publicara las suyas el General Máximo Gómez, a tiempo que el hoy representante de Cuba en la República de México, hiciera lo propio con las de su ilustre padre, con el cual compartió glorias de la última guerra, como las compartiera Miró con el gran guerrero desplomado en San Pedro, tendríamos todos los elementos de que se han formado nuestro espíritu y nuestra historia,—la sabiduría de nuestros insignes publicistas, la abnegación de nuestros mártires queridos, y las hazañas de nuestros gloriosos héroes, en cuyas palabras y cuyas acciones deben inspirarse nuestros hijos, para amar esta patria, por su martirio y su grandeza conquistada; mientras nosotros, los que ya vamos envejeciendo, debemos gustar en sus libros y en la excelsa memoria de su vida, algunas gotas de la miel de antiguas ofrendas que no se hayan secado todavía y resbalen de sus altares casi abandonados—, siquiera para que, como bálsamo maravilloso, infundan en nuestra conciencia la fe en nosotros mismos y la confianza en la perpetuidad de nuestra obra común!

MANUEL SANGUILY.

Campamento "Columbia", septiembre 9 de 1903.

EL MONUMENTO A LOS ESTUDIANTES FUSILADOS

(DISCURSO PRONUNCIADO POR EL SR. MANUEL SANGUILY, EN EL
CIRCULO DE LA JUVENTUD LIBERAL, DE MATANZAS, EL 9 DE
ABRIL DE 1887.)

Señoras y señores:



PUEDO decir ahora, fundadamente, que como conozco a este selecto y generoso auditorio, no me sorprende su noble y afectuoso recibimiento la segunda vez que, por creer inexcusable ceder a la solicitud de tantos amigos y compatriotas, aparezco en esta tribuna; aun cuando vengo a ella en circunstancias acaso más difíciles para mí que la primera, aquella noche inefable para mi corazón e indeleble en mi agradecida memoria; pues que hoy debo, por la índole de esta fiesta fraternal, referirme a dolorosos y magnos sucesos, cuyo recuerdo aún está vivo y fresco en todo el país, y por mucho tiempo hará vibrar con indecible sonoridad las fibras más escondidas en el corazón de los cubanos; y, lo que sería más inmediatamente penoso para mi amor propio si tratándose de altísimos intereses fuese yo tan mezquino que tuviera en cuenta mi humilde persona, he de usar de la palabra después de oradores tan familiarizados con los secretos del arte, y cuando acabáis de oír tan nobles discursos con verdadera complacencia, con íntima emoción, y de aplaudirlos calurosamente con tanta justicia.

Vosotros también, y por motivos idénticos a los míos, me conocéis lo bastante para estar persuadidos de que teniendo, como tendré, muy en consideración las prescripciones más elementales

de discreción y de prudencia, no habré, sin embargo, ni aunque estuviera colocado en situación más grave que la presente, de abdicar mi propio criterio y de renunciar a mi decoro, delante de tanta gente, pues me creo incapaz, aquí o en cualquier parte, de administrar—en esta solemne comunión de palabras—con las hostias envenenadas de la mentira.

Se habla voluntariamente, al cabo; y en tal concepto no hay excusa para el hipócrita que fabrica moneda falsa; que quien tiene una fe y una idea se eleva a la condición del apostolado cuando, al producirse en público, sólo dice la verdad, siquiera amolde su expresión a las exigencias obligatorias de los tiempos, y nunca debe convertir en filtro ponzoñoso del error consciente, la santa eucaristía del pensamiento.

Pero, al mismo tiempo, considero lejos de mi ánimo la intención de proclamar ninguna doctrina política; separado de los partidos actuales, no pretendo propagar los principios de ninguno, ni aspiro tampoco a que se crea que yo inculco algún dogma político que guíe, como siniestro explorador, por los caminos tenebrosos de lo desconocido; que inquiete los ánimos y agite inútilmente la juventud briosa, siempre presta al sacrificio; que cubra el cielo con los negros cendales de la tormenta, envolviendo en angustiosas sombras la patria, y encienda torpemente, en la mano crispada de la Euménide, la antorcha fatídica de la desolación y de la muerte.

Si por mí fuera, y si a tanto alcanzaran mis fuerzas, sembraría de astros el camino que en su marcha sigue la humanidad; cubriría con alfombra de flores la áspera cuesta por donde, extenuado con el peso de su cruz, va subiendo el pueblo de Cuba; porque siento en mí ansia y preocupación en pro de la dignidad de mis paisanos y del bien y la prosperidad de mi patria, y por eso me atrevo en toda ocasión que juzgue oportuna a decir en alta voz lo que creo conveniente a su interés y su decoro. Estimo como nunca necesario ahora ilustrar las conciencias, definir y afirmar la noción precisa del derecho, levantar muy alta en la confusión de la hora presente—por encima del ruido del mercado, del vocerío de los intereses materiales, estrechos, egoístas y ciegos; del sofisma seductor, infecundo y enervante—el ideal que

enaltece, purifica y sostiene, cual faro bienhechor que, desde lejos, entre las sombras de la noche y los imponentes vaivenes de las ondas, alegra al nauta receloso con la amable y misteriosa lumbré de sus rayos de oro.

Me importa poco cualquier programa, cualquier doctrina, naturalmente modificables y pasajeros; porque lo que aprecio y tengo en más es el espíritu que fabrica y anima las instituciones. Invocando el nombre de la libertad suelen vivir juntos, como asociación mentirosa de lobos y corderos, los tiranos y sus esclavos; pero dadme hombres, y en todas partes veréis surgir con ellos, por virtud de su carácter, su celo y su fortaleza, la libertad y el derecho en su realidad y su sustancia; que no en balde se dice, y yo lo pienso con invencible melancolía, que en todas las latitudes los pueblos sólo tienen las instituciones que les cuadran y los gobiernos que se merecen.

Y en esta isla de Cuba, ¿no hay cierta manera de ser a que llaman liberal? ¿No existe una pomposa Constitución que habla de las libertades y derechos de los regnícolas? Y ¿acaso son felices? ¿Son todos verdaderos ciudadanos? ¿Es, por ventura, envidiable su suerte? ¿Siquiera es próspero este maravilloso territorio de España? El partido liberal cubano, precisamente el partido de las esperanzas más firmes en la nación, y de la fe más inmovible en la eficacia de su programa evolutivo, ha llenado el aire en estos mismos días con las notas plañideras de su órgano más autorizado en la prensa, y ha destilado gota a gota el más inconsolable desaliento, al punto de proclamar—y lo repito textualmente—que “no cabe situación más triste, por no decir vergonzosa.”

Con efecto, en Cuba hay una legislación muy rica y muy complicada—demasiado rica y demasiado complicada—, como si fuera eternamente verdad, en este caso más que en ninguno, aquella observación de los antiguos, cuando dijeron *corruptissima republica plurimæ leges*; pero—fuerza es confesarlo—aquí la ley envuelve al hombre como un hábito de hierro que lo asfixia o enerva. Dentro de él—como en los moldes de los *cheylas* o comprachicos—el sér humano se transforma en monstruo, degenera, se degrada, en una palabra; que tal parece que, entre nos-

otros, es preciso deformar hombres para los fines de siniestra política, como se deformaban para usos religiosos de la Capilla Sixtina y se deforman para otros usos más abominables en la podredumbre de Bizancio.

Aquí la existencia es un esfuerzo continuo, una lucha persistente y fatigosa entre el hijo de la tierra y el forastero, entre el país cubano y el gobierno, cual si hubiese el empeño tenaz y premeditado de que seamos siempre menores, perpetuamente incapaces, cuando no miserables siervos, la *perdutta gente*, los parias de la América latina!

Porque aquí ha faltado casi siempre lo más importante, lo único importante y necesario, los hombres, el pueblo cubano, uno, compacto y consciente de su derecho y de su fuerza; y por eso, y solamente por eso, habrá en la isla muchas leyes, infinitas leyes, pero habrá también mandarines sin cuento; habrá algo que se llame la Constitución, pero habrá también algo que sea la arbitrariedad triunfante; habrá... esto, lo que es, lo que estamos viendo: un estado social horrible, la paz armada del gobierno y la guerra mansa de la población; las calles desempedradas, y las almas decaídas, la miseria, la anarquía, la corrupción, el bandolerismo; la brutalidad arriba, la indignidad por todas partes; las plagas mosaicas, en otra forma, si queréis, mas consumiéndonos y aniquilándonos; situación odiosa, insostenible, realmente intolerable, en que los hombres que tengan la desgracia de pensar y de sentir por sí y por los otros vivirán atormentados en la amarga contemplación de este período tristísimo en que se acenúa el inconcebible dualismo de nuestra organización social: una población dividida en dos bandos hostiles bajo la torva mirada del hambre: el uno complaciéndose en dominar sobre ruinas: el otro resignado a su anulación y su desastre.

Por tales motivos debiera ser la divisa de nuestro patriotismo aquella frase magnífica del sacerdote: *sursum corda*; elevar el corazón de nuestro pueblo a la altura de su derecho, levantar su espíritu hasta la clara conciencia de su significación y su personalidad!

Y ninguna ocasión más propia que ésta para tan nobles propósitos, al recordar la fecha luctuosa en que a la pálida luz de

moribunda tarde pudo contemplar el mundo, sobrecogido de espanto, a qué horrores arrastran el loco fanatismo y la torpe obsecación, y qué vergüenzas se consienten cuando el miedo oscurece en las almas la noción viril de la dignidad y del derecho (1).

Mas, ¿será cierto, tal vez, que se comete una imprudencia innecesaria, que únicamente se realiza un acto pueril y temerario rememorando, siquiera sólo sea para fines levantados de justicia-reparación, los hechos que, en su enlace e influencia, constituyeron toda la vida de este pueblo durante extenso período y que, por la misma causa, son el fundamento de la vida actual de esta sociedad?

Creo firmemente que no puede pensarse ni una cosa ni otra: en actos como éste, no hay más que el cumplimiento de un deber, no por tardío menos necesario; de un deber que lo mismo que a todos los cubanos se impone a todos los españoles. ¿A título de qué, a nombre de quién podría nadie negarlo? No hay al presente—me complazco en figurármelo—un solo peninsular honrado y digno en la Isla de Cuba, que no respete y aplauda, desde el fondo de su corazón, obra tan noble y tan generosa como la que ocasiona nuestra reunión de esta noche. Hasta el mismo diario *La Voz de Cuba* (2) ha declarado, no hace mucho, que está dispuesto a contribuir al proyecto de erección de un mausoleo (3).

Si, ya que de un cimen se trata, vivieren todavía algunos o muchos de sus perpetradores, no ha de detenerse por cierto la reparación del delito por cobarde consideración a los culpables; la justicia, en el emblema profundo de la antigüedad, lleva una venda sobre los ojos para no ver la fuerza de los criminales; dispone de una balanza para pesar sus culpas, y empuña la espada que debe castigar al delincuente y proteger a la inocencia.

Empero el tiempo no ha corrido inútilmente: pasó por sobre la hoguera de tantas encendidas pasiones, y apenas si quedan ya las frías cenizas. Las víctimas inmoladas, hoy son un montón

(1) Refiérese al fusilamiento de ocho estudiantes de medicina, por la milicia voluntaria de la ciudad de La Habana, el 27 de noviembre de 1871.

(2) Diario político, órgano de la intransigencia española y uno de los que más contribuyó con sus exhortaciones a la consumación del crimen.

(3) El monumento, concebido por el doctor Fermín Valdés Domínguez.

de huesos nada más. Los mismos victimarios han ido por fuerza cayendo también. Los que vivieren aún—si alguno vive—recordarán sin duda con melancólico horror, o con secreto y punzador remordimiento, una hora de delirio incomparable que todos ellos quisieran borrar de la memoria humana; aunque habrán de reconocer, desolados, con la misma amargura de Lady Macbeth, que la sangre del crimen que mancha la mano del asesino no se lava ni con todas las aguas del océano.

¿Qué resta ahora de aquella conmovedora y sangrienta tragedia?

¡Ah!, de vez en cuando, se oye hablar de alguna enflaquecida y triste mujer que vive siempre encerrada en su casa, envuelta en negras tocas y con el cabello blanco; y se tropieza en la calle con algún enlutado de faz severa, encorvado, más que por los años, por dolor sin nombre, que pasa sombrío, sin mirar a nadie, como si por existir entre los hombres guardara rencor profundo a su cruel destino que lo conserva vivo, cual espectro de sí mismo, cuando él siente, desde hace tiempo, que está muerto.

En cambio, nadie podría señalar a los culpables. Acaso realmente todos hayan pasado ya, y, como sus víctimas, sólo sean puñados de polvo vano... Por eso entiendo que a nadie, que a nada legítimamente respetable se hiere ni maltrata, maldiciendo hoy, como ayer, y como siempre, el crimen infame y a sus infames autores.

Ningún vivo, por consecuencia, tiene el derecho de interrumpir estas legítimas, inexcusables manifestaciones del sentimiento con inoportunos clamores. Sería para él una ignominia, y, por otra parte, ¿a quién representaría? Porque los culpables no tienen el derecho de protestar siquiera; porque los culpables tampoco existen—¿dónde están?—; pero si sobrevive alguno todavía, y se revelase en el rugido de su cólera antigua no domada, él mismo se habría denunciado para que la ley restaurada castigase en su persona el delito impune, o—en caso de que ante la ley positiva hubiera prescrito la horrible culpa—cayese sobre su cabeza la execración universal.

Por suerte nadie puede interrumpir, nadie interrumpirá la obra nobilísima de la piedad popular. En la desierta escena no

aparecen los protagonistas del trágico poema de unas horas, y así de ellos podemos hablar en alta voz, con el acento sereno de la Historia, nosotros los que, más afortunados, no tenemos en este momento—como los padres vivos todavía, como las madres vivas todavía—el corazón seco amortajado en sudario sanguinoso y transformado en ataúd donde para siempre yacen—a modo de cadáveres del alma—la alegría y la esperanza.

Un pesar tan hondo, tan viejo y tan amargo no tiene siquiera el consuelo de soñar, como creyó la más venerada de las mujeres, que el hijo adorado saldrá algún día de la fosa, vencedor del tiempo y de la muerte!... pero no, señores, que, como en Cristo, cuya pasión y cuya inmortalidad celebra la iglesia católica en esta santa semana (4), la piedad y el amor obrarán una vez más sus infinitos milagros sobre la tierra; estáis palpándolo aquí y ahora mismo: un pueblo entero da vida perdurable a los que sufrieron el martirio, alza del fondo de la huesa, radiosos e inmaculados, a los que fueron víctimas propiciatorias en las aras de la patria.

Ellos merecen esta póstuma consagración. Un discípulo, un compañero amoroso de los mártires, mártir a su vez de las violencias del presidio, y en cuyo honor se celebra esta fiesta, acaba de patentizar su inocencia (5). Por su diligencia, por virtud de las pruebas que obtuvo su cariñoso celo, antes que ningún tribunal oficial, sin necesidad de ningún tribunal oficial, y casando odioso veredicto, ha fallado y ha absuelto la conciencia pública. Estaban absueltos desde el primer día, y no debieron caer bajo el rigor de tan tremendo sino; pero su dolor mismo, sus angustias mortales, su terrible agonía, su inmolación horrorosa, su inocente sangre... han hecho derramar copioso llanto, han encendido el aborrecimiento al crimen y a la injusticia, han contribuido a despertar el adormecido sentimiento cubano, han tejido la urdimbre de nuestros nervios para que el corazón de este pueblo palpitará a impulso de la misma emoción profunda; han hecho más: han unido en nuestro espíritu, como soldados en apretado abrazo, el

(4) Se pronunció esta oración el Sábado de Gloria de 1887.

(5) El Dr. Fermín Valdés Domínguez, autor del folleto *El 27 de Noviembre de 1871*, en que demostró la inocencia de sus compañeros muertos o condenados como él a presidio.

sentimiento de la justicia con el sentimiento de la patria, pues que padecieron persecución y muerte porque eran cubanos, y porque fueron inocentes han hecho odiosos a sus perseguidores y verdugos.

Lo que ninguna fórmula política había podido realizar en este suelo, ellos—muriendo—lo han realizado: la concordia de los hombres honrados en el respeto y la aspiración de la justicia; la unificación de los cubanos en el amor a su tierra nativa, que—en la persona, en el dercho y en la vida de aquellos compatriotas—fué un día ultrajada y sacrificada.

Aquel fué un momento único, fué aquella una hora horrible y trisísima: una ciudad entera, una ciudad muy grande y populosa, permaneció muda, se mantuvo quieta, y en tanto, un puñado de hombres pudo regocijarse en la matanza... Culpable fué la ciudad, abyecta y ruin, en frente de aquel montón de foragidos!

Ella debiera erigir a sus expensas el mausoleo de las víctimas, a modo de columna infame que perpetuara en mármol negro su arrepentimiento sincero por aquella funesta cobardía, a la vez que recordara a las futuras generaciones que un día aciago, en un gran emporio comercial, bajo las banderas consulares de todas las naciones civilizadas, entre doscientos mil, más de doscientos mil habitantes, no hubo hombres que supiesen morir por la justicia y por la honra... no hubo más que bestias enfurecidas revolcándose en la sangre... y espectadores miserables!

El crimen fué, por tanto, universal; que en ciertas circunstancias es lo mismo que matar permanecer inmóvil delante del que mata. Por eso, si me preguntaseis quién fué el criminal, respondería sin vacilar: el único delincuente fué la obra de la tiranía, fué esa desgraciada población, amamantada a sus venenosos pechos, y crecida en la impureza como la antigua Nínive, o la inmensa Babilonia de los sátrapas.

Y sin embargo, señores, cuando pienso en aquel trance supremo, en que mi pobre ciudad natal iba a cubrirse de luto y de vergüenza, y evoco, todavía conmovido, al cabo de tantos años, el instante decisivo—aquella fúnebre comitiva dirigiéndose al lugar del sacrificio horrendo; y se me aparece, en toda su satánica grandeza, el inmenso y lúgubre cuadro, tenebroso y confuso, como

el *Jucio Final* de Miguel Angel, más palpitante de múltiple vida, bajo las invisibles alas de la muerte, que se cernía como buitres hambrientos encima de la ciudad aterrada; y oigo, sacudido el corazón violentamente, el lento redoblar del atambor horrísono, el solemne rumor de tantas voces, el ruido sordo o espantoso de las humanas iras desenfrenadas y omnipotentes; y me figuro estar viendo la masa de gentes, satisfecha y triunfante, moviéndose rítmica o tumultuariamente, y siniestras relumbrar las relampagueantes bayonetas, de entre las cuales se destaca—interesante, doloroso y sereno, como una escultura de alabastro vivo—el grupo infeliz y adorable de pálidos adolescentes, acompañados a distancia por sacerdotes que empuñan a Cristo en la diestra alzada; ocho míseros, inocentes niños (6) que miraban al mundo por última vez y recibían del mundo una postrera impresión de iniquidad y de horror, producida por la protervia de los hombres—¡ah!... entonces no pienso, no, en que en aquella hora fatídica acaso estaba muerto el Dios de los buenos, pues no fulminó el rayo tremendo de su provocada cólera;... pienso sólo, con desaliento profundo, en que no se oyó—como intervención necesaria y sublime de la justicia humana—la metralla de los cañones nacionales, imponiendo inexorables, a nombre de la verdad, de la ley y de la civilización, con el castigo inmediato de los malvados, la enérgica consagración del derecho y la vindicación majestuosa de la honra de España!

Tened por seguro que yo no pretendo denigrar a los españoles, ni a la nación española; que si españoles fueron los sacrificadores, en razón y derecho no deben, ni pueden ellos representar legítimamente a España. No pretendo tampoco, ni con mucho, atacar a tan deshora e inútilmente, por lo mismo, a aquellos voluntarios de La Habana, a ese grupo desordenado de la milicia urbana, sin carácter legal, sin autoridad legítima, que sobreponiéndose acaso al interés supremo y la suprema dignidad de su nación, gritando ¡Viva España!, en el enardecimiento de feroz e inexplicable locura, creyeron representar cumplidamente al Estado, subvertido y anulado por sus mismas bayonetas, y a la nación, que entonces estaba demasiado lejos, y cuando sólo se re-

(6) La menor de las víctimas sólo contaba diez y seis años de edad.

presentaban a sí propios, en la orgía de su delirio, en aquel consorcio inhumano de la pasión y del error. Ellos fueron engañados, fueron exaltados; se les arrastró en el siniestro resplandor de deslumbrante quimera, se les condujo, como de la mano, merced a la sugestión hipnótica de una idea sangrienta, la idea calumniosa de que se había mancillado la sagrada tumba de sus muertos (7), a ese estado cerebral que no dura más que un momento, pero que produce con rapidez vertiginosa más estragos que las aguas tempestuosas y más horrores que la lava de los volcanes; ese estado cerebral que es la noche del espíritu humano, en cuya sombra espesa y temerosa el pretoriano de la Roma antigua arrastra por el lodo el cadáver pisoteado del César, el genízaro musulmán ensangrienta y estremece de pavor las calles de Constantinopla, el jacobino, funde en un minuto con el fuego de su rabioso fanatismo la corona secular de los reyes de Francia, y el comunero de París enciende gigantesca hoguera con los palacios erigidos por el arte, a cuya irradiación abominable se espanta la civilización amenazada, duda del porvenir la ciencia, y llega a temer la pavorosa fantasía el naufragio definitivo de la razón en el tremendo Apocalipsis de la barbarie!

El hombre ciego de pasión, la multitud furiosa, se encuentran por doquiera y surgen, a menudo, como espuma de las tormentas, en las crisis sociales, y nadie, racionalmente, puede encarnar en ellos a una nación o a una raza. Las razas y los pueblos tienen símbolos más propios y más nobles... Si queréis el símbolo de Cuba, en el regazo de la paz, recordad a Arango, al Padre Varela, a Luz Caballero; en la hora de lucha contra extranjeros invasores, a cualquiera de nuestros valerosos campesinos que junto a las fuerzas del gobierno combatió al arma blanca en las faldas del Castillo del Príncipe, por España y por su patria; y en los tiempos borrascosos en que creyó necesario nuestra altivez guerrear sin tregua, en el seno de nuestra misma familia,

(7) Don Gonzalo Castañón, fundador de *La Voz de Cuba*, que murió en una riña con un cubano en Key West. Se dijo que los estudiantes habían profanado su sepulcro, y bastó esta aseveración calumniosa para que las turbas ebrias y armadas se impusieran a las autoridades haciéndolas instrumentos de sus salvajes iras. También se dijo que el Gobernador Político quiso explotar la situación exigiendo a los padres de algunas víctimas crecidas sumas para el rescate de sus hijos.

pensad en aquel nuestro primer rebelde (8), que por tener en sus venas sangre de león, prefirió el suicidio a la coyunda; o en aquel egregio Agramonte desplomándose como un coloso entre el humo y fragor de la batalla.

Y España, que ha sembrado los Continentes del planeta de huesos de tantos héroes, la España de la cultura y de la virtud, tuvo sus símbolos magníficos en aquel drama del 27 de Noviembre, fulgente timbre de gloria inmortal que es, en aquella tiniebla, como iris de esperanza y de consuelo extendido sobre la ceñuda faz de la Medusa, en cuya frente arrugada y sombría se retuercen y silban las sierpes infernales; que mientras la turba fiera envilecía a su nación y su gobierno; entre tanta gente indiferente o aterrada y cobarde; de viejos generales encarcelados, mirando con indecible expresión de despecho e impotencia la alborotada marejada del motín; de un gobernador, víctima también de su propia ligereza, silbado y conducido a su descrédito, por torpe, o codicioso e inicuo; de un tribunal sin entereza ni independencia, más semejante a una junta de siervos sumisos que a augusta asamblea de jueces; de periodistas amedrentados, o indignos y mentirosos, enardeciendo con hipócritas frases las encrespadas pasiones del populacho; del representante de la autoridad suprema, prostituyéndose a la bárbara soldadesca como vil rodona; en aquel universal desquiciamiento, cuando en hombros de ebria e indisciplinada muchedumbre, que arrastraba a la razón y al derecho como trofeos de fácil victoria, habíase alzado la insania proclamando espumante como única ley el acero del crimen, y entre españoles impasibles o complacientes con la ensoberbecida rebeldía del tumulto, y cubanos aterrorizados; en aquel espantoso cataclismo moral, en que los hombres se refugiaban en su miserable egoísmo y las pobres mujeres se refugiaban en su fervorosa oración; cuando parecía que la conciencia humana había sufrido un eclipse total, por encima de los aullidos de los unos y de los lamentos de los otros, oyóse la voz vibrante, enérgica, sublime de un hombre extraordinario, el único que aceptaba heroicamente el sacrificio antes que enmudecer en aquella bacanal

(8) Alúdese a Carlos Manuel de Céspedes, el primero que enarboló la bandera de la Independencia en Yara, y que se suicidó viéndose estrechado por el enemigo.

de la plebe, en honra y para gloria de España!... Aquel hombre generoso, que mi justificación y mi entusiasmo transforman en luciente arcángel que empuña en la diestra flamígera espada, surge admirable e imponente de entre la ignominia de la ciudad maldita. Era un militar español, el defensor de los niños; y al protestar indignado y valeroso, ofreciéndose en holocausto a la ley, a la justicia y a la patria, supo el capitán Capdevila (9) salvar del oprobio a su nación, y encarnó en su magnánimo corazón de soldado, de patriota y de hombre cuanto noble hay en la raza española, y cuanto grande hay en la humana estirpe.

Diez y seis años han transcurrido desde entonces, y si pudieran juntarse de un golpe las lágrimas que hizo derramar la catástrofe, bastarían a borrar las culpas todas del pueblo cubano, unificado y redimido por el bendito riego del llanto inconsolable de esas madres, que siempre arrodilladas, en la mística visión de su dolor, al alzar juntas las huesosas manos en religiosa plegaria, parecen pedir al cielo los divinos dones de su misericordia para la patria infortunada de sus hijos; y si por caso más allá del insondable firmamento hay un espíritu infinitamente bueno que rige los destinos de los pueblos, él tendrá al cabo piedad de nosotros, inspirándonos con su aliento la fe, la rectitud y la fortaleza.

Estamos recorriendo un período transitorio en que la duda, la desconfianza y el escepticismo paralizan el esfuerzo y abaten el corazón desalentado... Necesitamos para proseguir la ruta una insignia que nos una y que nos guíe... No es esa bandera que en esta isla un partido que se jacta de ser exclusivamente nacional agita con violencia contra el rostro de los cubanos en amenaza de desheredación o de muerte... no es tampoco esa solitaria estrella que sumergida en inmenso charco de sangre, lanza al espacio el tibio y amoroso azul de su postrer destello, como una pupila moribunda... Ahora mismo me parece ver flotando en esta sala la insignia de los cubanos. No miro ya en el resuelto defensor de la querida memoria de los mártires, al compañero

(9) Don Federico Capdevila, natural de Cataluña, capitán del ejército español, designado para defensor de las presuntas víctimas, impugnó con energía el dictamen del fiscal, calificando de sediciosos a los voluntarios, achacando aquel desorden a la embriaguez, y exhortando a sus compañeros de tribunal a morir asesinados por los amotinados antes que hacerse solidarios de tamaña infamia.

que mantiene su derecho y su inocencia; porque sólo contemplo aquí, envuelto en luz, al presidiario cubano (10) vestido del burdo uniforme, extenuado por el trabajo forzado de las canteras, ceñido al maltratado cuerpo el triple ramal de su cadena, que apaleado se yergue, sin embargo, brioso y sonriente, agitando en la desgarrada mano, como una bandera, el crespón de nuestro duelo que no sé si, representando la injusticia empedernida, representa también la última nube de una tormenta pasada, o la primera nube de una tormenta futura; pero estoy seguro de que es un símbolo, el símbolo del presente; equivale a un clamor inmenso, la voz de un pueblo que pide la salud y la honra por la eficacia de la ley; un pueblo entero que pide justicia, la paz de la justicia, y que, al borde del abismo formidable, invoca a los hombres... porque teme, si los hombres no responden, si Dios no existe, oír los consejos de la desesperación, o caer envuelto para siempre en el sudario de su tumba!

(10) De los cuarenta y cinco estudiantes acusados de sacrílegos, ocho fueron pasados por las armas; doce condenados a seis años de presidio; diez y nueve a cuatro años; cuatro a seis meses de reclusión y dos absueltos.

PIÑEYRO Y SCHERER (*)



XAMINANDO hace poco, desde un semanario de esta ciudad, el estimado amigo mío que habitualmente firma sus escritos con el pseudónimo de *Justo de Lara*, la obra reciente de Mr. Octave Gréard acerca de la vida moral, religiosa y literaria de Edmond Schérer, recordaba que la primera vez que leyó un tomo de este insigne crítico francés “lo que más hubo de sorprenderle” fué “la *curiosa semejanza*” que creyó encontrar entre un estudio suyo sobre Mad. Roland “y una conferencia, de *fecha posterior, y también sobre la Roland*, del crítico cubano Don Enrique Piñeyro.”

Hallándose ausente de Cuba el señor Piñeyro, ligándome a él antigua y sincera amistad y disintiendo de la opinión que de esa manera se echaba a volar, tuve por oportuno, natural y necesario, oponer reparos a una reticencia que me pareció impropio y apasionada, y por eso expuse algunas observaciones en el último número de la *Revista Cubana*, correspondiente al mes de noviembre. *Justo de Lara* replica, “siquiera para que nadie piense que deliberadamente ha cometido una injusticia”; y sin embargo del afecto que me profesa y de algunos elogios que por lo mismo no debo tomar en sentido irónico, no podría yo asegurar que me trata con todo el cariño que él me merece; pero es, desde luego, evidente que en su escrito pretende ostentar desdén por el Sr. Piñeyro, tan imposible que, al cabo, sin dejar de ser desafecto y hasta enconado, le fuerza en cambio a incurrir en contradicciones.

(*) Artículo publicado en el diario *El País*, de La Habana, edición correspondiente al día 16 de diciembre de 1890.

Supone que la especie que lanzara contra Piñeyro fué “una de las tantas observaciones sin trascendencia que se escriben en los periódicos” y declara que si no le quitaron el sueño problemas literarios relativos a Lope de Vega, o Rioja, o Shakespeare, *mal iba a importarle mucho* que el Sr. Piñeyro “pudiera haberse permitido meter su hoz en mies ajena.” Como se ve, la *observación sin trascendencia* era nada menos que una inculpación de plagio que se le hacía al Sr. Piñeyro y que daba al traste con su probidad literaria, y es para mí sorprendente a más de lamentable novedad que *Justo de Lara* piense que estas cosas puedan hacerse sin que nos quiten el sueño, o, por lo menos, sin que sepamos que deberían quitarnos siquiera algunos instantes del sueño. Quien obedece a deseos de no parecer injusto tiene que comprender y respetar el deseo de no parecer plagiarlo. En este caso entiendo que ha de estar el Sr. Piñeyro y por eso cuidé de protestar cortésmente contra una apreciación, si ligera, sin duda porque se hizo en un artículo trazado al correr de la pluma, como lo advierte su propio autor, no por eso menos dañina.

Difícil sería probar, aun disponiendo de tantos recursos como *Justo de Lara*, que viniera a cuento, al ocuparse en un libro sobre Schérer, el recuerdo del parecido de uno de sus artículos con una conferencia de Piñeyro; a menos que se abrigara la intención de aprovechar el momento para llamarle plagiarlo, para decir que *se permitió meter su hoz en mies ajena*, y tanto es así que el mismo *Justo de Lara* después de un esfuerzo por demostrar la tesis que planteó sin necesidad justificada, preguntando si, en resumen, hay curiosa semejanza entre los dos trabajos, se contesta: “creo que sí, y esto es lo único que me interesaba dejar consignado.” Por cierto que junta en aquella pregunta cosas muy diversas; porque no es lo mismo—como parece que él lo piensa—la curiosa semejanza de la primera cláusula, que la coincidencia a que se refiere la segunda; no es lo mismo decir: “hay semejanza curiosa entre los dos trabajos”, que decir: “coinciden ambos en frases y apreciaciones.” Esa semejanza, sólo puede ser curiosa cuando se quiere que la coincidencia no sea puramente accidental y como inconsciente; para cuyo efecto se cuidó con-

signar que la conferencia era, respecto del trabajo de Schérer, de *fecha posterior*.

Quienquiera que lea con ánimo sereno la réplica aludida, ha de reconocer que no es precisamente benevolencia o simpatía lo que siente por Piñeyro el displicente *Justo de Lara*, que ha llegado, en su despego por los hombres y las cosas, al feliz estado de un alemán que, a propósito de "la cuestión de Alsacia", pensaba sólo en los microbios, porque creía que "no hay nada más grave que ellos en el mundo." La ocurrencia tiene tanta gracia como poca verdad, pues que o se tienen microbios en el cuerpo y entonces esa situación para el individuo infestado, es lo más grave de este mundo, o se siente curiosidad por los microbios y entonces no veo por qué no sentirla o no dejar que otros con el mismo título la sientan también por "la cuestión de Alsacia"; pues que en puridad todo en el Universo es sorprendente, por aquello de que está en todo él lo que Mathew Arnold denominaba "el poder que no es nosotros" (*a Power, not ourselves*); de que Dios, para llamarlo de algún modo, vive en lo grande y en lo pequeño, en el bacilus y en la estrella (*Maximum et in minimum Deus*); al punto de que cuando nada hubiera en el indefinido espacio digno de admiración, debería serlo en último caso nuestra bienaventurada indiferencia. Y si por una parte no quiso mi estimado amigo ser injusto con Piñeyro, y por la otra piensa que su discurso "no es obra tan extraordinaria para hacerle creer a nadie que hace algo de importancia cuando lo menciona de paso" ¿por qué no obstante se acordó de él? ¿No sería porque precisamente creía importante, no el hacerlo de paso; sino el encontrarlo que era un plagio, aunque sólo fuera y por lo mismo que era de paso?

Yo respeto los sentimientos que a *Justo de Lara* o cualquiera persona le inspire el Sr. Piñeyro, aun cuando sean opuestos a los míos; pero respeto también los que el Sr. Piñeyro me inspira, y a despecho de la pena que me causa el verme en desacuerdo con los demás, y en particular con amigos míos, debo hacerlos valer en defensa de lo que tengo por justo siquiera se les considere como "amor y admiración" del *muchacho* por "sus maestros del colegio", conservados como por milagro en tiempos glaciales

de escepticismo merced únicamente a simplicidad de mi espíritu; por más que he procurado lo mejor que he podido razonar siempre mi estimación por los demás hombres, como ya San Pablo lo había recomendado a los fieles que lo hicieran, aun tratándose de Dios mismo: *rationabile sit obsequium vestrum*; por cuya circunstancia no he querido ni podido atribuir el atropello de mi amigo *Justo de Lara*, a quien por conocerle tengo en concepto de hombre incapaz de pequeñeces, sino a un delirio de su pluma o una ofuscación pasajera de su ánimo; como atribuyo ahora su propósito de mantener sus aserciones, impulsado por amor propio ciertamente muy humano, el que quiera desconocer, pues que para él como para mí todo es relativo, que efectivamente el discurso de Piñeyro de que se trata, en cualquier centro o sociedad literaria de Europa o de América donde lo hubiera pronunciado, sobre todo como lo pronunció en Guanabacoa, o como pronunció en la Caridad del Cerro su otra conferencia sobre el *Dante* y la *Divina Comedia*, hubiera parecido, sin duda de ningún género, una obra de tribuna digna del aplauso más caluroso, y que es, especialmente en Cuba, un discurso *extraordinario*, es decir, que sale de lo común y corriente, que es muy bueno en sí mismo y, comparado con otros, de los mejores que aquí se hayan hecho. ¿Conoce *Justo de Lara* media docena que le superen, desde que hay cubanos que pronuncien discursos?

Empeñado ya *Justo de Lara* en probar que tuvo razón cuando afirmó que Piñeyro plagió el estudio de Schérer, se decide a poner en cotejo párrafos de ambas composiciones, buscando la confirmación de su juicio en "las apreciaciones, las conjeturas, los juicios *iguales de uno y otro crítico*." Pero ¿ha logrado su deseo? Siquiera tenga que ser prolijo voy a demostrar lo contrario; sin usar de otros párrafos de ambos escritores que los mismos que *Justo de Lara* escogió para sus concordancias.

Pero Roland, por su parte, tenía un retrato de Buzot, del cual habla en una de las cartas que se han encontrado. Lo llevaba sobre su corazón, *dice ella misma*, y lo bañaba a menudo con sus lágrimas.

Hasta pudiera creerse que esta imagen querida la acompañó sobre el cadalso y cayó luego en manos del verdugo.

Este es el primero de los párrafos de Schérer que transcribe *Justo de Lara*, y en él subraya la frase: *hasta pudiera creerse*.

El correspondiente que toma de Piñeyro es como sigue:

Ese retrato era, pues, el que ella guardó constantemente en el seno durante su prisión, el que probablemente estrechaba con mano convulsiva al subir con semblante sereno la escalera del cadalso; que el verdugo, dueño de los despojos de sus víctimas arrancó impíamente después del tronco exangüe, guardando acaso el marco valioso y arrojando con desdén la pintura y el manuscrito, ambos de tanto precio hoy para la posteridad.

De este párrafo subrayó *Justo de Lara* la palabra *probablemente*. La igualdad para él, entre ambos, está, pues, en que uno encuentra probado lo que el otro cree que pudiera creerse. Pero aquí mismo se ve que Piñeyro no tuvo delante el trabajo de Schérer cuando preparó su conferencia; pues mientras él cree *probable* que el medallón cayera en poder del verdugo y en esta creencia permanece, Schérer—a renglón seguido—añade:

Pero no; Madame Roland había querido prevenir esta profanación, y poco antes de marchar al suplicio, *había enviado el retrato* a un amigo que designa con el nombre de Jany... *de manos* de Jany, pues, es de donde, al través de vicisitudes ignoradas, el retrato nos ha venido a traer un nuevo testimonio sobre los sentimientos ocultos de madame Roland. (*Nouvelles Etudes sur la Litterature Contemporaine*. París, 1876, páginas 291 y 292).

Si Piñeyro hubiera tenido a la vista estas páginas ¿habría dicho que el retrato vino a dar a manos del verdugo? Preciso es, de consiguiente, pensar que, al revés de lo que *Justo de Lara* quiere, en este pasaje por lo menos, Piñeyro se olvidó por completo de Schérer. Además, si Piñeyro recuerda que Madame Roland guardó en su seno aquel retrato durante su cautiverio y asimismo lo recordó Schérer, es porque—según éste lo confiesa—la misma Mad. Roland lo dijo en una de sus cartas.

Hay un cotejo que evidencia que al hacer su conferencia tenía Piñeyro ante los ojos las cartas de Mad. Roland a Buzot, así como sus *Memorias*; pudiera precisar conjeturando, por algún indicio, que consultó también los trabajos de Mr. Daubau y la obra de Berville y Barrière.

Y aquí salto por un momento el segundo paralelo que hace *Justo de Lara*, para llegar hasta el siguiente:

En esta misma carta es donde habla ella del retrato de Buzot, *this dear picture*, que por una especie de superstición no quiso al principio tener en la cárcel y el que acabó más tarde por hacerse traer.

Esto dice Schérer tomándolo de la carta que Mad. Roland le escribió a Buzot, con fecha 6 de julio (1793). De ahí también tomó Piñeyro el párrafo que sigue, y que por lo mismo se asemeja al transcrito por Schérer:

Por una especie de superstición no había querido llevar a la cárcel lo que llama *this dear picture*, un medallón con el retrato de su amigo; pero luego no puede seguir privada...

Interrumpo un instante para decir que, en relación con el retrato, lo único que de la mencionada carta copia Schérer (*Nouvelle Etudes* etc., p. 361) es este párrafo:

Está sobre mi corazón—dice ella—oculta a todas las miradas, sentida en todo momento y a menudo bañada por mis lágrimas.

Piñeyro copió *algo más*, y así, a continuación de aquel pasaje que trunqué dice:

pero no puede seguir privada de *esa dulce imagen, débil y preciosa compensación de la ausencia* del sér querido. La guardo sobre mi corazón, oculta a los ojos de todos, sentida en cada uno de los instantes, a menudo bañada con mis lágrimas.

Las frases anteriormente subrayadas *no están en el estudio de Schérer* y son de una de las cartas de Mad. Roland; por lo que es forzoso reconocer que Piñeyro no pudo tomarlos de ahí; de donde se infiere que tuvo a mano un libro que, desde luego, no era el de Schérer, para tomar la frase transcrita; acaso el libro de Daubau, u otro de que yo no tenga noticia.

Compara *Justo de Lara* con uno de Piñeyro el párrafo de Schérer que dice:

El 10 de agosto llevó allí también a Danton. Madame Roland lo vió

mucho al principio. *Él casi no dejaba pasar días sin visitarla, ya para el consejo, ya para comer con ellos.* Ella no vacilaba en el juicio que tenía de él formado: prevenida contra él por su mala reputación, lo estuvo aún más por un *rostro* que revelaba pasiones brutales.

El de Piñeyro es de esta manera:

Malame Roland odiaba a Danton, odiábalo por su *fealdad*, por la grosería de su lenguaje, por el cinismo de su carácter...

Vuelvo a cortar mi párrafo de Piñeyro, para decir esta vez, que no salgo de mi asombro. En ambos trozos copiados las únicas palabras subrayadas por *Justo de Lara* son: *rostro*, en el de Schérer, y *fealdad*, en el de *Piñeyro*.. Y ¿es posible que dos vocablos tan distintos sean motivo para decir que el uno copió al otro? Pues *más palabras*, iguales o semejantes, se verán en Schérer y en las *Memorias* de Madame Roland, en este punto; por donde quedará en claro que de ellas tomó Piñeyro sus conceptos y que, en justicia, quien en todo caso copió o plagió no fué Piñeyro de Schérer, sino éste de Mad. Roland.

Leo en las *Memorias* lo que sigue:

Casi no dejaba Dantón pasar día sin venir a mi casa, ya era para el consejo... ya comer con nosotros. ...yo miraba ese *rostro* repugnante y atroz... y no podía aplicar a esa *cara* la idea de un hombre de bien. Nada he visto jamás que tan perfectamente caracterice el arrebatado de *las pasiones brutales*, y la audacia más sorprendente semivelada por las apariencias de gran jovialidad, afectación de franqueza y cierta *bonhomie*.

Continúa en varios párrafos maltratando a Danton, figurándolo entre asesinos a quienes excita; o "contento de sus iniquidades, indicando por el gesto que caracteriza a Sardanápalo sus hábitos y sus inclinaciones", hasta culminar en un trozo, vibrante de desprecio, magnífico de elocuencia y que resulta modelo acabado de enumeración.

Tengo que decir, de pasada, para legitimar la sospecha que emití de que *Justo de Lara* había procedido, acaso por su necesidad de escribir de prisa, sin tiempo, por tanto, para pesar sus asertos, con poco aplomo o serenidad, que tradujo inexactamente uno de los pasajes ya mencionados. Véase, si no:

El 10 de agosto *trajo también a Danton*. Madame Roland lo vió mucho al principio. Él casi no dejaba pasar días sin visitarla: *ya para pedirle su opinión, ya para pedirle que comer*.

Lo que Schérer dice en realidad es como sigue:

Roland no había estado sino tres meses en el ministerio; fué llevado otra vez por el 10 de agosto. El 10 de agosto *llevó a él* (o allí) *también a Danton*. Madame Roland le vió primero con frecuencia; él casi no dejaba pasar día sin ir a su casa, bien *para el consejo*, bien *para comer con ellos*;

esto es, se reunían en su casa los ministros, algunas veces; trabajaban allí sus asuntos *en consejo* y de vez en cuando comían juntos. Así lo dice Madame Roland, y lo aclara Schérer en las páginas mismas de donde entresacó aquel párrafo *Justo de Lara*:

Los ministros se llevaban bastante bien; *comían juntos los días de consejo*, ya en casa de uno, ya en la de otro.

Pero *Justo de Lara* no se fijó en que el último asendereado párrafo de Piñeyro que interrumpí, contiene una novedad fundamental, a más de la diferencia de vocablos, respecto del de Schérer, y es la continuación que copio:

y subyugada en cuanto tenía de femenino por tan profunda antipatía, no reconoció jamás lo que hubo de grande, de previsor, de verdadero político en Danton.

Y llegamos al cuarto cotejo. Transcribe *Justo de Lara* los párrafos en que Schérer y Piñeyro refieren la muerte de Mad. Roland. El del primero es así:

La carreta llevaba dos víctimas: al lado de Mad. Roland, Lamerche, director que fué de la fabricación de los asignados. No era éste un viejo como se ha dicho, sino un hombre abatido por el horror de sus últimos momentos, Mad. Roland le dirigió la palabra, lo animó, llegó hasta hacerlo sonreír. Durante la parte del trayecto a lo largo de los muelles, pudo ella lanzar una última mirada hacia la casa donde había pasado su infancia. Llegaron, en fin, a la plaza de la Revolución, a las cinco, cayendo la noche. Mad. Roland por consideración a su compañero, quizo que la precediera sobre el cadalso. "Subid primero, le

dijo, no tendrías valor para verme morir." Y como el verdugo vacilara en permitirse, añadió sonriendo: "¿Podéis rehusar a una mujer su última súplica?" Llegó su turno, sus ojos se fijaron en una *gran estatua de la Libertad que adornaba* la plaza de la Revolución, y entonces fué cuando pronunció su famosa frase: "¡Oh Libertad, cómo te han escarnecido!" Estas fueron sus últimas palabras. Su cuerpo fué enterrado no lejos del lugar del suplicio, en el cementerio de la Magdalena, y ninguna señal marcó su tumba."

Ahora el pasaje de Piñeyro:

De pie sobre el carro fatal, en una tarde del mes de noviembre, recorrió el largo trayecto desde la Conserjería hasta la plaza de las ejecuciones, consolando y sosteniendo a un hombre débil que iba con ella, condenado al mismo suplicio y que tenía miedo de morir. La hicieron pasar por delante de la casa a orillas del Sena, donde había nacido y pasado su infancia y su juventud, donde había perdido a su santa y cariñosa madre, y sus ojos no se nublaron. *Reconoció un amigo entre la multitud que seguía o aguardaba la fúnebre procesión, y una sonrisa imperceptible para los demás fué su único saludo.* Al llegar al término del viaje cedió el turno a su compañero, diciendo: "Subid primero, no tendrías fuerzas para verme morir." Y al verdugo que se resistía a invertir el orden de la ejecución: "No desairéis la última súplica de una mujer!" Mientras moría su compañero y paseaba su última mirada por el cielo y por la tierra, se fijaron sus ojos en una *estatua colosal de la Libertad que ocupaba el centro de la plaza, a pocos pasos de la guillotina*, y pronunció su última palabra: "¡Oh, Libertad, cómo te han escarnecido!" o según algunos, estas otras: "¡Oh, Libertad, cuánto crimen cometido en tu nombre!"

Justo de Lara transcribió los dos trozos que acabo de insertar, sin subrayar nada, como si en su concepto bastase la proximidad de ambos. Pero yo, como se ha visto, he subrayado algunas palabras para hacer notar que, antes que el parecido que se busca, lo que se impone es la diferencia. Schérer, por ejemplo, dice: "una gran estatua de la Libertad que adornaba la plaza de la Revolución" y Piñeyro dice: "una estatua colosal de la Libertad que ocupaba el centro de la plaza, a pocos pasos de la guillotina"; y para que se vea lo fácil, pero arriesgado de esta clase de aproximaciones, pudiera pensarse que Piñeyro se acordaba más, al escribir aquellas frases, de Lamartine y Michelet que de Schérer, porque en el primero se lee, a este propósito:

Veíase entonces *una estatua colosal de la Libertad*, de arcilla, como la libertad de aquella época, *en medio de la plaza*

...y en el segundo, que

llegó al pie de la *Libertad colosal*, levantada *cerca del cadalso*.

"*La estatua de yeso de la Libertad*", dice Edgard Quinet. No hay apenas ningún autor que no consigne las circunstancias expuestas en los párrafos de Piñeyro y Schérer relativos a Lamarche, el compañero de Mad. Roland en su último viaje, y las palabras que ésta pronunció al morir, cuyas fuentes parecen ser Toulangeou, Riouffe y Lacretelle; pero aun aquí se tropieza con otra diferencia; pues mientras Schérer sólo dice que fueron: "¡Oh, Libertad, cómo te han escarnecido!", Piñeyro además añade: "o según algunos, estas otras: ¡Oh, Libertad, cuánto crimen cometido en tu nombre!" La primera manera es la aceptada por Quinet y se consigna en un libro publicado en Londres el año 1795, según una cita de F. Barrière (*Memoires de Madame Roland*, par M. M. Barville et Barrière. París, 1827. Tomo I.—*Notice sur la vie de Madame Roland* XLVIII.) Esos otros historiadores que modifican la famosa frase, y a que alude Piñeyro, son Lamartine Michelet y Louis Blanc. Existen otras variantes, la de Carlyle, por ejemplo: "Oh, Libertad! qué cosas se hacen en tu nombre!"

Todavía hay una diferencia capital entre lo últimamente transcrito de Piñeyro y Schérer, pues que aquél dice que Mad. Roland "reconoció un amigo entre la multitud que seguía o aguardaba la fúnebre procesión, y una sonrisa imperceptible para los demás fué su único saludo"; y *nada análogo siquiera se encuentra en Schérer*; por donde es necesario reconocer que Piñeyro recordaba o tenía delante, para trazar ese pasaje, otro autor que no era Schérer. Debo confesar que no he podido dar con él; aunque conjeturo que puedan ser Dauban o Faugère.

A más de esto, se impone la convicción de que Piñeyro no tuvo a la vista precisamente a Schérer o únicamente a Schérer, con la pobre intención de seguirse por él o para cometer la necedad o el escándalo de copiarlo; sino que consultó otros autores y en algunos momentos escribió a la memoria, evocando los recuerdos

de su rica lectura. Esto último lo pondré en evidencia, pues que confirma siempre mi parecer, aun cuando resulte que él se equivocó lo que—por otra parte—era muy natural que la sucediera alguna que otra vez. En un lugar de su conferencia, después de aludir a Beugnot, “testigo presencial” (pág. 19 de los *Estudios y Conferencias de Historia y Literatura*)—dice que Mad. Roland “no quiso defensa de abogado”. Schérer *no toca este particular*. Entonces Piñeyro no pudo seguirlo ni saquearlo a él. Entonces recordaba por fuerza algún otro autor, Barrière probablemente; y digo que recordaba y no que leía; porque atribuye la resolución de Mad. Roland a la inutilidad de la defensa: “*Ante el Tribunal, puesto que le impedían hablar, no quiso defensa de abogado.*” Barrière cuenta la escena conmovedora entre Mad. Roland y su defensor Chauveau-Lagarde. En un arranque de admirable generosidad, al despedirse, la ilustre víctima renunció a la defensa. Fué antes de comparecer a juicio, y la razón que alegó para estorbar la noble disposición de su abogado, fué que *sería perderlo a él sin salvarse ella*. “Que no sienta yo el dolor de haber causado la muerte de un hombre de bien. . . . no vayáis al tribunal; os rechazaré” . . . le decía, después de entregarle un anillo que llevaba puesto; *única prenda que podía ofrecerle su agradecimiento* (loc. cit.—XLIII—IV.) En la página 6 de su Conferencia, Piñeyro dice que el amor de Mad. Roland y Buzot hizo de aquélla una heroína “que no llegó a entrever la intuición del poeta Lamartine”, y a mí me parece que éste, al contrario, insinuó delicadamente su sospecha cuando dijo:

El golpe del hacha que había cortado la cabeza de Mad. Roland no resonó en ninguna alma con tanta fuerza como en la de Buzot. La muerte *no rompió del todo, pero dejó entreabierto el sello de su corazón*.

Esto prueba que Piñeyro hablaba entonces de Lamartine, como tenía que hablar de otros, confiando en su memoria que, aunque es muy grande, no había de retener precisamente una frase perdida en una obra voluminosa, la cual había leído mucho tiempo antes de interesarle el asunto, después por completo aclarado, de las relaciones entre Mad. Roland y Buzot.

Donde se nota con mayor claridad todavía, que no existe tal igualdad de apreciaciones y juicios en Piñeyro y Schérer, según lo quiere sostener *Justo de Lara*, es en el punto literario, el único asunto literario en relación con Mad. Roland, el estilo, valor y carácter de la escritora y sus *Memorias*; pues mientras Schérer cree que escribe mal, que su estilo también es malo, que es inferior a Rousseau, que respecto a las famosas *Confesiones* las *Memorias* carecen de originalidad y son, por ende, una imitación, una "formación secundaria", sin gusto ni distinción en su conjunto, por más que en ellas haya algunas "páginas admirables" (Op. cit. páginas 378 y 379); Piñeyro, por lo contrario, encuentra sus *Memorias encantadoras*; piensa que por ellas las *Confesiones* no son "un fenómeno aislado, un libro único en las literaturas modernas"; y agrega que las primeras "les son inferiores solamente en el estilo que, si bien lleno de vida, de gracia y de viveza, no llega a la excelencia soberana de su modelo (loc. cit. págs. 5 y 6); como hablando de sus cartas declara que son "monumento único en su género", que no las ha leído "una sola vez sin profunda emoción", que "alcanzan una altura maravillosa", y en fin que "Corneille no pone en boca de sus heroínas acentos de mayor elocuencia y elevación" (p. 14). Por cierto que si aquí a tontas y a locas se tuviera el capricho de encontrar la traza de alguien, no sería desde luego la de Schérer; sino, aunque por una ilación demasiado sutil y asombrosa, tendríamos que ir a parar a Edgard Quinet; porque a lo menos dice éste que Mad. Roland amó "al melancólico e intrépido Buzot" *con el amor ideal de las heroínas de Corneille*; pero con ese sistema tendríamos que ser mudos o que ser plagiarios todos, y el mismo inocente almanaque no estaría exento del pecado universal.

Compara luego *Justo de Lara* otro lugar del estudio de Schérer con uno de Piñeyro, que pondré exactamente como él los transcribió y subrayó.

El del primero es así:

Vino después *ese momento peligroso de la vida de las mujeres* en que al sentir que la *edad de agradar y de amar está a punto de escapárseles*, experimentan la necesidad de apagar por una vez más la gran sed de la dicha.

He aquí el de Piñeyro:

Estaba, además, *en un momento crítico de su existencia, al declinar de su juventud*, y su alma impetuosa y ansiosa de combates buscaba inconscientemente una pasión que sustituyera el vacío de tantos años inútilmente gastados y perdidos, y los ocupara trayéndole el goce de luchar y vencer por la honestidad y la virtud.

El mismo Schérer declara dónde se pinta esa situación de ánimo: en las *Memorias*, y de allí toma palabras, ideas y hasta transcribe un párrafo largo. "*Ella misma, por lo demás trazó la historia de aquella crisis en un doloroso pasaje de las Memorias*" (pág. 338 de los *Nouvelles Etudes*); y ya vimos cómo Piñeyro las consultó a su vez, o las tuvo en cuenta, así como las cartas. De éstas en especial, dice en su conferencia que las leyó más de una vez (p. 14) y no sólo lo ha probado en el decurso de su propia oración, sino que, sin eso, sería ésta una presunción en su favor de las que el derecho romano llamaba *juris et de jure*, que no admiten demostración en contrario. La misma observación de Piñeyro y Schérer está en el libro de Lamartine: "Su juventud vanamente *sedienta* de amor." Necesitaba "apagar la *gran sed* de la dicha" dice Schérer y podía decirlo todo el que hubiera leído las *Memorias* de Mad. Roland, sin merecer el anatema de plagario ni de Lamartine, ni de nadie.

A más de esto, el último inciso del párrafo de Piñeyro introduce una idea nueva y con ello queda establecida una profunda diferencia entre los párrafos del cotejo.

Para no dejar de examinar ninguno de los paralelos que hizo *Justo de Lara* llego al que dejé para lo último.

Al finalizar su relato de la ejecución de Mad. Roland, Schérer dice:

La historia no conoce nada más grandioso que el fin de Mad. Roland. Jamás se ha desplegado mayor gracia en la muerte, mayor sencillez en el heroísmo. [*J. de Lara.*]

Piñeyro pregunta:

¿Conocéis otra escena que en sublimidad pueda comparársele? Cayó como debía caer la mujer más grande de la historia.

Aquí culmina y se condensa toda la conferencia, y esa frase, lejos de asemejarse a lo que Schérer escribió separa a ambos críticos, los aleja, por la forma, por el juicio y por el tono—en el uno reposado, entusiasta en el otro; y es la nota original tan peculiar, tan personal, que *Justo de Lara* se detiene a censurarla y le opone una negación olímpica, rotunda y desdeñosa: “ni Mad. Roland fué el dechado de perfecciones que pinta el conferencista, ni la mujer más grande de la historia.” Complacido de la comodidad del procedimiento que consiente resolver todos los asuntos con un gesto, no puedo decir, sin embargo, que Piñeyro no tiene razón; porque ignoro cómo determinar cuál es la grandeza mayor en un hombre o una mujer, y por lo mismo cuál fuera la mujer más grande de la historia; pero no sé, ni recuerdo, ni puedo aventurar que haya habido en la historia del mundo una mujer que, por el carácter, por el momento, por sus aspiraciones que a pesar de su violencia revolucionaria, de su enérgica naturaleza, por la cual menos parece una mujer que un hombre, y—más que todo eso por su cautiverio y por su admirable muerte, haya sido “más grande” que la que—para lo noble y sangriento—mereció ser llamada “la Egéria de la Gironda.”

Y así piensa mucha gente. Esta vez quedaron fallidas las esperanzas de Barrière:

Los escritores—decía de Mad. Roland—que no participen de sus opiniones, al condenar lo que pensó no olvidarán lo que sufrió; ante los hombres de corazón generoso, sus virtudes, sus desventuras protegerán su memoria.

La historia no presenta nada tan grande como el cuadro de Mad. Roland saludando, en el cadalso, la estatua de la Libertad, en momento de morir para la libertad y de morir por ella.

Estas frases son de Louis Blanc y pudiera decirse que en ellas pensaba o que las recordaba Schérer cuando escribía: “*La historia no conoce nada más bello que el fin de Mad. Roland.*” En ambos lugares, construcción y palabras se parecen bastante. En cambio, Piñeyro pregunta cuando Schérer afirma. Éste habla del fin; aquél de la *escena*, acercándose, por tanto, más a Louis

Blanc, impresionado por el *cuadro*. Pero ¿no se ve el deseo y la necesidad que tiene *Justo de Lara* de poner a Piñeyro como copista del francés, en el hecho de traducir "*rien de plus beau*" de Schérer (nada más *bello*), por "NADA MÁS GRANDIOSO", que desde luego se acerca más a la "*sublimidad*" que contiene el párrafo de Piñeyro?

Hay otra diferencia importante o significativa entre los debatidos trabajos de Schérer y Piñeyro. El primero no dice que Buzot se mató. El segundo sí lo afirma. Lamartine es menos resuelto en este punto. Mignet lo es por completo, y esto inclina a pensar que Piñeyro lo tuvo acaso presente. En cambio, las palabras de éste acerca de la muerte de Roland, distan tanto de Schérer como se acercan de Lamartine. Piñeyro dice que Roland, al saber la muerte de su esposa "se atravesó con una espada, como Catón al saber la muerte de la libertad Romana", y Lamartine asegura que

murió como Catón y Séneca a la vez: como Catón por la libertad de su patria, y como Séneca por el amor de una mujer.

Sin quererlo, pues, he hecho algo así como la génesis de la conferencia de Piñeyro en cuanto ha estado a mi alcance, y por ella aparece su trabajo como la sustancia, o el producto de *muchos* libros, de la asimilación de extensa lectura, y en modo alguno como la imitación directa e inmediata, y muchísimo menos—por supuesto—como la copia mezquina de un estudio de Schérer.

Conviene conmigo *Justo de Lara* "en que el género de ambas producciones—el discurso de Piñeyro y el estudio de Schérer—es diferente"; conviene asimismo en que el uno es un análisis y el otro una síntesis. Pues ¿qué más entonces para reconocer *diferencias* esenciales?

Justo de Lara me amonesta porque tiene por exageración mía "eso de revolver el nombre del Sr. Piñeyro con el de Schérer, Saint Beuve, Gréard y otros maestros de la crítica contemporánea", pues que a su juicio, o mejor su *impresión*—dice él burlescamente—, Piñeyro no es un escritor insigne. Pocas líneas antes sostiene que *no ha negado* que sea Piñeyro—como me atreví a es-

cribirlo—un literato cultísimo, ni que “posea otras *eminentes cualidades*.” Pues, por más vueltas que se den, es imposible decir más de Saint-Beuve, de Schérer, de Gréard, o de Taine, o del más empingorotado escritor de los pasados ni de los venideros tiempos; y he aquí cómo acerté cuando contaba con el permiso del mismo *Justo de Lara* para *revolver* con el de esos autores *insignes* el nombre del *eminente literato* cubano Don Enrique Piñeyro; a pesar de que, en concepto de *Justo de Lara* es hombre que escribe “melancólico placer”, que “abusa de un modo lamentable de los adverbios en *mente*” y que comete “otros *pecadillos* en que no incurrió por cierto Saint-Beuve y que no son del gusto más refinado.” Ganas me tientan de preguntarle a *Justo de Lara*: ¿pero, querido amigo, nada más que usted en este mundo suele escribir de prisa sus artículos? ¿Ignora usted acaso que está muy bien puesta la frase “melancólico placer”? ¿Tiene usted por ventura el patrón de todas los placeres, y conoce todos sus matices? La melancolía, en sí, ¿no es ya un placer para muchas almas delicadas? ¿no hay placer, a veces incomparable, y siempre indecible, en ciertos dolores? Y—para cambiar de asunto—¿dónde empieza, exigente colega, la originalidad, y dónde acaba? ¿Quién es realmente original en este pícaro mundo? El sublime Shakespear ¿no fué aquí y allá un ladronzuelo literario?

Porque yo dije que en Cuba no ha podido haber críticos como Saint-Beuve o como Schérer, y me lamentaba por ello, *Justo de Lara* cree que yo le hice a Piñeyro “un *favor* y un *disfavor*, como en el juego de prendas.” No hay nada de eso. *No ha podido haber críticos* de la *especie* de aquellos mencionados, por causa de la naturaleza de nuestra producción literaria y su escasez, y en esto pensaba cuando me lamentaba por ello de veras. Lo demás era y es cuestión de apreciación y preferencia. A mí me satisfacen más los críticos psicólogos, y aunque alguno que otro, entre nosotros se inclina a los nuevos rumbos, apenas si puede ejercer su oficio. Varona, por ejemplo, es un psicólogo; pero puede a menudo mostrarse en todas sus potencias superiores? El papel no puede, pues, sostenerse en Cuba ni con facilidad, ni por mucho tiempo: por eso tal vez no priva la crítica psicológica. De otra especie, más literarios que psicólogos, tenemos, desde luego,

críticos sobresalientes; algunos, como dice muy bien Piñeyro *Justo de Lara, de eminentes cualidades*; es decir, críticos de superioridad incontestable, entre los cuales cuento en primer término a mi antiguo maestro.

MANUEL SANGUILY.

Diciembre 10 de 1890.

EL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA

(CONFERENCIA PRONUNCIADA POR EL SR. MANUEL SANGUILY, EN "LA CARIDAD DEL CERRO", LA NOCHE DEL 30 DE OCTUBRE DE 1892, EN LA VELADA CONMEMORATIVA DEL IV CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA.)

Señoras y señores:



L descubrimiento de la América puede considerarse en sus orígenes y en sus consecuencias. Éstas fueron grandiosas, incalculables, duran aún y durarán eternamente; pero fueron sucesos colectivos y fatales. Aquéllos, oscuros, inciertos, maravillosos, fueron voluntarios. Lo más grande, lo sublime, en la invención del hemisferio occidental, fué sin duda el pensamiento que la concibiera y el carácter que la realizara. Es positivo que alguien debía tropezar, tarde o temprano, con este Continente (1). Ahora se sabe, pero la civilización lo ignoró durante siglos, que muchos y diversos aventureros—islándicos, irlandeses (2), normandos (3), y hasta misioneros budistas (4)—vinieron a parar a sus playas. Un día de

(1) HARRISSE *Fernand Colomb, sa vie, ses œuvres*, p. 23.—Don Cesáreo Fernández Duro, *La Nebulosa de Colón*.—Madrid.—1890.—páginas 120, 121 y 268 (nota 110).—Robertson, *Historia de América*, libro II.—HARRISSE, *Christophe Colomb, son origine &c.* Tomo I.—Préface.

(2) *La Decouverte du Nouveau Monde par les Irlandais et les premières traces du Christianisme en Amérique avant l'an 1000*, par E. Beauvois. Nancy. 1875. 93 páginas.

(3) A. de Humboldt, *Examen Critique de l'Histoire de la Géographie du Nouveau Continent &c.* Paris. 1839. Tomo II, pág. 29. Hosford y Mrs. Brown (citados por Duro, así como Rafn, *Antiquitates Americanæ*) han escrito sobre este asunto (*La Nebulosa*, págs. 46 y 47).

(4) Mr. de Guignes, Leland, Mr Vining, citados por Duro (*La Nebulosa*, págs 43 a 45), Humboldt, Op. cit. Tomo I, página 29, Tomo II, desde la pág. 62.

la centuria décimosexta, sin quererlo, ni soñarlo, arribó a ellas el portugués Cabral que, dirigiéndose a opuesto límite, fué arrasado por las corrientes y el viento. Sin embargo, ni este percance, ni los restos arruinados de establecimientos escandinavos en Vinlandia, ni las tradiciones marítimas de sus Sagas poéticos, ni la persecución de la ballena por los vascos hasta la tierra de los Bacalaos impresionan en estos momentos al mundo culto al concertarse con unánime admiración para evocar la gran memoria (5) que le suspende y conmueve, y fijarla por siempre con el bronce y el mármol, en la aclamación universal de perdurable apoteosis; porque si el grandioso acontecimiento tuvo pasmosos resultados, al través del tiempo transcurrido, facilitando nuevos productos y abriendo nuevos derroteros al comercio, nuevos horizontes a la inteligencia (6), perspectivas consoladoras y radiantes al progreso, engrandeciendo la humanidad, cambiando la faz de la historia, cerrando la antigua e iniciando la edad moderna, fué principalmente y será siempre la gloria refulgente, inmortal, única, de Cristóbal Colón.

La posteridad, mejor informada y por lo mismo más justa que los contemporáneos, se ha dado cuenta de la significación del magno invento y reconoce en él el sello personal que lo realza; ya que fué una creación del espíritu humano, la obra sin ejemplo de las potencias intelectuales y de la indomable voluntad de un hombre; caso singular en la historia que tal vez nunca se repita, que ha dado la medida colosal de la excelsitud que puede alcanzar el genio; porque concebir *a priori* la realidad, construir-la en la fantasía con las pavesas de los tiempos y los despojos de la rota y dispersa lucubración de generaciones desaparecidas, evocarla de lo desconocido y el misterio, perseguirla con afán, esperarla con torcedora confianza, y verla surgir como una bendición y un premio desde el fondo del abismo para confirmar la certeza del razonamiento, la sorprendente congruencia del orden exterior y del orden interno, del mundo y el cerebro, la infalibilidad de la razón que se hermana con la experiencia, y para ga-

(5) «La majesté des grands souvenirs semble concentrée sur le nom de Christophe Colomb.» Humboldt, Op. cit. Tomo V, pág. 177. Navarrete, *Colección de los viajes &*, Introducción, página 108, párrafo 67.

(6) Humboldt. Op. cit. Tomo I, páginas 1 á 5.

lardonar la fe confiada y perseverante,—es algo análogo—tan incomprensible y augusto, ciertamente—a aquel instante bíblico de la eternidad vacía en que el espíritu increado estremeció el confuso caos con la palabra de vida—el Verbo,—a cuyo influjo inevitable las estrellas encendieron sus celestes luminarias y vibró en el espacio indefinido la divina armonía del universo (7).

Sostenido por vuestra benevolencia, nunca para mí más necesaria que ahora, a pesar de las generosas frases que acabamos de oír, con merecido aplauso de vuestra parte y gratitud conmovida de la mía, y que ha dictado al cubano ilustre y sabio *americanista* que preside este selecto concurso, su cariñosa amistad, inspirándose, sin duda, en el noble deseo de alentarme en este difícil trance (8), algo he de deciros, ciñéndome a la crítica serena, de ese hombre cuya influencia y destino no tienen en el mundo semejantes; aunque habré de examinar principal, bien que muy someramente, la marcha de su pensamiento, el discurso de su mente soberana (9), indicando los elementos que aprovechó, su lugar por tanto en la evolución de las ideas, así como la huella que imprimieron en su personalidad su patria italiana, Portugal y España, para determinar de paso su carácter explicando por tal manera algunas circunstancias de su azarosa vida; no sólo porque se ha considerado últimamente este aspecto de ella como “la parte más misteriosa de su historia” (10); sino porque siendo la menos conocida resulta su esclarecimiento, siquiera rápido, la consagración de su gloria, y excusa y anula también desde luego, la pretensión, renovada en estos días (11), de que un traficante des-

(7) «*A thing more divine than human*»... decía, al saber el éxito del primer viaje de Colón, Sebastián Cabot.

(8) Se refiere al Sr. D. José Silverio Jorrín que, por encargo especial de la Directiva de *La Caridad*, organizó la Velada de conmemoración y presidiéndola pronunció un discurso elegante y levantado presentando al autor, a quien había escogido para hacer la conferencia.

(9) Los tomos I y II, principalmente, del *Examen Critique* de Humboldt, trazan la historia intelectual de Colón, idea por idea, de un modo asombroso y con un caudal de erudición profunda y vastísima, que maravilla.

(10) HARRISSE, *Fern. Colomb*, pág. 121.

(11) D. Cesáreo F. Duro, *La tradición de Alonso Sánchez de Huelva, descubridor de tierras ignotas* (publicado en *La Ilustración de Cuba*, desde el número 28 Agosto 1892, y el Dr. D. Baldomero de Lorenzo y Leal, *Cristóbal Colón y Alonso Sánchez, o el primer descubrimiento del Nuevo Mundo*. Jerez, 1892. HARRISSE en su último libro dice que quien no haya leído esta obra del Pbro. Lorenzo, «no posee sino una idea incompleta de la ciencia y de la crítica españolas».

conocido le reveló al morir en su casa, el secreto de las nuevas tierras con que tropezara impelido al ocaso por borrasca de duración inaudita.

*

Fué el descubrimiento, como se examine en su aspecto general, un impulso de raza, la lenta expansión de la Europa cristiana, algo parecido a lo que había ocurrido en otras razas, a lo que ocurrió después y siempre ocurre, aunque en formas diferentes, ora en los primeros tiempos, ora en otros más cercanos, así donde la verdad aparece encubierta por las vestiduras caprichosas del mito y de la fábula, como a nuestra propia vista. Su tipo común es en el siglo V de nuestra era la irrupción de los bárbaros, en el XI la corriente de las Cruzadas; vaivenes más o menos rápidos de pueblos, que no cesan nunca, y que antes se llamaban invasiones y ahora se denominan colonización y establecimiento; traslaciones y mudanzas de la misma índole, en el fondo, de la de Alejandro contra Persia, de la precedente del persa contra Grecia, de la que con anterioridad incomputable había producido el choque de la civilización del Egeo con la obra bárbara también de la Troada, de que saliera el legendario progenitor de Roma. Porque en definitiva la historia no es más que el drama secular de los conflictos de las razas, los pueblos, las civilizaciones y—en armonía con la universal naturaleza—un inmenso campo de batalla, la trágica y encarnizada lucha por la existencia.

Obedecía el hallazgo de este Continente al mismo sentimiento y necesidades idénticas que el bojeo del África; el paso a la India era una imposición mercantil y social del antiguo mundo europeo, y por eso se buscaba hacia el sur con las naves de Portugal y habría de buscarse también hacia occidente con las carabelas españolas. Motivo igual al que impulsó al cartaginés y antes al fenicio allende las columnas de Briareo en pos del ámbar y el estaño; que llevó a los Hunos al extremo de la Cristiandad empujados desde sus guaridas por otros bárbaros y husmeando espacio y subsistencia; que atrajo hasta el reino de los godos al árabe fanatizado y puso en el dintel de Europa al tártaro numeroso, como en ella asentó más tarde al fiero turcomano, es decir,

necesidades étnicas morales y en especial económicas, condujeron al portugués al Cabo Tormentoso y trajeron al español a estas Antillas. En la fisiología de la colectividad europea era un desplazamiento salvador e ineludible. La raza indogermánica, amenazada en su comercio con la Grecia y el Asia,—esto es, en sus gustos y en la economía de su vida—por nueva y belicosa gente que venía del sudeste, de aspiraciones, tradición y sangre diversas y aun opuestas, impotente entonces para acometer al impulsivo invasor y sin concierto tampoco el mundo cristiano para repelerlo, veíase constreñida a buscar en otra parte su salvación. Hasta allí había tenido la vista fija en el extremo asiático, la mente fija en la antigüedad clásica, y entre tanto volvía indiferente la espalda al mar grande, casi desconocido, y del todo inútil. Mas por primera vez tuvo que volverse a él: el turco atravesaba como barrera insuperable, su alfanje ensangrentado y victorioso. Los sabios corrían apresurados a occidente con las manos llenas de preciosos manuscritos, previendo la inminente caída de Constantinopla. Con todo ello prodújose un cambio completo. Esas tierras orientales que los poetas soñaron, que los cristianos codiciaban, eran proveedoras inagotables de las ricas especerías—aromas e incienso, pimienta, canela y nuez moscada—, la tierra del marfil y de la seda, el clásico país del vellochino. Desde el siglo oncenso el movimiento de las Cruzadas lo revelaron al comercio. En el siguiente habíase conocido la existencia de la China o el Catay, la antigua Sérica. Dos religiosos—Plan Carpino y Ruriquis—regresaron de allá (mediando el trece, con noticias sorprendentes y exageraciones deslumbradoras. Rogerio Bacón recogió y propaló las consejas de uno de esos misioneros sobre los muros de plata y las torres de oro de Quinsay y al finalizar el siglo los relatos, más asombrosos todavía, se extendieron y divulgaron más (12). No era posible renunciar a aquella Asia encantada (13); mas fuerza era abandonar el ya estrecho y riesgoso Mediterráneo. Haciéndose así, desertando el perpetuo escenario de la historia conocida, cambiaba totalmente la orientación del espíritu humano, iniciábase una era insólita y grandiosa, de in-

(12) Humboldt, Op. cit. Tomo I, págs. 71 á 74.

(13) Humboldt, Op. cit. Tomo II, pág. 34.

terior y mediterránea tornábase oceánica la civilización; de europa, líbica y asiática hacía-se universal. Aunque esta evolución no fué violenta y rápida, ni comenzó por una causa sola, ni en un momento fácil de precisar (14). Puede ser también que para eludir la concurrencia de genoveses y venecianos, dueños de las vías comerciales, y siguiendo la estela de los atrevidos vascos, buscaran ya los andaluces y mallorquines mercados o recursos a poniente, presintiendo tal vez que el turco impediría a la cristianidad dividida, el tránsito por las escalas de Levante (15). El nau-ta receloso, en vez de tener delante la amiga costa del Asia Menor y de la Libia y navegar por los angostos senos, a su vista, sin miedo alguno, de puerto en puerto y de isla en isla, habría en lo sucesivo de contemplar, por largos años, de un lado la ribera africana, sus cabos gigantescos y la tierra recurvando al este o perdiéndose al sur, muy lejos, y del otro el mar, el océano infinito, que a distancia, entre la niebla, más allá de las nubes que se transforman en la lontananza temerosa, se pierde en el misterio inabordable y se derrama en el abismo sin fondo. Andando el tiempo habrá que aventurarse al fin en su inmensidad. El camino del sur no realiza muy pronto las aspiraciones del comercio; pero hay que tentar primero de ese lado. El mar a la postre no es tan temible como ignorado. ¿Qué hay que ir a buscar en su soledad inmensa? Ya, sin embargo, el marinero disponía del cuadrante, el astrolabio (16), que el cosmógrafo seguía estudiando para mejorarlo, y de la aguja imantada, que debía usarse en todos lados, que temprano aprovecharon el mallorquín y el catalán y que sus importadores, los árabes, empleaban entonces en los mares de la India. Podía en consecuencia abandonarse la costa; podía conocerse la distancia a ella y la situación de un buque en alta mar, hacer lo que se llama la navegación de altura. Empero ¿a qué intentarlo? Las Canarias, que los romanos denominaron Afortunadas, habían sido encontradas nuevamente; pero después de ellas ¿qué había? ¿Hasta dónde iba a extenderse aquel Océano? Pronto habrían de aparecer otras islas más apar-

(14) Vid. Navarrete, *Colección de los viajes &c.* Introducción.

(15) Idem pág. 51.

(16) Vid. Navarrete; Op. cit. pág. 57. Humboldt, Op. cit. Tomo I, págs. 6 a 9. Tomo II, pág. 34.

tadas; aunque entonces, y antes sobre todo, el viaje más prudente era a mediodía. El África debía terminar en un promontorio. Los textos conocidos referían expediciones y periplos antiguos. La sombra del cartaginés Hannon señalaba el paso de la India al sur; bien que una tradición recogida por Camoëns en *Las Lusíadas*, veía de pie sobre el Cabo Tormentoso al gigante Adamastor impidiendo el acceso a su bullente y sagrada soledad.

*

El reino lusitano, libre de sus dominadores infieles y contenido del lado de tierra por las conquistas de los reyes españoles, había alcanzado su unidad interior, sin encontrar empleo a la actividad y el caballeresco espíritu de aventuras que engendraran las campañas contra el agareno. Situado frente al África y en el linde del mar, sintió primero el gran impulso de la raza y, atraído por la fascinación de aquel horizonte, entró de lleno en una vida nueva y más grande, inició la vida general del mundo. Este movimiento, la gloriosa época y sus admirables empeños, se personifican en el Príncipe Enrique, denominado "El navegante" por su habilidad y constancia en alentar y dirigir las expediciones marítimas. Una campaña en Berbería le infundió el propósito de conquistar toda aquella comarca y pasar luego a la India y la China. Adelantó así los descubrimientos cada vez más lucrativos al comercio y la corona. El portugués fué por la costa pillando, matando y esclavizando, y tan fáciles granjerías eran estímulo constante a la audacia redoblada. En 1445 un italiano, de los muchos que vinieron al cebo de tales empresas (17) ofreciendo la experiencia y el espíritu marítimo de la vieja península, tuvo la suerte de contemplar el primero en aquellas latitudes, la Cruz del Sur abriendo frente a la prora de su esquivo sus brazos tachonados de estrellas (18). El Príncipe había fundado en la eminencia de Sagres una escuela de cosmografía y navegación y desde allí, como atalaya de los mares, presidía a la expansión del

(17) Navarrete, Op. cit. Introducción, pág. 31.

(18) No cree Humboldt que fué esta la constelación que vió Cadamosto, sino El Navío. (Op. cit. Tomo V, pág. 236, nota); pero Mr. Justin Winsor lo afirma (*Cristopher Columbus—and how he received and imparted the spirit of Discovery*. Boston and New-York, 1892, pág. 99).

genio de su patria. Cuando murió, la dirección de los espíritus tenían un aliciente potentísimo: la rapiña, el canje de objetos casi inservibles al europeo, por preciosos productos y, principalmente, el plagio de berberiscos y de negros y su venta como esclavos en las ferias de Lisboa; pero tenía, sobre todo, un norte fijo, el paso por mediodía. Desde 1306 aparecía dibujada en un planisferio la punta extrema: quizás se hubiera divisado en brumosa lejanía, o se supiera de ella por vagas relaciones traídas a los venecianos en las caravanas, como un eco de la experiencia y audacia de los árabes, y que por cima del índico mar y el golfo pérsico, llegaba a oídos del comercio levantino; por lo que el portugués continuaba con tiento y paciencia sus excursiones sucesivas y año tras año iba pasando los grandes promontorios, perdiendo y recobrando la fe, hasta que Bartolomé Díaz la dobló sin saberlo. Llamóla "Cabo de las Tormentas"; mas como presentimiento y para estímulo de su pueblo, ante las relaciones desalentadoras sobre aquel límite de los anhelos comerciales, Don Juan II le puso el nombre profético de "Buena Esperanza."

*

El pensamiento dominante, el instinto de la salud y la vida de la raza indogermánica, como hemos visto, fué tanteando su camino, difundiéndose y realizándose con lentitud, en esfuerzo colectivo, con tesón sin duda por varios años, aunque como en la sombra de vagas incertidumbres; pero aclarábase al fin, adquiría conciencia de sí propios, en la intuición poderosa, en la superior inteligencia de un hombre oscurecido hasta entonces (19). En él tomó cuerpo, se encarnó, pues, un gran período de la historia y el espíritu de la raza más adelantada. Fué por eso Cristóbal Colón un hombre extraordinario, típico y representativo y fué al mismo tiempo un hombre decisivo en el mundo.

Muestra del interés profundo que despierta y mantiene esa figura incomparable, y no otra cosa, es el constante empeño de estudiarla y el afán nunca satisfecho e imposible, por lo demás, de satisfacer en ningún caso, de penetrarla y revisarla en todas sus fases. Con menos elementos de los que acerca de él dispo-

(19) D. Juan B. Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, pág. 47, párrafo 16.

nemos, ha fabricado la humanidad sus curiosos mitos. Con menos elementos ha podido crear sus propios dioses, y acaso fuera más favorable a la fulgencia de la gloria de Colón que envolviese su vida aun más obscuridad y mayor misterio.

Con razón decía la otra noche el Sr. Jorrín (20) en la Sociedad Económica, que no han sido infructuosos los esfuerzos de la crítica en las tres últimas décadas: harto sabemos de la vida de Colón, para su glorificación y su inmortalidad. Empero no es posible desentenderse, como lo hace la escuela católica, de que al fin no era más que un hombre; es decir, que debió a la naturaleza su modo de ser particular y a las circunstancias las condiciones y el complemento de su personalidad. Determinaron, en consecuencia, su individualidad y su obra los agentes que debían influir en ellas y caracterizarlas: su índole propia, los años de aprendizaje, la profesión, el pasado de su patria, su linaje, los países donde residió, y sobre todo esto su genio, junto con lo que llamamos sin explicarlo la fortuna, que tanta parte tiene siempre en el giro de las cosas humanas.

*

Todos hemos aprendido los puntos capitales de aquella existencia, y que subsisten aún como ciertos, a pesar de la pasión y la disputa. Nació en Génova y si, como parece, tenía poco más o menos setenta años al morir en 1506, *in senectute bona*, que decía el cronista Bernáldez (21), vendría a este mundo en 1436. Emprendió, pues, su primera sublime Odisea, de edad de cincuenta y seis años (22). Sé que se aducen otras fechas distintas (23); pero no importa en este momento. En 1473 no encuen-

(20) Conferencia sobre *El Descubrimiento de América*, leída en la sesión conmemorativa del 4º centenario, el 11 de octubre.

(21) *Historia de los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel*. Escrita por el Bachiller Andrés Bernáldez, Cura de los Palacios y Capellán del Arzobispo de Sevilla Don Diego de Deza. Sevilla MDCCCLXIX. Tomo II, cap. CXXXI, pág. 82.

(22) Humboldt. Op. cit. Tomo I, pág. 14.

(23) Mr. Winsor adopta las de Mr. HARRISSE, entre marzo 15, 1446 y marzo 20, 1447. Peschel propone 1455-56. «Por los años 1446,» dice Don Juan Bautista Muñoz (*Historia del Nuevo Mundo*, pág. 42). Ramusio, 1430. Navarrete se inclina a esta fecha (*Colección*. Tomo I. Introducción, pág. 82 y pág. 459. Oviedo lo hace al morir, *muy viejo* (*Historia Nat. y Gen.* &, libro 3, capítulo 9). Gomara no trae fecha ninguna (*Historia de las Indias*, Colección de Vedia, Tomo I, pág. 165).

tra ya vestigio suyo la más escrupulosa pesquisa (24), en los papeles notariales de su patria. Debió por entonces alejarse de ella de una vez y acaso para fijarse en Portugal (25). En la discutida y sospechosa Historia atribuida a su hijo, que también se ha atribuido a Fernán Pérez de Oliva, se asegura que estudió en Pavia (26). Bien que su padre, cardador de lanas y oriundo de antiguos tejedores de paño, no estuviese siempre en la miseria o estrecha escasez, hay que desconfiar de que enviara allí a su primogénito, que pudo aprender más cerca de él la cosmografía, pues que entonces estaba en Génova el célebre cartógrafo Andrea Benincasa (27), y cuando aquella universidad lombarda consagraba atención preferente al derecho, la jurisprudencia y la teología. Muy joven debió Colón decidirse por la navegación y el tráfico (28), y si no resulta cronológicamente aceptable (29) que concurriera al asendereado combate naval junto al Cabo de San Vicente para robar ricas galeras venecianas, y de que escapara por milagro nadando a favor de un remo hasta la orilla, puede admitirse que sirvió (30), no obstante, con anterioridad bajo el mando de los famosos corsarios de sobrenombre semejante a su patronímico, los cuales no eran sino los Caseneuve de Gascuña, condotieros de la mar, terror del comercio europeo; pero es antojadizo rechazar su propio testimonio de que capitaneó alguna nave de Renato de Anjou (31), y no convenir también en que, mandado él o subordinado a otro pirata, recorrió desde Túnez a Chipre en empresas mercantiles o excursiones aventureras. El comercio general, por aquella época, era militante y guerrero e

(24) De Mr. HARRISSE.

(25) Así lo creen aquel investigador y Mr. Winsor. Humboldt asigna una anterioridad de tres años. (Op. cit. Tomo I, pág. 12.) Muñoz se refiere vagamente a este suceso (*Historia del N. M.*, pág. 43, párrafo 13). Navarrete adopta la misma fecha que Humboldt (*Colecc. Introd.* pág. 81.)

(26) Historia del Almirante de las Indias Don Cristóbal Colón, escrita por Don Fernando Colón, su hijo. Tomo V de la «Colección de libros raros y curiosos que tratan de América.» Primer volumen, pág. 15. Humboldt lo afirma. (Op. cit. Tomo I, pág. 91.)

(27) Winsor, Op. cit. pág. 81.

(28) «Comenzó de pequeño a ser marinero»... Gomara, Op. cit. pág. 165. Humboldt, Op. cit. Tomo II, pág. 350. Carta de Colón a los Reyes, que Las Casas tuvo en sus manos. (*Hist. de las Indias*, Tomo I, pág. 47.)

(29) Navarrete, *Colecc. Introd.*, pág. 83. HARRISSE, *Fer. Colomb*, caps. XII y XIII.

(30) *Hist. del Almirante*, Cap. V, pág. 23.

(31) Carta a los Reyes escrita por Colón en 1495. (Las Casas, *Historia*, tomo I, pág. 48. Historia del Almirante, Tomo I, pág. 18.)

infestaban el Mediterráneo los buitres marinos de todas las naciones que, sin freno ni ley, pillaban y saqueaban por sorpresa y violencia.

Cómo y a qué fué al Norte de Europa y si estuvo asentado en alguna de las Azores o en Madera, son extremos no averiguados con claridad; aunque no se ve inconveniente para que hubiera llegado hasta Irlanda y aun residido en Porto Santo, teatro de la fábula del piloto náufrago Alonso Sánchez de Huelva; bien que si aquí recogió anuncios y barruntos más o menos verosímiles, durante la germinación de sus propósitos, aquella otra expedición septentrional debió ser inútil en sus miras, por más que oyera, lo que no es dable averiguar ni se ha averiguado jamás, el tradicional rumor de antiquísimos viajes a las regiones del noroeste, la tierra visitada quizás y conocida entonces de los pescadores cántabros con el nombre de Estocafixia; porque en la incierta geografía de la época y de tiempos posteriores, se consideraban aquellas regiones parte integrante y prolongación de la Europa del Norte.

*

En Portugal creó una familia; pero hizo algo mejor. La suya italiana se componía a la sazón de su padre, una hermana que casó con cierto industrial Giacomo Bavarello, y su hermano Diego; pues el otro, Bartolomé, estaba ya en el reino lusitano dedicado a negocios y al trazado de mapas, en que, al decir del Padre Las Casas, era, si no más que el mayor, muy hábil y entendido. Esta circunstancia, como la de vivir allí buen número de genoveses consagrados al comercio o la marina, decidirían al pirata a dirigir sus pasos a Lisboa, cuando el ambiente intelectual de su patria probablemente en aquella hora había depositado en su espíritu, como yema de oro, el germen primero de su magnífico designio. La noticia de los progresos marítimos de aquel pueblo y de sus correrías provechosas por la costa africana, iría con las ráfagas confidentes, de puerto en puerto, hasta las playas de Italia, a estimular la ambición del pobre marino que había cambiado obscura y sedentaria condición por la peligrosa movilidad del corso, sin alcanzar tampoco ni nombre ni fortuna. Allá, pues, se fué él tam-

bién buscando lances y provecho, la ocasión y la inmortalidad. Si su mujer era hija de un Perestrelo, y no de Vasco Gil Moñiz (32), y fué aquél, más que un señor de la corte y colono de Porto Santo, gracias a los favores reales (33), un explorador distinguido, no es hora de decidirlo; cabe—en caso afirmativo—que la viuda, conociendo las aficiones de su yerno, le facilitara los papeles del caballero difunto; y que si también era navegante su concuñado Pedro Correa (34), encontrase en la nueva familia el laboratorio mejor acondicionado para ir cristalizando sus ideas (35); aun cuando nada de esto era indispensable: la atmósfera del país estaba saturada de las emanaciones fecundantes del Océano; palpita en todo él la nueva alma del mundo; el espíritu de exploración lejana, el atrevimiento, la gran codicia del oro; bajo el pretexto mentiroso de evangelizar tierras nuevas, el positivo interés de conquistarlas, comerciar con ellas y esclavizar gentes inferiores. En esto consistió la poderosa influencia portuguesa sobre el ánimo de Colón: estimuló sus estudios, alimentó su fe, aguijoneó su audacia, le dió el tipo de una expedición de descubrimiento (36) y acentuó asimismo sus cualidades originarias.

*

Dióle la naturaleza carácter flexible y a un tiempo firme; ánimo exaltada, inteligencia viva, fantasía ardiente (37), espíritu curioso e investigador. Su condición le hizo desde niño resistente al trabajo, y su primera escuela le familiarizó con el mar, con la tempestad y con el peligro. Su patria misma le impulsaba en aquella vía y se reflejaba en su mente y su carácter, como en las olas serenas las cresterías de su ondeante orilla. Allí el terreno desde el mismo mar se muestra áspero y abrupto, y sólo es fecundado en la estación de las lluvias por torrentes que se secan luego, porque apenas tienen ningún río, a no ser el Mafra en la línea limítrofe de Etruria. Las escarpas próximas a la costa, la

(32) Parecer de HARRISSE.

(33) Así lo cree HARRISSE.

(34) HARRISSE cree que no lo era y Mr. Winsor acepta su opinión.

(35) Humboldt, Op. cit. Tomo I, pág. 92.

(36) Discurso del Sr. Jorrín en la Sociedad Económica, el 11 de octubre. Secc. II, pág. 262, del número de la *Revista Cubana*, de 31 octubre 1892.

(37) Humboldt, Op. cit. Tomo I, pág. 110.

rudeza de los despeñaderos, la sequedad del suelo, recuerdan la árida región de la Siria. El cultivo es obra de esfuerzo e industria en aquel terreno rebelde que ha esmaltado, sin embargo, la habilidad de sus agricultores y jardineros. Allí hasta el mar es mezquino. Asegúrase que escasean tanto los peces que hay que ir a buscarlos sobre Toscana o Cerdeña. Por eso entonces eran como lo son hoy los genoveses, los mayores emigrantes de toda Italia. En cambio, si ahora ostenta el lujo en la ribera ligúrica encantadores paisajes, siempre su costa acantilada, extendiéndose de cabo en cabo en regulares curvas, entre rocas y playas diferentes y a la vista del amplio mar de lázuli y cambiante ópalo, en cuyo horizonte asoman los contornos inciertos de la Córcega, convida a la navegación, despertando en el espíritu con la energía del sentimiento, vaga, irresistible aspiración a la novedad y a lo infinito. El espacio y la luz, el mar y las nubes, la montaña y los cabos, las rocas, la isla distante, multiplican y combinan los tonos del día y los crepúsculos, en panorama por instantes renovado, tiñen la fantasía de sus matices engañosos y el ánimo inundan de su melancolía, su gravedad y su grandeza; inclinan al hombre a amar, solicitar lo desconocido y le arman de fuerzas para engrandecerlo y buscarlo. Por eso piensa un insigne geógrafo contemporáneo (38) que aquellos antiguos habitantes de la vertiente meridional del Apenino, tenían trazada su historia en la configuración de la tierra ligur. El que no poseía un pedazo de suelo cultivable, un minúsculo terruño en la ladera, tenía que buscarse la vida sobre el mar, como marino o comerciante. Esto explica la antigüedad de tales profesiones entre genoveses, y que en los tiempos medios recorrieran los mares de Europa y tuvieran asiento mercantil en apartados puertos. Hubo época en que fué Génova el emporio italiano. Sus naves atrevidas llegaron como conquistadoras a Córcega, las Baleares y España, y en el mismo extremo Oriente, en el Asia Central, transitaban sus ricas caravanas, amparadas de fuertes factorías. Vencedora de Pisa, disputaba la primacía a Venecia en el siglo XIV; pero su carácter emprendedor y esencialmente mercantil, en tiempos en que Italia carecía de unidad étnica y de unidad política, le estampó el sello

(38) E. Réclus, *L'Europe Meridionale*.

del cosmopolitismo, con asombrosa facilidad de adaptación, que se revela todavía en la lengua de sus marinos, donde se juntan palabras de todos los idiomas del litoral mediterráneo. Así el genovés, por causa de su misma tierra y su destino histórico, desenvolvió por modo extraordinario y persistente su carácter resuelto, enérgico, conciliador a veces, codicioso siempre; al punto que tuvo fama, se dice, de ser falso y violento, ávido de lujo y poderío, desdeñoso de cuanto no le procurase dineros o el derecho de mandar. Como todos los demás hijos de la península, eran hombres, casi nunca italianos, cuando más facciosos, güelfos o gibelinos. Por eso Italia sin provecho suyo facilitó a otros pueblos, grandes cosmógrafos y caudillos de la mar que realizando el tipo común del *condottiero* se alquilaban a los reyes, como Cadamosto, Vespucci, Cabot, Verrazzano, o a cualquier estado ofrecían con indiferencia sus inspiraciones, sin preocupación de patriotismo, como Cristóbal Colón. Éste, pues, era, en la acepción cabal de la palabra, un genovés. Portugal—entre cuya gente vivió algunos años—le dió hábitos y costumbres, y a más de acentuar en él unas cualidades y estimular otras, le infundió el deseo de vencerse, de probar, de ser también explorador grande y beneficiado del Océano. Cuando éntre en España, con la hiel del primer desengaño en el corazón, habrá completado su vigorosa personalidad intelectual y moral. Su cabellera habrá blanqueado desde los treinta años, como cuenta la Historia de 1571; será el magestuoso varón que describe Las Casas; de mirada fría, labios contraídos, frente amplia y elevada; imponente y severo, según aparece en el retrato de Lorenzo Lotto (39).

*

Entretanto pasan algunos años oscuros para la crítica. Su misma probable ocupación de hacer mapas, además de algún negocio que le facilitasen sus paisanos, los comerciantes genoveses, con

(39) Existen muchos retratos de Colón, todos falsos. El Sr. Jorrín tiene una copia del de la colección de Paulo-Jovio, que prefiere. Mr. Kendall Adams, trae en su reciente Historia de Colón, un grabado que reproduce el de Lorenzo Lotto. Harris se cree que Colón nunca fué retratado. (*Christopher Columbus & the Bank of Saint George*). En cambio, recientemente se ha disputado en París si usaba barba. El medallón de la catedral de esta ciudad le pone bigote y perilla. Oviedo en alguna parte dice que se dejó crecer la barba, quiero recordar que al volver de su segundo viaje.

que ganar el sustento, le forzaría a seguir con cuidado los adelantos geográficos, ampliando y profundizando de paso sus conocimientos. Entonces pudo emprender el obscuro y verosímil viaje más allá cien leguas de la última Thule, como él decía recordando a Ptolomeo y Séneca, y participar, acompañado de su hermano Bartolomé, en algunas de las expediciones meridionales, hasta San Jorge de la Mina (40).

De todos modos, consultando las noticias diversas, atento a los rumores de la tierra y el océano, oía de vez en cuando inquietantes anuncios, que llegaron a impresionar la Corte, de tierras ignoradas que solían divisarse, que aun se buscaron infructuosamente en la misteriosa extensión de aquel mar que había ya ofrendado las Canarias, Madera y las Azores y todavía ampliaba detrás su inmenso oleaje. El aire parecía repetir voces proféticas, infiltrábase el misterio en los corazones inquietos: oíase do quiera, como efluvios del viejo manuscrito y los recién aparecidos incunados, el aviso sibilino de la antigua sabiduría, los vaticinios confusos y las vagas adivinaciones de los poetas, anunciando nuevas tierras, prometiendo grandes milagros. Job (41), Isaías (42), Platón (43), atestiguaban desde la tumba la incierta aparición de otros mundos, de riberas apartadas; el verso inmortal de la Medea presagiaba el advenimiento del vencedor de Typhis... (44) Ya las columnas de Hércules mentían: *más allá* iban las naos portuguesas contorneando el Continente y tropezando con numerosas islas. Habría otras más sin duda (45), y la vista codiciosa las forjaba con la nube rastrera de lontananza, o las percibían las ansias del deseo si más distantes, mayores y más ricas!

(40) *Hist. de las Indias*, por Las Casas, Tomo I, págs 48 y 49. *Hist. del Almirante*, Tomo I, págs. 18 y 19.

(41) Capítulo XXVIII—versículo 4.—(Biblia del P. Scio).

(42) Capítulo LX—vers. 9.—Capítulo LXV—vers. 17. (Biblia del P. Scio).

(43) Aunque Humboldt dice que Colón se complacía en el recuerdo de la Atlántida de Solón (Op. cit. Tomo II, pág. 30), en la lista de autores que leyó el gran genovés, no pone el nombre de Solón, ni menciona a Platón tampoco. (Op. cit. Tomo II, págs. 347 a 350). Gomara dice que leyó a Platón. (Hist. página 165).

(44) ...Novosque Typhis detegat orbes...

(45) Era creencia corriente por entonces y hasta entrado el siglo XVI, que el mar estaba cuajado de islas: así se ve en un portulano de 1391 conservado en Florencia, en el mapa de Andrea Bianco, en el de Fra Mauro y en el globo de Martín Behaim, de 1492, que se conserva en Nuremberg, donde lo examinó el Sr. Jorrín. (Humboldt, Op. cit. Tomo I, págs. 25 y 26).

Colón no podía ser ni era tampoco un humanista (46); pero tuvo una intuición asombrosa y planteado el problema, que era el más grande de su tiempo, se aplicó con ahinco a su resolución; llegando a la idea clara de su original (47) navegación por los procedimientos naturales del espíritu humano, pero de un grande espíritu, de esos que llamamos genios, a quien la fortuna concedió la inspiración, por cuya virtud las inteligencias superiores ven más y ven más pronto que las inteligencias comunes, aunque siempre dentro de los límites y por los medios señalados a la razón y a la fantasía. Así tuvo él la intuición primera, esbozo confuso que se tornara presto en luminosa idea, por su inspiración y su genio; pero esa especie de revelación no es más que el producto visible y a primera vista repentino de operaciones invisibles de la mente, que trabaja en la región de la inconsciencia con datos experimentales y como de improviso ofrece en la región de la conciencia la síntesis radiosa, a modo de estrella que, venida de lejos, asoma titilando en el fondo obscuro de la noche. Así es que el trabajo voluntario de Colón fué la reproducción de su trabajo intelectual involuntario, fué una revisión y no una investigación: buscó después a sabiendas las mismas noticias que sin saberlo había estado oyendo y almacenando durante su vida; ordenó lo que ya tenía disperso en su entendimiento; partió entonces de datos empíricos diseminados, y según una reciente y feliz expresión, los recogió en su mente, como el espejo ustorio los rayos solares (48); armonizólos, indujo luego rectamente la verdad, confirmando en la razón la síntesis suprema que en un instante había cuajado en el horno de su ardiente fantasía. Aun en esto fué un hombre de su tiempo: visionario y experimentador, calculador y creyente, bíblico hasta atender a lo que Esdras o Isaías dijeron, escolástico hasta aducir la autoridad

(46) Gomara (Hist., pág. 165) dice: «No era docto Cristóbal Colón, mas era bien entendido.» Para Bernáldez (Hist., Capítulo CXVIII, pág. 357), era: «hombre de muy alto ingenio, sin saber muchas letras.» Humboldt, sin embargo, cree que sorprende «la extensión de los conocimientos literarios de un hombre de mar del siglo XV.» (Op. cit. Tomo II. pág. 350).

(47) «Fué la originalidad de su vasta concepción, la extensión y la fecundidad de su genio, el valor opuesto a largos infortunios, lo que elevó al Almirante sobre todos sus contemporáneos.» (Humboldt, Op. cit. Tomo V, págs. 177 y 178.)

(48) Del Sr. Jorrín.

de Aristóteles; un hombre de los albores del Renacimiento (49), con la triple faz del genovés pirata, el cosmógrafo observador y el estático vidente.

De este modo concibió en poderosa intuición una idea fundada en anteriores materiales científicos y se consagró a comprobarla, desmontándola para conocerla en detalle y reconstruirla después, pieza a pieza. De la síntesis intuitiva o hipótesis, descendió al análisis o experimento, para ascender en seguida a la síntesis constructiva o la verdad racional y experimental; fué de lo improbable y desconocido a lo conocido y probado, y de los elementos reales a la formación ideal. Quien al principio de tan maravillosa gestación había tenido fe para abrazarse a su quimera, no era posible que dudara ya de la realidad conquistada por su intelecto poderoso.

*

Había procedido el insigne marino por razones y causas, como se manifiesta en la Historia de 1571, las cuales el Padre Las Casas, que en este y otros particulares siguió aquel libro casi al pie de la letra, dice que fueron cinco (50). Lo cierto es que fueron y debieron ser de diversa índole: la observación, la autoridad, el testimonio, los rumores, los indicios, el razonamiento, con todo lo cual pudo extraer de su propio sér y de su vida toda, como la criatura de sus entrañas, la sublime idea que su perseverancia pasmosa y su incomparable firmeza convirtieron en la más grande y maravillosa realidad.

Partió de un concepto fundamental y verdadero, la forma esférica de la tierra, y de un concepto equivocado, la escasa distancia entre la China y la costa de Europa. Nadie soñó jamás ni en su tiempo, ni antes, ni años después, en la existencia, entre Asia y Europa, de un gran Continente. Tenía que suponerse, en consecuencia, que ese espacio estaba ocupado por el mar. El problema se reducía a una mensuración de ese espacio. La geografía, que anduvo cerca de la realidad con Eratóstenes, tendía des-

(49) Humboldt, Op. cit. Tomo I, pág. 110.

(50) Historia del Almirante, Caps. VI, VII y VIII. Las Casas. (Hist., Cap. V, Tomo I, pág. 55.)

de Posidonio de Rodas hasta Ptolomeo a disminuir la magnitud del globo (51). La imprenta puso en manos de Colón algunos libros donde adquirir información suficiente. Antes de abandonar la Italia pudo leer impresos a Pomponio Mela y Strabon, el poema de Manilio y el *Polyhistor* de Solino; y aunque Humboldt hizo la lista (52) de autores citados en sus cartas y otros escritos por Colón, no debió éste leer directamente sus obras. Parece probable, infiriéndolo de la crónica de Bernáldez, que conocía la del viajero Juan de Mandeville cuyas relaciones tanta influencia ejercieron en su ánimo. Varios investigadores han tenido en sus manos—y los examinó también y aprovechó el Sr. Jorrín para brillante monografía citada en el extranjero con encomio—tres incunables conservados en la Biblioteca Colombina que pertenecieron a Colón y fueron anotados por él o por su hermano Bartolomé: la Historia Universal de Eneas Silvio, que fué después el Papa Pío II, el *Imago Mundi*, colección de tratados del Cardenal Aliaco y el famoso libro del veneciano Marco Polo (53). Aun descontando las Sagradas Escrituras y los Santos Padres, podría probarse que con tales libros—y acaso no leyó otros más, a no ser las *Efemérides* de Regiomontano—tuvo Colón cuanto necesitaba para aclarar sus propósitos y hasta para la confusa ostentación de saber en que se complacía su pluma incansable. De los tres, dícese que no se separaba de la suma astronómica del Obispo de Cambray (54) ni del Milboro (55), chispeante de piedras preciosas como un sultán; y es lo positivo que fueron ellos los que más trabajaron su espíritu, dándole el uno la materia del convencimiento y el otro el cebo de su heroica resolución.

La noción de la forma esferoidal de la Tierra había sufrido

(51) Todos estos particulares están explicados en muchos libros y principalmente en el que en este asunto es fundamental: el Examen Crítico de Humboldt, y en especial los dos primeros tomos.

(52) Op. cit. Tomo I, desde la pág. 95, y en el tomo II, el apéndice o nota F. *Des livres cités par Christophe Colomb*, pág. 347.

(53) Vid. *Revista Cubana*, 31 de agosto 1888, *Varios autógrafos inéditos de Cristóbal Colón*; 30 de septiembre 1888, *Notas colombinas*; y 30 de noviembre 1888, *Los autógrafos inéditos del primer Virrey de las Indias*.

(54) En su carta de la Española, de 1498, casi traduce a Aliaco. (Humboldt, Op. cit., Tomo I, pág. 61.)

(55) Washington Irving y Navarrete así lo creen; pero esta opinión sorprendía a Humboldt. (Op. cit., Tomo II, pág. 350,) que no veía pruebas de que Colón hubiese leído a Marco Polo. De esto ya no queda duda.

grandes eclipses, y en tiempo de Colón era solamente patrimonio de pocos espíritus estudiosos. Algunos griegos y romanos la adoptaron a trechos. Seis siglos antes de Cristo aparece como una creencia de los pitagóricos; pero en el cuarto la condenaron los epicúreos. Lucrecio en su grandioso poema la combate con desdén (56). No estuvieron conformes respecto a ella los primeros Padres, y así, mientras la rechaza San Gerónimo en el siglo IV, adóptanla en el siguiente San Agustín y San Isidoro, es incapaz en el VI de comprenderla el Indicopleustas en su extravagante razonamiento, y los árabes con su pseudo-aristotelismo la conservan en las primeras centurias de la Edad Media, hasta que la prohija el grande autor del *Opus Majus* y por el intermedio del Cardenal Pedro de Ailly la aprende Colón, a la vez que se inicia en el método nuevo de pensar, en el procedimiento experimental y el empleo fecundo de la inferencia inductiva, manteniéndose por tan largo y subterráneo camino el vínculo que liga entre sí las generaciones, para pasar de mano en mano la lumbre del pensamiento (57).

Por los mismos canales que aquella idea que adoptaron filósofos y jurisconsultos como Cicerón, poetas como Virgilio, Ovidio y el Dante, llegó a noticia del perspicuo genovés aquella otra de la menor extensión de las aguas respecto de la masa terráquea. Conforme a esa creencia, que entonces se consideraba como dato adquirido de la ciencia tradicional, el Asia llegaba por un lado al meridiano de California, y todavía la acercó hasta el de Terranova el sabio Paulo Pozzo Toscanelli, que pesó con su consejo, por modo evidente, en la decisión del obstinado navegante. De manera que el Asia resultaba en aquella representación del globo, de extensión enorme: ocupaba en este hemisferio parte de la América, y además todo el Océano Pacífico. Así se percibe en un mapamundi portugués de 1490 que se conserva en el Museo Británico. Supo también Colón que Toscanelli había escrito a Portugal declarando su convencimiento de que se podía ir a la India por el oeste. Se dirigió a él en 1474 consultándole, y el viejo florentino le remitió, con un mapa (58), la célebre car-

(56) De *Rerum Natura*, al final del libro I.

(57) Humboldt. Op. cit., Tomo I, págs. 58 hasta la 84.

(58) Este mapa, reconstruido hace pocos años (véase la citada conferencia del Sr. Jorrín), estuvo en poder de Las Casas. Historia, Tomo I, Cap. XII, pág. 96.

ta (59) que le animaba a emprender la temible navegación. El informe del sabio correspondía con las teorías y cálculos geográficos, que había Colón aprendido en sus libros, con las opiniones de Marino de Tiro y Ptolomeo, y con las descripciones de los grandes viajeros Marco Polo, Mandeville y Nicolo di Conti. Toscanelli, sobre todo, restaba seis mil millas a la extensión real de la esfera. La cartografía coetanea aceptaba el error (60), y en él precisamente consistía la ciencia; pero el error, muy grande por sí, no podía afectar a lo fundamental del problema. Afectaba sólo su aspecto moral y—por dicha—de un modo muy favorable. Hacía creer que el viaje era más corto, por tanto más practicable. Colón se apoyaba también en la visión de Esdras (61), en que sólo la séptima parte del globo estaba cubierta por las aguas. “E el mundo es poco—decía:—el enjuto de ello es seis partes; la séptima solamente cubierta de agua.” Estaba tan convencido, que aseguraba a los monarcas que habrían de palparse sus asertos: “pero esto se tocará con el dedo” (62).

*

Hase alegado con fundamento para probar que no fueron ni muchas ni directas sus lecturas de autores antiguos, que no cita nunca, él que lo hacía tan a menudo, ni la Atlántida de Platón, ni el Continente Saturnino, de que habla Plutarco, ni la Merópida de Teopompo. En verdad eso demuestra que no tuvo íntimo comercio con los grandes clásicos; pero tampoco le había sido imprescindible, ni lo era. Del saber antiguo y el contemporáneo tomó cuanto necesitó—principalmente las dos ideas generadoras de la esfericidad de la tierra y la escasa anchura del océano oc-

(59) HARRISSE en su *Fernand Colomb*, la trae en apéndice en latín. Sustancialmente es la misma que la que se inserta en Las Casas y el libro de D. Fernando Colón.

(60) De equivocación colosal lo califica el Sr. Jorrín. *Estupendo error* lo llama Mr. K. Adams, en su reciente *Vida de Colón*, pág. 64. Ese error fué, por otra parte, muy lógico: nació de la creencia previa de la enorme extensión al este, de las tierras asiáticas. Por eso sin duda, mientras Humboldt se ciñe a consignar sin calificarla, la creencia de Colón respecto a la proximidad de las costas del extremo Oriente y del Occidente de Europa, llama *grave error* a la de la prolongación de las de Asia. Op. cit., Tomo I, pág. 28.

(61) *Esdræ*. Liber. IV, Cap. VI, vers. 42 y 47. *Biblia Sacra*, Vulgatæ Editionis, M.DCCC.V.

(62) Carta de Colón a los Reyes desde Jamaica a 7 de julio, de 1503. (Navarrete, *Colección*, Tomo I, pág. 448).

cidental, y había, sin embargo, tal novedad en semejantes afirmaciones, que le provocarían en Portugal y España contradicciones y dudas, y hasta la burla y la afrenta.

Se ha dicho (63) para rebajarle que él no tuvo ninguna concepción suya, sino que se apoderó de la tradición común; pero ¿cómo no hicieron otro tanto los demás navegantes sus coetáneos? Y—por otra parte—tampoco era nada definido y concreto esa supuesta tradición; sino más bien una bruma difusa en que brillaban como diamantes desdeñados y dispersos las dos ideas capitales de la geografía de su tiempo, que sólo él y Toscanelli supieron fundir en un pensamiento radiante, y él y ningún otro, engarzó para su gloria en la diadema de los reyes.

Si hubo alguna tradición cierta de viajes al oeste, no era desde luego la de Alonso Sánchez de Huelva, profundamente sospechosa de invención, pues el primero de los historiadores que echó a volar ese nombre, fué el inca Garcilaso de la Vega, en sus *Comentarios Reales* de 1609. En los demás, no hay más que un vago y confuso relato que parece engendrado posteriormente al descubrimiento, por la enemistad, la envidia y el orgullo lugareño.

Lo único positivo que debió llegar a oídos de Colón fué, en cambio, una historia no olvidada en las costas italianas, de algunos paisanos suyos que por el año de 1291 salieron allende el estrecho de Gades, buscando el camino occidental de la India sin que volviera a saberse de ellos jamás (64).

Ahora mismo en un gran libro de carácter conmemorativo que en corto número de ejemplares acaba de publicar en Londres con el título de *El descubrimiento de la América Septentrional*, Mr. Henry Harrisse, el eminente americanista que va a la cabeza de la escuela crítico-colombina, se aduce un nuevo documento para probar que si Colón no hubiera existido, alguien habría encontrado la América partiendo de los mismos datos. Este aserto—en todo caso—demostraría la corrección del punto de vista del insigne genovés y la exactitud de sus previsiones. Mas la alegación

(63) Mr. Justin Winsor. [Op. cit]

(64) Guido Vivaldi y Teodosio Doria. Para aquél, Harrisse da la fecha de 1291; Humboldt 1281. (*Examen*, Tomo I, págs. 29 y 30).

no tiene mucha fuerza, porque parece evidente que ese individuo a que se alude y el autor del documento, plagiaban las ideas de Colón, conocidas en Portugal desde temprano. El documento es una carta del Dr. Jerónimo Münzmeister, dirigida desde Nuremberg en 14 de julio de 1493 al rey de Portugal en apoyo de cierta solicitud del Emperador Maximiliano para que se le permitiese enviar una expedición descubridora de tierras a poniente, repitiendo los indicios y las mismas autoridades en que se fundaba la congettura sublime de Colón, y proponiendo por jefe de la empresa al famoso Martín Behaim. Se ha probado que el autor de la carta y el cosmógrafo alemán eran amigos (65); pero este último había sido miembro de la junta de geógrafos del rey de Portugal, estaba en este reino cuando Colón allí vivía, y hasta acompañando a Diego Cam fué en 1484 en la expedición portuguesa que llegó al Congo. Basta, pues, recordar que Behaim salió de Portugal para Nuremberg a preparar su globo en 1492, para comprender que por su conducto mismo se informó su amigo Münzmeister de los planes grandiosos de Colón, los que por desgracia para el doctor alemán y castigo de su tardanza, estaban cumplidamente realizados cuando escribía su carta.

*

Pero ¿hubieran bastado aquellas convicciones teóricas para mover el ánimo, siquiera fuese el esforzado de Colón, a tan grande y temeroso intento? ¿Bastarían acaso para mover al genovés codicioso y necesitado? ¿Qué podía importarle, fuera de la gloria estéril y vana, a él, pobre, con familia e hijos, el descubrimiento del paso a la India por el poniente? ¿No se reduciría su empeño, al cabo, a un mero triunfo especulativo, un esfuerzo sin resultado para él que se veía siempre abatido, que tanta signifi-

(65) «From á letter of Behaim, march 11, 1494, it seems clear that the confident savant [Münzmeister] was a friend of his» [Behaim]. [*Harrisse's Discovery of North America: The Nation*. New-York, Thursday, September 29, 1892]. En su último libro —*Christophe Colomb devant l'Histoire*, París, H. Welter, Editeur, 12 octobre 1892.—Mr. Henry Harrisse insiste en su opinión de que en la carta alemana se encuentran *todos* los argumentos de que se sirvieron Toscanelli y Colón, «sans qu'un seul indice puisse faire soupçonner un échange d'idées ou de mutuels emprunts,» y compara, con el fin de probarlo, cinco razones del genovés y el alemán, que resultan idénticas. Lo importante sería demostrar que al salir de Portugal para Nuremberg en 1492, Behaim no conocía las opiniones de Colón y sus principales fundamentos. (Véanse las págs. 50, 51 y 52.)

cación atribuía al oro, que era, sobre todo, un hombre práctico (66), un viejo pirata genovés? ¿Le seguiría tampoco nadie, en aquel siglo de hierro, corriendo aventura tan incierta para todos, por puro amor a la ciencia y a la humanidad, por la pueril satisfacción de probar que sólo ocupa el océano la séptima del ancho ecuatorial del mundo?

Por suerte, Colón creía que el Asia estaba al alcance de su mano y que con viento favorable llegar a sus costas, andando siempre al Oeste, era empresa de pocos días; pero, sobre todo, creía que allí, en Catay y en Cipango, había riquezas incalculables, piedras preciosas a montones, oro que no era posible agotar, perfumes, ámbar, incienso, miles de islas prodigiosas con infinita variedad de especerías, cuantas maravillas, en fin, el mundo encierra y puede soñar la fantasía! Estas fueron las visiones que engendraron en su espíritu las obras de Mandeville y Marco Polo, las relaciones de Nicolo di Conti y la carta de Toscanelli. Tenía, por tanto, una meta, encendida hipótesis, que atraía y deslumbraba su entendimiento, que empujaba su voluntad hacia el ocaso, que sostenía las ansias de su pobreza, alentaba su corazón, sonreía en sus ensueños, reverberaba en su porvenir con los cambiantes de la luz quebrándose en un inmenso prisma de mil facetas; era la irradiación colosal, la mágica mina de oro, el sol de gloria, que ardían allá, detrás del mar, como el incendio de un mundo, embriagándole, atrayéndole para devorarlo, en la fiebre magnética que lanza al insecto aturdido contra la fúlgida lámpara (67).

Ya por aquellos días las miradas se fijaban de vez en cuando en el océano; el término de las profecías se acercaba, los rumores tomaban cuerpo: aquí se le informaba de maderos labrados, que las olas traían de poniente; allí de gruesas cañas venidas en las corrientes, de regiones ignoradas, o grandes troncos de pinos exóticos, que iban a detenerse en las islas Fayal y Graciosa; más lejos, de cadáveres de extraño aspecto, que pertenecían a gente hasta entonces desconocida; Antonio Leme le contaba también que

(66) Así lo considera y llama Mr. Harris en la obra citada.

(67) D. Juan E. Muñoz, *Hist. del Nuevo Mundo*, págs. 45 y 46, párrafo 15.

perdido hacia el ocaso había divisado a mucha distancia tres islas nuevas... (68)

¿Qué faltaba ya? Vosotros sabéis los sucesos más notables que siguieron hasta culminar en la épica navegación de 1492. Érale preciso apresurarse. Ofreció su idea a cambio de título, honores y ganancias. Portugal le engañó sin provecho (69), y él entonces se pasó a España, en solicitud de auxilios; mientras su hermano salía a procurarlos también del rey de Inglaterra (70).

*

Portugal y España mantuvieron el rescoldo de inmoralidad en el alma del antiguo pirata, y con eso depravaron su carácter. En el primer reino vió vender como esclavos al berberisco, al guanche y al negro. En el segundo, miles de cautivos moros (71). Se habituó con ese espectáculo de tantos años, a la idea dominante de la desigualdad de las razas y del cautiverio legítimo de las inferiores. Veía también en España la aplicación del azote a los criminales (72); la justicia convertida en ferocidad; la autoridad del rey, que pactaba sin embargo con los grandes bandidos (73), impuesta en la ocasión favorable con violencia salvaje (74).

(68) Las Casas. Tomo I, Cap. XIII.

(69) Idem, Tomo I, Cap. XXVII.

(70) Idem, Tomo I, Cap. XXIX.

(71) En Málaga solamente, se repartieron más de «once mil ánimas»... «y quedaron todos cautivos del Rey y de la Reina.» [Bernáldez: Op. cit, Tomo I, Cap. LXXXVII, págs. 256 y 260. Los Reyes repartieron los cautivos de Mijas y Osuna. De ellos enviaron al Papa Inocencio VIII «cien moros en presentados.» (Op. cit., Tomo I, pág. 251).

(72) ... «los rufianes azotados y destrozados, los ladrones asaeteados... (Op. cit., Tomo II, Cap. CCI, pág. 270).

(73) «De Castronuño y Cantalapiedra, que fueron dos fortalezas muy proveídas de ladrones é malos hombres, é de hombres que habían gana de ganar robando y haciendo la guerra»... «la tomó é se alzó con ella por el Rey D. Alfonso, un ladrón mal hombre llamado Pedro de Mendaño»... (Op. cit., Tomo I, Capítulo XXI, pág. 69).

«Castronuño fué la primera fortaleza que el Rey D. Fernando tomó... e túvola cercada... y en cabo de ocho meses de cerco... se dieron á partido los cercados y se fueron a Portugal»... (Op. cit., Tomo I, Cap. XXVIII, pág. 81).

(74) El viernes 7 de diciembre de 1492, un catalán «loco imaginativo» hirió al Rey D. Fernando, en Barcelona, ... «confesó que había envidiado al Rey por sus buenas venturas, y confesó que el diablo le decía cada día a las orejas, «mata a este Rey y tú serás Rey, que éste te tiene lo tuyo por fuerza.» «El traidor fué condenado por la justicia «de la ciudad a muy crudelísima muerte... primeramente le cortaron la mano con que le «dió al Rey, y luego con tenazas de hierro ardiendo le sacaron una teta y después le sacaron un ojo, y después le cortaron la otra mano, y luego le sacaron el otro ojo, y luego «la otra teta, y luego las narices, y todo el cuerpo le abocadaron los herreros con tenazas

El clero, predominante en los consejos de la Corte, capitaneando huestes en la guerra, exento de tributos. La soberana revisando los campamentos vestida de acero, y contestando con humildad a las severas amonestaciones de su confesor. Los productos de un país pobre, de pecheros arruinados por pestes (75), inundaciones (76) y carestías (77), y hasta bienes de la Iglesia (78), consumidos en larga campaña contra la morisma. El país entero armado en guerra, viviendo entre talas, robos y combates. Los monarcas recibiendo con placer a los franciscanos que el Soldan de Babilonia les enviaba en demanda de auxilios para sus guerras con los infieles, y honrando a los embajadores y ayudándoles con dineros para reparar la iglesia de Jerusalem (79). La reina católica empeñando sus prendas para atender a la conquista de Granada (80). El odio frío al moro y al israelita en todos los corazones; la intransigencia acechando contra ellos la ocasión de destruirlos; la intolerancia persiguiendo en los libros y en el fondo de las conciencias los ápices de sus doctrinas abominadas; una atmósfera, en fin, de guerra, de fanatismo y de codicia, que influyeron en Colón tan profundamente, en detrimento del hombre moderno formado por Italia, el comercio y los libros de los sabios,

«ardiendo, é fuéronle cortando los piés, y después que *todos* los miembros le fueron «cortados, sacáronle el corazón por las espaldas y echáronlo fuera de la ciudad, lo apedreadron, é lo quemaron en fuego é aventaron la ceniza al viento: llamábase este traidor «Juan de Cañamas.» El pobre hombre ya había sido apuñaleado por un Sauzedo y trinchante Ferrol. Bernáldez. (Op. cit., Tomo I, Capítulo CXVI, págs. 351 a 355).

(75) Desde 1481 hubo peste en Andalucía que duró «por más de ocho años.» En Sevilla perecieron «más de quince mil personas y otras tantas en Córdoba, y en Jerez, y en Ecija más de cada ocho o nueve mil personas, y así en todas las otras villas é lugares... y el año 1488, murieron en Córdoba *otra vez*, generalmente decían, que aun más cantidad del año de ochenta y uno ya dicho.» (Bernáldez, Op. cit., Tomo I, Capítulo XLIV, pág. 131).

(76) «En dicho año de 1485 comenzó a llover... é llovió tan recio, é tantas aguas que nunca los que eran nacidos entonces vieron ni tantas aguas, ni tantas avenidas en tan poco tiempo»... «Fueron en toda Castilla estas muy grandes avenidas, en que se perdieron totalmente muchos hombres y muchas haciendas»... [Bernáldez. Op. cit., Cap. LXXXVIII, págs. 215-216]. Véase también para 1488 el Cap. XCI, pág. 264.

(77) Op. Cit., Caps. CCVIII y CCXIII.

(78) «Fatigáronse algo los pueblos con los repartimientos de los pechos, para los grandes gastos de aquel cerco [Málaga], y ayudaron la clerecía é iglesias con subsidios.» (Op. cit., Capítulo LXXXVIII, pág. 260).

(79) En julio de 1489, estando el Rey en el cerco de Baza. (Op. cit., Tomo I, Cap. CXVIII, página 369).

(80) Mr. H. Harrise: *Fernand Colomb*, Cap. XX.—*Christoupe Colomb devant l'His-toire*, pág. 9.

que hipertrofiaron el visionario y el místico que se ocultaban en su múltiple naturaleza. Durante algunos años fué, sin embargo, un conquistador de almas. La corona tuvo que desatenderle mucho tiempo, hasta prestarle al fin el primer mezquino auxilio (81). En esas solicitudes interminables, ora en los campamentos, ora en los palacios del magnate, ya en el convento, ya en el alcázar real, desplegó Colón constancia inaudita, perseverancia asombrosa. Pero el éxito fué el triunfo de su habilidad, de su astucia italiana y de su elocuencia ardiente. Un insigne literato moderno, Mr. Villemain, quiere ver en él, el hombre más elocuente de su siglo (82). El caso es que cuando él apareció en la Corte nadie le entendía (83), y al cabo de poco tiempo su idea había sin embargo señoreado algunos entendimientos (84). Así la historia le muestra en el centro de un grupo por él animado (85), a los pies del trono de la gran reina, rodeado del Obispo Deza, del noble guardián de la Rábida, del Cardenal Mendoza, Geraldini, Cabrerro, del confuso Padre Marchena, del generoso Santangel, de la marquesa de Moya, los Pinzones, el duque de Medinaceli... A todos les habla la lengua que entienden mejor... A la soberana de Castilla ofrece ocasiones nuevas de ejercitar su piedad (86) y su gran devoción por la Cruz, avisándole que hay en el extremo asiático muchas almas que sin el bautismo habrán de condenarse; al rey político y ambicioso le brindaba con inmensas tierras, nuevos y magníficos estados para su dominio; al fraile con la propaganda de la fe y la conversión de innumerables infieles; al caballero, cuya espada tinta en la sangre de siete siglos de batallas quedaría ociosa en la robusta diestra al terminar la guerra de reconquista, ofrecía la continuación de su heroísmo, aventuras dispendiosas, el peligro en la mar y la tierra, combates por el rey y por

(81) Un cuento de maravedises.

(82) *Cours de Littérature Française*, par Mr. Villemain. *Tableau de la Litt, au moyen-âge*. Paris. Librairie Academique. 1882. Leçon 24, pág. 336.

(83) Las Casas. Op. cit., Tomo I, Cap. XXIX.

(84) Bernáldez. Op. cit., Tomo I, Cap. CXVIII, pág. 359.

(85) «Sin Colón no hubiera habido Pinzones, ni Juan Pérez, ni Santangel, ni Quintanilla, ni Isabel la Católica. [Conferencia en el Ateneo de Madrid, de D. Juan de D. de la Rada y Delgado, citada por el Sr. Jorrín, (*Revista Cubana*, 31 octubre 1892, página 257).

(86) Sin embargo de ella, dice Bernáldez, «fué muy feroz»... (Op. cit., Tomo II, Cap. CCI, pág. 269).

Cristo, botín y gloria, empleo renovado de su inquieto y caballeresco espíritu; y a los pecheros, al pueblo esquilado por los tributos, a la nación amenazada de hambre y aflicciones, mostraba como una presa ese Catay inmenso y deslumbrante y esa casi vecina seductora Cipango, que irradiaba en el horizonte con la soberbia y colosal reverberación de sus palacios de oro!

*

Al cabo la nación entera, poco a poco, iba creyéndole, y luego se fué tras él a lo desconocido. Mas como el oro no vino ni pronto ni en abundancia, y en vez de las ciudades encantadas, los puentes de mármol y los áureos techos, encontraron los hidalgos holgazanes y codiciosos, nubes de insectos, tupidos bosques habitados por la fiebre, indios desnudos o indios flecheros, algodón, maíz y pan *casabi*, enfermedades y desengaños, maldijeron al extranjero embaucador, desertaron éstos, le desconocieron aquéllos, se rebelaron los más; viejo ya, reumático, le dejan un año entero sin recursos, varado sobre la playa inhospitalaria, en medio del Océano... Asediábanle todas las murmuraciones, preguntábanle los reyes por las riquezas ofrecidas y él—¡ahí están sus cartas!— produce lástima la angustia del grande hombre, inquiriendo desde el primer día, de los míseros salvajes, de los antillanos desnudos, la tierra del oro y las especias, peregrinando afanoso en su persecución entre islotes y bajíos, estafando a los sencillos americanos migajas del metal miserable y codiciado, mezquinas laminillas, puñados de gránulos; y da dolor y causa desazón el esfuerzo colosal que hace por contentar a los reyes, por descubrirles las grandezas naturales y los beneficios futuros de la tierra descubierta, por infundirles paciencia y confianza, haciéndoles creer que está en el Asia, que en Cuba tropezó con el Continente, lo que fuerza a jurar a sus compañeros so pena de cortarles la lengua si dijeren lo contrario; ora que ya encontró a Cipango, ora que la Española es el grande Ofir de los antiguos; que el Orinoco es el Ganges, Paría el Kersoneso de Oro, y que muy cerca y por remate y corona está el Paraíso Terrenal (87), Él lo deseaba así y acaso por lo mismo y su desventura lo creyera ya; pero

(87) Navarrete, *Colecc.*, Tomos I y II.

tuvo que conformarse con cargar de almástiga y algodón las carabelas y llevar como muestra a España, algunos papagayos y media docena de indios arrebatados de su hogar sencillo y venturoso. Desde el primer día ya quiso levantar fortaleza entre esa gente inofensiva (88). A poco propone reducirlos a la esclavitud, para obtener de su venta el oro que no podía encontrar al alcance de la mano y a proporción de la codicia. Y más tarde, para cohonestar el desengaño y alimentar la paciencia de los reyes, pide siete años de prórroga y otros siete (89), a fin de que vean el resultado, y les arroja a los pies, como un cebo a su catolicismo y su ambición, la promesa febril de habilitar un ejército para la conquista de la Tierra Santa y el rescate del Sepulcro de Jerusalem!

Su primera aspiración—científica, comercial, genovesa, humana—de buscar el camino más breve a la región de las especias, había desaparecido (90). Asfixiado por una atmósfera de miseria y misticismo, no buscaba ya sino el oro, vistiendo el traje franciscano y soñando en la armadura del Cruzado. Su corazón se había retirado al siglo XI; su entendimiento al siglo VII, pues que adoptó al finar su carrera una teoría cosmográfica de aquella época remota (91) y que, por sorprendente casualidad, le colocó, sin embargo, en el último lindero de nuestra ciencia contemporánea! (92)

En aquellas cartas asistimos, pues, a su última transformación y decadencia (93). Buscó primero el Asia y tropezó con la América. Se empeñó después en abrirse un paso a la India; buscó también el estrecho sin encontrarlo, estuvo cercano sin saberlo al grande océano de la opuesta orilla, y fué a dar a Jamaica, naufrago, desacatado, y al fin rendido, como un titán agonizante en medio de las olas.

(88) V. Diario del primer viaje; Nav. Op. cit., Tomo I.

(89) Carta de Colón a Su Santidad, febrero, 1502; Nav. Op. cit., Tomo II, pág. 313.

(90) Humboldt. Op. cit., Tomo I, pags. 91 y 109.

(91) Manuscrito del siglo VII citado por Santarem (*Christophe Colomb et Vasco de Gama*, par Emile Deschanel. París 1865, páginas 314 y 315.)

(92) Esa teoría de Colón acerca de la forma de la tierra, se asemeja a la de la forma *tetraédrica* de Mr. Lawthian Green, prolijada por el Conde de Saporita y por Mr. Lapparent.

(93) Humboldt. Op. cit., Tomo I, pág. 109.

Esclavo de compromisos irrealizables, juguete de las tempestades marinas, víctima de la pobreza, la ignorancia y la codicia de su época, envidiado, escarnecido, usurpado, detestado en fin, aquella situación se hizo carne en Bobadilla y en Fernando V: aquél le cargó de cadenas como a un criminal: éste le arrinconó a la postre con indiferencia desdeñosa, como un despojo innecesario e inútil (94). Menos que por la edad y los trabajos, murió bajo el peso de la ingratitud, el abandono y el desengaño. Ahora mismo, sobre la tumba incierta se asienta la discordia removiendo sus frías cenizas!

Pero tampoco fué innmerecido su destino: por su egoísmo, sus falacias, su ambición, sobre todo, por su inhumana indiferencia y horrenda ingratitud con el indio sencillo e inofensivo, cuyo exterminio rápido inició, se confunde con el tipo vulgar de los hombres de su tiempo, que no puede inspirar simpatía ni respeto: por su genio, por su constancia y su firmeza, sobre todo por su fe sobrehumana, descuella en el curso de los siglos con extraordinaria grandeza, digna de que la fortuna hubiera evocado frente a su fantástica carabela la América seductora, como hada del misterio y la esperanza, para coronar su frente encendida, con el laurel de la inmortalidad.

*

El cuarto centenario es la consagración de su gloria por el mundo civilizado. Para los norteamericanos, motivo de legítimo y noble orgullo, al reconocerse los más dignos y más grandes herederos del Mundo Nuevo. Para España, ocasión de hacer justicia, bien que tardía e inútil. Se dice que este centenario consagra también, indisolublemente con la de Cristóbal Colón, la gloria de los españoles. Sin duda ninguna... de los españoles del siglo XV. Los de hoy son herederos distantes de los que con su audacia y su energía ganaron la América; pero son herederos inmediatos de los que con sus errores y su injusticia la perdieron. Aunque es más doloroso aun para nosotros, los hijos del solar americano de Puerto Rico y Cuba, el convencimien-

(94) Sobre la fidelidad del Rey Católico a sus compromisos, véase M. Menéndez Pelayo, *Historia de los Heterodoxos Españoles*, Tomo II, pág. 10.

to adquirido a precio tan amargo, de que los españoles contemporáneos son los continuadores obcecados y desdeñosos de aquella funesta política y, sobre todo, de que sólo se congregan con cariño y nobles esperanzas, en el hogar europeo de la raza desunida, los hijos americanos de España, cuando pueden hacerle al amparo de sus banderas nacionales, como pueblos soberanos de su destino. Momento oportuno es este de pensar que si el genio y la fortuna acrecentaron el patrimonio de España, también lo arruinaron la pasión y la iniquidad. Vanagloria estéril resulta el recordar que el arcabuz de aventureros forrados de hierro arrebató hace cuatro centurias la tierra de un mundo a salvajes desnudos, si de los descendientes americanos de la gran nación, los que supieron emanciparse se sienten satisfechos en sus nuevos y tempestuosos hogares y—en cambio—los que permanecen sometidos se consideran muy desgraciados!

Y no debe nadie sorprenderse, porque somos—dentro de la misma raza—otra familia distinta; que los pueblos a veces se separan más que por los caracteres exteriores, por las aspiraciones y la índole de su espíritu.

La gran España de la Conquista prestó aquel servicio eminente a la raza indogermánica: fué su acción una tempestad de pasiones que barrió la tierra y la preparó para recibir otra civilización. Su impulso no había sido engendrado por el ansia de evangelizar los aborígenes. Eso era imposible, y no sucedió tampoco por lo mismo. Y, por otro lado, no había diferencia esencial ninguna entre el sacerdote azteca sacrificando con su cuchillo de ofidiana, sobre la piedra del horrible *teocalli*, millares de humanas víctimas,—en holocausto a su dios guerrero y sangriento—y el soldado del Catolicismo decretando, por la misma época, en nombre de su fe religiosa, la muerte de todo un pueblo europeo y matando en el cadalso o por la espada miles de flamencos; mientras en el confín de la América meridional, el conquistador imponente y empedernido pregonaba el exterminio de los araucanos invencibles, a nombre de su violencia y su codicia, e invocando hipócritamente, como siempre, al Cristo dulce y pacífico que al agonizar en su madero de ignominia, perdonaba a sus enemigos y pedía para ellos la divina misericordia. Por eso es una encarna-

ción y un símbolo trágico aquel Pedro de Valdivia que la gente del indómito Arauco, en justa represalia, forzó a morir tragando oro fundido!

El oro solamente produjo aquellas proezas fáciles de un estado de civilización superior, representado por el hierro y la pólvora, contra un estado inferior, sumido en plena edad de la piedra. El conquistador, ayudado del perro y el caballo, venía revestido de acero, y mientras el indio desnudo solo disparaba con flechas terminadas en frágiles espinas, él—verdadero inmortal—atronaba el espacio con el espanto de sus mosquetes y lombardas.

Pero el oro que mató al indio arruinó a España. Enriquecida en la violencia y la matanza, siguió siendo el fiero campeón de la intolerancia católica y estuvo medio siglo bregando en Europa contra la Reforma, es decir, contra los progresos del espíritu humano. Vacío su arca, al cabo; pero vació también su cerebro, y desde el monasterio del Escorial abrió como inmenso buho sus negras alas, tendiendo sobre todos sus hijos, en la Península y en la América, una espesa noche de siglos. Nosotros, nacidos en este Continente, al resplandor divino del firmamento americano, no pertenecemos ya, moralmente, a esa estirpe que ahora mismo se extasía volviendo sus miradas y su corazón al pasado, como al bien perdido! Nosotros somos gente del porvenir. Nuestros héroes no son aquellos grandes bandidos consagrados por el éxito. Nuestro emblema no puede ser ya el león salvaje, rampando por robar la manzana de oro, entre rugidos de muerte... y por eso—solitarios en medio de la nacionalidad, tristes en medio de la gran fiesta, que no nos interesa—recordemos con satisfacción al menos que también hemos sufrido y luchado por el bien y el ideal, y que hemos merecido en nuestra desventura, llevar dentro del corazón ensangrentado una estrella del cielo, que simbolice la alteza de nuestras aspiraciones y disipe la sombra que nos envuelve, con el rayo bienhechor de la esperanza.

LA ANEXION DE CUBA A LOS ESTADOS UNIDOS (*)

Vedado (Habana), Marzo 6 de 1907.

Sr. Fred. M. Thompson.

Emporia.—Kansas.

Muy distinguido señor mío:



U favorecida de 23 de febrero último, llegó algo retrasada a mi poder y es este el motivo por qué mi contestación no es tan inmediata como yo hubiera deseado.

Usted y sus compañeros de la Universidad de Kansas me favorecen demasiado a tiempo de ponerme en compromiso al pretender de mí, con festinación inevitable, siquiera

(*) La Escuela Normal del Estado de Kansas y la del de Oklahoma, siguiendo una costumbre de las universidades, colegios y academias de los Estados Unidos, convinieron, en el año de 1907, en sostener un debate sobre el tema de la anexión de Cuba a la gran República Norteamericana. La *Oklahoma State Normal School*, por medio de su *team*, mantuvo la afirmativa, y la *Kansas State Normal School*, por medio del suyo, sostuvo la negativa, después de haber solicitado de cubanos prominentes "informaciones directas" sobre la cuestión debatida.

Uno de los cubanos consultados fué el señor Manuel Sanguily, quien con tal motivo escribió esta carta, vibrante en el fondo y atildada en la forma, que fué publicada en el número correspondiente al día 15 de marzo de 1907, de la revista *Letras*, de esta ciudad, que dirigían los hermanos José Manuel y Néstor Carbonell, por cuya iniciativa se llevó a efecto en el teatro *Martí*, en la noche del 15 de abril de dicho año, un banquete-homenaje al insigne repúblico por la calurosa defensa hecha en favor de la independencia y soberanía de Cuba. En ese acto, que tuvo resonancia extraordinaria, hicieron uso de la palabra los señores José Manuel Carbonell, Eusebio Hernández, Eliseo Giberga, Antonio Zambrana, Mariano Aramburo y el propio Sanguily, que ratificó y amplió, en elocuentísimo discurso, los puntos de vista por él mantenidos en la carta que dió motivo a la celebración de aquel homenaje.

CUBA CONTEMPORÁNEA, al hacer la selección de algunas de las mejores producciones del ilustre extinto, ha creído oportuno incluir entre ellas esta contundente epístola, por su carácter patriótico y porque en su texto pueden verse varias consideraciones que, a pesar de los años transcurridos desde entonces, son hoy todavía de palpitante actualidad.

breve información que pueda ayudarles de alguna manera en el debate que este año empeñarán con las personas escogidas de parte del Estado de Oklahoma, acerca del grave e interesante tema que han decidido discutir de *si los Estados Unidos deben anexarse a Cuba*.

Me complace saber, por la carta de usted, que los que con usted representan a Kansas han optado, si por caso no les ha tocado en suerte, mantener la negativa. Supongo que el lado que cada contrincante tome en la contienda, no haya dependido del azar; pues que, de serlo, se empequeñecería el asunto, reduciéndolo a mero ejercicio de retórica, a un simulacro en que sólo se haría alarde de ingenio, o de habilidad, inevitablemente sofística, y no del propósito de buscar y defender la verdad por inspiraciones de la justicia.

Y me es grato que usted y sus compañeros hayan optado por la negativa, porque en ella cabalmente están a la par implícitas la verdad y la justicia, así como también la conveniencia de los Estados Unidos, y, muy singularmente, la conveniencia junto con el honor y la dicha de los cubanos.

Por supuesto que si yo pretendiera desenvolver estas proposiciones, necesitaría escribir un libro; pero no he de intentar otra cosa que ser lo más breve que pueda; ya que, por otra parte, ni usted me pide más, ni yo tengo ahora tiempo ni asiento para ser más extenso y más explícito.

Honrado por usted con la consulta que se ha servido hacerme, es mi primer deber mostrarme leal y hasta candoroso con usted, y por eso no puedo excusarme de confesar en alta voz que el hecho de proponerse como tema en escuelas norteamericanas ese mismo sobre el cual van ustedes a contender, no es sólo un hecho de suyo alarmante, sobre todo para nosotros los cubanos; sino que promueve muy dolorosas cavilaciones al criterio moral y jurídico que todavía impera en las agrupaciones humanas y que, por lo mismo, determina y guía las relaciones de los pueblos, principal y generalmente de los pueblos fuertes con los pueblos débiles; porque es lo positivo que a ninguna universidad americana ni aún se le ocurriría ni por asomos debatir sobre el tema—por ejemplo—de si deben los Estados Unidos anexarse a Francia o

al Japón. Por tal motivo, yo, cubano, estoy—respecto de la tesis de ustedes—en el mismo caso en que se encontraría un buen americano si en las aulas de Oxford—*verbi-gratia*—se fuera a discutir sobre si debía Inglaterra anexarse o no a los Estados Unidos. Hablo únicamente en sentido teórico; porque yo sé que los ingleses no pueden pensar en semejante despropósito; aunque no sea sino porque sería imposible para ellos realizarlo.

Mi respuesta a la consulta de ustedes tiene que ser, anticipando su resumen, la negativa rotunda de un ratón a quien un grupo de gatos le preguntara si debían los gatos devorarlo a él y a su grupo de ratones; aunque estoy seguro de que el ratón, como yo, se quedaría temblando para toda su vida en la dolorosa preocupación de que ya a los gatos se les había metido en la cabeza la terrible idea que ponía en peligro su estirpe toda; porque tengo el convencimiento de que con ninguna salsa pueblo alguno tiene el derecho de comerse a otro, ni por conquista, ni por anexión, ni de ningún modo y por ningún motivo, ya invoque sus intereses, ya invoque la civilización; pues a mi juicio ningún interés por vital que sea justifica ni, en esencia, puede legitimar el menosprecio a la supresión de otros intereses igualmente vitales; ni la civilización se perjudica nunca, sino antes bien se favorece y dignifica, con que vivan juntos o cerca, cada cual en su independencia y su autonomía, los pueblos grandes y fuertes y los pueblos chicos y débiles.

Y esto no significa que desconozca, en la práctica al menos, las ventajas que puede ocasionar en un pueblo de civilización inferior, esto es, colocado en un plano más bajo de su desenvolvimiento o evolución,—la acción directiva, protectora y civilizadora de un pueblo poderoso y más adelantado;—cosas que en realidad de verdad no acepto que pueda decirse del de Cuba con relación al de los Estados Unidos ni a ninguno. Rechazo de plano como un error injustificable que el pueblo americano, ni otro cualquier pueblo, sea ni mejor ni mucho menos *superior* al pueblo cubano, ni que la civilización “sajona” (o la civilización “eslava”) sea mejor civilización, así dicho en absoluto, que la civilización que llaman “latina”, que es la en que nosotros los cubanos nos hemos criado, y que, comunmente, con la sajona, se denomina “ci-

vilización occidental". Son, tan sólo civilizaciones diferentes, y eso es todo; por tener ambas un mismo fondo de doctrinas, de ideas y de cultura originaria y general. Las naciones no se juzgan tampoco por la masa de sus individuos; sino por la porción de ellos que dirige y representa genuina y legítimamente su país y el grado de su capacidad y desenvolvimiento intelectual y moral. Si no hemos producido nosotros, hasta cierto punto, grandes filósofos, grandes artistas, grandes inventores, no hemos vivido tampoco en las condiciones propias a producirlos, ni ha sido suficiente a determinar aquéllas nuestra población reducida o mucho tiempo estacionaria; pero nos hemos mantenido, a pesar de eso, en un nivel de progreso y de civilidad de que no tenemos por qué avergonzarnos; y hubo, además, períodos de nuestra vida colonial en que La Habana tenía más importancia que New York y que había en ella un nutrido y excelente grupo social, patriota y culto, que seguramente no se encontraría, ni siquiera análogo, en esa misma época, en ciudades más populosas de América y Europa, como su ornamento y gloria. En cuanto al otro extremo, a la inferioridad por causa de vicios sociales, no puedo asentir a que muestre este pueblo mayor número de ellos que los demás del planeta; mientras que, en cambio, no hay ninguno que sea más sufrido, más bondadoso, más dócil, ni tampoco más resuelto al determinarse, ni más abnegado en el sacrificio; como es único por su incomparable hospitalidad, que llega a la exageración, nacida de su propia nobleza, de ser demasiado pronta y demasiado fácil aun para advenedizos y desconocidos.

Yo tengo confianza en la moralidad del pueblo americano, —amenazada, no obstante, por el general afán de lucro, y por elementos extraños acarreados y renovados en incesante inmigración, que lo van alejando de su prístina severidad puritana y de las recomendaciones sabias y generosas de Washington; y creo—bien que, por eso mismo, no sin que me sobresalten, a menudo, temores e inquietudes—en su conducta mesurada, respetuosa y justiciera respecto de nosotros, ya que es indudable que el mantenimiento y preservación de la República Cubana es por encima de todo una cuestión de moralidad, prescindiendo, en este instante, de que es asimismo una cuestión de altísimo interés para los Es-

tados Unidos. Abrigo la esperanza de que algún día la moral internacional ha de ser tan obligatoria (ya que siempre es necesaria) como lo es la moral individual, y que dependerá menos del número de cañones que mantengan eficazmente los tratados, del número de conciencias que respeten en las sociedades, como en los individuos, el derecho para cada una de ser y de vivir en paz y en gracia de Dios. El "imperialismo" como quiera que se considere, no es más que una forma vergonzante—y así ha sido siempre en Europa como lo es ahora en América—del antiquísimo espíritu de conquista, que un gran escritor ruso condenaba tildándolo de "superstición de los Kilómetros cuadrados". La teoría darwiniana, que considera a las naciones capaces de desarrollarse como un organismo y para ello necesitadas de alimentarse, al modo de los organismos reales, de la substancia de otros pueblos, incorporándoselos en una especie de *fagocitosis*—y la doctrina derivada, o paralela, del "expansionismo", no pueden aprobarse ni justificarse sino a condición de aceptar la tesis que se atribuye a Bismarck, pero que es por desgracia tan vieja como errónea y lamentable, de que *la force prime le droit*, y por consecuencia que la guerra y la conquista son "divinas", según pensaban el reaccionario José de Maistre y el mariscal de Moltke;—cuando suelen no ser sino el abuso de la fuerza y los instrumentos de la ambición feroz o la calculadora codicia.

Aparte todo esto, que no es más que una mera indicación de mi punto de vista teórico, la anexión de Cuba sería—a mi entender—tan poco provechosa como poco honorífica para los Estados Unidos. Sería ventajosa, desde luego y al primer golpe de vista, para algunos o para muchos americanos—para agiotistas, especuladores, *promoters*, sindicatos y aventureros;—pero no para el mayor número de los americanos ni para la nación americana. Ésta se echaría encima, sin necesidad, nuevas atenciones y cuidados, problemas nuevos y difíciles, con nuevas y muy grandes responsabilidades. Para el gobierno federal sería desde luego un experimento. Siempre lo es el gobernar pueblos que no se conocen, pueblos de otras razas, de otras lenguas, de otros usos y costumbres, de otra "mentalidad", y—¿por qué no decirlo?—de otros vicios y preocupaciones. En tales condiciones no es aven-

turado presuponer el fracaso como segura consecuencia,—y el fracaso dependería de la ignorancia inevitable, de la explotación fatal, de la injusticia concomitante, y podría—en tal concepto—significar también, con la presumible rebelión, el desorden, la crueldad,—y en fin, el odio y la ruina; la ruina del capital, el descenso de la cultura, y la miseria y extinción paulatina o precipitada de un grupo considerable del género humano.

Mientras tanto—porque son iguales en todas épocas y en todos los lugares las leyes que rigen la sociedad y determinan la naturaleza y la conducta de los individuos—los Estados Unidos en el pecado llevarían la penitencia; se corromperían en y por su colonia, más pronto todavía si conservan muchas a un tiempo, y la corrupción colonial invadiría, contaminaría, sin que pudieran evitarla, la administración, la política y el alma de la nación. Necesitarían una “burocracia” suya, pero a distancia, la cual—porque menospreciaría una opinión pública de gente que no le importa y entre la cual morará sólo temporalmente—sería, a la corta o a la larga, una burocracia inmoral y desmoralizadora, que al ir regresando a su país llevaría consigo algunos vicios y tal vez algún dinero; pero, seguramente, turbia y pervertida la conciencia. Necesitarían—para auge del militarismo y adulterando el carácter y el espíritu de sus instituciones—aumentar su ejército, o crear probablemente un ejército colonial—cohortes de “cipayos”—para garantizar el orden material que suele ocultar, en dependencias apartadas, las mayores iniquidades de la preeminencia y la dominación. Necesitarían muchas cosas más para que, convertida Cuba en una finca de explotación, regida desde lejos, en pleno “absenteísmo”, por capitalistas que no tendrían, respecto de sus naturales, interés simpático ninguno, que no se preocuparían de otra cosa que de adquirir barato las tierras y de vender caro sus frutos,—los mercaderes y comerciantes—que jamás se harían “cubanos”—se ligarían con el elemento de gobierno—que sería siempre “americano”—a fin de que la fuerza pública, y aun la nación toda, garantizaran sus proventos, amparando su mercancía.

En la colonia o “posesión” habría decaído la moral pública y privada, sufriría frecuentemente daños la justicia, se transformaría, al cabo, la civilización verdadera, la que promueve la flores-

cencia del espíritu, y, en vez de lo que hay ahora todavía, sólo podría existir un verdadero bazar o factoría, a estilo oriental, en el tránsito de americanos satisfechos, que viniesen de paseo o rumbo a Panamá o San Francisco.

Mas, la nación americana habría perdido a su turno considerablemente. Habría perdido el título mejor, que consiste en crear naciones, y no suprimirlas;—la gloria de haber instituido la República Cubana, que es su legítimo orgullo;—y ante la imputación de haberla suprimido, amenguaría, con la admiración y el respeto del mundo, esa confianza que ahora mismo tiene empeño en arraigar en los pueblos latinos de este continente, entonces más alarmados y recelosos que nunca.

¿A qué exponerse a tales perjuicios y tan grande desprestigio cuando los Estados Unidos han determinado y fijado, en su propio beneficio y resguardo—llegando hasta donde podían llegar sin escándalo ni muy excesiva violencia—las relaciones que existen ahora, pueden largo tiempo subsistir, entre ellos y la “República Cubana”? No he de detenerme en este interesante aspecto del problema ni mucho menos en sus orígenes, ni tampoco en la manera práctica como ejercitan los Estados Unidos—en estos precisos momentos en que “provisionalmente” están gobernándonos—las facultades que nos exigieron, de conformidad con la “Enmienda Platt”, la cual en definitiva no era sino una ley interior dictada por su Congreso; pero que las circunstancias, y el haber tenido los cubanos que dejarse “persuadir”, hicieron obligatoria, y aún “constitucional”, para ellos.

Desde el punto de vista de mis paisanos, el problema de la anexión es más grave y trascendental todavía. Yo, por de contado, no hablo sino por mí solo, y si hablase en nombre de ellos, no sería en el de los que claman ahora por lo que han dado en llamar el “protectorado” americano,—o pretenden, so pretexto de su definición más clara y expresiva, hacer todavía más estrecha, más dura, más mortificante la “Enmienda Platt”, sin necesidad y ventajas para el orden y para el derecho,—o propenden a abrir una brecha en la nacionalidad empenándose incautamente por obtener para los extranjeros el derecho de sufragio, como si no fuera natural, sobre ser más justo y decoroso, que el extranjero

demostrase su buena fe *nacionalizándose*, en vez de demostrar los cubanos su despreocupación patriótica o un sospechoso cosmopolitismo otorgándoles el voto electoral a extranjeros que ni lo soñaron o nunca se atrevieron a pedirlo, tan solo porque recóndita erudición ha descubierto que en algunas partes, como en el lejano Paraguay o en el Perú, así se estila. Esos para mí, si son cubanos han de ser muy pocos y desde luego estarían por desgracia equivocados; a menos que fueran del número de esos hombres *sans-patrie*, que en todas partes actúan, y quieren vivir bien, buscando sólo su medro personal, la satisfacción de su egoísmo y su interés; por lo que pertenecerían al inmenso montón de malaventurados que, por carecer del bien de la verdadera inteligencia, Dante recluyó en un lugar apartado de su infierno, pues que no estuvieron ni con Dios ni con el Diablo, . . . *ma per se furo*.

Porque nadie puede convencerme ni de que la "autonomía" de Cuba bajo los americanos, sea autonomía tan completa como nuestra soberanía actual, ni que garantice más contra posibles revoluciones, si las provoca y concita la mala u opresora gobernación;—ni de que en un país de poca densidad de población regnicola, inundado de extranjeros, a menudo despreciativos, muchos rencorosos e implacables en su despecho político, cuando no ricos y por lo general voraces, no sea un peligro para su independencia la concesión privilegiada del sufragio a favor de gente tan egoísta, ingrata y desamorada:—ni menos todavía de que sea obra patriótica y recomendable, requerir al extranjero, invocando la seguridad y confianza del capital, porque está en mucha parte a disposición de los extraños, para que nos deshonre arrebatándonos lo nuestro por la fuerza, o mediante el contubernio de la intriga, la corrupción y la calumnia, como sería el caso de imponérsenos lo que dicen maliciosamente el "protectorado", cuando ya suficiente *protección* tenemos; o para que nos remache otro ramal en el grillete de la Enmienda Platt, con el disimulo de hacerle aclaraciones a un texto que los americanos no creyeron deber desentrañarles a los angustiados emisarios de la Convención constituyente, acaso porque para ellos no era dudoso ni equívoco su sentido, como en puridad tampoco puede serlo para nosotros mismos, ya que la Enmienda significará todo lo que se quiera ha-

cerle decir, menos que la intervención a que ella se refiere haya de ser, cuando como esta vez se realice, la primera y la última; porque eso sí que no dice ni pudo decir la Enmienda Platt, ni ha dicho, ni cabe imaginar que dijera tampoco, el Tratado con los Estados Unidos en que la incorporamos y establecimos a perpetuidad, como ley de nuestras mutuas relaciones internacionales.

Los Estados Unidos no pueden convertirse, en la República de Cuba, y menos matando la República de Cuba, en patronos y valedores de los errores y concupiscencias de ningún gobierno, ni en cómplices de la avaricia sin escrúpulos de gente adinerada; como no pueden, por su propia virtud y lealtad, suprimir nuestra nacionalidad y borrar de una plumada nuestras instituciones facilitando la obra nefanda de agiotistas y aventureros; sino que ampararán los derechos de un pueblo generoso y bueno, digno de esa independencia por la cual ha sufrido y sangrado durante casi un siglo, y de esa libertad que ningún país de la tierra—ni siquiera los mismos Estados Unidos o Inglaterra—ha conquistado sin convulsiones o sin luchas más o menos violentas por más que sean siempre muy dolorosas.

Los cubanos con quienes yo me confundo e identifico, que son la mayoría incontable, no quieren la anexión: quieren—como es natural, muy justo y muy humano—su independencia nacional, distinta, separada y verdadera. Hubo un tiempo—entre 1845 a 1855, con renovación como esporádica y muy pasajera en 1869—en que los cubanos ilustrados deseaban y aun procuraron la anexión de su tierra a los Estados Unidos. Entonces—que fueron los “alcyon days” del anexionismo agresivo de los “hombres del Sur”—concurrieron muchas razones, intervinieron muchas concausas para producir ese estado de espíritu por el cual en Cuba el “patriota” era el “anexionista”. El Sur quería dominar en el Congreso de la Unión, bajo la pena de ver desaparecer—en razón de causas económicamente y de los progresos del abolicionismo, que tan enérgicamente actuaban en el Norte—la institución de la esclavitud de los negros en que descansaba y de que dependía su vida toda, económica, y social, y política. Al propio tiempo, gran número de cubanos, los de mejor condición social y mayor cultura,—como si dijéramos, la aristocracia del dinero y de las letras,

—en su mayoría, como los *southernmen*, propietarios de esclavos y dueños de “ingenios”, y los que ellos arrastraban y por su grandísima influencia,—aspiraron a la “anexión”, que al fin y al cabo era una solución ventajosa y condición superior en todos sentidos a la en que las mantenía España sujetos; pero, entonces sobre todo, sabían positivamente que ingresarían en la nación americana como un “Estado” o como dos o más “Estados” de la Unión. Hoy no sería, no podría ser lo mismo. Los cubanos hemos ascendido a una condición más alta por nuestro propio esfuerzo, y, ayudados por los mismos Estados Unidos, adquirimos al fin la vida nacional que no queremos ni debemos sin mengua trocar por ninguna otra; y ya—por lo demás—los Estados Unidos no son lo que entonces eran: han entrado ahora en la nueva faz que llaman “mundial”, y tienen “posesiones” en el Asia, en América y en el Pacífico, que formarán un nuevo sistema ultramarino. Los cubanos serían “incorporados” en él,—esto es, serían lo que nadie sabe, cualquier cosa *inferior*, jamás un “Estado”; pero con todas las desventajas, los perjuicios y los inconvenientes de haber traspasado al extranjero el manejo de sus asuntos, la dirección de su vida, la responsabilidad en fin de su destino; para lo cual tendrían ahora que abdicar su nacionalidad y su independencia, sacrificar su dignidad, acaso también su reposo,—esa confianza de quien vive en su casa como dueño y puede contar con el tiempo por venir, bajo la sola mano de quien se dice que rige el universo y distribuye los bienes y los males de la humanidad.

A más de esto nosotros sabíamos y sabemos lo que es un “Estado” americano; pero nadie sabe todavía lo que es una “colonia” americana. Con respeto, pero con sinceridad, debo decir que toda colonia—bajo españoles, o ingleses, o americanos—es un infierno para la casta o población subordinada. Los Estados Unidos no tienen la experiencia que la misma España, que al cabo de cuatro siglos de imperio transfretano, no supo nunca aprovechar a tiempo, por lo que procedió con tenacidad en sus errores lo mismo en América que en Flandes, Italia o Portugal. Y esa Inglaterra, que tiene fama y que se precia de sesuda y de liberal, en tanto grado como de colonizadora, tampoco supo evitar que los americanos prefirieran, aun tras larga guerra, emanciparse de ella y constituir un

nuevo y a poco grandioso hogar, que de seguro no querrían jamás supeditar a nadie. Todo, pues, induce a conjeturar que un régimen, siquiera americano, no sería menos insufrible al cabo que lo fué el régimen español para los cubanos, o el régimen inglés para los americanos; que, después de todo, de colonia a colonia habrá gradaciones; pero serán las gradaciones que quepan en la sumisión y el vasallaje. Y bien miradas las circunstancias, a Cuba le fué más ventajoso en el pasado el haber sido colonia española, que le sería en lo adelante o alguna vez el ser dependencia o colonia de los Estados Unidos; porque España estaba muy lejos; porque era muy pobre; porque relativamente era también muy débil, y porque al fin era la raza genitora. A ella, por estas condiciones, quisimos muchas veces unirnos en conciliadoras combinaciones políticas, variables según los tiempos;—o le enseñamos el puño de cuando en cuando; o pudimos varias veces morderla; pudimos medirnos con ella en lucha desigual pero nunca insensata; pelear con ella reciamente; resistirla siempre con las armas hasta años seguidos. Teníamos siempre la facilidad que los Estados Unidos nos brindaban para conspirar, para adquirir armas, para preparar las llamadas expediciones “filibusteras” y, si España sofocaba nuestra rebeldía, para emigrar allí, huyendo de su férula y vivir lejos de ella maldiciéndola tranquilamente, o en la misma Cuba, en el seno de la nativa nacionalidad, animados por las ilusiones del porvenir. En contraste, colonos de los Estados Unidos, o “incorporados” y sometidos a ellos, si llegaran a tiranizarnos, no habría para nosotros recursos, descontados los que pudiese sugerir la desesperación; esto es, no habría elementos eficaces para restaurar la justicia, intentando con probabilidades de éxito las reivindicaciones del oprimido; porque en América ningún país, probablemente, se atrevería a ser entonces para los infelices cubanos en contra de los Estados Unidos, lo que fueron éstos para ellos cada vez que se rebelaban contra España. Así, la tiranía española en Cuba podría ser siempre considerada como un accidente o una modalidad que dependía de la voluntad de los cubanos alterar o sufrir: nunca como una condición perpetua e ineluctable. Lo que fueron, lo que hicieron en Cuba los Estados Unidos, como adquirieran los derechos y títulos de señores

dueños, no estaría jamás en manos de los cubanos el modificarlo. Seríamos eternamente lo que quisieran ellos que fuésemos,—hasta que por degradación política, económica y desde luego social, por depauperación colectiva y por tanto individual, fuéramos extinguiéndonos como los Algonquinos y los Seminolas. Con España—por otro lado—nunca podíamos dejar de ser cubanos y de sentir y de pensar en nuestra común lengua castellana; lo que significa que, antes de degenerar y decaer, nos era dado siempre cultivar nuestra propia “mentalidad” y alimentar un ideal castizo de reformación o de futura vida nacional. Bajo los americanos, como término definitivo, seríamos indefectiblemente “absorbidos”:—iríamos desapareciendo, pronto o despacio, por la proximidad de su inmenso país, por su número abrumador, por la inundación asfixiante de su gente, por el gobierno suyo que a ella por fuerza le favorecería y no a nosotros, por el dinero inagotable y sin entrañas, por la mayor fortaleza, por la imposición de su idioma como lengua oficial,—y toda esta perspectiva será muy hermosa para la humanidad, aunque yo no lo sé; pero es muy triste, es funesta y por lo mismo odiosa para los cubanos; por lo que yo hago votos porque eso nunca llegue a suceder.

Por lo demás, no veo por qué no podamos seguir viviendo, crecer en riqueza y población y ser felices, siempre como cubanos, en cordialidad sincera e inalterable con los americanos, que no impide conservarnos distintos los unos de los otros, y manteniéndose Cuba independiente bajo la influencia de los adelantos de los Estados Unidos y del mundo todo; a la sombra de su eficaz y generosa garantía internacional; en constantes relaciones mercantiles, y, para decirlo en una palabra, dentro de la normalidad del derecho y de la justicia,—ejerciendo ellos sobre nosotros su inevitable y constante pero benéfica acción a distancia, más nunca ni soñando bajo la inspiración de doctrinas “biológicas”, incorporar-nos en su substancia, o, como si dijéramos, suprimirnos de la vida.

Me he ceñido cuanto he podido a los límites de la consulta con que usted me ha honrado y favorecido. Note usted cómo no he hecho alusión hasta aquí a los últimos trastornos. Menos he de hablar tampoco de ellos cuando ya esta carta es tan larga que temo haber abusado de su tiempo y de su amabilidad. Bástele a

usted saber que yo no creo que, por ello, Cuba es ni mejor ni peor que antes; ni mucho menos puedo convenir en que, por ello, nadie se crea con derecho a borrarlos del mapa de las naciones e imponernos denigrante curatela. Y porque tampoco la culpa es de nosotros únicamente. La primera Intervención se retiró dejando en Cuba a los enemigos de su independencia garantidos en la plenitud de su libertad de acción y con sus propios y no despreciables medios de socavar la república; mientras sus defensores quedaron destituidos de recursos. Ahora mismo los periódicos de más dinero y por lo tanto de importancia, pertenecen a empresas extranjeras que frecuentemente han estado hostilizando y mortificando al país y hacen ahora con empeño inaudito una como campaña inconsiderada e irrespetuosa contra sus sentimientos y su nacionalidad, en que el argumento que pregonan y repiten hasta fastidio es la incapacidad o supuesta inferioridad del pueblo cubano, sin duda porque ha sido bastante paciente y generoso para consentirles sus abusos y desmanes sin la menor protesta, ni manifestación ostensible de su tantas veces provocada indignación.

No abrigo la presunción de creer que usted sacará mucho provecho de mi rápido informe, escrito *cálamo corriente*. He pretendido tan solo hacerle a usted conocer cómo piensa y siente la inmensa mayoría de cubanos, con respecto a ese mismo problema que ustedes van a considerar; y así, de acuerdo con ella, le he comunicado ingenuamente aunque de prisa la opinión honrada de quien admira y hasta ama a los Estados Unidos; por más que por encima de todo ama la dicha y la dignidad de su patria, y a todo prefiere el que sea ella regida otra vez y siempre por sus propios compatriotas, elegidos por el legítimo sufragio; pues que está persuadido de que no se puede ser "buen americano" y "buen cubano" en una sola pieza; que un "buen cubano" no puede ser al mismo tiempo un "buen americano", como no fué posible que llegara nunca a ser un "buen español", a pesar de haber habido mucha más afinidad entre los nacidos aquí y en la península española; por cuyos motivos los americanos desconfiarán con razón de los que, al protestar lo contrario serían a sus ojos unos renegados. Todavía en los mismos Estados Unidos han experimentado ustedes los conflictos aun entre el patriotismo nacional y el patriotismo

inspirado por el amor y los intereses de los Estados particulares. En la gran contienda de 1861 el ilustre y venerable general Lee, acaso con profundo dolor de su corazón, en una hora aciaga y a pesar de su devoción por la unidad nacional, no creyó deber vacilar, cuando su Estado le llamó a la guerra, en desenvainar la terrible espada que es el timbre de gloria para el nombre americano.

En cambio, sí espero y ansío que iluminados usted y sus compañeros por la razón y la justicia, no sólo convencerán a sus antagonistas de Oklahoma, sino también al pueblo todo de los Estados Unidos, de que Cuba—para su bien, así como para el bien, la honra y la gloria de la nación americana—debe ser siempre una República independiente y soberana.

Y, agradecido a la inmerecida deferencia de que usted y sus colegas me han hecho objeto,—soy de usted y de ellos, con los sentimientos de la más distinguida consideración, su atento s. s.

MANUEL SANGUILY.

P. D.—Desearía que ustedes me honraran participándome donde se imprimirán los resultados del interesante debate, pues estoy ansioso por conocer los puntos de vista que se sustenten y los argumentos que se aleguen.—Vale.

EL PANAMERICANISMO

(DISCURSO PRONUNCIADO POR EL SR. MANUEL SANGUILY, SECRETARIO DE ESTADO DEL GOBIERNO DE CUBA, EN EL BANQUETE OFRECIDO POR EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA AL SR. PHILANDER C. KNOX, SECRETARIO DE ESTADO DE LA UNIÓN AMERICANA, LA NOCHE DEL 11 DE ABRIL DE 1912.)

Señor Secretario de Estado:



E ha honrado el señor Presidente de la República confiriéndome el encargo, muy grato para mí, de daros—en su nombre y en nombre del Gobierno y del pueblo de Cuba—la más cordial y afectuosa bienvenida a este solar amado donde se han mecido las cunas de muchos héroes y que ha sido siempre hogar hospitalario en que fácilmente olvidan los extraños su tierra nativa entre las caricias de pródiga naturaleza y la dulce hermandad de un pueblo tan noble como bueno. Mensajero de paz, al recorrer regiones hasta ahora para vos desconocidas que pueblan gentes de origen e idioma tan diversos de los vuestros, no es la espada ponderosa de la conquista, símbolo de violencias y de ultrajes, lo que empuñáis con mano firme; sino glorioso caduceo, símbolo de prosperidad y de beneficencia, en torno del cual se entrelazan el olivo y el laurel, algunas de cuyas hojas esmaltaron lágrimas de nuestras hermanas y sangre de nuestras venas, como se funden en el halo de luz que lo envuelve e ilumina celestes resplandores de nuestro martirio y nuestro heroísmo; porque juntos los brillantes batallones americanos y las huestes cubanas casi desnudas y demacradas realizaron—los vuestros en rápida campaña, y nosotros guerreando incansables medio siglo—la obra grandiosa que renovó vuestras tradicionales doctrinas de política universal e imprimió nuevos rumbos a vuestro

destino histórico, a tiempo de mudar nosotros radicalmente nuestra secular condición, asumiendo desde entonces unos y otros, a par de deberes y derechos nuevos respecto a las demás naciones, responsabilidades mutuas y recíprocas a virtud de los cuales ni os atribuí la potestad de supeditarnos, ni hemos sufrido el infortunio de retoñado vasallaje.

Completáis con vuestra excursión a las libres comunidades del mar Caribe aquella otra interesante y fecunda realizada por vuestro insigne antecesor a las que demoran al sur ecuatoriano, animado Vuestra Excelencia, como él, del mismo espíritu de fraternidad y de armonía, portadores ambos del mismo mensaje de concordia y de amor que entonces enviaba y repite ahora le República máxima a estas Repúblicas fogosas, engendradas a su ejemplo aunque en condiciones desemejantes, nacidas unas—como la más reciente—al conjuro de su diplomacia, otras—como la nuestra—con el auxilio de sus armas, y conservadas todas, acaso, por el influjo y la eficacia de sus originales y salvadores principios; por lo que no podría entrañar la visita de tan alto vocero de la mayor y más ilustre democracia de la tierra, propósitos opuestos a la consagración y el normal ejercicio y desenvolvimiento de las instituciones republicanas; no ya sólo por la grandeza misma de la federación augusta de que sois el conspicuo y digno representante, y por la elevación y delicadeza moral del pueblo generoso que la constituyó y ha sabido mantenerla y engrandecerla al través de graves peligros y de contiendas pavorosas; sino por lo que sintetizan en la evolución de las ideas y en las transformaciones de la Historia, el espíritu americano, las doctrinas americanas y la acción de los americanos en la vida de la sociedad moderna. Fruto bendito de sazónada experiencia y trabajosa evolución impulsada y sostenida por los mejores anhelos de bienestar y de progreso, el americanismo, o nada significa, o es como la levadura de orden, de dignidad y de serena confianza que en cada hombre levanta como una torre inexpugnable el sentido y poderío del derecho, y siembra en cada pueblo un semillero de enérgicas virtudes para que, por su propio respeto, y por los altos intereses de la justicia, sea indomable y venturoso. Sólo por ese espíritu que crea y que enaltece, por la humana y fecundante eficacia de ese

credo que ha sido producto de una avatar superior de la conciencia, que es un nuevo Evangelio de redención y de esperanza para los pueblos oprimidos y baluarte de las democracias vacilantes e inseguras, tendría justificación y verdadera fuerza, en armonía con la dignidad y la dicha de los pueblos, lo que, contraponiéndolo a denominaciones del Viejo Mundo, se ha llamado el Panamericanismo. Cualesquiera que sean las mudanzas y aplicaciones de la Doctrina de Monroe—la última fase de la cual Vuestra Excelencia mismo ha expuesto e interpretado autorizadamente en reciente y comentado discurso—nunca podría, como gente malévola quisiera, implicar molesta, ilegítima y desdorosa suzeranía que consistiese en continua, arbitraria y perturbadora intromisión de un Gobierno extraño en la vida íntima y normal de naciones soberanas.

Dictan mis palabras, señor Secretario, a más de la admiración a vuestras instituciones, como antiguo revolucionario, mi cariño y mi gratitud de cubano. Participando en nuestra áspera lucha con la Metrópoli española los americanos anticiparon probablemente algunos años nuestra independencia, a la vez que aseguraron a nuestro favor el éxito indeciso en una guerra muy larga y devastadora, ahorrándonos igual calamitoso período de furores, de sangre y de ruinas... Después, en una sociedad desquiciada y abatida, con sus métodos mejores y para nosotros nuevos, corrigieron errores perjudiciales, supliendo las deficiencias del abandono y removiendo obstáculos que el pasado había atravesado en el camino de nuestra regeneración, con lo que se abrieron ante nosotros más amplios y luminosos horizontes. Y ahora, si aconsejarnos en las dificultades de la vida nacional, señalándonos, para evitarlos, peligros promovidos por errores de la inexperiencia, excusables en sociedades que cambian fundamentalmente su organización y régimen a virtud de luchas enconadas, es lo que se ha calificado de "política preventiva", no siendo en vosotros reprochable el ejercicio de un ministerio que invoca nuestra conservación y nuestro provecho, únicamente fuera en nosotros vituperable que desaprovechésemos sus beneficios, cuando no somos responsables de las fatalidades de la Historia, ni del momento y el lugar en que vinimos a la vida nacional, y ni siquiera tampoco hemos sido los primeros, porque seamos débiles, a quienes con

vuestras admoniciones hubiéseis querido denunciar equivocaciones o injusticias, en previsión de calamidades y desastres, pues que en circunstancias difíciles o peligrosas la acción continua o inmediata de vuestros Gobiernos en asuntos americanos, desde los comienzos casi del pasado siglo hasta sus postrimerías, impuso con su respeto y a menudo su acatamiento, oportunas rectificaciones aun a Gobiernos fuertes y Naciones poderosas, del mismo modo que a la propia metrópoli de Cuba,—a pesar de sus grandes, seculares y gloriosos títulos— advirtió insistentemente la palabra severa de vuestros Presidentes, los peligros a que la arrastraban su obcecación y su orgullo, mucho antes de fulminar al cabo contra ella la sentencia inapelable.

Conociendo así nuestra condición y vuestros declarados propósitos, fuéramos recelosos y escepticos en demasía si temiéramos aún que, por torpe inspiración de la violencia, o por móviles inconfesables, estuviese amenazada la estabilidad de nuestras instituciones nacionales; y porque vos también, señor Secretario acabáis de proclamar, en el centro mismo del Continente, que es demasiado grande y honrado vuestro país para codiciar ajenas soberanías y demasiado extenso para necesitar de ajeno territorio: que no en balde herencias ininterrumpidas de moralidad y de cultura han separado por distancia inconmensurable, de la furia del apetito, la serenidad luminosa de la justicia, de tiempos rudos, éstos más bonancibles para la democracia y el derecho, y que es la misma distancia inconcebible que media en el mundo moral entre el alma caótica y tenebrosa de Tamerlan y el espíritu claro e inmaculado de Jorge Washington.

Además, señor Secretario, nosotros en todos los órdenes de la vida os necesitamos como por múltiples motivos de diversa índole nos necesitáis también vosotros, por lo que deben consistir nuestros comunes propósitos en la mutua utilidad por la prestación y el cambio de servicios recíprocos y equivalentes; aunque salta a la vista que es indispensable para la realización de fines tan benéficos que ni aquí ni fuera de aquí se consienta y menos se proclame sin correctivo, por la voz del agio desalmado y del dinero corruptor, que hay quien por derecho divino puede a su guisa, suprimiendo de una plumada la República, replantar en Cuba

la colonia subyugada; porque si no vivimos por derecho propio, y si nuestra condición nos ha sido otorgada en precario por ajenos caprichos o conveniencias, ni cabe dignidad en nuestra vida, ni autoridad respetable en el Estado, ni posibilidad siquiera de orden verdadero y paz permanente y honrosa... Los intereses que se aventajaron o lucraron en públicos trastornos e intervenciones acondicionadas por las circunstancias habrían de sentirse satisfechos y alborozados si volviesen los dorados días de su auge y predominio; mas por eso cabalmente el pueblo cubano se sentiría muy desgraciado...

Apenas hace algunas semanas que el de esta ciudad rindió el último tributo de su piadosa ternura a los restos de los marinos que sucumbieron en el *Maine*, y en grandes masas, apiñado en la orilla del mar, siguió, suspenso el ánimo, el viaje postrero de la fantástica nave. Allá en el horizonte, el caer la tarde, lo que había quedado de la pavorosa catástrofe—el casco mutilado—se sumergió para siempre; pero en todos los hogares cubanos, como en tantos hogares americanos, los corazones latieron al unísono, recordando pasados días de ansiedad, de dolor y de gloria, y en unos y en otros se evocaron con religiosa unción la memoria trágica del *Maine* y la noche siniestra en que al resplandor del gran desastre surgió a la vida esta nueva nación americana. Nacida en tan excepcionales circunstancias—vástago de tantos dolores—siente ella que las raíces de su existencia y de sus derechos prendieron y se nutren en lo más hondo de su propio pueblo y de la conciencia del pueblo americano; y por eso, confiada y agradecida, tiende ella ahora su mano leal al amigo poderoso y noble. Cuando, en premio a vuestro triunfante esfuerzo, se confundan en un mismo asombro al juntarse los dos mares que había el istmo separado desde edades remotas, acaso sus ondas, como el plegado manto del Embajador romano, escondan las bendiciones de la paz o los horrores de la guerra: Cuba satisfecha y contenta en su feliz independencia, estará junto a vosotros para disfrutar de los bienes incalculables de esa universal prosperidad que se avvicina como resultado necesario de tan portentosa modificación del Continente; y podéis estar persuadido de que, también en horas de conflictos y peligros, vuestros soldados no combatirán, si fuere

preciso, con tanto entusiasmo, como por su independencia y en vuestra ayuda combatiría este pueblo que sabe que, en el estado actual del mundo y en las críticas eventualidades de incierto y no remoto porvenir, la bandera cubana no flamearía con tanta seguridad ante el ajeno respeto, como junto y a la sombra benéfica de la vuestra que, cuajada de estrellas que simbolizan naciones en la realidad de la vida, parece el místico y glorioso firmamento del derecho. Y porque es su augusto ministerio—de conformidad con su tradición y con su espíritu—crear en su seno comunidades libres y en todo el Continente nuevas Repúblicas, y no—como quisieran los que ultrajan su nombre invocando su poder en provecho de odios inconcebibles e intereses bastardos—la amenaza y la aflicción de las naciones débiles... Mas, si el feroz propósito que persiguen y vienen anunciando inicuos agoreros debiera realizarse alguna vez, por causa de las mudanzas y flaquezas de los hombres, sobrevendría seguramente algún inaudito prodigio: acaso la majestuosa mujer que se iergue en medio del gran estuario sobre la isla Bedloe doblaría su cintura de metal para apagar en las aguas alteradas la gigantesca antorcha que ilumina el vasto océano y la conciencia humana, a tiempo de resonar un alarido pavoroso, arrancado al desencanto y al terror, que el eco repetiría de ola en ola y de cumbre en cumbre, anunciando en la noche del mundo que la libertad había muerto!

Nunca, empero, ocurrirá tamaño cataclismo que fuera más doloroso y funesto que si en un instante se apagara la luz de todas las estrellas; y así, permitidme que la esperanza y el amor hablen por mi boca haciendo votos sinceros porque disfrutéis, señor Secretario, de larga y venturosa vida de honor y de gloria; porque sea en toda circunstancia como hasta ahora el noble amigo de Cuba vuestro insigne Presidente, y porque, colmada de satisfacciones, en la prosperidad de inmaculada grandeza, vuestra ilustre Nación sea, al presente y en los siglos por venir, amparo del derecho, égida de los pueblos débiles, ejemplo de los fuertes, cimiento de la civilización, paladio de la América republicana, y realice sus inmortales destinos recorriendo grandiosa órbita, como astro benigno, en la armonía de todos los intereses humanos y entre las bendiciones de todos los pueblos de la tierra!

TEODORO ROOSEVELT (*)



E sentido profundamente la muerte del ex Presidente Roosevelt, como cubano y como hombre interesado en el afianzamiento de algunos ideales beneficiosos para la América y para el mundo.

Su desaparición de la escena americana, en estos momentos de confusión y de inquietud universales, ha de ser acaso una verdadera calamidad.

Es muy difícil que el Partido Democrático de los Estados Unidos se decidiera al fin a glorificar a Wilson, con un tercer término presidencial, porque eso pugna, no con la letra de la constitución americana, sino con una larga y arraigada tradición, y con el recelo de muchos americanos de consagrar una personalidad tan absorbente como la de Wilson, a quien las circunstancias están endiosando todavía en Europa; sobre todo, cuando el mundo parece estar amenazado por fuerzas poderosas, si no incontrastables, en perjuicio de las doctrinas y principios del individualismo de que hasta ahora han sido los Estados Unidos el representante más acusado y convencido, y Roosevelt cabalmente la personificación más completa del individualismo americano. La muerte, pues, ha arrebatado inesperadamente el más grande, el más franco y el más resuelto campeón de aquellos principios. Él fué siempre el tipo más acabado y más noble del verdadero, del honrado, casi pudiera decir, del perfecto americano. Era un hombre en la absoluta comprensión de esta palabra; y era un hombre tan

(*) Artículo publicado en el diario *Heraldo de Cuba*, de La Habana, el día 7 de enero de 1919, con motivo de la encuesta hecha por el citado periódico entre las más notables personalidades de nuestro país, para conocer la opinión que les merecía el ilustre estadista norteamericano fallecido el día anterior.

valiente como original, así en su actuación pública en el transcurso de toda su vida, como en las letras, en el periodismo y en la tribuna. Su aspecto, su complexión física y su complexión moral revelaban a primera vista la fuerza, la energía del carácter y la fortaleza de todas las virtudes públicas y privadas.

Sería incompleta esta rápida impresión si callara la opinión que de él hace tiempo me había formado y que alguna vez me permití manifestar en alguno de mis modestos discursos.

No es posible relatar de improviso y a esta hora su historia, que es y tiene que ser universalmente conocida, en que demostró siempre dos cualidades dominantes: la firmeza de sus principios y sus repugnancias por los grandes vicios sociales; su desprecio por los débiles y los cobardes y su respeto por la gente honrada, por los hombres emprendedores e independientes y por la libertad de los pueblos. Quería que la justicia, así como se imponía en las relaciones de los hombres, se impusiera en las relaciones de los pueblos.

Por eso fué casi una providencia para Cuba. Puede decirse de él, que fué el creador, el fundador de la República cubana, después de haber sido también guerrero heroico en nuestra última lucha contra España.

Yo no sé lo que hubiera hecho al fin el ilustre Mac Kinley, pero es innegable que apenas la intervención fortuita de un asesino llevó a Roosevelt a la Presidencia de los Estados Unidos, desde el puesto casi oscuro de Vicepresidente—donde pensaron arrinconarlo e inutilizarlo sus adversarios o rivales—, comenzó a actuar con tanta resolución como rapidez para que surgiera a la vida internacional esta nueva República.

Y tan sinceramente fué su propósito constituir la y conservarla, que cuando cuatro años después sobrevino la sublevación y guerra civil de agosto de mil novecientos seis, actuó siempre para armonizar los intereses cubanos, calmar las pasiones y mantener la República, que puede decirse, sin vacilación ninguna, que ocurrió fatalmente la intervención americana por culpas que no fueron las suyas, pues que, al contrario, procuró cuanto estuvo en sus manos evitarla. Se ha publicado en un volumen toda la documentación referente a aquellos dolorosos sucesos y en realidad, le-

yéndolos, impresiona el convencimiento que de aquélla se desprende, de la pena, de la contrariedad del entonces Presidente Roosevelt porque los cubanos no se hubiesen entendido, y de la consideración y ecuanimidad con que por su parte se empeñó en prevenir aquellos acontecimientos.

Se ha dicho y hasta repetido que era por su naturaleza un hombre impulsivo y violento; pero las páginas de aquel volumen, a que acabo de referirme, demuestran todo lo contrario.

Hay que distinguir entre el hombre, actuando bajo las responsabilidades del Gobierno, y el periodista; y, sobre todo, el orador. En estos últimos aspectos, lo único que se desprende leyendo sus trabajos y sus discursos, es que era muy sano, que veía con suma claridad y que comunicaba a sus oyentes o lectores sus ideas y sus sentimientos con absolutas franqueza y valentía.

Hasta cuando ha tenido que referirse a actos suyos de Gobierno, de verdadera trascendencia, que lastimaron a alguna Nación de este Continente, lo hizo sin paliar su actuación, confesándola *urbi et orbi* en toda su crudeza, explicándola, naturalmente, como una necesidad ineludible en relación con los intereses de su país y de la civilización.

Además de todo eso era un hombre de cultura, laborioso y muy inteligente. Como escritor ha sido apreciado siempre por las ideas, principalmente por la desnudez y por lo mismo el relieve con que supo exponerlas, sin preocupación ninguna de las por muchos preferidas formas cuidadas de lo que llaman literatura. A mi juicio, en muchas de esas páginas desnudas, de estilo directo, hay trozos que son realmente literarios, como por ejemplo muchas de sus descripciones de animales y de panoramas, especialmente del Oeste de los Estados Unidos. Escribió bastante de varias materias, desde luego, de política, de asuntos sociales, de historia y de crítica.

Recuerdo ahora que hace muchos años, leí en un periódico americano un artículo suyo muy extenso, en que juzgaba con mucho acierto y verdadera erudición un libro que se publicó por entonces y que, aunque no estoy seguro de ser exacto, se titulaba *Las leyes de la civilización y de la decadencia*, por el Profesor Adams.

Últimamente han llegado hasta nosotros algunos de sus artículos del *Metropolitan Magazine* y discursos de oposición publicados por el *New York Times*, en que si admiré al hombre, que en algunos de sus párrafos alcanzó elocuencia conmovedora, también, o más acaso, admiré aquel país donde en circunstancias muy comprometidas, ni el Gobierno, ni el pueblo, ni nadie, se sorprendieron de que un conciudadano, si bien ilustre, se atreviera a formular cargos de suma gravedad, al analizar la actuación y la obra del Jefe de la Nación, entonces como ahora, endiosado; por lo que si bien al desaparecer el gran Roosevelt, hemos perdido apoyo y esperanzas, no tenemos el derecho de desconfiar y de temer mientras viva y prospere el gran pueblo americano.

A pesar de eso, me duele, me entristece, me ensombrece el alma la muerte tan imprevista de ese gigante paladín de las grandes causas.

El pueblo cubano está de luto. Su bandera en cada hogar y en los edificios públicos debe estar por mucho tiempo a media asta. Lamentemos entristecidos la desaparición del americano insigne y bendigamos los cubanos agradecidos su grandioso nombre.

MANUEL SANGUILY.

Cuba Contemporánea

AÑO XIII

Tomo XXXVII. La Habana, abril 1925. Núm. 148.

LA UNION HISPANOAMERICANA



ALMADOS los ánimos después de la larga guerra de independencia que ensangrentó a toda la América latina, olvidados para siempre los intereses que ponían a unos pueblos de habla castellana frente a otros y dedicados todos al estudio reflexivo de nuestros grandes problemas, debe el presente tema reflejar en lo posible el estado actual de la opinión cubana, abordando resueltamente todas las dificultades, con fe en el porvenir de la raza, pero con desapasionamiento y tratando de alejar los sentimientos que nos lleven fuera de la verdad histórica, señalando con valor nuestros defectos y virtudes, con la firme determinación y el deseo ardiente de que nuestra raza, nuestras tradiciones y nuestro idioma evolucionen, pero jamás desaparezcan.

Vamos a dividir nuestro trabajo en los siguientes capítulos: Primero: La unión hispanoamericana y la unión latinoamericana. Segundo: Diferencias y ventajas de la unión hispanoamericana y la unión latinoamericana. Tercero: ¿Es posible una confederación latinoamericana y debe ser ésta una de las finalidades del hispanoamericanismo? Cuarto: El panamericanismo y su compatibilidad con el hispanoamericanismo. Quinto: Bibliografía.

I

LA UNIÓN HISPANOAMERICANA Y LA UNIÓN LATINOAMERICANA

Es indiscutible que la mayor parte de las veces en que los hombres no se ponen de acuerdo en sus opiniones, la diferencia de pareceres depende de que cada uno le da una significación distinta a los términos que emplea. Para evitar esta primera dificultad, vamos a precisar el alcance de los términos que vamos a emplear, de modo que no haya confusión posible.

A los pueblos americanos que proceden de España y Portugal, se les ha llamado en su conjunto: América latina, Hispano América, Ibero América, América española y portuguesa, etc., y con estos términos no se incluye a España. El tema objeto de nuestro estudio indiscutiblemente incluye a España con el término unión hispanoamericana y para respetar la significación que se le ha dado a esta expresión en nada censurable, vamos a entender por unión hispanoamericana, la de España y los países de habla española y portuguesa de América, y digo también portuguesa, para no excluir al Brasil, porque pese a quien pese, así como Portugal por su raza, por sus tradiciones y hasta por su idioma es parte de España, el Brasil por las mismas razones es parte de la gran familia latinoamericana. Y vamos a llamar unión latinoamericana la de la América latina, o sea la de los países de habla española, portuguesa y francesa, incluyendo al Brasil y hasta a Haití.

Un distinguido escritor español protesta enérgicamente contra el uso de la expresión América latina, por entender que con ella se olvida injustamente a España, como si Francia, Italia y otras de las naciones hoy llamadas "latinas" hubieran colonizado y civilizado a los pueblos latinoamericanos, y añade que los términos Hispano América o Ibero América incluyen perfectamente al Brasil. A nuestro juicio, no se trata de olvidar a España sino de emplear una expresión que a nadie pueda parecer que excluya al Brasil y hasta Haití, y, además, dicha expresión ha de agradar a los latinoamericanos de origen italiano y francés, así como a todas las naciones llamadas "latinas", y es indiscutible que la

expresión latinoamericano facilita la absorción de estos elementos de procedencia extranjera. La expresión América latina es la que hoy tiende a prevalecer, y nosotros la emplearemos para evitar toda confusión. Unión hispanoamericana es para nosotros la unión entre España y sus hijas de América, incluyendo al Brasil, y Unión latinoamericana es la de todos los países americanos de procedencia española, portuguesa y francesa. En el primer grupo está incluida España, en el segundo no.

II

DIFERENCIAS Y VENTAJAS DE LA UNIÓN HISPANOAMERICANA Y LA UNIÓN LATINOAMERICANA

La unión hispanoamericana en el sentido que le hemos dado en el capítulo precedente, debe ser espiritual, comercial e industrial, y la unión latinoamericana puede ser además de esto, política.

Las prolongadas luchas de independencia de la América latina y la demora de España en reconocer la existencia de sus antiguas colonias como países independientes, dificultaron por muchos años todo acercamiento entre España y la América latina. Era indispensable para la causa de los libertadores atacar y desacreditar las instituciones españolas y hacer ver al mundo que la lucha por la independencia de la América latina no era una simple guerra entre españoles y latinoamericanos, sino era la lucha entre la libertad y la tiranía, entre las ideas de la revolución francesa de 1789 y las del antiguo régimen, y esa campaña antiespañola tuvo una magnífica acogida entre los numerosos enemigos de España en Europa y los Estados Unidos. Basta leer los elocuentes discursos de Manuel Sanguily y otros distinguidos revolucionarios durante las guerras de independencia, y se comprenderá la intensidad de la campaña que en contra de España hacían hombres de indiscutible talento, que llegaban a representar a los españoles y latinoamericanos como dos razas distintas, de ideas y costumbres diametralmente opuestas. Por eso la independencia de Cuba puso punto final a la campaña que en toda la América se hacía contra

España; y fué este hecho el primer paso para el acercamiento de todos los componentes de la gran raza hispanoamericana, pues ya no se tenía interés en desacreditar las instituciones españolas, sino más bien en alabarlas, porque apagado el fuego de las pasiones encendido durante la guerra, los latinoamericanos teníamos que darnos cuenta de que los defectos españoles, salvo pequeños detalles, eran los nuestros, así como sus virtudes, y de que a pesar de los cambios políticos y sociales de la América latina, estamos unidos a España por vínculos de tradiciones y costumbres y, sobre todo, porque hablamos, pensamos y sentimos con la hermosa lengua de Cervantes.

Terminada la guerra de independencia latinoamericana, los hombres más doctos de España y de la América latina comprendieron la conveniencia de llegar a un acercamiento espiritual, comercial e industrial de todos los pueblos de habla española y portuguesa, pues aunque no cabe duda de que el estudio de todos los pueblos cultos es provechoso, los problemas fundamentales de nuestra raza no los podremos resolver con procedimientos anglosajones, franceses ni alemanes, sino con procedimientos hispanos que se adapten a nuestras costumbres y a nuestro grado de civilización. El carácter nacional hay que cultivarlo con preferencia al de cualquiera raza extraña, porque no es posible importar una civilización extranjera, y aplicarla a la nuestra sin grandes dificultades y sin convertirnos en pobres imitadores de dicha civilización. Con razón ha dicho Mme. de Stael que ningún pueblo será grande si no cultiva su propio carácter, y los principios para la educación del carácter nacional deben ser singulares para cada pueblo.

Los cubanos, no obstante el recuerdo fresco de la sangrienta guerra de independencia, hemos olvidado las pasiones de la lucha que hoy no responden a ningún interés, y nos hemos convencido de que el acercamiento a España es altamente beneficioso.

Basta observar la labor de los españoles en Cuba para comprender los grandes beneficios reportados al país por las asociaciones españolas benéficas y culturales, que tienen los mejores y más económicos sanatorios de la República, así como admirables centros de enseñanza, recreo y deporte con los que a la vez que

ahorran millones de pesos a los Ayuntamientos, estimulan el ahorro y el sentido de asociación e identifican a los cubanos y españoles, dando una magnífica acogida a los mismos extranjeros no españoles, con lo que indirectamente se favorece la inmigración. Las sociedades españolas en Cuba cuentan con más de 250,000 asociados, de los que corresponden 63,000 al "Centro Gallego", 55,000 al "Centro Asturiano", 52,000 a la "Asociación de Dependientes del Comercio", 50,000 a la "Asociación Canaria", 12,000 al "Centro Balear", 10,000 al "Centro Castellano", 5,000 a la "Colonia Española", y el resto a otras muchas sociedades entre las que se debe señalar especialmente al "Casino Español", donde se reúne lo que pudiéramos llamar la aristocracia española de Cuba y donde la mitad de los socios son cubanos.

Se ha dicho que los españoles y latinoamericanos podremos sobresalir mucho individualmente, pero nada colectivamente, porque desconocemos lo que es la asociación. Los españoles en Cuba han desmentido esta afirmación y han demostrado tener un alto sentido de asociación que merece un atento estudio en Cuba y en cualquier país por civilizado que sea, pues podemos afirmar sin temor a equivocarnos que en muchos aspectos las asociaciones españolas de Cuba no tienen nada que envidiar a las mejores de Europa o los Estados Unidos. Un distinguido escritor español, Francisco Gimadevilla, estudia detenidamente la obra de las expresadas asociaciones en su libro: *Labor de los españoles en Cuba*.

No podemos silenciar la labor de la prensa española en Cuba; y entre los numerosos diarios españoles de nuestra República merece especial mención el *Diario de la Marina*, uno de los primeros periódicos de toda América, que después de la guerra de independencia se ha dedicado a propagar las virtudes españolas y enarbolar desde el campo español el portaestandarte de aproximación hispanoamericana. Los periodistas españoles de Cuba han sido excelentes colaboradores de Máximo Gómez y de Estrada Palma, cuando después de la guerra iban de sociedad en sociedad española predicando la paz.

No puede dudarse que la emigración española es la más deseable para la América latina, pues es la que con mayor facilidad se adapta a la población criolla, uniéndose a ésta con frecuencia

por medio de lazos matrimoniales y de sincera amistad, y dejando, a veces, grandes capitales que puede decirse son más americanos que españoles. Las industrias españolas de la América latina son dirigidas con frecuencia desde nuestros mismos países; en cambio rara es la industria norteamericana o inglesa que no se dirija desde Nueva York o desde Londres adonde van a parar millones de pesos de nuestros pueblos, y es excepcional el caso de un anglosajón que a pesar de haber residido muchos años en la América latina, no esté decidido a marcharse a la primera oportunidad a su país de procedencia con todo el capital que ha ganado con nosotros.

España no se perjudica con esta emigración, porque muchos de sus hijos les hacen a sus familiares continuas remesas de dinero y otros regresan con grandes capitales y, sobre todo, con nuevas ideas que ilustran a la Madre Patria. España, más en contacto con Europa que nosotros, nos aporta la civilización europea, pues se cuentan por centenares las obras que los españoles traducen del inglés, francés, alemán e italiano, las que se venden en la América latina difundiendo la civilización de los pueblos más cultos del mundo. La América latina, y Cuba principalmente, da a conocer a España la civilización norteamericana, tan adelantada como la europea; y vamos a demostrarlo con un ejemplo: ningún país de la América latina ha modificado tanto su antigua legislación española bajo la influencia angloamericana como Cuba, con ventajas positivas para nuestras leyes. Y desosos los españoles de conocer estas reformas y de estimular de esta manera el acercamiento hispanoamericano, la *Revista General de Legislación y Jurisprudencia*, de Madrid, ha organizado unos concursos jurídicos en honor de los Estados iberoamericanos, y ha honrado a Cuba designándola para que en ella se celebre el primer concurso, cuya fecha ha sido prorrogada, fijando el siguiente tema: "Estado de la legislación cubana y de la influencia que ejercen en ella la de España y las de otros países".

La prensa española, que al igual que la latinoamericana labora por el aumento de las relaciones entre los componentes de nuestra raza, se quejaba, recientemente, de que el Rey Alfonso XIII haya permitido que el Príncipe Humberto de Italia se le adelantara

en su visita a la América del Sud, y pide que no demore más su proyectado viaje y defienda así el idioma y la civilización española en América, por parte de España.

Las principales ciudades españolas tienen calles con nombres cubanos, y los que hemos visitado a España sabemos que el decir "cubano" es una carta de presentación en cualquier lado, pues los españoles todavía continúan afirmando que "Cuba es la hija predilecta de España."

No es posible pedir más a la iniciativa particular en favor del acercamiento entre España y la América latina; pero sí es posible pedir mucho más de lo que se viene haciendo a los gobiernos y, especialmente, al de España que, por su historia y cultura, ocupa un lugar en cierto modo preeminente entre los pueblos de habla española.

Los gobiernos deben establecer y costear, como obras nacionales, si fuera preciso, vías de comunicación marítimas y terrestres, ya que es realmente deplorable que para ir de La Habaan a Buenos Aires, por ejemplo, sea necesario dirigirse, en primer lugar, a Nueva York, para ir desde allí a la gran capital latinoamericana. Con razón decía Gladstone que cada línea ferroviaria que cruza una frontera es un nuevo camino para la confederación universal (y lo mismo puede decirse de las marítimas). También pueden los gobiernos establecer un continuo intercambio de profesores y estudiantes de unos países a otros; crear uniones aduaneras, a semejanza del Zollverein, que tanto influyó en favor de la unidad alemana; firmar, con más frecuencia y extensión, tratados comerciales; celebrar congresos internacionales; formar un cuerpo consular numeroso y escogido entre gente de palabra o de pluma; establecer tribunales de arbitraje; fundar diarios especiales en favor del movimiento hispanoamericano, a semejanza del *Boletín de la Unión Panamericana*, en el cual se publican trabajos de verdadero mérito; dar las mayores facilidades posibles para la naturalización de los ciudadanos de cualquier país de habla española o portuguesa; organizar sistemas monetarios semejantes; uniformar los sistemas de enseñanza y la legislación, hasta donde sea posible, dando las mayores facilidades para revalidar los títu-

los profesionales de un país en otro; crear cátedras y escuelas, así como organismos para estudiar y fomentar el movimiento hispanoamericano y la historia y literatura españolas y latinoamericanas; favorecer los concursos y conferencias en favor del hispanoamericanismo, de modo que continuamente se recuerde a cada latinoamericano y a cada español que no pertenece a un pueblo de uno, diez o veinte millones de habitantes, sino a una gran raza de cien millones de habitantes, de los cuales veinte están en España y los ochenta restantes en la América latina, y que el lenguaje que hablamos, o sea el español, con la sola variante del portugués, se oye desde los Pirineos hasta los Andes y desde Río Grande hasta la Tierra del Fuego, en una extensión de terreno más de dos veces mayor que la de Europa.

España debe tomar la iniciativa y tratar de crear un organismo que represente a todos los pueblos de habla castellana y portuguesa que, aunque carezca de fuerza política, la tenga espiritual y económica, y que luche por el establecimiento de las grandes reformas antes relacionadas. España—que no inspira los celos que tienen entre sí los pueblos latinoamericanos, porque su alejamiento geográfico y la preeminencia que en algunos aspectos tiene sobre la América latina, no infunde a ésta hoy temor alguno—debe tomar la iniciativa en este sentido y crear y alojar al organismo ya expresado. Allí, en esa asociación, que debe cuidar especialmente de estar en la mayor armonía posible con los Estados Unidos, al que deben unir los más estrechos vínculos de amistad por parte no tan sólo de la América latina sino también de España, no se debe tratar más problemas políticos que aquellos que la más discreta diplomacia permita, principalmente de orden comercial, industrial e intelectual, y siendo ésta la naturaleza del organismo no hay inconveniente en que entren a formar parte del mismo Portugal, y hasta Puerto Rico, que aunque forma parte de las posesiones de los Estados Unidos, sigue siendo un pueblo español por su lengua, su raza, sus costumbres y sus aspiraciones. Es éste un problema en que la diplomacia latinoamericana y española debe actuar con gran acierto, pues Puerto Rico debe seguir sien-

do norteamericano hasta que sus habitantes, de acuerdo con los mismos yanquis, deseen otra cosa, si es que algún día esto sucede.

Nos llama la atención que la Universidad de París tenga, desde 1910, una cátedra para el estudio de la cultura y civilización del Brasil; y en los Estados Unidos se editan magníficas historias de la América latina, se crean organismos para estudiar nuestra civilización, y fué un norteamericano, Gaylor Bourne, profesor de la Universidad de Yale, quien, en su magnífica obra *Spain in America*, rectificó los prejuicios contra España y puso a la altura merecida—como no lo ha sabido hacer ningún escritor de habla española—la labor civilizadora de España en el Nuevo Mundo. Es vergonzoso que los yanquis nos conozcan mejor que nosotros mismos, y que raro sea el cubano, por ejemplo, que sepa el nombre del actual Presidente del Uruguay o de la República Argentina, y en cambio conozca perfectamente los nombres de todos los soberanos de Europa. No quiere decir esto que no debemos atender al estudio de los grandes pueblos, sino que debiéramos saber mucho mejor la historia de los países de nuestra misma raza, con los que apenas tenemos comunicación alguna, y sabido es que la base del amor es el conocimiento. Los cubanos amamos a los franceses, por ejemplo, porque estudiamos su civilización, conocemos su historia extensamente y admiramos los grandes principios de 1789, que hacen libres a los hombres e independientes a los pueblos, y que los franceses, con su genio expansivo, difundieron por todo el mundo; en cambio, ¿qué simpatía podemos tenerle al Ecuador, por ejemplo, cuya historia casi todos ignoramos, al menos en sus detalles, y con el que casi no tenemos relación alguna? Es necesario que España cree algo así como un nuevo organismo panamericano, pero sin fines políticos y vuelva a unir todos los pueblos de habla española, no bajo la misma bandera política, pero sí bajo las mismas aspiraciones comerciales, industriales e intelectuales. Los gobiernos de la América latina deben ayudar a España en esta gran obra; y ahora que ha pasado para siempre el tiempo en que nuestros pueblos recelaban de España, porque ésta simbolizaba la antigua metrópoli, es la oportunidad de que esta nación salga de su retraimiento político, y con ella la

América latina, y defienda la civilización y el idioma de nuestra raza.

Ya desde el principio de este trabajo, decíamos que la unión latinoamericana debía ser además de comercial, industrial y espiritual, política; porque los límites que separan a los países de la América latina, salvo en algunos, como Cuba, que los tiene naturales, son perfectamente caprichosos, por lo que desde la altura de los ideales que concebimos, tenemos que compadecer a los políticos latinoamericanos que tratan de crear una nueva cuestión de Alsacia-Lorena en la América latina, como si las fronteras que un mero accidente histórico quiso fijar, separaran dos civilizaciones distintas y no a dos pueblos hermanos que fundamentalmente no se diferencian en nada.

Todavía más que por la ausencia de fronteras naturales, la América latina está unida por las costumbres y tradiciones, por el idioma y por la raza, porque todos los pueblos tienen en mayor o menor escala el elemento ibero, el negro y el indio; porque nuestra misma posición geográfica ha creado problemas políticos y económicos comunes y exclusivos a la América latina, habiendo todos los países latinoamericanos luchado por la independencia y por la libertad, y teniendo todos, poco más o menos, los mismos caracteres étnicos de la nueva raza en formación; todos tenemos virtudes y defectos que tienen ciertas peculiaridades que nos separan hasta del español; todos padecemos del mismo mal revolucionario; todos recelamos algo del poder de los Estados Unidos y los vemos erigidos, sin consultarnos, en nuestro hermano mayor, protegidos por la doctrina de Monroe; y esta asociación en lo bueno y en lo malo, hace lógico suponer que para los pueblos latinoamericanos, más semejantes entre sí que los distintos Estados de España, Francia o Italia, donde se hablan diversos dialectos, no sólo conviene estrechar las relaciones entre uno y otro país, sino organizar una unión política para el bien de todos. La confederación latinoamericana es uno de los problemas más complicados de resolver, pero no es posible estudiarlo con toda la extensión que se merece en este tema, sino solamente señalar dicha unión como una de las finalidades del hispanoamericanismo, como a continuación trataremos de demostrar.

III

¿ES POSIBLE UNA CONFEDERACIÓN LATINOAMERICANA Y DEBE SER ÉSTA
UNA DE LAS FINALIDADES DEL HISPANOAMERICANISMO?

El profesor de la Universidad de Harvard, Mr. Coolidge, decía en su obra *The United States as a world power* que la prueba más evidente de la incapacidad política de nuestra raza es la existencia de tantas repúblicas independientes por meros accidentes históricos y uniformes en todos sentidos, y aconsejando su unión en varios grupos poderosos dice que ni los Estados Unidos ni Europa se opondrán ni podrán oponerse a dichas uniones políticas. Son algo injustas estas afirmaciones, porque si bien es forzoso confesar que las colonias angloamericanas tenían al tiempo de su independencia más experiencia política que nosotros, hay que tener en cuenta que los yanquis estaban agrupados en su mayor parte en una zona de terreno no exageradamente extensa por lo que se comunicaban con frecuencia, sobre todo por el mar, lo que permitía el desarrollo del sentimiento nacional. En cambio los latinoamericanos estamos separados en un continente enorme sin vías de comunicación terrestres ni fluviales que comuniquen regularmente unos países con otros, salvo raras excepciones, al extremo de que como decíamos anteriormente los habitantes de un Estado latinoamericano no saben casi nada de lo que le pasa al vecino. Las distancias enormes, la falta de población en relación con la enormidad de los terrenos y la ausencia casi absoluta de vías de comunicación han influido mucho más que nuestra supuesta incapacidad política en la desunión de la América latina. No se puede dar mayor absurdo para un cubano que se le dijera que nuestro Presidente o nuestro Congreso nos va a gobernar desde Buenos Aires, donde no pueden conocer nuestros sentimientos y aspiraciones.

A pesar de la separación, los pueblos latinoamericanos no se han diferenciado mucho y España ha contribuido poderosamente en este sentido, pues envía continuamente sus hijos a todos los países latinoamericanos, les remite sus obras que por mucho que

se critiquen son las únicas escritas en castellano que se adaptan a nuestra civilización y tienen una magnífica acogida como si se tratara de obras nacionales; y hoy los españoles alarmados ante el poderío de los Estados Unidos, que primero adquieren de Francia la Luisiana, después de la misma España la Florida, más tarde se anexas a Tejas, luego arrebatan a Méjico parte de sus mejores territorios, y se apoderan de Puerto Rico, dejando sentir su influencia en Panamá, Cuba, Santo Domingo y toda la América Central, por no decir también la del Sur; los españoles, repetimos, ante el peligro de que su idioma y su raza vayan desapareciendo ante el empuje de la poderosa raza anglosajona quieren dar el grito de alarma a la América latina y quieren ayudarnos a salvar la civilización y el idioma común.

España tiene una gran misión que cumplir en la América latina, que es la de favorecer la unión, no sólo hispanoamericana en la forma que hemos dicho en el capítulo que antecede, sino especialmente la unión latinoamericana para salvar su raza y su idioma; porque tanto más efectiva y duradera será la unión entre España y sus hijas de América, cuanto más asegurada quede la unión latinoamericana, y España, si nos ha de ayudar efectivamente, debe, como los panamericanistas, estudiar científicamente nuestros problemas. La América latina unida políticamente resistiría mucho mejor la invasión norteamericana, pues la desunión y las luchas fratricidas retardan la civilización, y en los tiempos modernos retardar la civilización es dejarse conquistar. Las nacionalidades fuertes de la historia contemporánea se congregan: como los Estados Unidos, Alemania e Italia.

No es una quimera la unión política latinoamericana: el día que se acorten las distancias que nos separan y nos veamos con frecuencia, por medio de buenas vías de comunicación, entonces, como lo deseaba el gran Bolívar, los latinoamericanos nos daremos el abrazo de hermanos para no separarnos jamás, y la voz de la América latina se dejará oír en los grandes congresos en que se decidan los destinos de la Humanidad; y cuando viajemos por los Estados Unidos y por Europa no se nos preguntará qué tribus de indios habitan en La Habana y qué clase de idioma es

el cubano, sino que nuestra cultura será tan admirada como la norteamericana o la europea. Nada de extraño tendría que en un porvenir no lejano, la América latina se confederara, estableciendo una autonomía municipal y provincial absolutas, salvo en la política exterior; aceptara el arbitraje forzoso del organismo central que representara a todos los actuales Estados latinoamericanos; costeara, como obras comunes, grandes vías de comunicación, y preparara por medio de la propaganda oficial una unión cada vez más firme a medida que se fuera desarrollando el sentimiento nacional latinoamericano. En todo caso, el sentido común nos aconsejará el mantenimiento de las más estrechas relaciones de amistad con España y los Estados Unidos. Merecen especial mención como escritores que han trabajado en favor de la unión latinoamericana, J. M. Torres Caicedo, que ha escrito una excelente y bien documentada obra titulada *Unión latino-americana*, y Manuel Ugarte, que en su orba *El porvenir de la América española* señala los verdaderos destinos de la raza, aunque con cierto apasionamiento contra los Estados Unidos, y la importancia de dicha obra aumenta si se tiene en cuenta que su autor, sin más recursos que los de su peculio, ha ido de capital en capital latinoamericana predicando la unión y advirtiendo a la raza los peligros actuales, lo que hace que Manuel Ugarte pueda ser considerado como uno de los hombres que mejor han comprendido el patriotismo latinoamericano.

No podemos estudiar aquí, detalladamente, la unión latinoamericana; basta explicar lo que debe ser y señalarla como una de las finalidades del hispanoamericanismo, por la que España debe luchar como si se tratara de algo propio, con lo que añadirá un vínculo histórico más que nos unirá definitivamente.

IV

EL PANAMERICANISMO Y SU COMPATIBILIDAD CON EL HISPANOAMERICANISMO

A iniciativa de los Estados Unidos se reunieron los representantes de la mayoría de las repúblicas americanas, en Washington, en 1889, para tratar de las relaciones comerciales y de algunos

problemas políticos de interés general a toda la América, y después de esta reunión, llamada la Primera Conferencia Panamericana, se repitieron otras, se estableció en la capital norteamericana un Buró internacional de Repúblicas americanas, se hizo una magnífica revista llamada *Boletín de la Unión panamericana* que se traduce al castellano y tiene hoy 58 volúmenes, y se han tomado otras medidas para el acercamiento comercial, industrial, espiritual y político de todos los pueblos americanos. A este movimiento se le ha llamado panamericanismo, el cual ha sido combatido por muchos latinoamericanos como si se tratara de un sistema disimulado de los Estados Unidos para apoderarse de nuestros mercados y luego someternos políticamente; y por algunos, como Manuel Ugarte, se ha llegado a sostener que la América latina debe buscar el apoyo del Japón, que debe impedirse toda intromisión de los Estados Unidos hasta que los pueblos latinoamericanos sean poderosos, y combate, además, el proyecto de ferrocarril intercontinental que ha de poner en comunicación a Nueva York con Buenos Aires.

El panamericanismo, a pesar de sus peligros, debe defenderse por la América latina, porque nos asocia a uno de los pueblos más grandes de la tierra y porque indirectamente favorece la unión latinoamericana al poner en relación a todos los pueblos de América; por otra parte, los Estados Unidos constantemente afirman que ellos sólo aspiran a la unión fraternal sin propósito alguno de extender su territorio, lo que hace más difícil, aunque no imposible, que la misma nación que proclama el derecho de los pueblos pequeños de la América latina, sea la que lo viole, anulando en un solo instante la obra de cuarenta años durante los cuales se ha esforzado en ganarse las simpatías de la América latina; pues salvo en algunos casos como el de México y quizás el de Panamá, los latinoamericanos no podemos, si no nos ciega la pasión, negar los beneficios que hemos recibido de los Estados Unidos.

El tiempo del aislamiento de una nación ha pasado. Ningún pueblo que aspire a progresar puede levantar una nueva muralla china que lo aparte de la civilización, y los latinoamericanos de-

bemos extender nuestras relaciones con los yanquis, para tratar de aprender sus procedimientos comerciales e industriales, como los sistemas de propaganda y anuncios que en Cuba se desconocían en tiempo de la colonia, y podemos estar seguros que si nuestros gobiernos nos protegen un poco, del choque pacífico de los anglosajones y los latinoamericanos, brotará una civilización mucho más adelantada que la de cualquiera de estas dos razas aisladamente, y para los que no tengan fe en la capacidad comercial e industrial de nuestra raza, que observen a los españoles de Cuba, que se han adaptado a los sistemas modernos de comercio y les hacen a los mismos yanquis una notable competencia, y téngase presente que los españoles no son ciudadanos cubanos y que su gran obra la comenzaron a raíz de la guerra de independencia cuando todavía no se habían olvidado los agravios de la lucha.

Cuba, lejos de ser un ejemplo de la hipocresía yanqui, como pretende Manuel Ugarte, es una prueba del deseo de los Estados Unidos de respetar a los pueblos latinoamericanos, porque si bien se puede decir que los yanquis invaden nuestros centros comerciales, intervienen exageradamente en nuestros asuntos interiores en perjuicio de la dignidad nacional y nos han impuesto una Enmienda Platt que nos convierte en un Estado semi-soberano,—según el decir de algunos tratadistas—, en cambio, nos han hecho progresar notablemente, nos han enseñado procedimientos sanitarios, que han transformado la Isla, antes peligrosa por sus enfermedades infecciosas, en uno de los países más sanos de la tierra, como lo demuestra su escasa mortalidad, y si nos suceden los males antes expuestos a nadie tenemos que culpar más que a nosotros mismos porque el pueblo de Cuba no elige para gobernantes a los muchos hijos capaces que tiene, sino, salvo raras excepciones, a los políticos de oficio que no conciben política exterior alguna y que tienen muy abandonada la política interior y de lo único que se ocupan es de explotar económicamente los cargos que inmerecidamente ocupan, y los cubanos que elegimos semejantes gobernantes a conciencia de que no son los mejores, luego los toleramos con paciencia, porque si bien es cierto que individualmente no soportamos afrenta alguna

y damos hasta la vida en defensa del honor, colectivamente somos muy tolerantes y no recordamos aquellos días de gloria de Céspedes y Agramonte y de Maceo y Martí.

La política es la única responsable de nuestros males, porque con ella se hacen ricos, rápida y fácilmente quienes no lo merecen; y estos capitalistas que se hacen de la noche a la mañana, malgastan su dinero que, como no lo han trabajado, no lo saben apreciar. Este sistema organiza la corrupción, provoca la desesperación de todos por llegar al poder, aleja del gobierno a los hombres honrados y trastorna el comercio y la industria en general. Por suerte para Cuba y para toda la raza, porque nuestros males no son privativos de los cubanos, la juventud preparada en las universidades y en las escuelas comerciales tiene fe en el porvenir, no se declara vencida de antemano en la lucha comercial e industrial con los anglosajones, sino que se instruye con los mismos métodos de éstos y se apresta a la lucha y sólo espera para hacer prosperar las nuevas ideas, que el ejército de políticos actuales le cedan el lugar.

España ha reaccionado notablemente contra las antiguas ideas y cuenta entre sus innovadores a muchos jóvenes llenos de esperanza y resueltos a hacer algo práctico por la Patria y por su raza; la América latina sigue el mismo camino y en el extremo Sur del continente la Argentina, Chile y el Brasil hacen verdaderos progresos y se unen en el A B C para hacer una política exterior, sin duda en favor de la raza.

Hay que abandonar el pesimismo que nos mata y hay que tener confianza en nuestra capacidad y dejar de imitar servilmente a los extranjeros, con la seguridad de que nuestros males dependen de mala dirección, de exceso de políticos y profesionales y de falta de comerciantes e industriales, que son los que en el Siglo XX hacen rica y poderosa a una nación.

El panamericanismo no es contrario al hispanoamericanismo ni al latinoamericanismo, si los gobiernos, sin renunciar a sus intereses, saben aprovecharse de esta asociación de naciones, y si la América latina no tiene motivo justificado para cortar sus relaciones crecientes con los Estados Unidos, menos motivos tenemos

los cubanos por estar unidos a esta gran nación por vínculos inquebrantables, ya que los norteamericanos derramaron su sangre en los campos de batalla de Santiago de Cuba al lado de los libertadores cubanos.

Olvidemos los latinoamericanos los agravios ya pasados de las guerras de independencia y sintámonos orgullosos de nuestro origen español, porque con él hemos de vivir y morir, pues como dijo un poeta la fraternidad hispanoamericana es la de los pueblos que llevan la misma sangre en distintos vasos.

V

BIBLIOGRAFÍA

España en América por E. G. Bourne, profesor de la Universidad de Yale, traducida al castellano por R. de Zayas, La Habana, 1906.

History of the Latin American nations por W. S. Robertson, profesor de la Universidad de Illinois, N. Y. 1922.

Latin American por García Calderón, Londres, 1919.

Pan-americanism: its beginnings por J. B. Lockey, N. Y. 1920.

El porvenir de la América española por Manuel Ugarte, Valencia, 1920.

Labor de los españoles en Cuba por Francisco Cimadevilla, trabajo premiado por la Real Academia española para los juegos florales de Avilés, Madrid, 1921.

El hispanoamericanismo por Fernando Berenguer, Habana, 1918.

De América y España. Problemas y orientaciones de 1920 a 1922 por Rafael Hernández-Usera, Madrid, 1922.

The Monroe doctrine por A. B. Hart, profesor de la Universidad de Harvard, Boston, 1920.

Conferencias internacionales americanas (1797-1910) por E. S. Zeballos, Valencia, 1910.

A quoi tient la supériorité des anglo-saxons por E. Demolins, París, 1898.

Los países de la América latina por A. Colmo, profesor de la Universidad de Buenos Aires, Madrid, 1915.

- Orientaciones necesarias. Cuba y Panamá* por F. Carrera Jústiz, profesor de la Universidad de La Habana, La Habana, 1911
- Unión latinoamericana* por J. M. Torres Caicedo, Paris, 1865.
- The Mc Kinley and Roosevelt administrations* por J. F. Rhodes, N. Y. 1922.
- A brief bibliography of the books in English, Spanish and Portuguese relating to the republics commonly called Latin American with comments* por P. H. Goldsmith, N. Y., 1915.
- El A. B. C. y su concepto político y jurídico* por C. A. Becu, Buenos Aires, 1915.
- Cuba en América* por Betancourt Agramonte, E. Revista *Anti-llas* febrero de 1921, La Habana.
- O problema da paz e o papel dos Estados Unidos* por M. Olivera Lima, A B C, mayo 1º de 1919, Rio Janeiro.
- Boletín de la Unión panamericana*, 58 volúmenes, Washington.

EUGENIO BETANCOURT AGRAMONTE.

La Habana, septiembre 15 de 1924.

Joven—apenas cuenta veinticuatro años de edad—, pertenece el Dr. Eugenio Betancourt y Agramonte a una de las más distinguidas familias de Camagüey, y es nieto del Mayor General Ignacio Agramonte y Loynaz, aquel héroe legendario de la Revolución del 68, muerto gloriosamente combatiendo contra España.

El Dr. Betancourt es un abogado culto, estudioso y emprendedor—ha establecido una librería jurídica—que hizo su carrera universitaria ganando numerosos premios; una conferencia pronunciada, recientemente, sobre el contrato de la cuenta corriente, le ha valido justos y merecidos encomios. Tiene en preparación una obra que lleva por título *El delito de estafa* y una valiosa y documentada biografía de su ilustre ascendiente, Ignacio Agramonte, a más de varios otros trabajos de índole histórica y jurídica.

CUBA CONTEMPORÁNEA agradece al joven letrado el envío de este interesante estudio, en el cual el autor—de acuerdo con sus personales puntos de vista—encomia el acercamiento a España por parte de estos pueblos de América.

CON EL ESLABON

DÉCIMOSÉPTIMO APÉNDICE



L deseo en alas de la ilusión, he aquí el gran taumaturgo. Del horror tangible de la tumba quita el mortal los ojos; y se siente elevar transfigurado por la esperanza de la inmortalidad.

*

Para el llorón de Heráclito el mundo es un cachumbambé. Pero las culpas de los cubanos pesan tanto, según parece, que siempre estamos abajo.

*

Piedra de toque de la mentalidad es la creencia en el infierno. Monstruo de cobardía o de crueldad, quien la abriga.

—Eso será hoy.

—Estoy hablando de hoy.

*

¡Conocer el pensamiento de los antiguos! El pensamiento de Platón o de Zenón traducido a nuestro pensamiento, a nuestro sentimiento, a nuestro ambiente social, a nuestra vida. Qué quimera tan filosófica.

*

Antes de que el rayo de la gracia hiriese a San Ignacio, ¿podemos conocer las mil y mil secretas influencias que fueron transformando, si transformación hubo, su corazón? En su país, católico hasta los tuétanos, cuando en Europa se combatía con cru-

deza el catolicismo, el rayo de la gracia no lo hizo mahometano, ni budista, sino católico militante.

*

"Al principio era el verbo", dijo el evangelista. "Al principio era la acción", le contestó Fausto. A una frase hueca, una perogrullada. Santas palabras.

*

La vida más opaca, más estéril es la de aquel que no guarda en el fondo del alma, como una luciérnaga oliendo a hierba fresca, siquiera un recuerdo luminoso.

*

Una mujer, muy bella y muy desgraciada, me prestó una vez su libro favorito, *Lelia*. Páginas y más páginas estaban todas subrayadas. ¡Alma tierna y sensible, alma de pasión!, de aquellas hojas amarillentas volaba a mí el perfume de su vida.

*

Ciertos escritores franceses, y no de los pequeños, sostienen que el amor va de bracero con el odio. Terrible manera de amar, la de esos franceses. Y luego hablan de los moros... de Venecia.

*

Nada sería más risible que la autoridad que pretenden arrogarse las iglesias cristianas sobre las pasiones, si no fuera porque las pasiones se ríen con socarronería o a mandíbula batiente de las iglesias, de sus admoniciones, de sus mandamientos y de sus castigos temporales o eternos.

*

La prohibición entre nuestros vecinos. Una ley hecha por necios, para ser burlada por tontos. Y... *stultorum infinitus est numerus*.

*

¡Pobres historiadores! Sobre los antiguos no tenemos documentos, y sobre los modernos los documentos forman un océano sin fondo y sin orillas.

*

¿Cuál es el dios más caprichoso? El de los ejércitos. "Si mis fuerzas pasan de cuarenta mil hombres, no veo jota", decía un gran capitán. Es que el estratega supremo se complace en enredar la madeja.

*

¿Por qué es bella tal cosa? se preguntaba un crítico. Respondo con el sombrero en la mano: Nada *es* bello. Tal perspectiva, tal hazaña, tal invención, tal melodía *me parecen* bellas.

*

¡Oh la palabra, la palabra! Su perenne espejo, su inestabilidad de hoja trémula, su fluidez de azogue! Cuando más firmemente la quieres asir, con más facilidad se te escapa.

*

Según Gœthe, sus obras no eran sino los fragmentos de una confesión plenaria. Se necesita ser Gœthe, o tener tanta presunción como genio tuvo el autor del *Fausto*, para descubrir así las cartas de su juego.

*

Leer es dialogar. Pero ¡ay! no se escogen los interlocutores; ni del lado del lector, ni tampoco muchas veces del lado del autor.

*

Empezar a leer por la firma es muy común y algo tonto. Encima o debajo del mismo nombre suelen leerse cosas peregrinas. Pero ¿qué sería del mundo sin las promesas?

*

Del prometer al cumplir ¡qué tramo más largo!

*

Mi padre se esforzaba porque yo aprendiera idiomas; pero no se cuidaba de los libros que leía. Me daba las llaves, y me dejaba abrir cofres y puertas, encontrara lo que encontrara. No es

malo el sistema, aunque peligroso. Después de todo, así abrimos los escondrijos de la vida.

*

Andan por ahí hombres que no han pintado un mal títere, y tienen sin embargo ojo de pintor, de gran pintor. Ven una cara, y no olvidan el menor rasgo, y detrás ven, como en un espejo, el espíritu del sujeto con todas sus ruedas y ruedecillas. Son zahoríes de nacimiento.

*

Según dicen, los orientales arrojan a la calle cuanto les estorba dentro de la casa. Aunque bien occidentales, por acá hacemos lo mismo. Lástima que no podamos tirar de igual modo las escorias que nos han dejado en el espíritu nuestros maestros de allende.

*

Juan y Pedro pueden ignorarlo; el juez debe saberlo. Las capas sociales se tocan; pero no se compenetran. Se imitan, se caricaturizan por fuera; viven vida distinta y distante por dentro. Aplicarles la misma ley es cultivar del mismo modo un cactus y una parra. *Eadem lex, eadem injuria.*

*

Amar lo bello, es ya ser artista. Realizarlo es poseer el talismán que transforma la vida, y la engrandece.

*

Tetudas llama Píndaro a las Gracias. ¿Quién lo había de pensar? He aquí cómo el tipo plástico del viejo meridional corre parejas con el del moderno septentrional Rubens, que enriquecía tan pródigamente el seno de sus ninfas.

*

Vamos pasando la vida como si leyéramos un libro recién impreso, al que cada día fuéramos cortando las hojas plegadas. En vano dirigimos miradas fugitivas o ansiosas a las páginas aún

no abiertas. Lo poco que brujuleamos o no nos satisface o nos aterra.

*

Quien sabe ver, tiene siempre algo que decir.

*

“Voy a hablar bien alto, para que me oigan.” He releído la frase, y me he reído. Me he reído de mí mismo. Pues ¿quién me asegura que nadie volverá la cabeza, porque yo grite? El mundo está lleno de clamores.

*

El hombre solo consigo mismo, espanta. No hay sino leer la *Imitación*, para contemplar los detritus que acumula en montículo formidable ese termita, el pensamiento.

*

—Pero el alma no está sola en la *Imitación*, está frente a Dios.

—Es decir, se desdobra; y tiembla de horror ante sí misma.

*

¿Qué buscamos en un libro como *Anatole France en pantoufles*? ¿Conocer más íntimamente al gran escritor? Todo él, todo, hasta lo más íntimo, está en sus obras. La de su secretario, escrita con maligna socarronería, no pertenece a la biografía, sino a la chismografía.

*

La experiencia de la vida social es la gran aplanadora. Sus implacables rodillos van pasando sobre los anhelos generosos del reformador, del soñador, del poeta, y sólo dejan guiñapos. La lección que nos da sordamente se resume en esta tremenda sentencia, la inutilidad del esfuerzo. ¡Oh Buda, Buda!

*

¿De qué te afliges? El triturado se levanta cojeando, y sigue cazando mariposas.

*

No te aisles a cavar en tu pensamiento. Témete a ti mismo. ¿Quieres vivir bonachonamente, mansamente? Déjate ir con la vida, por donde van los demás.

*

—¿Somos o no somos civilizados?

—Eso depende de la perspectiva.

—¿Cómo?

—Haz un viaje de circunvalación. Mira por fuera. Estás en Jauja, en el Dorado, en el mundo tal cual será en el año tres mil. Haz un viaje de penetración. Mira por dentro. Has ido a parar a la caverna del troglodita.

*

Aurelia Castillo de González: Madame Ackermann pulcramente vestida.

*

Las modas cambian y, como las modas, el humor de la gente. Lo que no cambia, lo que está anclado con garfios de hierro en lo íntimo de nuestro ser es nuestra versatilidad. Veleta, te llamas hombre.

*

Sólo hay un medio, uno solo, para vivir en paz, cuando se ha vivido mucho. Sacarse los ojos de dentro... o haberlos tenido siempre apagados.

*

Gambetta usaba y abusaba de esta frase, la justicia inmanente de las cosas. Supongo que la frasecita debe materializarse así: Como te pongas debajo de un balcón que se derrumba, te aplasta. O bien: si te disparan un trabucazo a boca de jarro en el occiput, te levantan la tapa de los sesos. Enterado

*

Las vidrieras de los fonduchos me hacen pensar en las vidrieras de las librerías. Pollos fríos de una semana; libros fríos de un año. Porque lo difícil no es publicar; lo difícil es ser leído.

*

Los filósofos de la última hornada, y a su cabeza Vaihinger, el del *como si*, han descubierto que todo es ficción. ¡Ay! qué viejo hallazgo! Sólo sirve para reducir a teoría lo que sin teorizar, desde que el mundo es mundo, nos va enseñando la vida.

*

El autor de lo creado, gran señor y gran farfullero, entretiene sus largos ocios jugando con sus criaturas, y sin fallar nos carga los dados. Así nos sale la partida.

*

Los timos literarios ¡qué viejos! ¡qué viejos! Los venerables cantos homéricos, esa flor espléndida del *folklore*, cómo nos los han adobado, para hacerlos gratos y regalados a nuestro paladar.

Junto a esos colosos, el Centón Epistolario es un niño de brazos; Ossian un recién nacido; el Teatro de Clara Gazul no ha salido aún del claustro materno.

*

Porque de Bacon se deriva la filosofía genuinamente inglesa y de Descartes la genuinamente francesa, se puede decir que Inglaterra y Francia tienen su filosofía. Como no hay un pensador de quien haya nacido una corriente característica de pensar en España, no cabe hablar de filosofía española.

*

Comprendo que el más raro de los dones sea el de conocerse a sí mismo. ¡Qué mirada tan firme se necesita para mirarnos por dentro! No, no son pensiles lo que vemos, ni prados de esmeralda y oro, ni arroyuelos cristalinos donde espejea el cielo azul. Por suerte somos prudentísimos, y no nos acercamos al abismo. Por suerte.

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

NUESTRO ARTE Y LAS CIRCUNSTANCIAS NACIONALES

(DISCURSO DE APERTURA DEL SALÓN ANUAL DE BELLAS ARTES, PRONUNCIADO POR JUAN MARINELLO VIDAURRETA LA NOCHE DEL 18 DE FEBRERO DE 1925.)

Sr. Presidente de la Asociación de Pintores y Escultores; señoras y señores:



N medio de una sociedad preocupada casi exclusivamente en la consecución de medios con que satisfacer necesidades de orden material, y bajo unos poderes públicos que le escatiman de continuo su cooperación y su apoyo, renueva esta noche la Asociación de Pintores y Escultores su máximo esfuerzo anual, ofreciendo a la ciudad, alegre y confiada, con el ejemplo admirable de su persistencia, la producción de nuestros artistas heroicos.

Día tras día, sin desmayos y sin treguas, viene este grupo de hombres denodados que dirige la recia voluntad y el entusiasmo inquebrantable de Federico Edelmann, realizando una obra de transcendencia social insospechada. Si alguien, llevado por esa natural inclinación nuestra a dudar de la efectividad de todo esfuerzo cubano, lo dudase, bastaría que se detuviese un punto a considerar desapasionadamente, el progreso de nuestras artes plásticas en los últimos diez años. Después de convencerse cumplidamente del extraordinario paso de avance, debe convenir con nosotros que la brega, para obtener tan risueños resultados, ha de haber sido, en verdad, durísima.

Y es que parece, señores, que por distintas causas, hemos estado condenados, en todos los momentos de nuestra evolución histórica, a hacer difícil y precaria la vida del arte.

No pudo esperarse el florecimiento de superiores disciplinas en las almas de quienes vinieron a las tierras nuevas de América, a pasear sus gallardas desaprensiones, con igual desenfado que lo hubieran hecho por las páginas del *Lazarillo* o de *Alfarache*. Durante los primeros tiempos de la colonia, el ruido del trapiche y el lamento del esclavo, acallaron, en una aristocracia, por lo común frívola e inculta, toda ansia redentora de superior belleza.

Alejada nuestra tierra, en su condición subalterna de factoría, de todo espiritual comercio con su Metrópoli; imposibilitada, por la fuerza dura de la ley, de todo contacto con las otras naciones de Europa, fué preciso el esfuerzo de tres espíritus gigantes, actuando desde las altas esferas, para que dejara de ser nuestro arte pictórico—ya entrado el siglo diez y nueve—algo más que la fría reproducción de los rostros de los Capitanes Generales y el relativo enriquecimiento de nuestras iglesias, con escenas sagradas sin originalidad y sin brillo.

Realzada en lo posible la dignidad del arte, fundada ya la Academia de San Alejandro, cuando comenzaba este centro de cultura a dar sus primeros frutos en sazón, cuando las enseñanzas magistrales de los extranjeros que lo dirigieron en sus primeros años, iba a cuajar en el discípulo criollo, apuntaban ya los primeros síntomas de rebeldía política.

No había de ser propicio el largo período de luchas por nuestra independencia, para menesteres necesitados de tanto sosiego como los del arte; ni los gobiernos españoles, que frente a excepciones tan dignas del más alto respeto como la de Las Casas y la del Príncipe de Anglona, ofrecen el ejemplo de la más total despreocupación por las obras de cultura, podían dar, a nuestro progreso estético, en medio de los desasosiegos de una guerra jamás vencida en su espíritu, el calor oficial de que ha estado tan falto en todo tiempo.

Terminada la contienda libertadora, pudo pensarse que una vía de claridades comenzaba para el arte cubano. Confesemos con

dolor y con sinceridad, que no fué así. Y no creáis, por mi vinculación a actividades muy distintas a la presente, que me disponga a iniciar una serie de terribles ataques contra nuestros gobernantes republicanos. Ciertamente, que a ellos toca gran parte de la culpa, pero, en justicia, no la parte principal. Verdad, que la Escuela de Pintura y Escultura—único centro de instrucción artística—no se diferencia notablemente, en cuanto a sus medios, de la humilde Academia de San Alejandro, fundada por la acometividad mil veces plausible de Juan Bautista Vermay. Ciertamente que nuestro Congreso no se ha dispuesto a atacar en ningún momento, con amplia visión, los múltiples problemas que tiene planteado entre nosotros el aprendizaje pictórico de nuestros jóvenes artistas. Verdad amarga también, que el apoyo oficial franca y generosamente dispensado, no ha existido nunca.

Pero, si analizamos con serenidad el problema, advertiremos que más que a falta de apoyo en los que pueden, reside la gran dificultad de nuestro éxito artístico, en circunstancias de que nadie particularmente es responsable, y que a todos, por igual nos importa combatir. No debemos olvidar, cuando nos dispongamos a analizar cuestiones de esta índole, que, si como pueblo industrial, no somos, como se empeñan en propagar observadores inconsultos, un pueblo nuevo, como pueblo de arte, apenas si aspiramos a serlo hace cincuenta años. Y esta desdichada condición, si no se olvida que no hemos dejado de ser para el mundo, fundamentalmente, un agregado productor de azúcar, hace que estemos muy lejos de poseer, *in extenso*, un ambiente propicio a la producción artística.

Añadamos a todo esto, el contacto con una nación poderosísima, que se ha relacionado con nuestro pueblo, no por el ansia de superiores horizontes, que parece poseer hoy a sus clases directoras, ni por su ambiente abierto y franco a las más diversas tendencias estéticas, ni por la largueza, casi inconcebible, con que premia a los triunfadores del color y de la forma, sino por la base dura y egoísta, en que estas favorables circunstancias tienen su natural sustentáculo.

Ponderad todos estos factores, y decidme luego, si estamos

muy lejos del héroe simbólico del poema de Vigny, de aquel Chatterton, artista hasta en su final lamentable, muerto del choque con la burguesía incomprensiva, y que evocó ante vosotros, desde este mismo lugar, hace dos años, el fino talento de Jorge Mañach.

En circunstancias tan contrarias, los hechos parecen querer hacer buena, una vez más, la afirmación de nuestro ilustre Bustamante: "que en nuestra vida intelectual, crecen las plantas precoces y robustas fuera de sus condiciones climatológicas normales y los frutos maduran fuera de las estaciones en que naturalmente debieran producirse". Así, se suceden en este local y fuera de él, numerosas exposiciones y se discuten en nuestros periódicos y revistas, con apasionamientos, que es en nuestro país el índice único del entusiasmo, los más diversos temas estéticos. Quien nos contemple a distancia, quien advierta desde lejos por nuestra prensa, que es La Habana una de las ciudades hispano-americanas que más acontecimientos artísticos ofrece a la pública curiosidad, ha de pensar por fuerza, que es muy alta entre nosotros la consideración del artista, que abunda el mecenato de los hacendados opulentos y que un gobierno culto y previsor estimula, con subvenciones generosas y con premios subidísimos, tan dignificados esfuerzos.

Como es el nuestro país de viceversas, no ha sido el ambiente el que ha fomentado la producción, sino que ésta, con heroica constancia, está llamada a constituir el ambiente. Vuestro programa para el porvenir, pues, está trazado, en cuanto a sus líneas fundamentales, por la realidad misma: labor ininterrumpida hasta la obtención de un ambiente adecuado. Pero, en lo particular, yo me atrevo a insinuaros dos modalidades de actuación que debéis iniciar enérgicamente para bien de todos y que han de acercaros de modo notable al triunfo definitivo: el apoyo a una crítica serena y el fomento de un arte verdaderamente nacional.

Cuando toda la labor pública de la Asociación de Pintores y Escultores quedaba limitada a aquellos salones anuales de la calle de Cuba, que ya empezamos a recordar con nostalgia, no era im-

prescindible la crítica, porque apenas si había sobre qué ejercerla. Pero, cuando en un término de tiempo relativamente breve, exponen Loy y Mantilla, Abela y Merlín, Bernardo y Ramos, entre otros igualmente valiosos, es una necesidad la fijación de valores, no con el fin de herir susceptibilidades, ni con el objeto de establecer distingos mortificantes, sino al solo propósito de informar la opinión de los amantes de la belleza, para que éstos puedan, en el ambiente ya propicio, imprimir una acertada orientación.

Labor difícil y sin duda delicadísima, es la de contribuir a la constitución de un arte nacional. Cada vez que se trae a consideración tan interesante asunto, nos salen al paso dos interrogaciones eternas: ¿puede pensarse seriamente en que llegue a existir un arte nacional? ¿qué debe entenderse por arte nuestro? En cuanto a la primera cuestión, no falta quien sostenga, que preocuparse por la existencia de un arte vernáculo es cosa baldía. En literatura—se argumenta—no acusa nuestra rica producción caracteres privativamente criollos y cuando se quiere crearlos artificialmente, se cae en el siboneyismo ridículo de Fornaris. Llevar este criterio a las artes plásticas es un grave error. Admitamos, aunque ello sea discutible, que el ambiente que ha de vivir en la prosa y en el verso no sea esencialmente distinto del que respiraron nuestros progenitores europeos, no sucede así respecto al espectáculo físico que toca al pintor reproducir e interpretar. Nuestras escenas campesinas, si no tan interesantes como las que se producen bajo otros cielos, pero donde la diversidad de razas pone un elemento riquísimo, pueden ser inteligentemente explotadas por un pincel experto, y nuestro paisaje, a pesar de su aparente monotonía—y de ello se ha dado en los últimos tiempos prueba gallardísima—puede despertar el interés de las paletas doctas.

Y, dada la posibilidad de un arte cubano, ¿qué medios existen para llegar a realizarlo? Vuestro Mañach, en un estudio en verdad brillante sobre el proceso histórico de nuestra pintura, abogaba, ha poco, por un cubanismo temático: llevar a la tela nuestras cosas con visión moderna, amplia, comprensiva. No creo

desacertada esa opinión, pero sí insuficiente. Estimo que la cubanización de nuestro arte ha de realizarse mediante un doble proceso de integración: ir a lo vernáculo con ojos extranjeros y a lo extraño con ojos cubanos. Es decir, que toda manera de hacer exótica, puede y debe emplearse en nuestras modalidades típicas, lo cual constituye un vehículo poderoso para la universalización de nuestros temas. ¿No se ha hecho esto ya, con resultados interesantísimos?

Siempre quedaría por realizar, la otra fase del proceso, sin duda la más larga y difícil: hacer ojos cubanos para con ellos interpretar lo propio y lo extraño. Yo no sé, señores, que se haya estudiado, con referencia a nuestro medio, la influencia del ambiente sobre la manera de ver de nuestros pintores. Quizás si la experiencia diera hasta hoy resultados poco apreciables, ya que la personalidad de nuestros más valiosos artistas se ha hecho en ambientes europeos, pero es innegable que la influencia existe y que ha de llegar a ser muy poderosa. Un pensador español, donoso y original como pocos, estudiando esta labor del medio sobre la visión pictórica, hace notar cómo en Velázquez, persiste el andaluz, aunque la atmósfera de Castilla y el influjo del Greco, austericen en cierta medida, la natural exuberancia y cómo, proclamando durante toda su vida el Maestro sevillano, que la suprema realización del arte humano era *La Perla* de Rafael, se mantiene, no obstante a notable distancia del dechado. Si Velázquez hubiera nacido en la España de hoy—dice el escritor referido—ya lo hubiéramos enviado pensionado a Italia, aunque apenas comenzara a dibujar, y nos volvería pintando Perlas y lo que es peor Perlas... falsas.

No creáis que está en mi intención, abogar porque nuestros pintores rindan su labor exclusivamente en nuestro medio. En modo alguno. Velázquez nació entre una tradición artística riquísima y en un ambiente ya constituido. Le bastó aplicar su genio a las circunstancias que lo rodeaban para crear su obra inmortal. Nuestras Meninas y nuestras Perlas, están por hacerse. A la sombra de los Maestros eternos han de crecer nuestros pintores del mañana, pero con el propósito firme, decidido, de aplicar

la maestría, una vez obtenida, en la pintura de nuestras cosas. Sólo un esfuerzo perenne en este sentido, puede dar como resultante un arte que sea, según la expresión feliz, la síntesis espiritual del país que lo produce.

Pero, es inútil esperar esta "larga paciencia" de parte de nuestros artistas, mientras las circunstancias sean las actuales. Se hace imprescindible que a la empeñada labor privada se una una intensa acción oficial: la creación de nuevos centros artísticos a lo largo del territorio nacional, la institución de premios considerables para los mejores cuadros cubanos, el hacer asequibles a nuestros privilegiados los parajes de más alta belleza, la adopción de un plan de enseñanza artística que vaya dirigido a nuestros verdaderos intereses, la iniciación en fin, de lo que yo llamaría, quizás sin mucha impropiedad, una alta política artística.

Ahora, que un cambio de poderes va a verificarse en medio de la general expectación y de la común esperanza, debemos recordar, a los que nunca debieron olvidarlo, que mientras Cuba no ofrezca al mundo, a falta de un imposible poder material, una significación cultural original y fuerte, no será libre sino a medias. Y ninguna disciplina como la del arte para realizar esa, nuestra total liberación.

Recuerde continuamente la Asociación de Pintores y Escultores a los que pronto van a ser nuestros mandatarios, que el más ilustre de los gobernantes coloniales, Las Casas, con la ayuda de dos ciudadanos insignes, echó a andar, hace un siglo, una pintura aun balbuciente. Ojalá recaben para sí nuestros gobernantes de mañana, la hora altísima de hacer cubano un arte que ha luchado perennemente por florecer en suelo estéril. Si lo hicieren, serán los vencedores de la más grande batalla que se haya librado por nuestra verdadera libertad.

EL QUIJOTE

Un hombre oscuro y desvalido, sin más medio ni auxilios que su ingenio y su pluma, se atrevió a acometer una empresa a la que no habían podido dar cabo los esfuerzos de los sabios ni de las leyes. El *Quijote* se fundó, como por sí mismo, en la oficina de un feliz y bien organizado entendimiento. Los notables literatos, Mayans y Pellicer, aunque amantes y beneméritos del *Quijote*, manifestaron que no lo entendían. CLEMENCÍN.

Cervantes había estudiado poco y supo algo de todo; empero la perspicacia, unida a entendimientos como el suyo, le conciliaban aptitudes para decir verdades que no tenía averiguadas. MONTALVO.



AMÁS supe de obra tan profunda ni de concepción tan admirable como el *Quijote*. Ese libro, que ha sido ya clasificado con el número uno entre las mejores producciones de la literatura castellana, constituye un culto para mí: todo esfuerzo noble me entusiasma, y la admiración es el más puro, sencillo y sublime de todos los cultos.

Si alguna vez fuese yo capaz de creer en alguna religión, oír a Beethoven sería mi único rito; si tuviese que adorar alguna divinidad, la Venus de Milo constituiría mi único altar, y si me fuese dado tener fe en alguna escritura, mi única Biblia sería *Don Quijote de la Mancha*.

Constantemente leo esa obra extraordinaria, y constantemente descubro en ella nuevos y profundos pensamientos, cada uno de ellos capaz de servir por sí solo, de tema a extensos tratados de filosofía, de legislación y de jurisprudencia. El rico acopio de conocimientos y de saber que a diario extrae el hombre, de las

páginas de Cervantes, hacen que éstas, lejos de envejecer, se agranden con el tiempo, presentándosenos cada vez más admirables. El mérito del *Quijote* es comparable a una sombra, en que se destaca tanto más grande, cuanto más se aleja de su punto de proyección.

El libro de Cervantes puede ser analizado y criticado bajo tres fases distintas: como obra literaria; como obra ingeniosa o de arte, y como obra de filosofía o de estudio. Hay críticos que dándose cuenta de lo que a ellos mismos les falta, y deslumbrados por la prodigiosa fecundidad de Cervantes, han concedido a éste tales y tantos conocimientos en todos los ramos del saber humano, que hasta han llegado a dar importancia al *Quijote* como obra de patología, alegando que dicho libro presenta ciertos procesos patológicos e interesantes observaciones sobre medicina. Mas no obstante concordar algunos de éstos con varias de las más modernas teorías en la materia, creo que conceder importancia científica al *Quijote*, por tal respecto, sería lo mismo que si fuésemos a considerar la *Biblia* como obra de patología, por el hecho de encontrarse en ella contenidos, muy útiles preceptos de higiene.

Después de haber sido juzgado y criticado literariamente por tantas estrellas de primera magnitud en la constelación de las más brillantes plumas que han escrito en castellano, sería por lo menos vano, todo empeño mío en agregar algo más a lo mucho y bueno que ya se ha dicho en ese respecto. De ahí que pase a tratar el *Quijote* desde un punto de vista menos trajinado, y más accesible a mis escasas facultades, contentándome sólo con hacer constar que todos los más grandes escritores modernos, así españoles como extranjeros, han reconocido dicha producción como la obra maestra de la literatura castellana.

Ni su pretendida importancia científica, ni sus incuestionables méritos literarios—que solamente los que hablamos castellano podemos apreciar en todo lo que valen—ni su original e ingenioso asunto, tan hábilmente bien desarrollado, han contribuido tanto a dar la universal fama de que goza el *Quijote*, como sus inigualables méritos filosóficos.

Cervantes fué un gran crítico, y el *Quijote* el más maravilloso y acabado análisis de nuestro carácter. Sancho y Don Quijote son

las dos manifestaciones psicológicas que componen el alma humana; y si ésta es distinta en todos los hombres, es porque en algunos resalta más el Sancho, y en otros el Quijote, habiendo ciertas personas en quienes la medida del uno o del otro sale tan colmada, que se rebosa. Pero nadie está exento de tener su parte de Sancho y su parte de Quijote, y aun el mismo Cervantes, con ser quien fué, no pudo evitar que se le derramara un poco de Sancho en el molde de Don Quijote, y un poco de Don Quijote en el de Sancho. Y sin embargo, nadie como él ha logrado separar de manera tan precisa esas dos manifestaciones características del hombre, ni nadie como él las ha delineado tan magistralmente. Es solamente por medio de un análisis tan cuidadosamente llevado hasta al extremo, que Cervantes ha podido establecer ese ingenioso contraste entre lo real y lo ideal, que constituye el punto culminante o gran línea de tan grande obra.

Para burlarse del ideal, toma Cervantes un hombre cualquiera, lo descompone y forma con él a Sancho y a Don Quijote, enviando este último a recorrer tierras en busca de aventuras. Con el episodio del muchacho Andrés, teme Cervantes seguir escribiendo la historia de un apóstol, en vez de la de un loco, y al punto corre en busca de la otra mitad del alma humana y se la rabiata a Sancho para que fuese acentuando, con su presencia, la línea que separa el ridículo de la sublime, haciendo así resaltar más el contraste entre lo real y lo ideal. Sin Sancho, el *Quijote* se habría convertido de burla en epopeya, y aun la misma presencia de Sancho, no es siempre suficiente para impedir que al lector se le parezcan castillos las ventas del camino.

Don Quijote fué ingenuo y bondadoso en extremo, porque no pudo ver las utilidades materiales que la hipocresía proporciona, ni los sinsabores que al hombre sincero acarrea toda obra generosa. Su locura, ocultándole la realidad, lo hizo ser honrado hasta el ridículo. ¡Cuántas veces la razón práctica nos impide hacer el bien a despecho de nuestra conciencia; y cuántas veces la cordura nos obliga a fingir defectos que en realidad no poseemos! De ahí que la locura de Don Quijote bien pudiera llamarse exceso de virtud, así como el exceso de hipocresía y de indiferencia es tenido muchas veces por cordura. Para Don Quijote la parte

práctica de la vida estaba en blanco; era nuestro caballero un amnésico de la vulgaridad, y en ello consistía acaso su única enfermedad.

Mal interpretado por la mayor parte de sus apologistas, muchos creen que Cervantes se propuso defender el ideal; que escribió su libro expresamente en apoyo de alguna otra idea cualquiera, o que se propuso con él perseguir un fin determinado. Puede que así sea, pero es lo cierto que el *Quijote* ni combate ni defiende idea alguna determinada, ni mucho menos la dilucida y pone en claro. Ese libro no hace más que plantear y ahondar con admirable sutileza una porción de problemas trascendentales, cuya solución deja a cargo del lector, dando así pasto sin fin a la imaginación de éste. El *Quijote*—la obra más atrevida y original de cuantas se conocen,—es un libro lleno de signos de interrogación que quizá no llegará jamás el hombre a despejar. Y es suerte que sea “caviar para la generalidad” pues si estuviese al alcance de todos los entendimientos, sería capaz de producir la más radical de las revoluciones.

Esa obra universal que se ha paseado en triunfo por todas las naciones y pueblos de la tierra; esa obra grandiosa que los sabios admiran, y que las multitudes no pueden menos que aplaudir, aunque muchas veces sin comprenderla; esa obra monumental que todos leemos con amor y con respeto, es también la más cruel, la más dolorosa y la más sangrienta de cuantas burlas se hayan hecho a la más elevada de las manifestaciones del sentimiento humano: el ideal.

Decid a los apóstoles de la ciencia que se han sacrificado por hallar la felicidad y la salud del hombre, que sus desvelos no sólo han sido estériles, sino también de resultados negativos; observadles que cuando no existían tantas teorías médicas, tampoco había tantas enfermedades y los hombres eran más sanos y robustos que lo son hoy. Demostradles, con la estadística en la mano, que cuando no se conocían los sueros, las vacunas ni tantas drogas, también eran casi desconocidos los males cardíacos, la diabetes, el cáncer y demás enfermedades crónicas ante las cuales la medicina se declara impotente, y que aumentan de manera tan espantosa, que están ya materialmente diezmando la especie humana. Decid a los hombres

de ciencia que si han podido inventar un fusil para librarnos de las fieras silvestres (que por suerte, como más lo empleamos es como arma homicida), en cambio hoy se encuentra el hombre inerme para combatir el más ínfimo de los animales: el microbio.

Decid a los legisladores que los códigos han resultado ser subterfugios para esconderse los malvados y que antiguamente, cuando no los había, el hombre era más feliz, sencillo y bueno, que lo es hoy. Recordadles que la justicia humana es tan defectuosa, que ya el mismo Jesús había llamado "bienaventurados" a los que padeciesen persecuciones por causa de ella. Mostradles que esa justicia parece haber sido destinada expresamente, no para dar la razón al más justo, sino para darla al más poderoso, es decir, al que pueda alquilar los abogados más listos e inteligentes que lo defiendan.

Invocad a Jesús, el que todo fué amor y bondad, y mostrándole los efectos de su obra decidle: "¿Veis aquel montón de cadáveres? Son los millones de inocentes víctimas que fueron sacrificadas en nombre tuyo; de ellas, centenares de miles fueron quemadas vivas. En tu nombre se han cometido toda clase de infamias y hecho horrosas guerras, y en el número de tus pretendidos representantes se han encontrado seres de condición moral muy inferior. Los hombres aún adoran los ídolos que derribaste, llegando hasta el escarnio de convertirme a ti mismo en ídolo. A pesar de tus prédicas, los pueblos se siguen destruyendo mutuamente en guerras, tan feroces, como no se conocían en los tiempos más remotos. El hombre es hoy tan malvado como lo era antaño, y la especie humana no está menos pervertida de como la encontraste."

Decid todas estas cosas al que fué sacrificado por redimir la humanidad; decid todas estas verdades a los legisladores, moralistas y hombres de ciencia que se han desvelado por hacer el bien, y aún no habréis llegado a ser tan crueles como lo fué Cervantes al escribir el *Quijote*.

Cuentan que en un momento de amarguras Bolívar exclamó: "En este mundo hubo tres grandes majaderos: Jesucristo, Don Quijote y yo." Admirable genialidad que presenta a un dios, un loco y un héroe persiguiendo la misma quimera. Dicen que los extremos son viciosos, pero es lo cierto que para llegar a la verdad hay por fuerza que apuntar al extremo más alto—aun a ries-

go de pasar por majaderos—a fin de que la trayectoria nos conduzca al *juste milieu* que es donde se encuentra la verdad con respecto al rebaño humano. *Natura non facit saltus*.

Mefistófeles, el Espíritu del Siglo, el Misterio de la Evolución, parece ser la antítesis de Don Quijote. Este quiere el bien y hace el mal; aquél quiere el mal y hace el bien. En su forma de odio, de odio al extranjero, el mal ha constituido naciones y creado patrias. Las guerras han servido para civilizar los pueblos atrasados y para mostrar a los más adelantados la necesidad de la cooperación en forma de una Confederación Internacional. Los enemigos muchas veces nos han sido más útiles que los amigos. Cuidamos el cuerpo, nuestro tejido celular, porque hay el dolor físico, esto es, un mal al que por lo tanto hay que agradecer la existencia del hombre y de los animales. El mal, en su forma de microbios y de enfermedades agudas, produce un sacudimiento en el organismo que nos hace reaccionar y nos purifica el cuerpo, así como también en su forma de tempestad, purifica la atmósfera y favorece la vegetación. El desarrollo de nuestra conciencia, según los filósofos, se debe únicamente al dolor y al sufrimiento. La necesidad y el hambre son los dos látigos que hacen progresar al hombre. El miedo, ese mal vergonzoso, nos salva la vida. Hasta en su fatídica forma de ignorancia, el mal es favorable, pues la ignorancia que nos impide conocer con anticipación nuestras desgracias y la de los seres queridos, nos protege la vida librándonos de insoportables angustias. El bien y el mal son los dos extremos entre los cuales oscila el péndulo de la evolución humana. El uno está abajo en la base y el otro arriba, coronando la cima, pero ninguno es más importante que el otro, desde el punto de vista de la filosofía. No hay una sola forma del bien que no haya tenido su origen en el mal. El mal y el bien—que según Shakespeare, no son sino simples productos del pensamiento,—constituyen la dualidad de la evolución; dualidad proclamada por aquel sabio mil veces venerado llamado Zaratustra, y revelada a los hombres modernos por aquel audaz investigador del misterio llamado Federico Nietzsche, quien condujo a la humanidad pensante por la ignota región llamada *más allá del bien y del mal*. Como cosa en sí, la evolución continua-

rá siendo un misterio. No está el cerebro humano convenientemente conformado para poder concebir ese misterio. Y cuando la ciencia cree comprenderlo y lo llama *espíritu*, Mefistófeles, burlándose a carcajadas, contesta a la ciencia con esta tremenda frase:

Tú mismo eres quien se parece a ese espíritu que tu imaginación concibe, pero no yo.

Mostrando así al hombre que todo concepto que llegue a formarse del *misterio* no será otra cosa que el producto de su propia imaginación, pero no de la verdad.

Mefistófeles no es ni el bien ni el mal, pues a pesar de su irónica sonrisa, rejuvenece a la ciencia para que ésta pueda fertilizar la naturaleza. La *ley de la conservación de la vida*, única roca sobresaliente y firme en medio de ese mar insondable, la filosofía, es por ello el único punto en que puede aún la ciencia de la moral apoyar el pie sin hundirse. Dulcinea, al igual de Margarita, Beatriz y Ofelia, es la personificación más exacta del *eterno femenino* que nos impele constantemente al perfeccionamiento humano, como un medio de conservar la vida universal:

Des ewig weibliche zieht uns hienan.

Don Quijote libertó a los galeotos a condición de que éstos fueran cargados con sus cadenas a ponerse de hinojos ante Dulcinea. El mismo Fausto, a pesar de la impertinente presunción de la ciencia, dice a Margarita:

Una sola mirada tuya encierra más verdad que toda la sabiduría de este mundo.

Ello contrasta notablemente con el excepticismo de Hamlet, quien convencido de que la humanidad está ya perdida sin esperanzas, exclama:

Vete a un convento. ¿Por qué has de servir para dar pecadores al mundo?

He ahí el colmo del pesimismo, así como el héroe de Cervantes es la coronación del optimismo. Don Quijote y Hamlet son

dos locos completamente opuestos que no tienen entre sí más nada de común, sino el hecho de ser los dos únicos locos que jamás rieron. Tenían para ello la imaginación demasiado ocupada con la solución de esos dos problemas trascendentales; la felicidad humana, como una finalidad—el más elevado—y la vida como cosa en sí—el más profundo.

To be or not to be; that is the question.

Hamlet encuentra en su aparente locura un medio para poder decir verdades, mientras que en su sincera locura no encuentra Don Quijote sino una rémora para el ideal. Esa sinceridad es la causa de que salga siempre corrido en sus nobles empresas y de que los gigantes se le conviertan en molinos de viento. Ninguno de esos dos locos podría ser catalogado patológicamente. La única prueba que existe para demostrar que Hamlet y Don Quijote eran locos, es la circunstancia de que ambos expresaron verdades tan grandes, que los cuerdos difícilmente llegan a comprender, según la oportuna exclamación que Shakespeare pone en labios del palaciego Polonio:

Afortunadamente la locura alcanza lo que el sano criterio no siempre logra alcanzar.

De manera que en principio ambos locos fracasaron en el propósito,—si es que lo hubo—de desacreditar, respectivamente, el ideal y la verdad. Por lo menos sus hechos y palabras obraron en sentido completamente opuesto a ese propósito. Refiriéndose al trato que merecen las gentes dice Hamlet a Polonio:

Si fueses a tratar a todos los hombres como se lo merecen, ¿quién se escaparía de una paliza? Trátalos de acuerdo con tu propia dignidad y decoro y ten presente que mientras menos merecedores sean, mayor mérito habrá en tu bondad hacia ellos.

Esto dice el loco que escudriña el abismo. Veamos cómo opina el que mira hacia las estrellas. Da este consejo a Sancho:

Al culpable que cayere debajo de tu jurisdicción, considérale hombre miserable, sujeto a las condiciones de la depravada naturaleza

nuestra, y en todo cuanto fuere de tu parte, sin hacer agravio a la contraria, muéstratele piadoso y clemente; porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, más resplandece y campea a nuestro ver, el de la misericordia, que el de la justicia.

No es concebible una frase más levantada que ésta, a menos que la fuésemos a buscar en casa de aquel loco sublime que exclamó:

Perdónalos, Señor, porque no saben lo que hacen...

El *Quijote*, el *Fausto* y *Hamlet* están consideradas como las tres supremas creaciones de la literatura universal. Los críticos agregan a esa lista *La Divina Comedia* y *La Iliada*, dos obras que realmente merecen figurar en ella, sobre todo por la antigüedad y por la fama de que gozan. Mas las tres primero citadas deben indudablemente considerarse como las tres más formidables tentativas que se han hecho para arrancar al misterio el secreto de la Conciencia Universal y del Corazón Humano. Esas tres tentativas alcanzaron un éxito en el sentido de que lejos de resolver el problema, lo fueron ahondando hasta dejarlo en un punto tan complejo, que hará pensar mucho a las generaciones venideras...

Cervantes, según cuentan sus biógrafos, solía reirse solo frecuentemente—síntoma de genialidad, cuando no lo es de locura. Doblegado sobre el duro banco de su prisión y entre furtivas sonrisas, escribió la historia de su loco. Shakespeare escribió la historia del suyo sobre la mesa de una taberna y entre sorbos de cerveza. Gœthe, el mimado de la fortuna, de la belleza y del poder, aunque rodeado de la mayor opulencia, escribió su profundo poema entre sollozos furtivos. Es el crítico Brandes, quien ha venido a revelar que la placidez de Gœthe no era sino la máscara con que ocultaba el poeta un corazón lacerado que no tuvo un instante de sosiego en esta vida. Está en la naturaleza de las cosas que el genio, para poder serlo, requiere llevar una tempestad de angustias en el alma. Es la supersensibilidad, la que tiene la facultad de crear. El genio es el vidrio de aumento de la conciencia. Como el telescopio, nos hace ver de cerca pe-

ligros invisibles a los ojos de la generalidad; y como el microscopio, nos señala de bulto las injusticias que atormentan a la humanidad; tan crueles y numerosas, como imperceptibles al tosco sentido de Sancho. Los genios sueñan con encontrar la antorcha que ilumine la conciencia al rebaño de los mortales, y en su impotencia por hallarla lloran, furtivamente, como Gœthe en su opulencia, o rien, furtivamente, como Cervantes detrás de los barrotes de su prisión.

Los seres superiores amaron la vida universal por sobre todas las cosas y se sacrificaron por redimir la humanidad. Cada obra de verdadero arte contribuye a esclarecer nuestra conciencia siendo, por lo tanto, un ariete destinado a destruir esa cárcel de granito—el destino—donde se encuentra aprisionada la voluntad del hombre. Es por ello que Leonardo, Beethoven, Praxiteles, Shakespeare, Gœthe y Cervantes fueron tan redentores como Zaratustra, Buda, Tao y Jesús. “La voluntad libre es la necesidad comprendida” ha dicho Hegel. Contribuir a aumentar nuestra conciencia es, pues, contribuir a hacernos libres; y la necesidad de que habla Hegel, es la necesidad de la evolución. *Mientras más libre sea un hombre, más esclavo se siente.* Esta paradoja se explica perfectamente por la conciencia. Mientras más consciente sea una persona, es realmente más libre, pero más impotente se sentirá ante las injusticias del medio. Ya lo dice Unamuno:

La libertad es un bien común y cuando no participan todos de ella, no serán libres los que se crean tales... No hay quien pueda ser del todo libre, mientras haya un prójimo que sea esclavo.

De manera que desde el punto de vista de la filosofía, la única libertad posible se encuentra en nuestros esfuerzos por alcanzársela a los demás, ya con nuestra acción, ya con nuestra luz. Así Don Quijote; así todos los hombres superiores. Solamente los Sanchos, ignorantes, creen que la felicidad consiste en egoístas satisfacciones materiales.

Todo el que sobresale en el manejo del arte, vacía la quintaesencia, la parte más íntima del alma, en las supremas creaciones de su ingenio. El héroe más noble de un poema revela, me-

jor que nada, el verdadero carácter del autor. De ello tenemos una prueba en Don Quijote y Cervantes.

Las palpitantes carnes de Friné—la cortesana famosa por su belleza y por su desnudez—sirvieron de modelo a la *Venus de Milo*, escultura tan resplandeciente de pureza, que arrancó a St. Victor aquella célebre frase: “no hay un solo átomo de carne en ese augusto marmol”. Más que el cuerpo de la cortesana, esa estatua revela el espíritu superior de un artista que tenía la facultad de inmortalizar la piedra al golpe portentoso del cincel.

Ningún historiador podría ofrecernos un retrato tan exacto del alma noble de Leonardo, como ese lienzo magnífico—*La Última Cena*—donde a través de un pasaje bíblico, se destaca la piedad casi divina del autor; piedad que por sí sola bastara para dar a éste el primer puesto entre todos los pintores de la Tierra. En ese cuadro místico, la figura de Jesús nos está hablando del corazón bueno de Leonardo.

Por ser la menos gráfica, esto es, la más espiritual de las artes, la música se presta mejor que ninguna otra para revelarnos al autor. Bástase con sólo oír algunos compases de Beethoven, digamos de *Clair de Lune*, para sentirnos envueltos en esa aureola de bellezas que es el alma de Beethoven, el hermano de Leonardo en arte, en pensamiento, en corazón y en el amar a la naturaleza. En vano han tratado los autores de describir la espantosa tragedia del compositor sordo. Wagner exclama: “Imaginaos a Miguel Angel, ciego, y pintando el Purgatorio.” Ni aun esto mismo nos da una idea de la tormenta de angustias que constantemente azotaba el alma del músico sin par, a quien no le era dado oír sus propios arpegios... Es en estos últimos, en donde está pintada la tragedia del Rey del Pentagrama. En la *Novena Sinfonía* (compuesta en plena sordera), hay una armonía en sí bemol, en el *Presto*, antes del *Recitativo* que semeja el ¡ay! lastimero de un cisne herido de muerte. Esa sola nota habla más del estado de alma de Beethoven, que todo cuanto se pudiera escribir.

Son inútiles los esfuerzos de la crítica, para pintarnos las múltiples virtudes del Manco de Lepanto, cuyo enorme corazón amaba todas las cosas, y quien no tenía sino palabras de elogio para

todos los pueblos de la Tierra: italianos, alemanes y hasta moros. Para saber quién era Cervantes, no hay más que leer el *Quijote*. Allí el alma del autor es el molde en que se forjó la figura del protagonista. Ya él lo dijo: "La pluma es la lengua del alma." Pocas veces se ha dicho tanto en tan pocas palabras.

La moral presentada por Cervantes en su libro, no es solamente teórica, sino principalmente práctica. Don Quijote sueña con la *Edad de Oro* en que

Todas las cosas eran comunes; no había *tuyo ni mío*... ni a nadie le era necesario, para alcanzar su ordinario sustento, tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sasonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían... No había la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza...

El héroe de Cervantes no se alimenta más que de frutas, nueces y raíces, ni bebe otra cosa que agua. Don Quijote es el hombre ideal, el sabio que no ignora la acción que ejercen recíprocamente el cuerpo y el espíritu, y que conoce los principios en que se fundaba la más antigua medicina faraónica. Por eso dice a Sancho:

Come poco y cena más poco aún, que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago.

No es la moral en teoría, sino la moral en acción, la que más nos sugestióna. El mismo Sancho, quien visiblemente adelgaza a fuerza de rodar detrás de su amo, llega a exclamar: "Bien predica quien bien vive, y no sé otra teología."

No todo ha de ser aplaudir; hay también que practicar. Desgraciadamente la humanidad sanchesca se guarda bien de practicar lo que tanto aplaude, en vez de tratar de imitar a Don Quijote, y si le sigue, es porque cree así alcanzar la barataria insula de su felicidad, sin siquiera saber en qué consiste ésta.

La felicidad no se ha podido aún definir. Epicteto dice que consiste no tanto en el aumento de nuestros bienes, como en la disminución de nuestras necesidades. Según Epicuro, para po-

der ser feliz, hay que poner nuestra voluntad en armonía con la naturaleza, es decir, con la Voluntad Infinita. Sócrates cree que la felicidad no se puede hallar sino en la sabiduría. Gæthe opina que la verdadera felicidad consiste en la facultad de poder alegrarnos del bien ajeno, como si fuera propio. Todas estas definiciones son muy exactas, como lo es también el hecho de que la satisfacción de placeres materiales jamás conduce a la verdadera dicha. El día en que Sancho se compenetre bien de esta verdad sabrá que no es corriendo detrás de su amo, sino en el cumplimiento del deber, es decir, imitando al noble caballero, como se progresa en el sentido de la felicidad. No hay duda de que aun en medio de su azorosa vida, Don Quijote permanecía constantemente en un estado de éxtasis que le proporcionaba fruiciones de satisfacción tan íntimas e intensas, como jamás habría podido llegar Sancho a experimentar, ni en la vana altura de la silla del Gobernador, ni en su baja condición de hombre vulgar. Después de todo, ambas latitudes son, para el ignorante, una misma, pues como ya lo dijo el Manco Inmortal:

Y no creáis que, yo llamo aquí vulgo a la gente sencilla y humilde, que todo aquel que no sabe, así sea un Señor y Príncipe, puede y debe entrar en el número de vulgo.

Colocar el sentido común sobre un asno y rabiatarlo a la cola de un jamelgo para que fuese con la boca abierta admirando lo que se le parecen ridículos disparates de un loco, es la burla más sangrienta que jamás se haya hecho a la humanidad.

Ridiculizar todo noble esfuerzo y burlarse del ideal, es la más atrevida empresa que jamás se haya llevado a cabo. Solamente un genio de primera línea, como el de Cervantes, pudo darle cima tan magistralmente...

CARLOS BRANDT.

VASCONIA, INTERPRETE DE ESPAÑA

(DISCURSO PRONUNCIADO POR EL SEÑOR JORGE MAÑACH, EL 27 DE MARZO DE 1925 EN LA VELADA QUE LA UNIÓN VASCO ESPAÑOLA CELEBRÓ EN LOS SALONES DEL "DIARIO DE LA MARINA", EN HONOR DE IGNACIO ZULOAGA Y PABLO URANGA.)

Señoras y señores:



PERMITIDME que empiece por confesaros, con una ingenuidad muy poco oratoria, que me he trabajado mucho el ánimo en estos últimos días pensando qué iba yo a decir aquí esta noche frente a los maestros Zuloaga y Uranga. ¿Unas palabras biográficas? ¿Una síntesis de estimación crítica? ¿Unos lirismos puramente literarios?

Todo proyecto crítico se me antojaba impertinente y riesgoso. El gran Zuloaga, sobre todo, llegó a nosotros precedido de una inquietante versión acerca de su austeridad vizcaína. Bien es cierto que se ha exagerado algo, pues le vemos sonreír de continuo, en medio de tantas demostraciones de admiración, con la resignada aquiescencia de quien se deja hacer por los ajenos entusiasmos. Pero yo no sabría fiarme demasiado a esa suavidad externa. Los franceses dicen que el genio es una larga paciencia. Creo que sería más justo decir una larga impaciencia, esto es, una constante inconformidad, una implacable insurrección del espíritu censor. De cualquier manera, parece que debe haber siempre alguna displicencia en el individuo excelso, por lo mismo que su gesto es selectivo, su ímpetu hacia arriba, su comunicación más grata: con las almas que se hallan en un plano superior. Y en el temperamento vasco particularmente, ¿quién ignora que hay más

de un nervio adustamente reacio a toda apariencia de lisonja, o a cuanto corra parejas con la doctoral pedantería?

Siendo estos mis temores, no podría aventurarme ahora—envanecido por la designación que de mí quisisteis hacer, amigos vascos, para que hablara esta noche sobre Zuloaga, engreído por vuestra honrosa atención o alucinado por una levísima notoriedad de crítico—no podría arriesgarme, repito, a intentar en la presencia misma de estos insignes maestros nada que se asemejase a una exposición verbal de la obra que ya está expuesta por modo infinitamente más persuasivo allí donde todos habéis podido admirarla.

Mi empresa, pues, ha de ser otra: más breve, más comedida, más humildemente personal. Vosotros, amigos de la colonia vasca de Cuba, habéis querido asociarme de esta manera tan generosa y ostensible al regocijo, al fervor de nostalgias y de orgullos que hoy experimentáis con la presencia entre vosotros de estos dos grandes artistas de España, que son a la vez como dos de las más nobles ramas de vuestro árbol legendario. Y yo, que no cuento con más títulos para justificar vuestra intención que los de haber sido desde la niñez—ya más lejana de lo que parece—un admirador devotísimo de vuestros artistas, y ahora en Cuba un obrero constante y esperanzado en la elaboración de nuestras posibilidades artísticas como pueblo, quisiera limitarme tan sólo a explicar aquella admiración y a deciros cuál es la rica enseñanza que para nuestro porvenir en Cuba se puede derivar, y ha de derivarse sin duda, de la generosa visita que esta noche festejamos.

Allá, señoras y señores, en lo más cimero de la ibérica península, en el recodo hervoroso de dos mares, entre las costillas y las vértebras de ese espinazo occidental de Europa que es el Pirineo, vosotros los vascos vivís secularmente, prestigiados con el misterio perenne de vuestro origen ignoto. Un arcano enigmático preside vuestros aspectos y los rodea del intrigador encanto que produce siempre lo desconocido. En vano es que, desde la intimidad erudita de sus gabinetes, se esfuercen los hombres de ciencia en precisar de qué lejano venero surge o en qué noble cumbre de razas se origina el luengo caudal de vuestra historia. Ellos emiten hipótesis tras hipótesis, y vosotros en tanto,

con una reservada indiferencia, acaso tocada de socarrona ironía, seguís viviendo en lo recoleto de valles y quebradas la distinción impenetrable de vuestro linaje arcaico. El habla vuestra es de una contextura que desafía todas las agudezas y casi todas las memorias. En vuestra religión hay una rara mezcla de apasionado misticismo y de orgullo terreno, de piedad rendida y de humana disciplina humana, y el misticismo y la ruda militancia que hicieron posible, para la historia de toda Europa, la huella violenta de los Loyola y Francisco Xavier. Vuestras instituciones públicas ostentan todavía una blasonada pureza y juntan, a la más acendrada lealtad española, el más indomeñable exclusivismo regional. Neta y firme y noblemente áspera, como el perfil de vuestros montes, es la índole que os da vuestra tierra apretada y angosta. Y así vuestras costumbres genuinas, vuestras normas de actuación cotidiana, vuestros juegos, vuestros implementos para el esfuerzo, vuestras diversiones ingenuas y hasta esa misma catadura física, tan aventajada y recia, que tocáis orgullosamente con vuestra boina como con una suerte de solideo emblemático de la casta—todos estos aspectos de vuestro vivir colectivo revisten una peculiaridad tan soberana, que sois como embajadores de la leyenda, que tuvierais en España y en Francia vuestra morada inviolable.

Y parece, amigos de Vasconia, que esa peculiaridad intensa de vuestro pueblo lo hiciera infecundo para toda actuación y para todo interés que no fueran los exclusivamente locales. Parece que, por lo mismo que formáis un núcleo aparte, tan netamente diferenciado en lo espiritual, en lo social y hasta en lo físico de toda nacionalidad circunstante, vuestros amores debieran confinar con el filo de vuestras montañas y vuestras facultades de compenetración malograrse en una arisca egolatría racial. Parece, en fin, que aunque de la conciencia grave que tenéis de vuestros deberes nacionales, podáis sacar bríos de cooperación en las faenas externas de la voluntad, vuestra simpatía más delicada, más personal y más íntima, aquella que suele venir de la entraña de la sensibilidad, debiera constreñirse a vosotros mismos y declararse inepta para la comunicación y la identificación con las regiones espirituales ajenas.

Sin embargo, esto no es así. Hasta fines del siglo pasado,

vosotros los vascos de España fuisteis, es verdad, un pueblo relativamente parco en influencias nacionales; pero cada vez que produjisteis un espíritu de superior calibre, un hombre de voluntad excelsa, un cerebro de luces más poderosas, su gestión fué para España. Y no sólo su gestión: su sensibilidad, que es lo que más importa, fué en cierto modo una sensibilidad española, expresiva de los afanes y de los conceptos dominantes de toda una nación durante toda una época.

Cuando hablo de este carácter representativo de la sensibilidad vasca, no puede olvidarse que lo dominante siempre y lo esencial, en un momento cualquiera de la vida de un pueblo, es la actitud tradicionalista—la postura de aquellos espíritus que defienden, justa o equivocadamente, el orden de cosas que es contra lo que pretende ser: lo genuino contra lo espúreo, lo adentrado contra lo advenedizo, el sino aparente contra la inquietud arbitraria. Así, San Ignacio y Zumalacárregui son dos espíritus afines en la sensibilidad representativa como lo son, a su manera, Unamuno y Zuloaga en nuestros días.

Pero, ¿cómo tardar más en recordaros que, desde fines del décimonono acá—desde la llamada generación del 98 hasta la que ahora comienza a dar su floración ideal—son los vascos quienes más ricos aportes vienen dando al pensamiento y al arte españoles, erigiéndose a la vez en los más expresivos intérpretes de Castilla y de España en general? Unamuno, Baroja, los Maeztu, Araquistain, Zuloaga, Uranga, los Zubiarre, Salvador de Madariaga—para no citar sino algunos—han sido algo más, mucho más que meros valores supremos de la espiritualidad regional vasca. Ellos son actualmente, repitámoslo, los pulsos del temperamento español, los más acuciosos reveladores de su carácter secular y los más rectos índices hacia todos sus anhelos.

Y así, señoras y señores, se da la paradoja, casi singular en la Historia, de que el grupo regional más peculiarizado, el de un linaje étnico más independiente, más puro y más oculto, el de una personalidad más exclusiva y definida en toda una nación, sea, sin embargo, por virtud de su seriedad, de su lealtad, de su recogimiento conservador, el representante más intenso de la conciencia y sensibilidad nacionales.

No puedo detenerme, señores, a considerar hasta qué punto

de esa sensibilidad vasca surja, en rigor, más una *representación* del espíritu español que una *interpretación*, con caracteres derivados e impuestos por la propia psicología de grupo. Pero yo tengo para mí que ambas cosas se equivalen, porque lo que caracteriza al genuino intérprete es que da una versión de lo ajeno teñida del propio temperamento y, sin embargo, *exacta*. Y la interpretación de España que los vascos nos ofrecen—la interpretación poderosamente sugestiva, por ejemplo, de este gran Zuloaga—ejerce una irresistible persuasión sobre nuestro ánimo, por más que su contenido choque con nuestros optimismos o solivianta ciertos escrúpulos conformistas. Ya Unamuno, usando una metáfora pintoresca y enérgica, como todas las suyas, dijo que el vasco es el alcaloide del castellano; es decir, que se superpone a éste y le varía su color para dejar en mayor evidencia su índole intrínseca.

La interpretación que los escritores y los artistas vascos nos dan de Castilla o de Andalucía reviste siempre un tono *dramático*, al través del cual nos parece, por intuición de raza, que comprendemos mejor el sentido, la esencia vital de aquellas regiones españolísimas.

Esta dramaticidad de la versión vasca contrasta, ventajosamente a mi juicio con aquella que de las tierras meridionales nos ofrecen sus propios artistas indígenas. La Castilla de Azorín y del pintor Beruete, la Andalucía de los Quintero y de Romero de Torres son versiones que pudiéramos llamar líricas. Están saturadas de placidez y de conformismo. Hay más plasticidad que intención en ellas. Aunque a las veces la tragedia asome su ceño adusto en los cielos cordobeses o en las vidas hidalgas, nunca supone un conflicto simbólico o arraigado en los sinos inescrutables de la raza, sino que es un mero accidente individual. El criterio artístico halla su fruición definitiva en un sereno discurrir de las cosas y de los eventos, en una levedad de intenciones y de sentires, en una como sonrisa perenne de todos los aspectos. En la Castilla de los castellanos hay siempre una campanita que repica tiernamente o un alcor forrado de verdes optimistas. En la Andalucía de los andaluces, cuando es honrada, los claveles, y las pestañas con lágrimas de copla y los jaleos con aliento de

manzanilla son siempre motivos jocundos, apenas salpicados con un rocío de melancolía.

¡Qué distinta, en cambio, la versión dramática que de esas mismas gentes y regiones nos dan Zuloaga y Uranga, Unamuno y Baroja, al través de su alcaloide vasco! Aquí, la pasión fervorosa invade las almas y se trasmite a los aspectos habituales de las cosas. Un soplo de violenta inconformidad parece barrer los espíritus y los horizontes. Las conciencias de los personajes son, a las veces, tenebrosas e iracundas como los cielos de vuestro eibarrés, grises y angostas como sus panoramas de castellanía, o ricas en complicaciones sensuales como la pompa de brocados en que suele tender la insolencia animal de sus desnudos. Cuando el sino no los ha unido fatalmente a su terrón, haciendo de sus vidas un mísero y expoliado arrasamiento, los protagonistas suelen estar obsesos de espiritualidad: son hombres y mujeres que, como diría Unamuno, viven para "gozarse la carne del alma."

Yo no he visto todavía los paisajes de don Pablo Uranga; pero sospecho—y me lanzo casi sin temor a la conjetura—, que a pesar de ser él uno de los hombres más suaves, más dulces, más beatíficos que he conocido, su interpretación de la llanura castellana, de las aldeas sumisas y de las viejas piedras, ha de estar impregnada de esa misma dramaticidad, de ese sentir que las cosas no le importan al arte por lo que parecen, sino por lo que representan como documentos de los eternos conflictos humanos.

Pero no especulemos. Mirad, no más, cómo pinta Zuloaga los temas de Castilla y los de la gente flamenca. Diríase que en la experiencia de ellos ha cobrado—él también—un sentido trágico de la vida, tan consubstancial con su propio temperamento, que apenas le es dable ya pintar un millonario yanqui o un cómico de París que, so pena de inanidad, no se contagie un poco en su retina con el altivo apasionamiento de un hidalgo toledano. Su pintura es de un énfasis violento siempre y de una cruda llaneza. No conoce el disimulo ni le inquieta la ajena opinión. Ya Christian Brinton decía que Zuloaga

personifica, por modo extremo, el espíritu de autocracia en el arte, el principio de absolutismo, tan característico de su raza y de su país. No se encontrará, en estos lienzos audaces y afirmativos, ni un solo

indicio de cobardía o de transigencia. Es una obra retadora, casi despótica. No se esfuerza por enlistar la aprobación ni teme ser francamente antipática.

El artista dispone sus figuras en primer término, firmes de trazo, minuciosas de pormenor, arbitrarias de garbo y colorido, con el mismo rigor de inventario y el mismo cínico desdén de la retórica con que Baroja presenta sus héroes y deja la constancia de sus flaquezas. ¿Y no se encuentra acaso un parejo gusto realista de lo anormal y de lo sórdido, una idéntica fruición de sinceridad compasiva, en la maravilla de *Gregorio el botero* y en las páginas truculentas de *Aurora roja* o de *La busca*?

Aquí, como allí, hay también una sátira aparente, una intención de censura que siempre se desvirtúa algo a sí misma por la enorme elocuencia de sus propios recursos, por el interés dramático de sus mismas alusiones. Se ha repetido mucho que la pintura de Zuloaga es una pintura literaria, y esta imputación simplista se debe en gran parte, creo yo, a esa muchedumbre de sugerencias satíricas que puebla su obra y que sirve de fundamento también a otra especie hostil, según la cual Zuloaga consagra en sus lienzos la inicua leyenda negra urdida en torno de España.

Mas no nos equivoquemos. Esas intenciones censoras podrán informar de un modo subrepticio y lejano el contenido ideológico de su obra, pero ellas permanecen en la comarca de lo intelectual. La emoción es otra. La emoción es emoción de amor. Aunque parezca protestar de esos estados sociales y espirituales de España, Zuloaga en realidad de verdad los ama. En él se da la contradicción aparente—aquella que pudiéramos llamar paradoja del amor estético—que se atisba en el fondo de tantas obras inmortales. La iniciativa intelectual, teológica, de la *Divina Comedia* se olvida pronto bajo el derroche de la emoción desinteresada. Pero ¿qué menester hay de acudir a lejanos ejemplos, si todos tenemos presente en la amorosa conciencia el recuerdo de nuestro gran Libro de la Raza, del Quijote perenne, que fué concebido como una sátira y acabó siendo obra de amor—de amor dolorido hacia el mismo ideal que parecía proscribir? Cervantes fué a su manera, andante caballero, como este don Ignacio Zuloaga es censor social, pero tiene coto privado en su señorío de Zumaya

y gusta de pintar a Castilla desde una vieja canongía segoviana salpicada con la sangre de los herejes de antaño. Y es que el temperamento español vive eternamente enamorado del drama de su propia vida—del conflicto inacabable entre el carácter y el sino de la raza—; y sabe, el vasco conservador, que si esa lucha desapareciera en virtud de este simulacro que llamamos el progreso, ello sería indicio bastante de que la tierra había tenido mengua en lo más esencial y característico de su vitalidad.

Zuloaga es, pues, el caracterizador de España ante nuestros ojos de la carne; el intérprete esforzado y valiente que, armado de su seriedad, de su lealtad, de su incisivo conservatismo vasco, nos revela la huella inmarcesible, un poco bermeja y oscura, como rastro de epopeya, que España va dejando en la Historia.

Y en la ejemplaridad de esa revelación, en la elocuencia con que nos da ese mensaje, está, señoras y señores, la grave lección estética que deja al trópico el Maestro. Ayer, los jóvenes de Cuba se agolpaban frente a sus lienzos en reflexivo y callado pasmo. Luego, uno de ellos me decía: “Al ver esto, le dan a uno ganas de romper la paleta, o de meterse diez años con ella en la manigua.” La frase me pareció suficientemente expresiva de cómo Zuloaga ha enseñado a nuestros ambiciosos de belleza indígena que no vale apasionarse tan sólo por la realidad externa y cambiante de las cosas, que si bien la pintura es fundamentalmente desinteresada en el orden ideológico, como lo es toda obra de genuino arte, no por eso ha de ser representación superficial y frívola, cómodamente atenida a los aspectos primarios de la Naturaleza; y que, si esto es así, nuestros artistas han de adentrarse en la entraña de nuestros tipos locales de humanidad y de vida, poniendo de relieve lo que hay de substancia peculiar en ellos y enlistando los recursos sensuales del color, de la forma y de la línea, en el servicio de ese desnudamiento de la índole nacional.

En nombre, pues, de nuestra propia aspiración de belleza en Cuba, yo saludo con el corazón en alto, lleno de agradecimiento y de esperanza, a los dos grandes maestros de Vasconia que vinieron desinteresadamente a nosotros, y que, luego de ofrendarnos la generosa emoción de sus lienzos, dejan en nuestros espíritus novicios la huella más honda que pueda dejar un artista: la lección del amor intenso y de la intensa verdad.

POESIAS DE DULCE MARIA BORRERO (*)

(VERSIÓN INGLESA POR ALICIA STONE BLACKWELL)

THE SONG OF THE PALMS

Murmurous emeralds, fragments fair
Of my country's soil, on high!
Ye that rear yourselves above,
Proudly tall, to kiss with love
The vast sapphire of the sky!

Ye that saw the soldier fall,
Our last man, too brave to yield,
Lulled him piously to rest,
And remained with lofty crest
Standing on the blood-stained field:

In a language mystical,
Now that you have risen so high,
Tell the secret sad and stern
Of the song ye had to learn
To the blue and shining sky.

(*) CUBA CONTEMPORÁNEA agradece y da las más expresivas gracias a la distinguida escritora norteamericana Alicia Stone Blackwell, por el envío de esta selección de poesías de nuestra inspirada compañera Dulce María Borrero de Luján, vertidas por ella al inglés.

Tell it what a mighty grief
Your sweet murmur holds, what woe
In its softness infinite,
And repeat there in the height
What you heard on earth below.

For there came to you one day,
Waking in the wind a thrill,
The first wounded Cuban's cry,
His lament when death drew nigh,
And your leaves repeat it still.

LA CANCION DE LAS PALMAS

Esmeraldas rumorosas,
porciones del patrio suelo
que os levantáis orgullosas
para besar, amorosas,
el gran zafiro del cielo;

Vosotras, las que mirasteis
caer el postrer soldado;
que, piadosas, lo arrullasteis,
y en pie, soberbias, quedasteis
sobre el campo ensangrentado;

En lenguaje misterioso,
—ya que tan alto subisteis—,
contadle al azul radioso
el secreto doloroso
de la canción que aprendisteis.

Decidle cuánta amargura
vuestro suave arrullo encierra
en su infinita dulzura,
y repetid en la altura
lo que oísteis en la tierra!

Que en el viento confundido
llegó a vosotras un día,
del primer cubano herido
el lamento dolorido
que repetís todavía!

TO THE MOON

O thou the pensive, the enamored! Flower
Of flowers amid the garden of the sky!
Thou dove that never tirest, traveller pale
Of the black gondola that glides on high!
Friend of the sad, forsake me not, I pray,
Thou drop that from the soul of God didst flow,
And that Queen Night between her lips doth keep,
As in a blue and silver bucaro.
From the far, gloomy corridors of space,
My lady ever mute, my chatelaine,
List to the serenade my sorrows sing,
And in the darksome night of grief and pain,
Let thy pure tears, like dew-drops clear and white,
Upon the lilies of my loves drop light!

A LA LUNA

Oh, tú, la pensativa, la enamorada,
del jardín de los cielos flor de las flores,
incansable paloma, viajera pálida
de la góndola negra! No me abandones,
amiga de los tristes, gota del alma
de Dios, que entre sus labios la reina Noche
guarda, como en un búcaro de azur y plata.
Mi eterna silenciosa, mi castellana,
del espacio en los lúgubres corredores
oye de mis tristezas la serenata,
y haz que en la negra noche de los dolores
como blanco rocío caigan sus lágrimas
sobre las azucenas de mis amores!

LIKE A WOUNDED EAGLE

Like a wounded eagle, weary
With long flight, upon the crest
Of your lofty love, my sadness
Can at last alight and rest.

But if love shall change to coldness,
Whitening all the mountain o'er,
Then the bird will spread her pinions,
Flying to alight no more.

CANTARES

¡Mi tristeza, águila herida
fatigada de volar,
de tu amor en la alta cumbre
podrá, al cabo, reposar!

¡Mas cuando venga el hastío
con sus nieves a blanquear
la altura, tenderá el vuelo
para no parar jamás...

•

BIBLIOGRAFIA (*)

Bolívar. PÁGINAS LITERARIAS. Selección y prólogo de Marius André. Casa editorial Franco-Ibero-Americana. 222, Boulevard St-Germain. París. [1924] 16º, 176 p.

Dice Ventura García Calderón en la advertencia preliminar de esta selección:

"¡Bolívar! Comienza a ser ésta la palabra de unión de toda juventud americana, el mejor fundamento de nuestro orgullo. Contamos, por lo menos, con un auténtico genio, en cuyo corazón continental estuvo el futuro resumido, como en almáciga triste que será mañana el triunfo de la floresta. Vió desconciertos y grandezas proyectados sobre la pantalla de los siglos; adivinó la penosa gestación de sus pueblos filiales; y sería inútil tarea querer probar sus dones de político o de militar favorito de la victoria. Pero nos estamos olvidando de que fué Bolívar un escritor de raza. A reparar semejante olvido tiende el volumen que publicamos hoy.

"Hemos pedido a Marius André, el finísimo escritor francés, que conoce, como pocos historiadores nuestros, el pasado de América, una menuda antología de las páginas literarias del Libertador: el Bolívar poeta del "delirio", el crítico literario que analiza definitivamente un poema de Olmedo, el periodista político de las cartas de Jamaica."

Y Marius André ha cumplido el encargo a conciencia. Bolívar fué un gran escritor. Hizo literatura, y se deleitó en la contemplación artística de las obras maestras de la naturaleza y del arte. Nada le faltó para su grandeza al hombre que supo ser "grande en el pensamiento, grande en la acción, grande en la gloria, grande en el infortunio".

Casi todo lo que ha servido para formar este volumen de *Páginas literarias* es bastante conocido, aunque en forma dispersa: el "delirio", las cartas a Olmedo, la vida de Sucre, las proclamas, el discurso de

(*) En esta sección serán siempre analizadas aquellas obras de las cuales recibamos dos ejemplares remitidos por los autores, libreros o editores. De las que se nos envíe un ejemplar, sólo tendrá derecho el remitente a que se haga la correspondiente inscripción bibliográfica. CUBA CONTEMPORÁNEA se reserva el derecho de emitir opinión acerca de toda obra, nacional o extranjera, que por su importancia merezca ser criticada.

Angostura, el mensaje sobre la presidencia vitalicia, las máximas y reflexiones políticas, las cartas privadas.

Hubo tal previsión en Bolívar, que nadie podrá atribuirle desastres para los cuales no hubiera anticipado el Libertador un remedio o un preventivo. Sin sospecharlo, estuvo dotado del sentido profético que guía en el caos a los grandes hombres y que los hace continuar luchando, "no cansarse cuando su pueblo se ha cansado." Estas páginas demuestran que Bolívar fué el Escritor, además del Guerrero y el Estadista; que se acercó a la concepción del genio. Porque, prescindiendo de las afirmaciones reveladoras de talento político, encontramos aquí belleza, arte, sentimientos elevados, dotes de observador, fácil estilo, cultura, todo cuanto forma la personalidad del artista literario.

Biblioteca de Las Antillas. Colección de folletos literarios, históricos y filosóficos. Segunda serie. IV. DISCURSO pronunciado en el acto de la distribución de premios a los alumnos del M. I. Centro Gallego, efectuado en el Gran Teatro Nacional el 4 de septiembre de 1910 por Sergio Cuevas Zequeira, Profesor de la Universidad Nacional, Académico de la Historia y Presidente del "Club Cubano de Bellas Artes". Versión taquigráfica de la Srta. Georgina Hiraldez. Segunda edición. 1924. Imp. "Ntra. Sra. de Montserrat" de Enrique López Salas. Ave. de Italia 38. Habana. 4º, 16 p.

Este discurso del Dr. Cuevas Zequeira fué un canto al esfuerzo continuo y poderoso que realizan en Cuba los socios del Centro Gallego, institución que sostiene concurridas escuelas, bien cuidadas casas de salud, un teatro, biblioteca y salones de recreo y fiestas para sus asociados. El Dr. Cuevas Zequeira elogió cumplidamente la fecunda labor llevada a cabo hasta entonces y qué presagiaba la que después han hecho en Cuba los incansables hijos de Galicia.

Alfonso Daudet. FULANITO. Novela. La traducción del francés ha sido hecha por Josefina Gallego de Dantín. Madrid, 1924. [Editorial Calpe] 8º, 348 p.

Esta novela, que ahora publica en español correcto y armonioso la Casa Editorial Calpe, es de las menos conocidas de Alfonso Daudet. No recuerdo mención alguna de ella ni en los artículos de Zola, ni en la *Histoire de la littérature française*, de Lalou. Seguramente corresponde a las primeras épocas del maestro y vivió durante años en un semioivido, hasta que alguien la encontró y pudo apreciar las mis-

mas cualidades de *La evangelista*, la emoción de algunos pasajes de *El nabab*, acentos irónicos parecidos a los de Tartarín, y narración siempre fácil, como en todas las obras del insigne escritor. Los lectores de habla española deben agradecer a la Casa Editorial Calpe esta bella traducción de *Fulanito*, historia de un pobre muchacho lleno de buena voluntad y llevadizo, débil ante las pasiones que torturan su vida. Fulanito se rehace a pesar de las vicisitudes y gracias al sacrificio de su hermano puede reconstruir el hogar de su familia, disperso por la pobreza, la muerte y el dolor. En *Fulanito* presenta Daudet personajes y escenas de París de principios del siglo pasado, curiosos para el que sienta avidez por saber cómo fueron y qué existencia llevaron los hombres de otros tiempos.

JUAN BRUNO ZAYAS. General de brigada del Ejército Libertador. Apuntes biográficos de este ilustre patriota, recogidos, ordenados y comentados por su Jefe de Estado Mayor, coronel Francisco López Leiva. Habana. Imp. y Lib. La Moderna Poesía. Obispo, 129 al 139. 1922. 8º, 48 p. Con retratos.

"Juan Bruno Zayas era lo que se llama un carácter. Distinguíase por su valor sereno, a veces estoico, por su generosidad, por su amor a los humildes y, sobre todo, por aquella extraña y avasalladora atracción que ejercía sobre cuantas personas le trataban, ya fueran éstas pacíficas o revolucionarias, superiores, iguales o subordinadas. Sólo merced a ese don especial se explica que él, joven, profesional, sin prestigios guerreros ni educación militar, "de aspecto apacible, casi monacal", como dice el general Miró, resultara en el campo un revolucionario formidable, un conductor de multitudes amable y amado."

El coronel López Leiva retrata así al hombre que fué su jefe en la Revolución, el militar improvisado y maravilloso que inició en Las Villas con diez hombres la protesta armada de los cubanos, en contestación a las amenazas del comandante general español Luque, Jefe del distrito villareño.

Juan Bruno Zayas es uno de los tipos representativos de nuestra historia revolucionaria. Formaban en las filas patriotas los cultivadores de las letras y las ciencias, los artistas, los comerciantes, hacendados, obreros, que amanecieron soldados un día y se ofrendaron en homenaje a Cuba, después de sacrificarle la familia y el bienestar. Zayas era médico, y desde los primeros instantes fué guerrero. Como tal conspiró. Y así marchaba a la cabeza de sus tropas, director enérgico y valeroso en la acción, sublime en la heroicidad. En un año y tres meses de campaña hizo célebre su nombre. Recorrió peleando varias provincias. Vino con los invasores de Maceo, volvió a Las Villas y cuando estaba nuevamente en La Habana murió en un pequeño combate, cerca de El Gabriel, el 29 de julio de 1896. Desde su ida a la

manigua libertadora, el día 25 de abril de 1895, peleó en Las Delicias, San José, Cantina de San Felipe, Provincial, Las Nueces, La Solapa, Los Robalos, La Cariblanca, Casa de Tejas, Quemado Grande, La Agronómica, La Colmena, Jacán, Desquite, Coliseo, Murga, Calimete, Unión, El Estante, Güira de Melena, Lucía de Lacoste, Cabañas, Las Taironas, Río Seco, Tirado, Guacamayo, Santa Lucía, Paso Real, Candelaria, Río Hondo, Nueva Empresa, Fajardo, San Antonio de las Vegas, Jaruco, Moralitos, Catalina de Güines, Nueva Paz, Perla de Guamacaro, Ibarra, Bainoa, Santa Cruz del Norte, Nazareno, Río Bayamo, Diana de Soler, Río de Auras, Bagáez, Lequeitio, San Juan de los Yeras, Minas, Motembo, Las Piedras, Las González, Carolina y La Jaima, o Punta Gabriel, donde cayó.

Casi todos esos nombres significan gloriosos triunfos para las armas cubanas. López Leiva se limita a mencionarlos. Sabe que la descripción de cada uno de los combates ocuparía varias páginas. Y su propósito era presentar con sinceros y emocionados rasgos al joven capitán que asombró con su valor y su perspicacia de militar a los aguerridos jefes españoles y aun a los veteranos patriotas de la anterior contienda revolucionaria.

Sólo una objeción: el coronel López Leiva termina su trabajo con unas frases de pesimismo. Era en 1922. Hoy han cambiado mucho las cosas. La nacionalidad cubana se consolida. Ha pasado por dos nuevos períodos electorales sin complicaciones, y todos esperan que la realidad siga siendo mejor en el futuro inmediato. Seguramente el noble soldado de la Patria no verá hoy tantos peligros en torno, y no pensará en las palabras de desolación. "¿Habremos arado en el mar?"

ENRIQUE GAY CALBÓ.

María Lacerda de Moura. A MULHER É UMA DEGENERADA. Editores: Typ. Paulisia. José Napoli & Cia. Rua Assembléa, 56-58. S. Paulo. 1924. 8°, 146 p. Con retrato de la autora.

El libro de María Lacerda de Moura, escrito para rebatir los puntos de vista sustentados por el psiquiatra portugués Miguel Bombarda, en su obra *La epilepsia y las pseudo-epilepsias*, lleva por título el mismo anatema que lanzó sobre lo más bello que atesora el mundo el sabio lusitano, al proclamar pietórico de escolástica, pero ayuno de piedad, "que la mujer es una degenerada".

Leyendo la obra de la ilustre intelectual brasileira llegamos a la conclusión de lo injusto de las afirmaciones de Bombarda, ya que de esas páginas que escribió María Lacerda de Moura, saturadas de amor intenso por todos los que sufren, surge la mujer reivindicada por esta escritora, convenciéndonos de que no es tal degenerada, sino lo que en realidad ha sido siempre a través de los siglos: consuelo para to-

dos los dolores del hombre y luz guiadora de sus pasos inciertos por la estepa de la vida.

La primera parte del libro está dedicada a desvirtuar las apreciaciones hechas por Bombarda, en cuya labor la autora, con acopio de sólidos razonamientos, propios y ajenos, rebate con serena energía cuanto de apasionado encuentra en las afirmaciones de un hombre de ciencia, imbuído de prejuicios de los que no ha podido despojarse al juzgar a la mujer. La otra parte de su obra la emplea para tratar de cuestiones sociales de diversa índole y problemas educacionales, en el análisis de los cuales, muestra una competencia nada vulgar, llegando a conclusiones que sería beneficioso dar a conocer.

No es María Lacerda de Moura una escritora indocumentada. A poco que se avanza en la lectura de su libro va creciendo en el lector el interés por todos los problemas que allí trata con competencia su autora, cuyo espíritu bondadoso y enérgico se adivina a través de su prosa cálida y sincera. Su cultura es sólida; no se conforma con hacer afirmaciones escudada en el prestigio de su erudición, por lo cual siempre que afirma o niega, no apoya lo dicho en sus propios razonamientos, sino que busca la opinión de alguna autoridad competente en la materia de que trata, por lo que es forzoso darle entero crédito a un escritor que no impone su criterio y que despojándose de la vanidad literaria refuerza su opinión con la de alguien a quien, justamente o no, considera árbitro para juzgar acerca del tema sobre el cual escribe.

Esta modestia sincera es una de las cualidades más sobresalientes de su personalidad, ya de por sí interesante y sugestiva.

Virtuosa del arte de escribir ha logrado despojarse de una de las tareas más antipáticas tal vez de cuantas puedan aquejar a los llamados escritores profesionales.

Se conoce que María Lacerda de Moura ha adquirido los conocimientos que posee según se ha ido desarrollando su personalidad literaria, como acontece en la mayoría de los casos; siendo probable, como creemos, que cuando se decidió a escribir para el público fué al sentirse ya preparada para la árdua tarea que se había impuesto y luego de haber hecho repetidas y fructíferas excursiones por el campo de la pedagogía, de la sociología, y de la psicología, habiendo espiado también con magníficos resultados en los huertos donde se cultivan otros conocimientos, cuyo dominio resulta indispensable a todo el que intente tratar con ventaja problemas tan complejos como los sociales.

Pero a más de la preparación científica que posee esta escritora, lo que mejor la faculta para juzgar, con éxito, sobre las cuestiones que solicitan su atención, es quizás la capacidad para sentir el dolor humano en todas sus manifestaciones, de esta mujer, que por lo luminoso de su talento, cuanto por la bondad de su espíritu, se parece mucho a esas dos hijas de Italia que se llaman Sibila Alleramo y Ada Negri.

Mal pueden tratar con competencia, muchos asuntos sociales (por más que sea innegable su preparación científica) aquellos escritores en los cuales se descubra incapacidad para emocionarse o cuya sensibilidad sea nula del todo. Para buscar soluciones permanentes y equitativas a las cuestiones sociales, problemas que hace mucho se vienen aplazando, con lo que sólo se ha agravado el asunto, es indispensable que los llamados a buscar la fórmula definitiva al problema, sean a la par que hombres de ciencia, seres en los que, bien por haber conocido los dolores humanos en sí mismos, bien por su capacidad para sentir las angustias ajenas, puedan enfocar el punto, poniendo a contribución su capacidad intelectual y el caudal de ternura indispensable para tratarlo, abandonando prejuicios, de los que muchas veces sólo podemos despojarnos, poniendo en juego, para impedir su predominio en los instantes decisivos, las fuerzas más poderosas que residen en el espíritu del hombre: la piedad, el afecto, la compasión.

Acaso por reunir esas cualidades señaladas, María Lacerda de Moura ha podido llegar a las síntesis a que arriba en su libro al defender a la mujer de la imputación que le hace Bombarda, lo mismo que al señalar como víctimas propiciatorias del actual régimen social, a la mujer y al niño, verdaderos esclavos en pleno siglo XX, por quienes ella rompe lanzas, sin temor a críticas interesadas ni a las burlas crueles de sus opositores, empeñados en que haya esclavos todavía.

El alma de la autora de este libro, obra de piedad y de reivindicación, es como una caja de resonancia, en la que todos los dolores del mundo hallan eco.

Quisiéramos tener tiempo y espacio suficientes para poder escribir todo lo que este libro merece, el que debe ser conocido por todo aquél a quien interesen los problemas sociales, que como ya hemos dicho, trata con gran competencia María Lacerda de Moura.

Pero es tal la necesidad que tenemos de hacer conocer a la autora brasilera, que no obstante contar con un espacio limitado en esta revista para dar cuenta de las obras más notables que se reciben en la misma en lengua portuguesa, cerramos estos breves apuntes con algunas citas del prólogo del libro de que tratamos que, mejor de lo que pudiéramos hacerlo nosotros, dan una idea de la personalidad literaria de María Lacerda de Moura.

Así dice, a quienes creen en paliativos para resolver los problemas sociales:

“La Religión no soluciona el problema y mucho menos la política. Las revoluciones políticas nos han engañado al prometernos su solución, y la Beneficencia oficial o particular es como una gota de agua arrojada en el océano de la vida, en el vacío inmenso de los dolores humanos, de las miserias físicas. Pasó la época en que podíamos creer en la beneficencia como una solución apropiada. La mujer tiene que instruirse para poder actuar con eficiencia en la resolución del

gran problema. Pongamos el sentimiento de la equidad por encima del de la caridad."

Y cuando pide respeto, libertad, cariño y aprecio para la mujer, lo hace invocando la santidad de su misión al cruzar el mundo restañando heridas y poniendo el bálsamo de sus besos en las bocas amargadas por la hiel de todas las injusticias, consolando y confortando a los hombres para que continúen la cruenta lucha, en la que ellas, superiores a nosotros, permanecen serenas sin doblegarse bajo el peso de su cruz, sin que el torcedor que muerde sus entrañas en las horas de prueba, arranque un grito de protesta de sus labios, en los que siempre hay la piedad de una sonrisa con que saben llevar la alegría al fondo del alma del hombre, aun cuando éste, pasado el peligro en que fué protegido por la mujer, proclame, imbuído de prejuicios y ple-tórico de Pseudo-ciencia, "que la mujer es una degenerada".

Y como síntesis de toda su obra proclama la necesidad de salvar a la mujer del caos actual, sustraerla del peligro que corre, instruirla, fortalecerla y estimularla, para que realice la misión altísima de formar el alma de las generaciones futuras, ya que según opina, no es posible soñar con una sociedad mejor si no se encarga a la mujer de reformar la actual, pero no a la mujer de hoy incapaz de llevar a cabo tan ardua empresa, por ser prisionera del hombre y de los prejuicios que le ha inculcado, sino la mujer que ya empieza a acentuar su personalidad, emancipada por completo de la esclavitud masculina y cuándo, redimida también de su propia ignorancia actual, esté preparada para dar hijos sanos de cuerpo y espíritu que serán los llamados a fijar los cimientos de esa sociedad nueva.

JUAN GUERRA NÚÑEZ.

L'HISTOIRE ROMANESQUE D'UDAYANA ROI DE VASTA. Extraite du Kathâ-Sarit-Sâgara de Sômadêva et traduite pour la première fois du sanscrit en français avec une introduction et notes par Félix Lacôte, Professeur a l'Université de Lyon. Bois dessinés et gravés par Jean Buhot. Editions Bossard. 43, Rue Madame, Paris. 1924. 8°, 145 p.

Lorenzo Cernuda. LA MUSA LÍRICA (Amor, odio, desesperanza). Poesías. Editorial Mundo Latino. Tip. Yagues. Calle del Doctor Fourquet, núm. 4. Madrid. [1924] 12°, 162 p.

Cayetano Coll y Toste. LEYENDAS PUERTORRIQUEÑAS. Editorial Santurce Printing Works. San Juan P. R. 1924. 12°, 197 p.

René Lufriu (De la Academia de la Historia de Cuba). ENSAYOS DE DIVULGACIÓN HISTÓRICA. 1924. Librería José Albela. Félix Varela, 32. La Habana. 12º, 169 p. Con un prólogo de Manuel Márquez Sterling.

Horace Green. AMERICAN PROBLEMS. A selection of speeches and prophecies by William E. Borah. New York. Duffield & Company. 1924. 12º, 329 p. Con retrato del senador William E. Borah.

William Campbell Binkley, Associated Profesor of History, Colorado College. THE EXPANSIONIST MOVEMENT IN TEXAS. University of California Press. Berkeley, California. 1925. 8º, 253 p.

Jaime de Morgan. LA HUMANIDAD PREHISTÓRICA (Esbozo de prehistoria general). Traducción de la segunda edición francesa por los doctores Pedro Bosch Gimpera y Luis Pericot García. Editorial Cervantes. Calle Muntaner, número 65. Barcelona. 1925. 8º, 375. Con 130 figuras y mapas en el texto.

J. Vendryes. EL LENGUAJE (Introducción lingüística a la Historia). Traducción del francés por el Dr. Manuel de Montoliu y de José M. Casas. Editorial Cervantes. Calle Muntaner, número 65. Barcelona. 1925. 8º, 509 p.

Leonhard Frank. LA PARTIDA DE BANDOLEROS. Traducida del alemán por Manuel Pedroso. Colección Contemporánea. Calpe. Apartado, 547. Ríos Rosas, 24. Madrid. [1925] 12º, 278 p.

Th. Birt. LA CULTURA ROMANA. Traducción de la 4ª edición alemana por Margarita Nelken. Calpe. Madrid. 1925. 12º, 159 p.

E. Meumann. SISTEMA DE ESTÉTICA. Traducción del alemán por Fernando Vela. Calpe. Madrid. 1924. 12º, 135 p.

E. Meumann. INTRODUCCIÓN A LA ESTÉTICA ACTUAL. Traducción

del alemán por José J. de Uries y Azara. Calpe. Madrid. 1925. 12º, 160 p.

Pierre Lotti (De la Academia Francesa). FLORES DE HASTÍO. Traducción de Vicente Díez de Tejada. Editorial Cervantes. Calle Montaner, número 65. Barcelona. 1925. 12º, 221 p.

Pierre Loti (De la Academia Francesa). PASCUALA IVANOVITCH. Traducción de Vicente Díez de Tejada. Editorial Cervantes. Calle Montaner, número 65. Barcelona. 1925. 12º, 206 p.

Selma Lagerlof (De la Academia de Suecia, Premio Nobel de Literatura) LEYENDAS DE CRISTO. Traducción directa del sueco de Rodolfo J. Slaby. Editorial Cervantes. Calle Montaner, número 65. Barcelona. 1925. 16º, 289 p. Con prólogo de Amanda Labarca e ilustraciones de Arturo Ballester.

Jesús J. López. CUENTOS PERVERSOS. (El libro de los sarcasmos). La Habana. Imprenta y Papelería de Rambla, Bouza y Ca. Pi y Margall, 33 y 35. 1925. 8º, 330 p. Con portada de J. Valls.

Edmundo Montagne LOS MÁS BELLOS POEMAS de Selección y nota de Leopoldo Durán y un soneto iconográfico de Fernández Moreno. 1924. Buenos Aires. 12º, 142 p. Con retrato de Edmundo Montagne.

NOTAS EDITORIALES (*)

HOMENAJE A UN COMPAÑERO

En uno de los más afamados restaurantes de esta ciudad, en torno de bien provista mesa, y reinando la más alegre y fraternal camaradería, se reunió hace pocas semanas, la Redacción en pleno de CUBA CONTEMPORÁNEA con el fin de tributarle un homenaje de cariño y cálida simpatía a su Secretario de Redacción, señor Enrique Gay Calbó, quien tras rápidos y brillantes estudios, se acababa de graduar de doctor en Derecho Civil, en la Universidad Nacional de La Habana.

CUBA CONTEMPORÁNEA felicita efusivamente a uno de sus más queridos redactores, a este joven atleta de la voluntad que por su perseverante esfuerzo ha logrado, venciendo obstáculos casi insuperables, obtener un título profesional y labrarse un nombre esclarecido en las letras cubanas, como crítico concienzudo y distinguido internacionalista, cuyos trabajos son citados con encomio en toda la América de nuestra habla.

JUEGOS FLORALES HISPANO ANTILLANOS

El jurado designado para discernir los trabajos presentados al concurso de los Juegos Florales Hispano-Antillanos, y otorgar los premios correspondientes, según las Bases publicadas, constituido por los Doctores Don Manuel Márquez Sterling, Don Nés-

(*) A partir de este número, y en tanto dure la ausencia del Director de CUBA CONTEMPORÁNEA, Sr. Mario Guiral Moreno, queda al frente de esta publicación el Sr. Julio Villoldo y Bertrán, Jefe de Redacción.

tor Carbonell y Don Agustín Acosta para los trabajos de verso, y Doctores Don Antonio Sánchez de Bustamante, Don Mariano Aramburo y Don Fernando Ortiz para los de prosa.

Ha emitido el siguiente fallo:

PRIMERO. A la mejor poesía lírica, libre de asunto y metro, un premio consistente en la "Flor Natural", simbolizada en oro, un bajorrelieve conmemorativo, en plata, y un mil dólares. Ha sido otorgado a la poesía *Canción de España*, bajo el lema: "Perla del Mar, Estrella de Occidente"; cuyo autor es Don Alberto López Argüello, de Santander. España.

SEGUNDO. A la mejor poesía heroica de motivo hispano-americano, un premio consistente en un bajorrelieve conmemorativo, en plata, y un mil dólares. Ha sido otorgado a la poesía *Gesta de Redención*, bajo el lema: "Sarmiento", cuyo autor es Don Enrique Aguiar, de Santo Domingo, R. D.

TERCERO. Al mejor soneto clásico un premio consistente en un bajorrelieve conmemorativo, en plata, y un mil dólares. Ha sido otorgado al soneto *La Medalla del soneto clásico*, bajo el lema: "La delicadeza en la Fuerza", cuyo autor es Don R. Martínez Villena, de La Habana.

CUARTO. Al mejor y más completo estudio crítico del intercambio de influencias literarias hispano-americanas, a partir del año 1880, un premio consistente en un bajorrelieve conmemorativo, en plata, y un mil dólares. Ha sido otorgado al trabajo presentado bajo el lema "Hispania Máxima", cuyo autor es el Doctor Don Max Henríquez Ureña, de Santiago de Cuba.

QUINTO. Al mejor trabajo acerca de *Pan-Hispanismo: trascendencia histórica, social y política*, un premio consistente en un bajorrelieve conmemorativo en plata, y un mil dólares. Ha sido otorgado al trabajo con el lema: "Y la gente española siente hoy con orgullo que su patria no sólo es España: es América", cuyos autores son Doctor Don Ramón Puigdollers y Oliver y Doctor Don Santiago Magariños Torre, ambos de Madrid, España.

SEXTO. Al mejor estudio documentado acerca del *Desarrollo histórico de la cultura en Hispano-América, durante la época colonial*, un premio consistente en un bajorrelieve conmemorativo,

en plata, y un mil dólares. Ha sido otorgado al trabajo presentado con el lema: "Bética e Indias", cuyos autores son Doctor Don Antonio Ibot León y Licenciado Don Angel Rubio y Muñoz-Bocanegra, de Sevilla, España.

DR. JOSÉ MORALES SALOMÓN,
Presidente de la Sección de Cultura.

INDICE DEL TOMO TRIGESIMOSEPTIMO

(ENERO-ABRIL, 1925)

POR MATERIAS

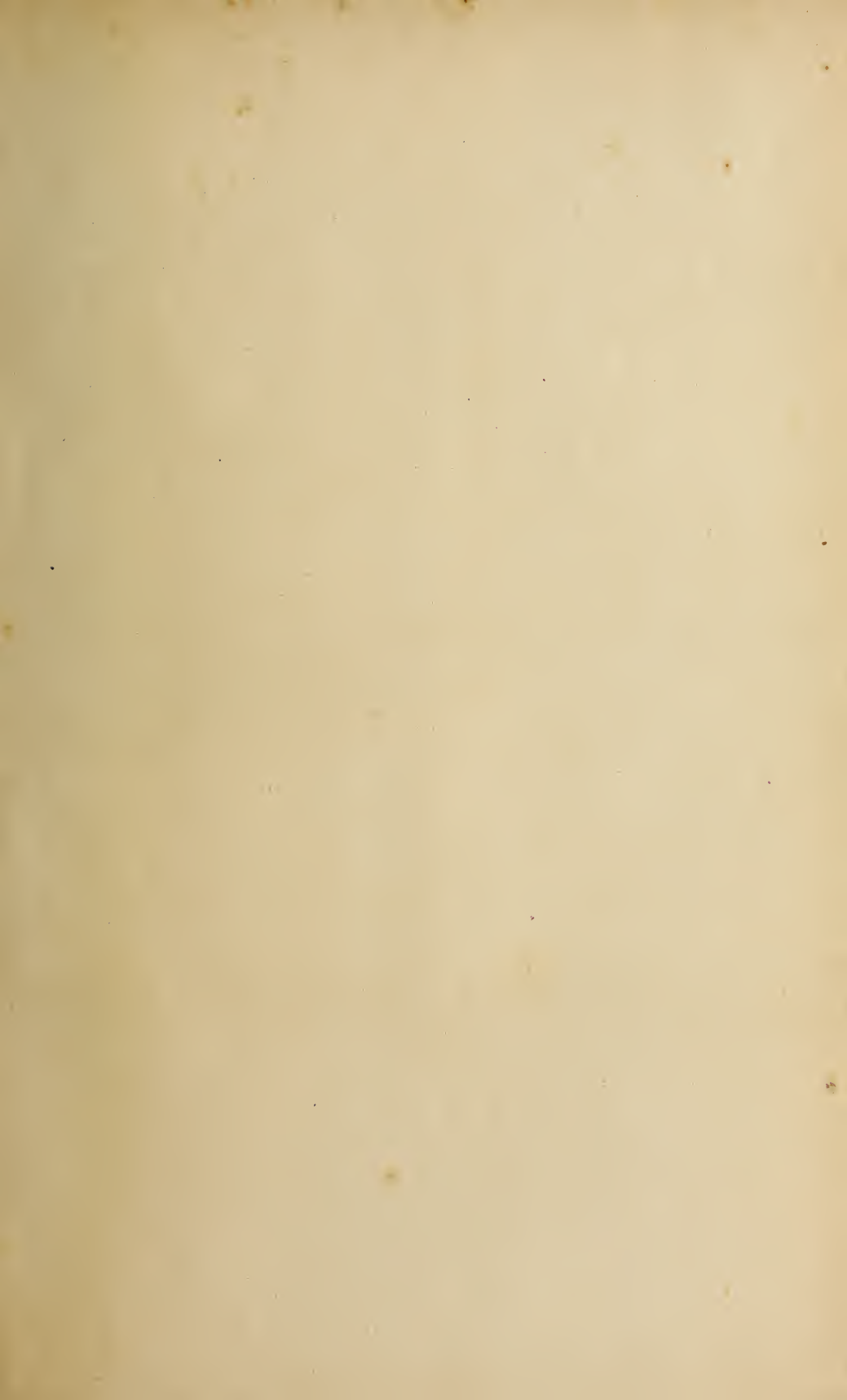
	Págs.
BIBLIOGRAFÍA.	
Mariano Azuela.— <i>Mala yerba</i>	66
Luis Fernández Marcané.— <i>Contribución al estudio de la doble nacionalidad de los hijos españoles nacidos en América</i> . .	67
Luis Felipe Rodríguez.— <i>La conjura de la Ciénaga</i>	70
Marius André.— <i>Bolívar. Páginas literarias</i>	330
Sergio Cuevas Zequeira.— <i>Discurso</i>	331
Alfonso Daudet.— <i>Fulanito</i>	331
Francisco López Leiva.— <i>Juan Bruno Zayas</i>	332
María Lacerda de Moura.— <i>A mulher é uma degenerada</i> . . .	333
CON EL ESLABÓN. (Décimoséptimo apéndice).—Enrique José Varona	291
GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA: SU VIDA Y SU OBRA.—Emilia Bernal.	85
LA ANEXIÓN DE CUBA A LOS ESTADOS UNIDOS.—Manuel Sanguily.	249
LA INVASIÓN.—José Manuel Carbonell.	5
LA UNIÓN HISPANOAMERICANA.—Eugenio Betancourt Agramonte.	273
EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA.—Manuel Sanguily.	218
EL MONUMENTO A LOS ESTUDIANTES FUSILADOS.—Manuel Sanguily.	188
EL PANAMERICANISMO.—Manuel Sanguily.	263
EL QUIJOTE.—Carlos Brandt.	305
EL TÍSICO.—(<i>Cuento</i>).—Manuel Cestero.	145
MANUEL SANGUILY Y GARRIT.—Mario Guiral Moreno.	169
MARTÍ EN DARÍO.—Regino E. Botí.	112
NOTAS EDITORIALES.—La Dirección.	
<i>El movimiento militar chileno</i>	76
<i>Importante certamen sobre Historia de Cuba</i>	82
<i>El fallecimiento de Sanguily</i>	167
<i>Un gran homenaje a Hernández Catá, en Madrid</i>	167
<i>Homenaje a un compañero</i>	339

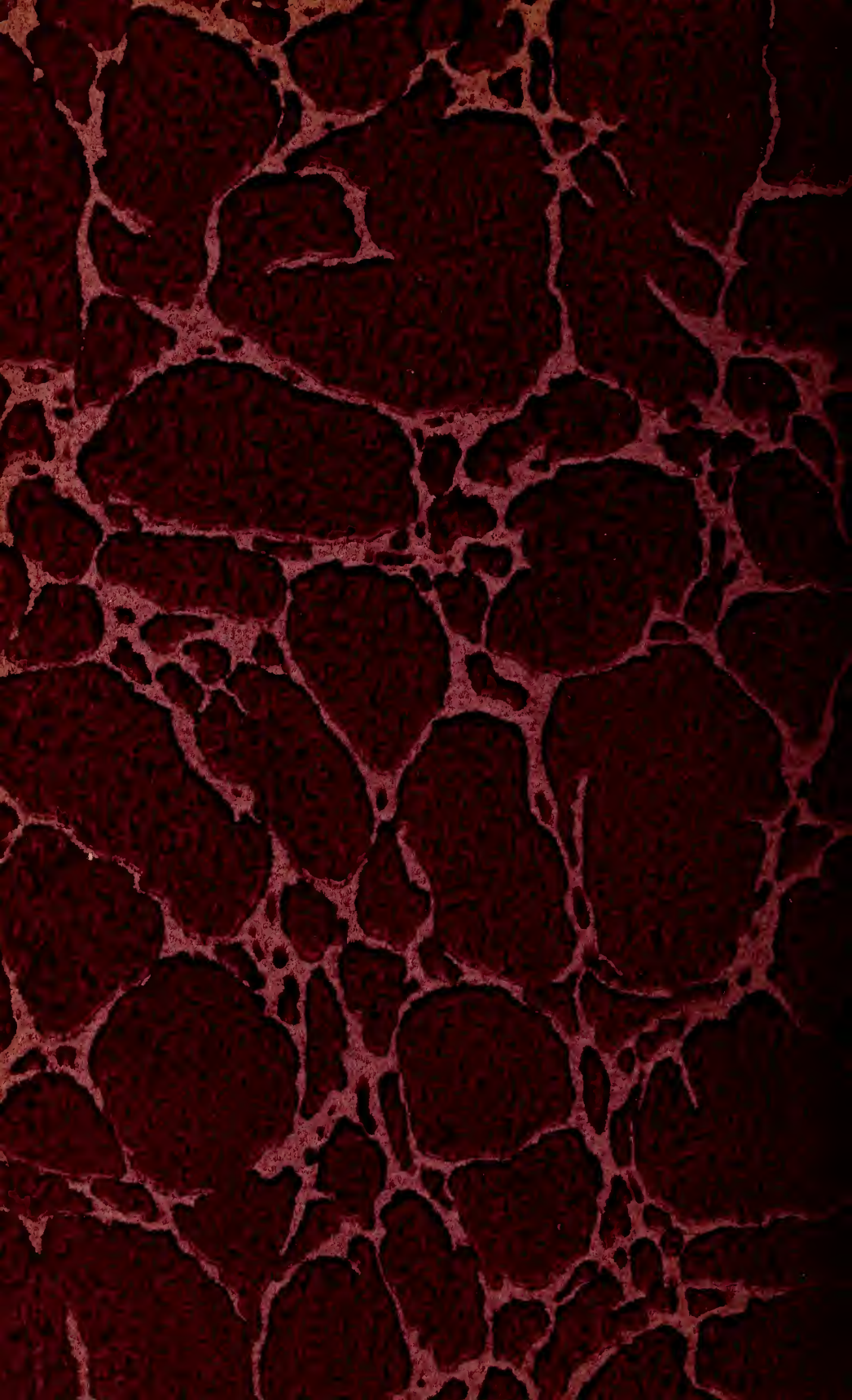
	Págs.
<i>Juegos florales hispano-antillanos</i>	339
NUESTRO ARTE Y LAS CIRCUNSTANCIAS NACIONALES.—Juan Marinello	298
NUESTRO UNIVERSO. ENSAYO DE UNA CONCEPCIÓN SINTÉTICA.—Adrián del Valle	33
OBSERVACIONES A LOS MAESTROS.—Manuel Sanguily	174
PÁGINAS DE AYACUCHO.—Alejandro Andrade Coello	22
PEDRO FORTOUL-HURTADO. PATRIOTA, LITERATO, FILÓLOGO Y POETA.—José Heriberto López	40
PIÑEYRO Y SCHÉRER.—Manuel Sanguily	201
POESÍAS DE DULCE MARÍA BORRERO (<i>Versión inglesa por Alicia Stone Blackwell</i>).—Dulce María Borrero de Luján	326
¿QUÉ COSA ES UN PERIÓDICO?—Roberto R. Mc Cormick.— <i>Traducción del Sr. José Caminero</i>	125
REVISTAS EXTRANJERAS.—Luciano Acevedo.	
<i>Los hombres del Soviet ruso</i>	60
<i>Anatole France</i>	159
SEMBLANZA DE DON JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN.—Alberto Nín Frías	140
TEODORO ROOSEVELT.—Manuel Sanguily	269
VASCONIA, INTÉRPRETE DE ESPAÑA.—Jorge Mañach	318

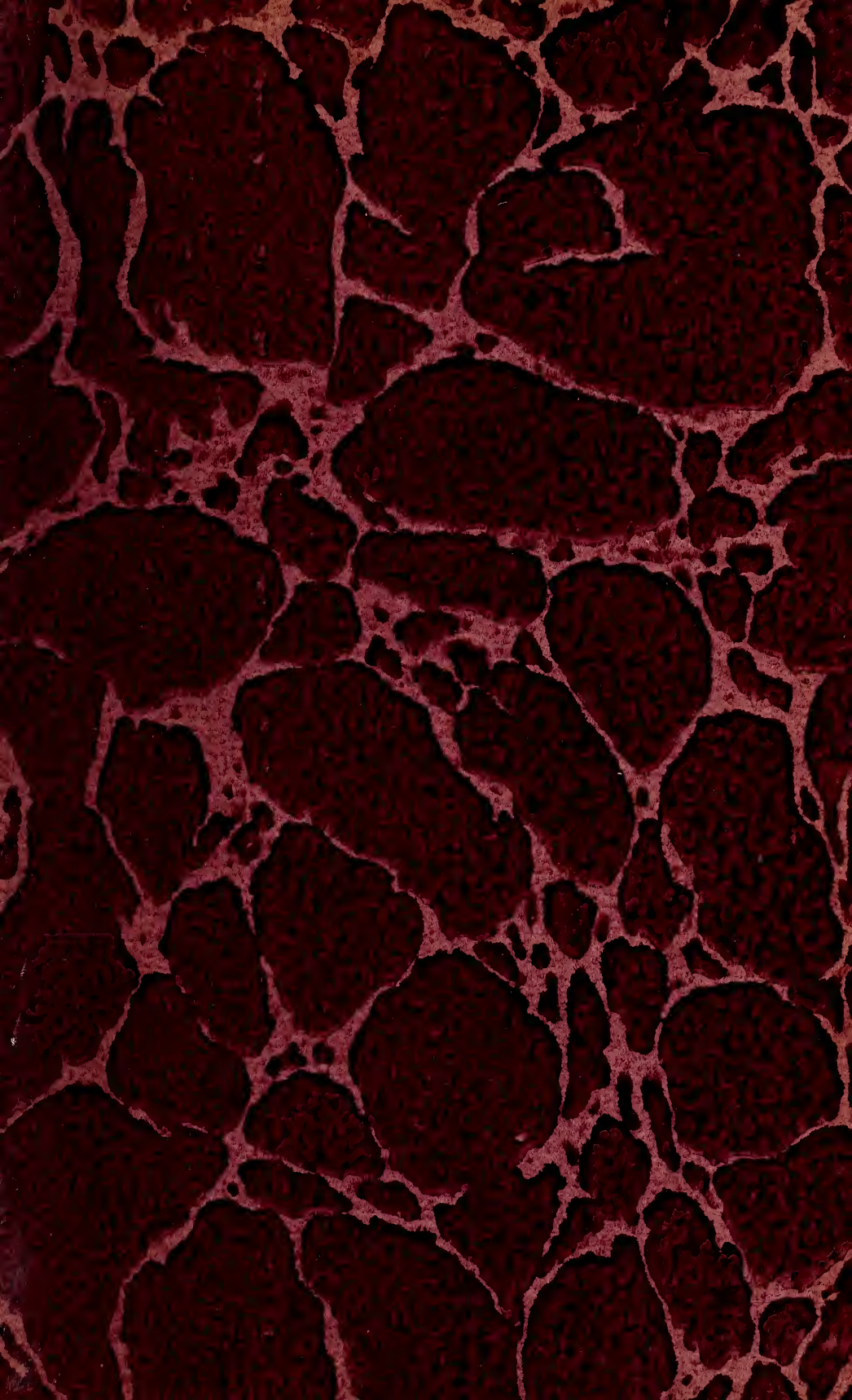
POR AUTORES

ACEVEDO, Luciano de.— <i>Revistas Extranjeras</i> .	
<i>Los hombres del Soviet ruso</i>	60
<i>Anatole France</i>	159
ANDRADE COELLO, Alejandro.— <i>Páginas de Ayacucho</i>	22
BERNAL, Emilia.— <i>Gertrudis Gómez de Avellaneda: su vida y su obra</i>	85
BETANCOURT AGRAMONTE, Eugenio.— <i>La Unión hispanoamericana</i> .	273
BORRERO DE LUJÁN, Dulce María.— <i>Poesías de Dulce María Borrero</i> . (<i>Versión inglesa por Alicia Stone Blackwell</i>).	326
BOTI, Regino E.— <i>Martí en Darío</i>	112
BRANDT, Carlos.— <i>El Quijote</i>	305
CARBONELL, José Manuel.— <i>La invasión</i>	5
CESTERO, Manuel.— <i>El tísico</i> . (Cuento).	145
GAY CALBÓ, Enrique.— <i>Bibliografía</i> .	
Luis Felipe Rodríguez.— <i>La conjura de la Ciénaga</i>	70
Marius André.— <i>Bolívar. Páginas literarias</i>	330
Sergio Cuevas Zequeira.— <i>Discurso</i>	331
Alfonso Daudet.— <i>Fulanito</i>	331
Francisco López Leiva.— <i>Juan Bruno Zayas</i>	332
GUERRA NÚÑEZ, Juan.— <i>Bibliografía</i> .	
María Lacerda de Moura.— <i>A mulher é uma degenerada</i> . . .	333

	Págs.
GUIRAL MORENO, Mario.— <i>Manuel Sanguily y Garrit</i>	169
LA DIRECCIÓN.— <i>Notas Editoriales</i> .	
<i>El movimiento militar chileno</i>	76
<i>Importante certamen sobre Historia de Cuba</i>	82
<i>El fallecimiento de Sanguily</i>	167
<i>Un gran homenaje a Hernández Catá, en Madrid</i>	167
<i>Homenaje a un compañero</i>	339
<i>Juegos florales hispano-antillanos</i>	339
LÓPEZ, José Heriberto.— <i>Pedro Fortoul-Hurtado. Patriota, literato, filólogo y poeta</i>	40
MC CORMICK, Roberto R.— <i>¿Qué cosa es un periódico?</i> (Traducción del Sr. José Caminero).	125
MAÑACH, Jorge.— <i>Vasconia, intérprete de España</i>	318
MARINEL-LO, Juan.— <i>Bibliografía</i> .	
Luis Fernández Marcané.— <i>Contribución al estudio de la doble nacionalidad de los hijos españoles nacidos en América</i> . . .	67
— — — <i>Nuestro arte y las circunstancias nacionales</i>	298
MONTORI, Arturo.— <i>Bibliografía</i> .	
Mariano Azuela.— <i>Mala yerba</i>	66
NÍN FRÍAS, Alberto.— <i>Semblanza de don Juan Zorrilla de San Martín</i>	140
SANGUILY, Manuel.— <i>La anexión de Cuba a los Estados Unidos</i> . .	249
— — — <i>El descubrimiento de América</i>	218
— — — <i>El monumento a los estudiantes fusilados</i>	188
— — — <i>El Panamericanismo</i>	263
— — — <i>Observaciones a los maestros</i>	174
— — — <i>Piñeyro y Schérer</i>	201
— — — <i>Teodoro Roosevelt</i>	269
VALLE, Adrián del.— <i>Nuestro Universo. Ensayo de una concepción sintética</i>	33
VARONA, Enrique José.— <i>Con el eslabón</i> . (Décimoséptimo apéndice)	291







UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL



00041848402